79

AUTORES, TEXTOS Y TEMAS
CIENCIAS SOCIALES

Hugo Zemelman

Los horizontes de la razón

III
El orden del movimiento



ANTHROPOS

Hugo Zemelman

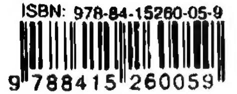
Los horizontes de la razón
III. *El orden del movimiento*

ATT
CS



El texto que se presenta es la continuación de la serie de *Los horizontes de la razón* I y II, aunque también se podría considerar como una introducción a esos mismos textos enriquecida con los aportes de los otros libros que fueran publicados posteriormente. La obra representa un esfuerzo por ampliar lo que se ha venido planteando en torno al uso crítico de la teoría y acerca de la necesidad de nuevas categorías para organizar el pensamiento socio-histórico. En ella se ha puesto énfasis en recuperar la historicidad en el plano del sujeto, lo que se traduce en su propio movimiento, pues sin el movimiento del sujeto difícilmente se puede pensar la historicidad de la «cosa», o de las externalidades, ya que se produce una disociación entre el sujeto y su contexto. De ahí que se procure abordar el método como forma de potenciación de la realidad, así como reconocer que el conocimiento socio-histórico supone ser construido desde los espacios de intervención del hombre; por ello la importancia de la relación del pensamiento con los valores que le dan sentido al acto de pensar y conocer. Todo lo cual se recupera en el planteamiento en torno al análisis de coyuntura como metodología que, por una parte, necesariamente incorpora al sujeto, y de otra, concibe la realidad externa como espacio de construcción. En definitiva, se plantea el análisis de coyuntura como ángulo de razonamiento que permita definir una estrategia de investigación desde las exigencias del presente en tanto espacio de construcción de los sujetos. Estrategia que resulta del intento de construir conocimiento desde los desafíos de la conciencia histórica sin restringirse a las exigencias de la verdad.

HUGO ZEMELMAN, chileno, abogado y sociólogo, profesor de la Universidad de Chile, exiliado en México. Actualmente es director del Instituto Pensamiento y Cultura en América Latina (IPECAL), con sede en México.



ISBN: 978-84-15260-05-9





www.anthropos-editorial.com

AUTORES, TEXTOS Y TEMAS
CIENCIAS SOCIALES

Colección dirigida por Josetxo Beriain

79

Hugo Zemelman

LOS HORIZONTES DE LA RAZÓN

Uso crítico de la teoría

III

EL ORDEN DEL MOVIMIENTO

Prólogo de Josetxo Beriain
Presentación de María Teresa Carreño Bustamante
Preámbulo de María Beatriz Gentile







Los horizontes de la razón : Uso crítico de la teoría / Hugo Zemelman. — Rubí (Barcelona) : Anthropos Editorial ; Manizales (Colombia) : Universidad de Manizales - CECCAL, 1992-2011. — 3 vols. ; 20 cm. — ISBN 978-84-7658-353-1
Vol. III: El orden del movimiento ; prólogo de Josetxo Beriain ; presentación de María Teresa Carreño Bustamante ; preámbulo de María Beatriz Gentile. — 2011. — XXVII p. 224 p. — Bibliografía p. 213-216. — (Autores, Textos y Temas. Ciencias Sociales ; 79). — ISBN 978-84-15260-05-9

1. Sujeto (Filosofía) 2. Conocimiento, Teoría del I. Beriain, Josetxo, pr. II. Carreño Bustamante, María Teresa, present. III. Gentile, María Beatriz, preámbulo IV. Universidad de Manizales - Centro de Conocimiento y Cultura para Latinoamérica (CECCAL) (Colombia) V. Colección

Primera edición: 2011

Edita: Anthropos Editorial. Rubí (Barcelona)
www.anthropos-editorial.com
En coedición con la Universidad de Manizales, Centro de Conocimiento y Cultura para Latinoamérica (CECCAL), Colombia
ISBN: 978-84-7658-353-1 (Obra completa)
ISBN: 978-84-15260-05-9 (Tomo III)
Depósito legal: B. 14.606-2011
Diseño, realización y coordinación: Anthropos Editorial (Nariño, S.L.), Rubí. Tel.: 93 697 22 96 / Fax: 93 587 26 61
Impresión: Novagràfik. Vivaldi, 5. Montcada y Reixac

Impreso en España - *Printed in Spain*

Lo que está más en tela de juicio es la cuestión de la verdad. En un universo de la agitación y las apariencias, en un devenir donde lo posible prevalece sobre la necesidad, la respuesta se elude o se confunde. Toma cuerpo la idea de que no hay hechos, sino interpretaciones, y que la pretensión de la verdad es una especie de abuso... La afirmación de que la verdad no es asible, ya que se efectúa un viaje de una verdad a otra, y que los hombres no producen ni lo verdadero ni lo falso, sino lo existente, ya no parece tan provocadora... La verdad estalla y ya no es más una sola pieza; se dispersa y su movimiento puede interpretarse, con cierto exceso, como un vagabundeo. El orden firme o postulado así, permitía concebir una verdad unificada; lo inestable y el desorden la hace ineluctablemente plural.

GEORGES BALANDIER, *El desorden. La teoría del caos y las ciencias sociales*

He mostrado que los excesos del reduccionismo condenan a las ciencias humanas a perder al hombre por el camino, a trocarle por los esquemas vacíos de los formulismos o por el absurdo de la explicación causal.

GILBERT DURAND, *Ciencia del hombre y tradición*

Entre el conocimiento y el conocimiento ordinario, no formalizado, que no dignificamos con el nombre honorífico de «ciencia», hay una especie de continuidad, y que no se debe considerar el método científico como una regla mecánica, como un algoritmo. [...]
Parece que de hecho no hay algo así como el método científico.

HILARY PUTNAM, *Representación y realidad. Un balance crítico del funcionalismo*

A MODO DE PRÓLOGO

> La tradición es la fe viva de los muertos mientras que el tradicionalismo es la fe muerta de los vivos.
>
> MIROSLAV PELIKAN

En *Los horizontes de la razón III. El orden del movimiento*, tercer volumen de la trilogía *Los horizontes de la razón*, Hugo Zemelman aborda la constitución del sujeto epistémico y coextensivamente la propia constitución de la realidad, como un proceso de construcción sociohistórica, y lo hace llamando la atención sobre la variable tiempo, por la razón de que el sujeto es un sujeto social y, si la sociedad es en el tiempo y por mor del tiempo, sujeto, sociedad y tiempo están inexorablemente relacionados.

El acierto de Zemelman es referir tanto el sujeto como la realidad a su propia génesis social conjunta, lo que significa que: 1) el ser humano orienta sus actos hacia las cosas en función de lo que éstas significan para él; 2) tal significado se deriva o surge como consecuencia de la interacción social que cada cual mantiene con su prójimo; y 3) los significados se manipulan y modifican mediante un proceso interpretativo activo (a veces beligerante) que desarrollan los individuos en pos de la definición de la situación. Analicemos con un poco más de detenimiento estos supuestos zemelmanianos a través del interaccionismo simbólico. El sujeto nace en medio de cierta comunidad de interpretación que le provee de un mundo instituido (e instituyente) de significado, sin el cual no superaría la fase Zoe, de pura vida biológica, sin la posibilidad de desarrollar una existencia propiamente humana. Si sólo fuéramos capaces de «grabar» tal «sistema operativo externo» en nuestra mente, ésta no pasaría de ser una memoria interna que refleja, de forma más o menos si-

métrica, la gran memoria externa que se ha acumulado en esa comunidad de interpretación externa. Pero recordemos las palabras que pone Goethe en boca de Fausto en el *Primer Fausto,* reinterpretando el Génesis bíblico: «"Al principio era el Verbo". ¡Aquí me paro ya! ¿Quién me ayudará a seguir adelante? No puedo hacer tan imposiblemente alto aprecio del Verbo; tendré que traducirlo de otro modo, si el espíritu me ilumina bien. Escrito está: "En el principio era la mente". Medita bien el primer renglón, de suerte que su pluma no se precipite. ¿Es, verdad, la mente la que todo lo hace y crea? Debiera decir: "En el principio era la fuerza". Pero, no obstante, al escribirlo así algo me advierte que no me quede en ello. ¡Viene en mi ayuda el espíritu! De repente veo claro y osadamente escribo: "En el principio era la *acción*"». Sin entrar en la disputa sobre la preeminencia de la palabra, el espíritu o la acción, sin duda alguna, la modernidad le ha concedido una gran importancia a la acción humana. A la pregunta que interroga por qué sucede con los hombres, según qué reglas se mueven, no en tanto que despliegan la totalidad de sus existencias individuales aprehensibles, sino en la medida en que forman grupos en virtud de su inter-acción y son determinados por esta existencia en grupos, la respuesta sería que la producción de la realidad social sólo es posible debido a la coexistencia de individuos interactuantes que produce *en* cada uno lo que no es explicable *a partir* de él solo. Esta interacción humana —no importa que sea pura acción instrumental medios-fines, dramatúrgica, tradicional, afectiva— es la palanca newtoniana que permite convertir la significación originaria en interpretación otorgando validez universal a la capacidad para cambiar el mundo instituido de significado a través de la fuerza instituyente de la interpretación. Pierre Bourdieu afirma, en su lección inaugural del College de France, en 1982, que «si una verdad hay, es que la verdad es un envite de luchas» interpretativas en pos de cierta plausibilidad y reconocimiento. Dicho en los términos de Heidegger; existencia humana y tiempo, en lo que tienen de propio, en su recíproca copertenencia, eso y no otra cosa es el *acontecimiento apropiador* (*Er-eignis*). ¿Por qué acontecer? Porque la existencia humana no está determinada sólo por lo que hace sino también por aquello que le sucede, por *lo que le ocurre,* deseado o no deseado, por aquel conjunto de consecuencias de acción que acontecen más allá del estado de su diseño de acción, puesto que el

individuo no es Dios. Hay cierto destino humanamente producido, que sólo deviene visible en el acontecer, y hacerlo propio, apropiárselo, es la tarea del hombre. ¿Por qué apropiador? Porque el acontecer no es un puro suceso sino la contextura temporal en la que el hombre se revela como poder-ser sí mismo. El tiempo no es, Se Da el tiempo. Este dar del tiempo auténtico es una «regalía esclarecedora-ocultadora». El tiempo no se da como consenso ni como conquista de algo ni como comienzo ni como fin sino como un don que co-produce el individuo en su existencia, un don que desoculta un horizonte velado, enmascarado, porque miramos y miramos y no vemos que no vemos hasta que... el acontecimiento apropiador nos abre un nuevo horizonte, realidad más posibilidad, que ilumina nuevas provincias de significado ocultando a su vez otras, proporcionando nuevo sentido a la existencia, por eso «el destino en el que se da el ser reposa en la regalía del tiempo». Zemelman subraya el empoderamiento del sujeto a través de la palanca de la radical historicidad de las formas discursivas que conforman la realidad, desde las revoluciones científicas, pasando por las revoluciones políticas y sociales, hasta las revoluciones en las creencias, en las convicciones profundas del ser humano, todas ellas configuran nuevas comunidades de interpretación, nuevos paradigmas, nuevas formas de ver y entender la realidad. Ya lo decía Simmel: «el ser humano es ese ser fronterizo que no tiene fronteras», participa del aquende y del allende, de modo que el acto unificado de la vida incluye ambos estados, el del ser limitado y el de la trascendencia del límite. La vida es ella misma y algo más que ella misma. Es una unidad de determinación de límites y de rebasamiento de los mismos. Sólo podemos percibir la vida como el permanente desbordamiento del sujeto hacia lo ajeno a él, como la creación de algo nuevo y a veces extraño (extrañado, diría Marx, en términos de alienación) a él. La vida no es sino un proceso de autotrascendencia. En el umbral de la contingencia que determina nuestras posibilidades de futuro se inscribe esa radical excentricidad, existencia, del ser humano, como un salir de sí mismo, como un desbordamiento, posibilitado por un horizonte indeterminado de posibilidades. Evidentemente, el alumbramiento de los cambios produce conflictos sociales, derivados de la percepción de una ruptura entre el espacio de experiencia del pasado y el horizonte de expectativas del futuro, y además pro-

ducirá consecuencias ambivalentes con efectos tanto positivos como negativos. A título de ejemplo, fijémonos en el horizonte de libertades que emerge de las revoluciones liberales y burguesas del siglo XVIII, asociado en algunos casos a esa dimensión jacobina de la modernidad que combina revolución y terror. No obstante, no perdamos de vista, también con Zemelman, que a pesar de nuestras pretensiones de hacer *tabula rasa* de toda tradición heredada, inventando la realidad *ex nihilo*, sin embargo persisten ciertas continuidades narrativas de fondo, que evitan la ruptura total del pasado con el futuro. En este sentido, es muy conveniente que no todo cambio cambie todo.

JOSETXO BERIAIN
Univ. Pública de Navarra

Pamplona, marzo de 2011

PRESENTACIÓN

El CECCAL (Centro de Conocimiento y Cultura en Latinoamérica), fruto del convenio entre Universidad de Manizales (Colombia) e IPECAL (México), presenta el libro *Los horizontes de la razón III* del Dr. Hugo Zemelman.

Es razón de ser del CECCAL desarrollar las categorías de conocimiento y cultura en América Latina de cara a construir visiones alternativas de futuro para las sociedades habitantes en estas latitudes; como parte de este reto el centro ha reconocido las subcategorías de: lo social, lo político, lo económico, lo jurídico, el contexto, sujetos, movimientos sociales, memoria, historia y utopía, y movimientos artísticos. Partiendo de la base de que las categorías conocimiento y cultura se entrecruzan dinámicamente entre sí con cada una de las subcategorías es posible encontrar en los espacios, hilos y nudos de este tejido preguntas y problemas que permiten ir construyendo una teoría comprensiva sobre las visiones alternativas de futuro para América Latina. La elección intencional de las categorías y subcategorías se orientan al desarrollo humano comprendiendo que las diversas formas de ver y comprender el mundo emergen de las construcciones culturales que realizan las sociedades, y que estas construcciones son plurales, construidas en tiempos y espacios diferentes; desde esta perspectiva el CECCAL se propone: construir conocimiento sobre la dinámica de relaciones e interrelaciones en América Latina, dado que las lógicas de convivencia y conflicto han sido compartidas históricamente por nuestras sociedades; construir conocimiento comprensivo y fortalecer redes de conocimiento y de práctica social en América Latina, pues la

perspectiva del CECCAL comprende que el sujeto es un sujeto situado, histórico, capaz desde una formación autónoma de cambiar sus estructuras individuales y colectivas. Es también propósito del Centro caracterizar las nuevas formas de distribución del poder en América Latina y las formas de comunicación del mismo dado que el pluralismo cultural en esta parte del continente por la configuración histórica de los grupos sociales incluye múltiples formas de expresión que deben ser consideradas y leídas a través de la construcción de conocimiento; además se incluyen los objetivos de visibilizar los resultados de la producción intelectual del Centro, promover la formación de nuevos investigadores y participar en redes nacionales e internacionales de investigadores, ayudando a consolidar una comunidad académica nacional fuerte en el campo de conocimiento y cultura en América Latina de modo que se dé la posibilidad de organizar eventos académicos que propicien el intercambio de conocimientos y experiencias con otros investigadores tanto a nivel nacional como internacional en dicho campo, y de esta manera incidir en políticas y programas orientados a la configuración de espacios democráticos y a la formación ciudadana de sujetos políticos comprometidos con la construcción de un país realmente democrático, equitativo y justo.

La posibilidad de lograr los horizontes soñados por el CECCAL se vislumbra en una formación en *autonomía*, entendida ésta como capacidad de pensar por sí mismo, sin desconocer a los otros, porque como sujeto se es libre de hacerlo, y el sujeto moderno es autónomo porque entiende que las normas, los valores, las reglas para orientar sus comportamientos ya no le llegan por tradición, ni por autoridad ni por revelación, sino que en una razón ya no hay uso cognitivo o teórico, es su uso práctico el que establece de manera autónoma los principios para determinar cuándo una acción es moral.

Orientar hacia la *reflexividad*, «basada en la dialéctica hegeliana en la que se comenzó a entender la identidad como un proceso abierto, en construcción, nunca completo, donde el sujeto se conoce a sí mismo al tiempo que conoce el mundo y a los demás. En este caso la identidad no es sólo la reflexión del individuo sobre sí mismo, tampoco es un simple producto histórico, ni mucho menos la adopción del comportamiento de los demás. También es acción sobre el mundo; esto es, una conjunción de

tradición y construcción social».[1] Esto significa un proceso educativo que privilegie la autonomía de los sujetos a través de su participación y aportes al entorno social al que pertenecen.

> En la línea de pensamiento hegelo-marxista, el desafío metodológico que nos proponemos es comprender la apropiación práctica que el sujeto logra de la realidad en movimiento, del presente histórico en construcción, gracias a la amplitud de sus formas de razonamiento categorial sobre la base que aprehende la totalidad concreta. La elaboración metodológica del pensamiento dialéctico, categorial, exige seguir el curso de la realidad, el despliegue histórico de lo real, lo que es un criterio de objetividad propia de una ciencia crítica. Lo que igualmente traduce la configuración de la praxis o de una orientación política de la acción de los sujetos.
>
> Cuando lo anterior alcanza una traducción formativa se desarrolla en los círculos de reflexión y cultura cuyos dispositivos didácticos son la pregunta, la escucha crítica, el diálogo crítico, los relatos autobiográficos, la configuración de campos de observación para la lectura del presente histórico y la construcción del pensamiento categorial, la matriz epistémica. Todo lo cual sirve a propósito del desafío metodológico de que el sujeto se pueda acercar a la realidad en su dinámica propia constitutiva.[2]

La apuesta metodológica del CECCAL se materializa en tres líneas de investigación:

— Memoria, historia y utopía en América Latina.

— Sujetos, movimientos sociales y visiones alternativas de futuro en América Latina.

— Subjetividad y subalternidad: formación y pensamiento en América Latina.

Por las razones antes expuestas el CECCAL presenta a todos los lectores el libro *Los horizontes de la razón III*, del Dr. Hugo Zemelman, que representa un invaluable aporte a la construcción de futuro para América Latina, objetivo central del CECCAL; las

1. C. Guerra Rodríguez (1997), «Hacia una sociología del sujeto: democracia y sociedad civil», en Emma León y Hugo Zemelman (coords.), *Subjetividad: umbrales del pensamiento social*, Barcelona: Anthropos Editorial / CRIM-UNAM.

2. Reflexión realizada por el profesor Germán Guarín, estudiante del doctorado en conocimiento y cultura latinoamericana.

tres secciones en las que se divide el libro (I. Del método en general, II. El movimiento del sujeto, III. Leer el orden como espacio de construcción) constituyen un mapa por el cual transitar en busca de los objetivos propuestos.

La primera sección titulada «Del método en general» hace especial referencia a la ubicación del sujeto investigador, cuando afirma: «Es relevante, a este respecto, la situación contextual del investigador, porque su ubicación institucional puede dificultar su colocación en el momento.

»La simple condición profesional no garantiza la construcción de pensamiento, en la medida que el proceso formativo está casi exclusivamente orientado al manejo de la información ya codificada, ya que no es lo mismo el manejo de la información que el acto de pensar». Hace referencia a esa comprensión que debe hacer el sujeto de su historia, en tanto forma parte de las influencias culturales y sociales a las que pertenece; esta sección se refiere a cómo se relaciona el pensamiento del sujeto con su actuar, es decir, con su práctica social.

La segunda sección, «El movimiento del sujeto», hace referencia a ese devenir que acompaña a la ubicación del sujeto, que se encuentran en constante transformación no solamente las circunstancias externas sino el mismo sujeto, y ello implica comprender su trasiego en aras de construir las relaciones planteadas en la primera sección.

La tercera sección es «Leer el orden como espacio de construcción». Seduce la referencia que hace a ese nuevo espacio de significación de categorías y relaciones como la pobreza, el poder, la violencia, el conflicto, y esto implica una desestructuración de los órdenes y esquemas establecidos cultural y científicamente para ubicar un sujeto dentro del movimiento que implica la vida.

De lo que trata esta presentación es de mostrar al lector cómo el texto *Los horizontes de la razón III* articula los propósitos del CECCAL ya expuestos y, como su mismo nombre lo expresa, constituye horizonte de acción para la comprensión de los fenómenos sociales, culturales e históricos de América Latina.

María Teresa Carreño Bustamante
Directora del CECCAL
cis@umanizales.edu.co

PREÁMBULO

Quien conoce la obra escrita de Zemelman, conoce a Hugo Zemelman. Pocos pensadores pueden dar cuenta de ello y es en este *Los horizontes de la razón III. El orden del movimiento* donde quizá esa subjetividad se haga presente con mayor nitidez. En este texto, como el autor mismo lo dice, se recuperan planteamientos ya abordados no sólo en *Horizontes I y II*, sino también enriquecidos por elaboraciones posteriores a éstos. El problema del momento histórico y el sujeto en su capacidad de intervención se encuentra en el centro del planteo epistémico propuesto. El mismo va adquiriendo distintos niveles de análisis y de profundidad a lo largo de la obra de Zemelman, como si nos adentráramos en un laberinto donde cada recoveco, lejos de ser una salida ciega y frustrante, se convierte en un alto que nos invita a revisar nuestro propio mapa de ruta y considerar las posibilidades aún no exploradas del conocimiento.

En esta oportunidad y en la familiaridad de ciertas nociones con las que una tropieza por momentos, *Horizontes III* se mete de lleno en uno de los temas pendientes, mencionado en otras ocasiones pero tal vez no tan polémicamente tratado,[1] cual es el problema de la historia como *proceso* y como *experiencia*. Es en esta última perspectiva donde la historia como experiencia obliga a revisar la cuestión de las temporalidades y la intervención de los sujetos. Si la realidad socio-histórica es procesual pero

1. Estamos haciendo referencia, por ejemplo, a lo abordado en *Uso crítico de la teoría. En torno a las funciones analíticas de la totalidad*, de Hugo Zemelman, editado por el Instituto Politécnico Nacional (IPN), México, 2009.

además es potenciable por el sujeto, ¿cómo se puede reflejar este rasgo en la construcción de enunciados?, es decir, ¿cómo hace la historia para dar cuenta de lo inacabado, de lo potencial, de lo no instituido? Y por si esto ya no fuera un problema, la historia ¿debe dar cuenta de ello?, ¿puede hacerlo? Hasta aquí un enorme desafío que en gran medida los historiadores hemos venido minimizando, obviando, cuando no ignorando.

En sintonía con lo laberíntico que resulta el problema planteado, la primera impresión que se tiene al iniciar la lectura es de perplejidad: ¿por qué comenzar hablando del *orden del movimiento* citando la *teoría del caos*? Y éste es nuevamente Zemelman combinando como alquimista entusiasta aquello que el *malleus maleficarum* de la ciencia prohíbe y la Teoría (con mayúscula) descalifica. Habrá que avanzar más en la lectura, derribar parámetros y saltar cercos teóricos para dejarse seducir por la potencialidad comprensiva que tiene esa extraña relación.

Orden, movimiento y caos son conceptos en tensión en cualquier caso que se los piense, ¿por qué elegirlos, entonces, como disparador de la reflexión? En primer lugar, porque esto le permite a Hugo Zemelman cuestionar el sentido del *discurso único* como *verdad* asociado al *orden* de lo dado, de lo conocido, de lo ya consensuado en términos de conocimiento, sin posibilidades de explorar lo potencial, lo no acontecido, lo que los historiadores reducen a lo *contrafactual*.

En segundo término, porque el desafío —según lo expresa el mismo autor— consiste en liberar el pensamiento de un concepto de realidad que es externa al *sujeto*, concepto que al negar la intervención de éstos en la construcción misma de la realidad histórica concibe al sujeto en forma pasiva y se ampara en la noción progresiva del tiempo, donde el futuro se reduce a un simple cálculo de previsibilidad.

Y por último, porque pensar en el *movimiento* es pensar el *tiempo* —la larga, la mediana y la corta duración— pero es sobre todo a partir del análisis de *coyuntura* donde la articulación y tensión entre el *orden* como discurso de lo dado y el *caos* como fuerza de lo potencial se exponen a los ojos del historiador que se disponga a verlo.

Sabemos que a partir de Braudel fue posible reivindicar como una conquista valiosa de la historiografía el descubrimiento de que la historia no es sólo ciencia de lo que cambia sino también

de lo que permanece. Continuidades y rupturas se presentan como coordenadas necesarias en toda investigación histórica y es el énfasis en unas u otras lo que expresa esa particular colocación del historiador frente a la realidad que pretende comprender. En la trayectoria del campo disciplinar, el análisis de las *estructuras* se ha llevado muy bien con la *larga duración*, con el tiempo de las *permanencias*. Son tiempos largos los que dan sustento a la idea de *proceso*, superando la narrativa histórica positivista amparada en el hecho aislado y en el dato sin contexto. Pero, por otro lado, el análisis de las estructuras —en especial las que dan cuenta de la economía y de la sociedad— mantiene una inercia que es difícil de articular con el análisis del presente y en especial con el de la política. ¿Por qué? Porque la política es el campo por excelencia del *acontecimiento*, de la *coyuntura*. En larga duración nos es más sencillo observar las *continuidades* en el proceso histórico, pero cuando nos adentramos al estudio de la coyuntura, del «acontecimiento», estamos en condiciones de palpar y comprender más específicamente el lugar del *cambio* histórico, de las *rupturas*.

A las estructuras no les gusta el acontecimiento y los acontecimientos muchas veces no saben a qué estructuras pertenecen. La pregunta central es entonces: ¿cómo articular ambos? La tercera sección de esta obra es un aporte fundamental en esa dirección. El análisis de coyuntura es el análisis del momento pero en la perspectiva de su desenvolvimiento, aquí es donde la intervención de los sujetos se hace visible en la multiplicidad de direcciones que puede tomar la realidad. Articular lo dado-determinado con los márgenes de autonomía del sujeto es la función que cumple la dimensión política del pensar y conocer. «Si como sujeto somos contexto: ¿de qué pasado somos herederos?, ¿de qué futuro podemos ser protagonistas?, ¿qué estructura nos determina?, ¿con qué margen de determinación, y en consecuencia, de qué opciones de construcción abordamos la relación entre continuidades y discontinuidades, entre lo moldeado y lo moldeable, entre lo establecido y lo incierto? La historia es la dinámica conformada por la relación entre continuidad y ruptura cuya conciencia es la historicidad como forma del acto de pensar», afirma Hugo Zemelman.

Por todo esto y lo que aún queda por pensar y discutir en ronda, *Los horizontes de la razón III. El orden del movimiento* es

una apuesta por pensar la epistemología de la historia y es también un planteo provocador para el historiador como sujeto.

Por último, y si sirve de advertencia para el lector desprevenido, este libro no es un texto para estudiar y citar en futuras presentaciones académicas, es un escrito primero para ser escuchado, luego para ser conversado y por último para ser debatido. El texto habla y tal vez dice más de lo que sus párrafos largos y complejos logren expresar. Quien alguna vez haya tenido la suerte de escuchar a Hugo Zemelman en una conferencia encontrará en este texto mucho de sus gestos, de su voz y de sus silencios inquisidores. Tampoco está ausente su mirada existencialista ni su pasión por la política, pero no con la angustia de los filósofos de la sospecha o el nihilismo de los vencidos, sino con las convicciones de un humanista sin disculpas, de un militante del pensamiento. *¿Cuántos pasados hay en el futuro que queremos y cuántos futuros en el presente que construimos?* Y quién mejor que Hugo Zemelman para ayudarnos a pensar esta respuesta.

Si «la historia es vida que reclama su conciencia» *Los horizontes de la razón III* es una buena forma de comenzar a buscarla.

María Beatriz Gentile

Febrero de 2011,
desde la Argentina austral

ÍNDICE GENERAL DE LA OBRA

LOS HORIZONTES DE LA RAZÓN

TOMO I
DIALÉCTICA Y APROPIACIÓN DEL PRESENTE
Las funciones de la totalidad

TOMO II
HISTORIA Y NECESIDAD DE UTOPÍA

TOMO III
EL ORDEN DEL MOVIMIENTO

DE LO EXISTENCIAL HISTÓRICO

Dice Walt Whitman en un poema del «Canto a mí mismo»:

> Esto no es un libro. Quien lo toca está tocando a un hombre...
> Las palabras de mi libro no son nada, su intención lo es todo, es un libro aislado, sin relación con los demás, ya que no fue expresado con el intelecto, pero sé que cada página te conmoverá con sus significados en estado latente, nunca dichos.[1]

Parafraseando el poema, podemos decir que este libro representa un desafío para adentrarse en su argumentación, pues el significado de sus páginas sólo puede tener sentido creativo para el lector que busca plantearse un problema, a partir de sus propias necesidades histórico-existenciales.

Requiere de un lector que no se olvide de sí mismo, pues, cuando pensamos en la historia, pensamos la vida. Pero la vida como un alejarse de lo primigenio del nacimiento que deviene en tener que mirarse en lo que tiene de misterio, que nunca termina por revelarse. La historia es vida que reclama su conciencia, por eso como experiencia es la necesidad de su propia conceptualización para organizar la necesidad del pensamiento, que podemos ordenar desde el plano puramente existencial hasta las más altas abstracciones.

¿Cómo definir los deseos de pensar? ¿Con qué aspiraciones se vinculan? ¿Es la esperanza un simple discurso, o una apetencia de completud? ¿Vivimos las circunstancias o simplemente las registramos? ¿Nos determinan éstas para avanzar más allá

1. Walt Whitman, *Hojas de hierba*, Barcelona, Visor, 2008.

de ellas o, por el contrario, nos desvían hacia el camino menos desafiante?

¿Deviene el tiempo en futuro o en puro ensimismamiento sin trascendencia más allá de los límites del yo personal? ¿El tiempo nos afecta como angustia o como urgencia de preguntas por lo no acontecido?

¿Cuáles son los lenguajes que nos constituyen? ¿Cómo tomar conciencia de la experiencia de vida? ¿La vida es siempre una experiencia de la que nos apropiamos? ¿Se transforma en necesidad para abordarla como incertidumbre abierta a posibilidades? ¿O estamos atrapados en la quietud de un presente que reproduce su estabilidad?

¿Cómo es afectado el pensamiento por el instante? ¿Cómo vivimos el transcurrir entre momentos? ¿Qué significa contemplar un instante y qué relación tiene con la conciencia acerca del devenir de las cosas?

Aparentemente siempre estamos abocados a leer síntomas, exigencias que nos atrapan, o incertidumbres que nos atemorizan. Las circunstancias forman parte de lo que nos impulsa a estar y ser de algún modo, que se traduce en sentimientos y visiones, expectativas y acciones que se resisten a empobrecerse con los formatos de las recetas definitivas. De ahí que cuando vivimos la historia como experiencia nos anima un sentido de apertura que obliga a entrenar la mirada sobre aquello que acontece y nos afecta.

Estamos colocados ante un amplio abanico de realidades posibles y heterogéneas, con muchos tiempos y lugares, que son las ansiedades y sueños que buscamos trasformar en conceptos, porque forman parte de la condición existencial en la que se da la lucha por hacer nacer al hombre desde su animalidad.

La cuestión es la capacidad de los hombres para liberarse de aquello que los atrapa y que se traduce en desafíos para reconocer espacios de convivencia que plantean la necesidad de una constante vigilia valórica.

En el plano de la experiencia, nos enfrentamos a varios tiempos pero de forma simultánea; de ahí que el pensamiento tenga que estar vigilante respecto de los síntomas en que cristaliza el movimiento de lo real vivido. Estar atentos a las situaciones desde donde se piensa, de modo de permanecer abiertos para reconocer sus duraciones variables propias de la diversidad de cir-

cunstancias que caracterizan la vida social. Duraciones que inevitablemente nos colocan ante lo incierto o lo oculto de lo establecido, como el movimiento geológico de las montañas que aparentemente permanecen inconmovibles.

De ahí que tengamos que estar vigilantes de que los caminos son siempre entrada a otros caminos, algunos de los cuales pueden estar claramente trazados a fin de imponerse, pero que nos alejan como las autopistas de los paisajes circundantes. No podemos perder de vista que lo fundamental es entrar en los espacios sociales, como en una gran geografía, para incursionar por sus paisajes con la conciencia de que éstos no se agotan en el trazado de los caminos.

Como ha dicho el poeta, cada paso tiene sentido en sí mismo, pero en la medida en que cada paso, o cada instante, lo sea de un viaje. Desde la experiencia cotidiana de la historia surgen necesidades que son como las matrices de formas de pensar: necesidad de instalarse en lo establecido pero también de reconocer las aventuras de sus límites; enfrentarse con lo inmediato que puede caminarse pero también con los horizontes que dan amplitud al presente; pensar desde las certezas pero hacerlo desde la tensión de lo inacabado que podemos vivir como ignorancia o misterio.

El discurso que procuramos desarrollar nace de estos desafíos de conciencia y de imaginación como la base para la creación de conceptos desde una búsqueda de sentidos. Por ello, el libro exige de un sujeto que no se olvide de sí mismo, sino más bien que se atreva a construir su propio camino con la ayuda de sus páginas.

La tarea consiste en despertar la propia fuerza para superar las debilidades y miedos, trascendiendo la superficial tranquilidad de la rutina. En esta dirección, se plantea tener que cuidarse para no extraviarse en el manejo de los atajos tecnológicos como expresión de una seguridad para la apropiación de «la realidad»; lo cual implica abandonar al sujeto en la medida en que la opción tecnológica no aborda la voluntad y conciencia de la colocación en el momento, en tanto en cuanto representa una solución que se impone al sujeto.

Como se ha señalado, «la racionalidad formal del mundo moderno ha encontrado en las ideologías económicas neoliberales del mercado autorregulador y en la doctrina de la seguridad nacional dos expresiones extremas pero complementarias de la

subordinación de todo *ethos* al primario de la funcionalidad de las estructuras. Esto es, a la cultura del capital con su lógica productiva y de optimización».[2]

Por lo anterior, estamos ante el desafío de abrir la mente a aquello que no se agota en los significados que heredamos, según como han sido forjados por modos anteriores de razonar y de construir conocimiento. Se plantea asumir que la historia como proceso y experiencia está siempre creando nuevas modalidades de instalarse con las consiguientes implicaciones de índole lógica y epistémica y sus consecuencias sobre la argumentación desde contenidos.

De lo anterior se desprende la importancia de comprender la historia de las ideas como manifestación de los esfuerzos del hombre por construirse. Y para decirlo en palabras de Whitman, poder llegar a «todo lo bueno que hay en la tierra y en el sol... ni aceptar nada que venga de segunda o tercera mano... ni alimentarse con los espectros de los libros... Ni siquiera mirarse con mis ojos, ni aceptar las cosas que he aceptado, oirás todas las opiniones y serás tú quien las filtre por ti mismo».

2. Pedro Morandé, *Cultura y modernización en América Latina*, Santiago de Chile, Cuadernos del Instituto de Sociología, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1984, p. 20.

INTRODUCCIÓN GENERAL

El presente libro es una continuación de *Los horizontes de la razón*, vols. I y II, pero incorporando los desarrollos conceptuales que fueron acometidos con posterioridad al vol. II. En efecto, se recuperan planteamientos acerca del momento histórico y el sujeto en su capacidad de intervención, a partir de concebir la realidad como una construcción de los sujetos que puede asumir diferentes direcciones. Lo que implica asumir con mayor profundidad la historicidad como movimiento interno del sujeto y la realidad social como espacio de construcción: lo que implica desarrollar la idea de momento y secuencia histórica.

Recapitulando, en el vol. I nos ocupamos de la apropiación del presente para comprender la realidad socio-histórica como secuencia de momentos, planteando un concepto más amplio de racionalidad de manera de incorporar la historicidad de los fenómenos. En el vol. II, por su parte, se abordó la idea de que lo posible refiere a la desparametrización del pensamiento, necesaria para abrirse al transcurrir de situaciones históricas en las que el sujeto interviene para influir en su dirección.

Todo lo cual se traduce en una propuesta de pensamiento que permita dar cuenta de la realidad como espacio de posibilidades, en oposición a la demarcación de la lógica de objetos teorizables que encuentra su apoyo en el predominio de las categorías de lo indeterminado y de la potenciación.

En la perspectiva esbozada, el presente libro recupera ideas contenidas en *Sujeto: existencia y potencia*, en lo que respecta a ubicar la relación de conocimiento en el marco de la colocación

del sujeto ante las circunstancias.[1] Planteamiento que está asociado a la idea de necesidad de mundo y de conciencia, que es lo que abordamos en *Necesidad de conciencia,* con las consecuencias que tiene sobre las formas de organización del pensamiento.

Pero a su vez, el desarrollo anterior lleva a plantear esta necesidad como premisa del razonamiento en reemplazo de la verdad, lo que procuramos estudiar en *El ángel de la historia* desde dos ejes principales: la expansión de la racionalidad del sujeto para construir su propia autonomía, así como la problemática del lenguaje para desplegar el conjunto de las facultades del sujeto.

Desde esta perspectiva, el libro que presentamos, al contribuir a enriquecer la discusión anterior, podemos considerarlo como parte del programa propio de *Los horizontes de la razón*; de ahí que podamos titularlo como vol. III.

Los horizontes de la razón III se divide en tres secciones; la primera y la segunda se refieren al discurso del método en general y a los desafíos que al sujeto le plantea el proceso de construcción del conocimiento, tanto en lo que se refiere a su movimiento interno como al uso del lenguaje.[2] Mientras que en la tercera sección se trata un modo particular de la relación entre sujeto y realidad, como es el análisis de coyuntura.[3]

El texto se orienta hacia el movimiento de lo «real-externo» y del propio sujeto pensante y actuante, por lo que el método se concibe como el lenguaje del proceso de llegar a ser; pues en el

---

1. Con motivo de este texto, la reflexión epistémica experimentó un cambio de ángulo orientada a profundizar en la problemática del sujeto. Este cambio se gesta en una primera confrontación con personas dedicadas a la educación. Es lo que representó el diálogo con la doctora Estela Quintar con motivo de la invitación que me formulara en noviembre de 1996 para participar en el seminario de la Universidad Nacional del Comahue, Argentina, experiencia que da cuenta en el texto publicado con el título «El conocimiento como desafío posible».

2. Un desarrollo mayor de esta problemática lo hemos emprendido en el texto titulado *Lenguaje y poder: razonar y gramática del pensar histórico,* que se encuentra en etapa de elaboración.

3. El segundo libro abordará la problemática de un mayor desarrollo de diseños operativos, según lo exijan las directrices epistémicas planteadas. Este segundo libro lo concebimos como el cometido de un taller que se pueda desarrollar con participación de alumnos que están en la etapa de elaboración de su tesis, así como de investigadores que estén dispuestos a avanzar en la elaboración de diseños metódicos particulares. Lo anterior forma parte de los desafíos formativos que ha asumido el Instituto Pensamiento y Cultura en América Latina (IPECAL).

pensar histórico-social es central el paso desde lo existencial-histórico del sujeto a los distintos modos de construcción de contenidos de proposiciones.

La única seguridad que puede garantizar la forma de pensamiento histórico descansa en saber rescatar las capacidades, muchas veces latentes, de la condición humana respecto de lo que Brecht llamara «el pensamiento con capacidad de intervención»; pero que supone que la preocupación por la intervención diaria no excluye las preocupaciones más especulativas.

La condición humana abarca tanto las facultades intelectivo-analíticas como la intuición y la capacidad de imaginar y hacer; lo que lleva a recordar la observación de Lakatos, no siempre muy recordada, cuando cuestionó que la razón del progreso del genio humano se debiera a su propia capacidad de pensar en contra del genio humano. Aunque, más cercano a nuestra historia cultural latinoamericana, cabe tomar en cuenta la enfática afirmación de Henríquez Ureña: que no es ilusión la utopía, sino creer que los ideales se realizan sin esfuerzo y sin sacrificios. Hay que trabajar, es lo que cuenta. «Nuestro ideal no será la obra de uno, dos o tres hombres de genio, sino de la cooperación sostenida, llena de fe, de muchos, innumerables hombres modestos».

Se trata de apoyarse en una mejor comprensión dinámica de aquello que nos determina, de manera aparentemente inamovible, como puede ser el Estado, la economía y la cultura, para desarrollar un conocimiento que se construya desafiando las múltiples formas de alienación que nos impiden reconocernos como sujetos. En el fondo, afrontar el saber pensar y conocer desde la vida como creación, sin imponer a la realidad histórica lógicas externas que la empobrecen o distorsionan.

El objetivo es resistir el cansancio, la apatía o la falta de perspectiva, la vaciedad de contenidos que para muchos caracteriza el final del siglo XX de modo de potenciarnos y reconocer la vida como movimiento de la inteligencia, de la imaginación y de la voluntad.

Por consiguiente, el conocimiento ha de contribuir a fortalecer la conciencia de todos, o, por el contrario, simplemente reducirse a representar poder sólo para algunos. En este sentido, nos preocupa abordar de otra manera su construcción a fin de no perder de vista la presencia de los sujetos, lo que obliga a asumir una postura abierta al movimiento tanto de lo real externo como del propio sujeto.

Pero además obliga a conferirle al conocimiento un significado más profundo que el puramente cognitivo, al concebirlo como parte del acto de tener conciencia acerca de quién se es, como sujeto situado en la historia, en la medida en que reviste importancia para la vida en cuanto capacidad para forjar opciones de futuros posibles.

Pensar y conocer se entienden como un esfuerzo para enriquecer el espacio cotidiano desde el cual tomamos conciencia de lo que nos acontece, porque siempre estamos dando cuenta de un presente, por lejano que se encuentre respecto del momento en que vivimos. Lo que ha ocurrido en el pasado, que es lo que la historia registra, tiene lugar en un presente protagonizado por sujetos que actuaron avizorando un futuro, deseándolo o imaginándolo como programa, aunque no siempre con claridad. Por eso, consideramos que el pensamiento nunca puede ser ajeno al drama de la existencia humana, a una relación conflictiva con opciones, algunas de las cuales pueden construirse mientras otras son descartadas o invisibilizadas.

Tenemos que comprender que nunca hay un solo pasado sino muchos, que son recuperados como base desde donde apoyarse para construir sentidos de futuro. Y de esta manera enriquecer la mirada sobre las circunstancias que caracterizan el momento que vivimos, a partir de lo que pudo hacerse y se hizo, pero también desde aquellas posibilidades que no llegaron a cristalizar. Ambas situaciones son expresión de la historia como construcción de los sujetos.

Lo anterior en tanto «los acontecimientos futuros dependen ahora de la política —esto es, de decisiones conscientes, posiblemente erróneas y sin duda variables—, el rumbo del futuro mismo se ve desviado por su intervención».[4] Aunque, de verdad, no se puede hablar, en nuestra opinión, de «rumbo de futuro», sino más bien de construcciones sociales a partir de perspectivas de tiempo que permitan, no tanto poner a prueba predicciones, sino más bien resolver «el intento de ver los acontecimientos futuros en términos que no sean lineales».[5]

---

4. Eric Hobsbawm, «Historia y el futuro», en *Sobre la historia*, Crítica - Grijalbo Mondadori, Barcelona, 1998, p. 62.

5. Eric Hobsbawm, «Historiadores y economistas I», en *op. cit.*, p. 118.

La idea de desarrollo no puede reducirse a un juego de factores, jerarquizados, por cuanto supone la incorporación de situaciones concretas que articulan niveles, pero, además, por el hecho de que los procesos socio-históricos son el producto del devenir de sujetos, por lo que están conteniendo opciones de desenvolvimiento en distintas direcciones. Es lo que permite pensar que la capacidad de potenciación se corresponda con lo que los historiadores han llamado «condicionales contra-fácticos», que equivale a especulaciones en torno a opciones de posibilidades ya que, para el caso de la historia, «no se ha encontrado ningún modo de cambiar lo que ya ha sucedido».[6]

Se pueden encontrar muchas situaciones que ilustran acerca de resultados posibles que no se impusieron, pero que generaron sus propias consecuencias. Por ejemplo, la rebelión de los plebeyos, durante el periodo de la república, en Roma, en el año 494 a.C., una especie de huelga de brazos caídos para tener acceso a las magistraturas desde las cuales se dirigía la República y que diera lugar a la creación de nuevos organismos de consulta y de decisión, como la Asamblea de la Plebe, hasta la promulgación de la Ley de las XII Tablas, así como a las «secesiones» de 471 y 449 a.C., que abrieron resquicios en el orden político de la república patricia.

También se pueden mencionar situaciones, aparentemente contingentes y caprichosas, pero que en definitiva tuvieron grandes consecuencias. Un caso es la disolución de la orden de los templarios resultado de la obstinación, también de la codicia, de Felipe IV de Francia, así como de los temores del papa Clemente V para evitar un cisma en la Iglesia católica, o de su propia enfermedad, que lo debilitó para defender la orden ante las presiones del rey.

Así como las consecuencias que tuvo para la empresa libertadora de Bolívar el hecho de que el general Morillo no recibiera los refuerzos que esperaba de España, en razón a la sublevación que encabezara el general Rafael del Riego de las tropas que se trataba precisamente de enviar a América, lo que determinó el retiro del general Morillo que regresó a España; coyuntura que aprovechó Bolívar para fortalecerse haciendo posible los grandes triunfos militares de Carabobo, Pichincha y Junín. Podría

6. *Ibíd.*, p. 108.

también mencionarse la situación de lo ocurrido durante la batalla de Ayacucho, curiosamente caracterizada por escasas bajas en ambos bandos y una breve duración, que pudo estar reflejando dinámicas no aclaradas suficientemente, como fueron los renovados encuentros entre los jefes de ambos bandos en pugna.

O bien situaciones como «¿qué hubiese sucedido si Lenin se hubiera quedado en Zurich en 1917?, ¿y si Neville Chamberlain hubiera resistido las exigencias de Hitler en 1938, como le instaron a hacer los generales alemanes que planeaban un golpe contra Hitler?».[7] Durante la Segunda Guerra Mundial se dieron cantidad de situaciones que pudieron dar lugar a distintos desenlaces, como la ausencia de determinados líderes militares alemanes en el frente oriental, como el caso del general Rommel, que fuera vetado por sus iguales; también el descubrimiento por los servicios secretos ingleses de las instalaciones alemanas destinadas a la fabricación de cohetes, en Peenemünde, y su destrucción, así como el mal uso de los V-1 en el bombardeo de Londres al privilegiar blancos civiles en lugar de atacar blancos militares; etc.

Estas situaciones ilustran la naturaleza de los procesos en los que puede distinguirse con claridad la posibilidad de opciones de intervención, cuya magnitud puede variar desde situaciones macro-sociales hasta situaciones micro-sociales, donde la presencia o ausencia de personalidades tiene consecuencias a largo plazo histórico.

En este marco, cabe destacar la voluntad de impulsar la emergencia de acontecimientos. El ejemplo más notable durante el siglo XX fue la revolución rusa, porque como señala Hobsbawm sigue «estando de moda atribuir la revolución de octubre enteramente a la decisión de Lenin de llevar a cabo una especie de golpe de Estado en el breve periodo en que había posibilidades de que saliera bien».[8] En efecto, los bolcheviques ganaron «porque a diferencia de casi todos los demás grupos de izquierda estaban dispuestos a tomar el poder; a reconocer y tener en cuenta lo que estaba pasando en las bases y porque en el momento crucial estuvieron preparados para tomar el poder».[9]

---

7. Hobsbawm, «Historiadores y economistas II», en *op. cit.*, p. 123.
8. Hobsbawm, «Historia y el futuro», p. 60.
9. *Ibíd.*, p. 61.

Pero esta relevancia de la intervención de los hombres implica entender que los hechos de victoria resultan ser el producto de la imposibilidad de una alternativa, como puede ilustrarlo el caso de esta revolución como resultado de la imposibilidad de un régimen burgués democrático, o bien militar-burocrático, en razón a la debilidad de las clases medias y al debilitamiento de las fuerzas armadas, en forma que la alternativa era «tener un gobierno bolchevique o no tener ningún gobierno».[10]

En este mismo sentido se puede mencionar la problemática coyuntural que puede ilustrarse con la crisis del socialismo real. En efecto la acumulación de tensiones permitía pensar en distintas opciones en cuanto al desenlace de la crisis. Como se ha sostenido, el gran mérito de Gorbachov con el apoyo de algunos de sus colaboradores más próximos, como Shevardnadze para la política exterior, consistió en rechazar la solución de fuerza, tanto para la URSS misma como para los demás países de la Europa del este. Situación que discrepa de lo ocurrido en China durante 1989 al analizar el comportamiento contrastante de Deng Xiaoping cuando no vaciló en reprimir las manifestaciones estudiantiles en Tiananmen. En el primer caso la no decisión de intervenir, o bien la incapacidad de hacerlo, selló la suerte de las democracias populares, por lo que la caída del muro de Berlín, como se ha señalado, fue sólo un momento emblemático. En contraste con esta situación, en el caso de China se mantuvo un proyecto político que ha llevado a una suerte de coexistencia del comunismo como régimen y el capitalismo como modelo económico. En ambas situaciones las coyunturas fueron decisivas para comprender el desenvolvimiento de la sociedad, ya sea por la intervención de fuerzas sociales o por la presencia o ausencia de determinados liderazgos.

Coyunturas que muestran que los procesos históricos son siempre procesos políticos, en el sentido de creaciones, ya sean éstas propias de determinados colectivos sociales, o bien de individualidades colocadas ante circunstancias que permitían construir acontecimientos con influencia para abrir un curso de dirección —u otro— al movimiento histórico. Pero en el entendido de que estas acciones de los hombres no son simple expresión de voluntarismo. Como es el caso del análisis sobre Lenin de

---

10. *Ibíd.*

Hobsbawm cuando afirma que «la acción estaba en función de lo que era posible y nadie trazaba el mapa del territorio cambiante sobre la marcha con más cuidado que él ni con un sentido más inexorable de lo que era imposible».[11]

Los ejemplos anteriores muestran cómo la historia es una secuencia de coyunturas, no siempre fácil de reducir a lógicas de determinación. Ello obliga a colocar en el centro del debate las discontinuidades, las emergencias imprevisibles a corto plazo, pero que trascienden. La historia acaba siendo una configuración de situaciones, en las que los hombres se sitúan y que no se puede reducir a un cuerpo cerrado y sistémico de conceptos con capacidad de prevenir opciones. Más aún cuando aparece el poder con su capacidad de imponer memorias, que no es sino una selección de pasados pero que tiene la fuerza de aplastar, someter y conformar subalternidad.

En América Latina lo que decimos se manifestó en el siglo XIX, en cierto pensamiento, que a pesar de su afán emancipatorio respecto de España, no pudo liberarse de un pasado transmitido canónicamente; un pensamiento que no siempre supo romper con la herencia cultural de la colonia española, pero tampoco con la influencia inglesa o francesa.

El ejemplo más notable, en este sentido, es lo que ocurrió con los modelos europeos y los intentos de aplicarlos en América Latina durante los procesos emancipatorios, que han sido puestos de manifiesto por muchos historiadores. Es el caso de José Luis Romero cuando afirma que: «Las corrientes ideológicas en países de desarrollo autónomo como el de los países europeos, han creado un modelo de exposición que no puede utilizarse en el caso latinoamericano, pero sin embargo, obra sobre cualquier intento que hagamos imponiéndonos su esquema y documentando nuestra impotencia. El esquema de las corrientes ideológicas en Europa occidental no puede servirnos de modelo, porque el desarrollo de las corrientes ideológicas tiene allí una profunda coherencia con el desarrollo económico, social, político y cultural. Esta situación no se da en Latinoamérica».[12]

---

11. *Ibíd.*

12. José Luis Romero, «Situaciones e ideologías en el siglo XX», en *Situaciones e ideologías en América Latina*, Medellín, Universidad de Antioquia, 2001, p. 37.

La pugna se da entre conciencia del pasado y conciencia de potenciación, marcada por un sentido de trascendencia histórica, no necesariamente escatológica, que pasa por transformar situaciones de vida en posibilidades de cambio, a partir de una conflictividad entre colectivos sociales o entre individualidades, para dar curso a visiones de futuro que se puedan transformar en prácticas sociales constructoras de sentido.

Por eso, cuando hablamos de conciencia histórica, estamos refiriéndonos a una forma de pensar abierta al devenir de lo posible, no a una teoría, y menos a creer que esta conciencia es producto de aquélla. Más bien, cuando hablamos de momento estamos abordando al sujeto que piensa desde su capacidad de acción, pero que también cuestiona desde un sentido que le permita colocarse ante las circunstancias. De otro modo, no hay más que objetos pero nunca creación; por eso el texto que presentamos invita a confrontar lo político con lo histórico, lo que es fundamental, pues constituye el desafío mismo de los sujetos que, apropiándose del presente, se asumen como constructores de futuro.

De ahí que la idea de entender los movimientos sociales como fuerzas morales no sea extraña a este planteamiento.

PRIMERA SECCIÓN

DEL MÉTODO EN GENERAL

Como historiador me preocupa siempre el futuro: ya sea el futuro como ya ha nacido de algún pasado anterior, o tal como es probable que nazca del *continuum* del pasado y el presente.[1]

Problematización de los límites

Vivimos hoy un cambio de época cuyas transformaciones y rupturas nos enfrentan a la necesidad de construir nuevas categorías, para abordar los fenómenos, pero sin desconocer los conocimientos acumulados, muchos de ellos, durante largos periodos.

El momento de la globalización representa una ruptura que vuelve obsoletas categorías clásicas de la modernidad filosófica y política (Estado, pueblo, soberanía, nación, centro-periferia, lo público, lo privado), que se han vuelto palabras-zombis, o, para expresarlo con la definición perentoria de Th.A. Adorno, «cadáveres conceptuales, meras supervivencias y resistencias inerciales de un paradigma irrevocablemente pasado».

La revolución técnica, mejor dicho, la opción tecnológica, «no tiene como efecto una simple ampliación del horizonte ("un cambio de escala") con respecto a las anteriores fases de la expansión colonial y de internacionalización, industrialización e interdependencia...», pues, más bien, «produce un cambio en el orden de las cosas» que requiere que se conciba como «una dinámica —en absoluto nueva, sino de orígenes remotos— la unificación de las con-

1. Eric Hobsbawm, «Historiadores y economistas II», en *Sobre la historia.*

diciones materiales e integración de las culturas», o bien como «una verdadera discontinuidad o ruptura con la época».[2] En cualquiera de estas situaciones **la interpretación se enfrenta al desafío, no solamente de hablar de nuevos fenómenos, sino de un cambio en las categorías. Todo ello termina por corresponder con nuevas formas de pensar, por consiguiente con transformaciones en el propio lenguaje.***

El desafío consiste en el esfuerzo por incorporar en el análisis la dimensión histórica para dar cuenta de los fenómenos como el acontecer y su ritmo, en cuanto articulan tiempo y espacio. De ahí que la relación de conocimiento se tenga que concebir de manera de no agotarla en las funciones cognitivas clásicas, según han sido definidas dentro del paradigma de la determinación; más bien, se trata de recuperar el acto de conocer como parte de la necesidad de colocación en el momento.

Nos enfrentamos con diferentes ritmos temporales, ya sea que pensemos en un momento histórico, o lo hagamos desde una perspectiva longitudinal. No tener en cuenta este desafío determina un rezago que da lugar a discursos que, bajo la cobertura de su cientificidad, no permiten dar cuenta de los fenómenos al no atender a las exigencias de su despliegue.

Las dificultades para dar cuenta de las emergencias de fenómenos nuevos son una situación que se puede ejemplificar en los esfuerzos por teorizar la nueva fase de la economía mundial, que supone desarrollar una nueva visión del capitalismo: «la visión de una fase transnacional del capitalismo en la cual la institución a través de la que se expresa la dinámica de acumulación capitalista es la gran empresa y no el Estado-nación»;[3] lo que plantea cambios conceptuales que permitan «un modo apropiado por los economistas ortodoxos en sus propios términos históricos», de manera de impedir que la teoría se transforme en un obstáculo para abordar nuevas situaciones históricas. La reflexión apunta a tomar conciencia de que el conocimiento, en las ciencias sociales, implica incluir al sujeto investigador, de modo de ampliar el ámbito del discurso. ¿Es aplicable a estas disciplinas

---

2. Giacomo Marramao, *Pasaje a Occidente*, Buenos Aires, Katz, 2006, pp. 14, 12 y 13.

* Los resaltados son autoría de Sofía Estelí Montoya Pitalúa, no del autor.

3. Hobsbawm, «Historiadores y economistas I», p. 115.

lo que hace tiempo se planteaba respecto de las ciencias naturales cuando se advertía que éstas se estaban reduciendo a una pura tecnología intelectual sin pensamiento?

En este sentido, tendríamos que destacar las motivaciones más profundas que han impulsado el conocimiento, como puede ser el caso del análisis histórico en el continente; como ha afirmado Romero: «En los países latinoamericanos... los estudios históricos se desarrollaron... como consecuencia de causas encontradas y diversas... sólo en parte fue una pura actitud científica la que movió a dedicarse a la investigación histórica (pues) tanto la pasión del conocimiento, o acaso más las movió ciertas militancias políticas, tanto en sentido lato como en sentido estricto. Y de esa confluencia de motivaciones obtuvo el saber histórico cierta inobjetable gravitación».[4]

En efecto, el desequilibrio entre el desarrollo técnico-metodológico y el desenvolvimiento del pensamiento en las ciencias sociales, que expresa el predominio del saber hacer sobre el saber pensar, empobrece la capacidad para colocarse ante la realidad.

Se expresa lo dicho en el divorcio entre prácticas de investigación y discursos filosóficos y epistemológicos, lo que se hace patente cuando se pretende abordar la complejidad de los fenómenos. Desafío que consiste en pensar éstos como fenómenos históricos.

El desafío reside en saber abordar la transitividad del fenómeno de una modalidad a otra, en razón de estar en constante desenvolvimiento. Lo que implica que las conceptualizaciones propias de la enunciación de una inquietud temática tengan que ser reconceptualizadas para dar lugar a las significaciones que reclama la articulación histórica de la que forman parte. Por consiguiente, surge la necesidad de revisar cómo se aborda el plano del empirismo (propio de la técnica) al considerar las mediaciones de esta dinámica que puede estar plasmando una nueva morfología que cuestione las descripciones que impone el recorte disciplinario.

En efecto, una situación empírica es solamente un indicador que refleja una modalidad particular del fenómeno, según como resulta captado en una delimitación de relaciones; por eso es

4. José Luis Romero, «Los puntos de vista: historia política e historia social», *op. cit.*, p. 8.

importante comprenderlo a partir de la constelación de relaciones que lo determinan en un momento dado, aunque éste permanezca abierto a sus propias secuencias. Momento que, por otra parte, puede ser de duraciones variables en la medida en que puede incluir fenómenos de diferentes ritmos temporales, que al interactuar conforman un modo de concreción de éstos. Es lo propio de la especificidad del análisis exigida por la historicidad.

De ahí que no se pueda prescindir del horizonte de relaciones necesarias, en la medida en que la articulación deviene en el criterio epistémico para definir al fenómeno, disciplinariamente delimitado, para aproximarnos a una significación que sea pertinente al momento histórico en que se estudia, que, a su vez, está abierto a su propio devenir, que es lo que llamamos dimensión trans-coyuntural.

De lo anterior se desprende que el fenómeno hay que abordarlo en sucesivos recortes temporales para poder distinguir entre la condición de estar determinado y la de determinar: esto es, entre estar incluido en un ámbito de relaciones pero también ser incluyente. Y que obliga a permanecer vigilantes ante el peligro de considerarlo como simple producto sin incorporar su dimensión de producente.

En este sentido, nos **planteamos que la realidad socio-histórica, por su movimiento, plantea el constante esfuerzo por descifrar los límites de las determinaciones (que pueden ser teóricos, ideológicos o axiológicos), los cuales pueden representar opciones de lectura del fenómeno según sean las exigencias propias del desde dónde y para qué se construye el conocimiento.** Por ello, reviste importancia revelar la significación de los parámetros que se imponen, que confieren a los fenómenos una identidad que excluye otras posibilidades de definición.

Implicaciones sobre el discurso disciplinario

En la medida en que el sistema clasificatorio de las ciencias se muestre insuficiente para resolver la cuestión de la historización de los fenómenos, estamos enfrentados a romper con la lógica de los objetos, por lo tanto a exceder los límites disciplinarios propios de la separación del conocimiento en diferentes cien-

cias. De ahí que la necesidad de la discusión epistémica plantee tener que revisar el concepto de disciplina, el cual se abre a un nuevo concepto de esta que busca recuperar los dinamismos constituyentes y la pertinencia del fenómeno según los momentos de la secuencia socio-histórica.

Cabe destacar la pérdida del lenguaje que es simultánea al empobrecimiento en las concepciones de realidad, lo que supone hacer un análisis de las concepciones de realidad y de conceptos implícitos en el científico lenguaje dominante, especialmente el de los técnicos. Hay que preguntarse si estos lenguajes enriquecen el pensamiento o, por el contrario, lo subordinan a la capacidad de actuar, reduciendo al hombre a una de sus dimensiones. En esta dirección, el conocer se agota en la simple apropiación del objeto que no toma en cuenta el momento histórico que envuelve a cada objeto particular como su contorno.

La realidad no es una constelación de objetos, sino un espacio incluyente en el que tiene lugar la construcción de sentidos sociales, pero que, no obstante, puede plasmarse en objetos por la misma capacidad del sujeto para insertarse en el momento histórico. Es relevante, a este respecto, la situación contextual del investigador, porque su ubicación institucional puede dificultar su colocación en el momento.

La simple condición profesional no garantiza la construcción de pensamiento, en la medida en que el proceso formativo está casi exclusivamente orientado al manejo de la información ya codificada, ya que no es lo mismo el manejo de la información que el acto de pensar. **Estamos obligados a plantearnos la disposición a pensar como capacidad que rompe con los límites de lo conocido, de manera de incorporar el contexto.**

En el marco de esta perspectiva, la disposición a pensar se vincula con la necesidad de futuro (tanto en el plano individual como social). Un científico sin estas necesidades afronta el riesgo de limitarse a labores instrumentales, a veces sofisticadas y sutiles, pero siempre supeditadas a los requerimientos que plantean los sujetos que detentan poder, de modo que su responsabilidad se circunscribe a describir, y cuando más a proyectar, pero está incapacitado para ahondar en lo profundo de las circunstancias del momento. Y que se traduce en carecer de un ángulo propio desde el cual organizar el pensamiento, como es el caso

de los científicos que asumen los parámetros impuestos por el poder como propios de su ángulo de lectura.

Nos confrontamos con problemas que requieren tomar distancia respecto de los parámetros que se imponen. Lo que obliga a revalorar el desarrollo de una imaginación creativa y de la capacidad de asombro para asumirnos como pensadores capaces de afrontar las distorsiones de la lógica del orden, como puede encarnarse en las «epistemes institucionales».[5]

De no prepararse para abordar esta tensión se afronta el riesgo de que las ciencias sociales se restrinjan a simples descripciones sin la seguridad de profundizar en la superficie que se muestra, y de ahondar en los planos ocultos de la situación que recorta empíricamente el fenómeno. Con lo que se descuida la función del conocimiento socio-histórico de descubrir las potencialidades de un momento histórico dado, lo que depende de la propia capacidad del hombre para asumir más allá de los límites de su hechura la «fabricación social», siguiendo la terminología de Castoriadis.

Pero, al renunciar a esta función, las ciencias sociales en su conjunto (valga destacar las excepciones, que afortunadamente siempre están presentes) quedan encerradas en los parámetros de lectura del poder, que impone una mirada sobre la realidad circundante definida por las exigencias de determinadas políticas, en una perspectiva estructural y de largo plazo, la cual no es sino una de entre las muchas lecturas posibles que se pueden hacer de las circunstancias.

En este marco, no se puede dejar de plantear la cuestión del compromiso valórico con el futuro, como claramente se tuvo en décadas anteriores, primero con el metadiscurso del desarrollo, después con el de la liberación. ¿Tiene acaso fuerza movilizadora del espíritu en la comunidad académica el discurso actual sobre la democracia; o, mejor aún, el de la globali-

---

5. Éstas refieren a formas de construcción del conocimiento que imponen las reglas de funcionamiento de las instituciones, no solamente educativas, sino también las económicas y tecnológicas, culturales, etc. Pudiera este concepto encontrar relación con el concepto de epistemes de Foucault, pero planteándose el espacio de re-actuación del sujeto de manera de relacionarse con las formas epistémicas adecuadas para potenciar la creatividad del hombre afrontando las limitaciones del contexto dominante.

zación? ¿O, por el contrario, su falta de empuje encierra a los investigadores en posturas de repliegue, que carecen de compromisos trascendentes? ¿Desde qué proyectos de futuro se construye hoy el conocimiento socio-histórico? ¿Estamos alerta ante los peligros que nos acechan en el actual momento histórico, como puede representarlo incurrir en posturas estrictamente pragmáticas que se desvían de asumir posturas históricas claras?

De lo anterior se derivan problemas epistémicos y metodológicos que permitirán un mejor y más fecundo abordaje de la compleja realidad que nos rodea, entre los que cabe destacar la crisis de los límites disciplinarios. En efecto, ¿es posible seguir trabajando en los límites de los moldes vigentes de la organización del conocimiento en disciplinas particulares? ¿O, más bien, debemos afrontar una transformación de estos que haga posible respuestas que rompan con los parámetros dominantes, tanto teóricos como metodológicos, que permita abordar la construcción del conocimiento social desde otros ángulos: ver lo sabido y establecido desde fuera de sus límites y aventurarse por nuevos caminos? En esta dirección, reviste gran significación lo que se ha señalado respecto a «elaborar hipótesis sobre el aprovechamiento del desorden y contribuir a una cultura de la re-adaptación continua, alimentada de utopía».[6]

No se puede concebir la tarea de la ciencia limitada a un simple oficio u ocupación, pues constituye una vocación de entrega a largo plazo. Los científicos sociales no pueden obviar ese alto compromiso ético de la ciencia que recordaba Husserl al sostener que no debemos olvidar que quienes dedican su vida al pensamiento y al estudio son «funcionarios de la Humanidad». No obstante, la situación actual se caracteriza por sus excesos de instrumentos y por una pobreza de pensamiento: esto es, por una gran habilidad para el procesamiento de información pero cada vez menos capacidad de asombro y de inventiva, tan esencial en el ser humano para construirse a sí mismo. Es la capacidad para ser un libre artista de sí mismo, como observaba Hegel en relación con los personajes shakes-

---

6. Cita de Humboldt, en Georges Balandier, *El desorden. La teoría del caos y las ciencias sociales. Elogio de la fecundidad del movimiento*, Barcelona, Gedisa, 1990, p. 152.

peareanos, de manera de superar un estilo de actuar restringido a buscar comprobaciones pero sin el espíritu que permite desde un sentido trascender lo que somos y hacemos.

Ubicados cómodamente en un pedregal de verdades, muchas de ellas, más que verdades, confirmaciones de lo establecido, o pedazos de realidades que nos dan posibilidades de armarse en arquitecturas que nos cobijen ante nuestras confusiones y desalientos; constelaciones de comprobaciones pueriles, carentes de perspectivas, que traen consigo la impresión de estar ante un conocimiento producido, más que creado, por sujetos automatizados que no encuentran en éste ningún sentido, que más bien se colocan fuera del mismo, separando el camino de la ciencia y el de la vida. **Pero, ¿tenemos, acaso, la necesidad de romper los barrotes que nos encierran o, por el contrario, preferimos quedarnos atrapados en la urgencia de resolver operativamente sin profundizar en lo que permanece oculto? ¿Nos preguntamos por el sentido del acto de conocer?**

En efecto, no es lo mismo hacer de la construcción de conocimiento un acto de especialistas que abordar su construcción desde proyectos de vida. Hablamos de la ciencia como oficio de especialistas cuando el sujeto se circunscribe al papel social en el que se objetiva, sin agotar sus posibilidades como sujeto. Es lo que ocurre cuando, antes que la búsqueda, se valoran las categorías acreedoras del reconocimiento social que simplemente privilegian el producto utilizable con fines funcionales para una estructura social, económica o cultural dada, pero que no consideran el acto de conocer en lo que tiene de incierto. Es la trampa que contiene la impaciencia de confundir el sentido de conocer y pensar con lo que es útil para el poder.

Se desprende de lo dicho la importancia que tiene que la ciencia quede en manos de quienes limitan su inteligencia a una habilidad profesional o técnica; ya que, de esta manera, se desconoce su naturaleza rupturista que se hace presente en intelectuales capaces de conocer sin perder una visión de que su quehacer forma parte de un proceso más amplio y de naturaleza trans-coyuntural. **La ciencia requiere de la permanente construcción de nuevos ángulos desde los que construir el pensamiento y el conocimiento, lo que no es posible cuando se limita a mecanismos lógico-formales, o a simples deducciones algorítmicas. La ciencia representa un esfuerzo de naturaleza epistémica para abrir**

los caminos a la potencialidad que no se encuadra de antemano en determinados procedimientos.

En lo anterior reside la importancia de la historia, por cuanto obliga a adentrarnos en la construcción de categorías para dar cuenta de sus muchas necesidades. Es un primer momento en el proceso de construcción de contenidos que equivale a lo que ocurre en la literatura y en el arte, donde la creación es un componente de opciones de vida.

Es a lo que alude el ángulo de construcción que representa la voluntad de romper para avanzar hacia lo ignorado, que no siempre tiene apoyo en el conocimiento acumulado. Esta voluntad no puede comprenderse sino en relación con la necesidad misma de conocer, que también es, como lo hemos sostenido, la necesidad de ser sujeto. Por ello, la necesidad de conocer se expresa en una multiplicidad de lenguajes que combinan formas lógicas y formas no lógicas, como pueden ser las estéticas, por cuanto se abre a diferentes posibilidades de aprehender lo que todavía está fuera de los límites de las organizaciones cognoscitivas.

De ahí que el sujeto cognoscente se tenga que abordar no circunscrito estrictamente a la capacidad de actuar instrumentalmente, ni tampoco reducido a su conciencia teórica, como sería el caso cuando se habla estrictamente del sujeto de conocimiento. Por el contrario, tenemos que plantear la cuestión del sujeto desde la apertura de espacios y posibilidades para su despliegue, ya que el sujeto se tiene que comprender desde sus formas más amplias de conciencia, tal como la conciencia gnoseológica que no es más que un reflejo de aquello que excede los límites de lo cognoscitivamente apropiado.

Pero lo anterior se resuelve mediante una variedad de lenguajes que pueden ser ajenos al lenguaje nomológico y denotativo. El conocimiento puede partir de un núcleo con un particular lenguaje, pero se puede ramificar hacia otros niveles de la realidad que no son captables siempre con lógicas enunciativas de naturaleza asertiva, niveles que puedan representar provocaciones para el conocimiento en sentido estricto, razón por la cual hay que preguntar sobre los desafíos epistémicos que pueden dar cuenta de los lenguajes históricos como la literatura y el arte.

Cada uno de estos niveles constituye universos de significación que representan desafíos de conocimiento con sus propios

parámetros. Es así como las añoranzas de la memoria, la historia como vivencia, los deseos de futuro, así como las vigilias acerca de lo posible, pueden constituir rompimientos de parámetros para percibir nuevas realidades; o bien cambios en los ángulos de la mirada para resignificar lo observado cuando se ha convertido en obviedad del sentido común, enriqueciendo con ello la visión de la sociedad. Algo parecido sucede en los contornos o murmullos que rodean a las voces claras e inteligibles de la racionalidad formal, pero que son (además) componentes de la conciencia humana. Esta posibilidad, acaso, ¿no encubre la falta de futuro de muchos hombres y el privilegio sólo de algunos para poder pensar desde el mañana?

El conocimiento ha de servir al desarrollo y ampliación de la conciencia, en vez de reducirse a los saberes operativos y fragmentarios; más aún cuando constatamos que para el sujeto, que es la parte viva de la historia, la realidad no solamente es lo dado sino también lo por darse a partir de su propia práctica constructora, lo que supone saber instalarse en sus circunstancias.

Se trata del paso de la necesidad de ser sujeto al reclamo para que el conocimiento contribuya a afianzar socialmente ese deseo. Es el conocimiento pero en tanto conciencia de realidad con sentido del momento histórico, o también la historia como constante renovación de los proyectos de vida. Esta dialéctica entre exigencias de sentidos posibles históricamente y de verdades comprobables, cumple la función de impulsarnos en la búsqueda de lo que trasciende los límites del ensimismamiento individual en el deseo de ser históricos.

En otras palabras, no reducir la construcción del conocimiento a los límites de la premisa de verdad, en la medida en que la verdad es una posibilidad que puede ser, en términos sociales y/o tecnológicos, ajena al sujeto, por lo que hay que problematizarla para dar lugar a la conformación de espacios de posibilidades para diferentes tipos de sujetos. De lo contrario, la verdad se convierte en la fuerza abiertamente en la vida de todos los días, incluso más compleja que el planteamiento de la economía política de la verdad de Foucault.

Facilitar al hombre instalarse en sus circunstancias requiere que el conocimiento, más que verdad comprobada, sea una iluminación de horizontes de instalación que no represente un acto

de puro pensar cognitivo; facilitar el conocimiento como espacio de vida emplaza a todo el sujeto, por lo que es necesario asumir la condición de estar abierto a los múltiples desafíos que se desprenden de ese entramado de relaciones que conforman el momento en que se instala, en vez de ensimismarse en el regocijo, a veces callado y solitario, que resulta del encuentro con sus verdades en el marco de la lógica de objetos.

No obstante, el campo de posibilidades que puede el sujeto transformar en contenidos, constatación de objetividades, no agota los espacios del sujeto en cuanto éste puede significar espacios que no se deriven de la información acumulada. Por ejemplo, el deseo de transformarse como sujeto histórico se expresa en diferentes lenguajes que pueden enriquecer el enlazamiento con sus circunstancias, hasta el límite de que el conocimiento, en sentido cognitivo estricto, puede quedar incluido en aquello. El conocimiento devela la amplitud de las circunstancias para enriquecer espacios de vida, sirviendo de aliciente para la búsqueda de lo oculto. Por esta razón, el conocimiento desde un sentido existencial del sujeto deviene en un proyecto de vida que conforma el ángulo de lectura contenido en un ramillete de lenguajes que abren la subjetividad en múltiples direcciones. Argumentación que lleva a pasar desde las simples constataciones de realidades empíricas al reconocimiento de contornos en los que el sujeto se puede convertir a la vez en reflejo y constructor de sus circunstancias.

De esta manera, se plantea resolver la relación entre diversos lenguajes, de modo que el sujeto no se mimetice con sus circunstancias, permitiendo leerlos desde distintos ángulos y con entonaciones no coincidentes de significaciones. Se puede hablar de los lenguajes que se corresponden con los marcos de las identidades de contenido, como pueden ser los lenguajes denotativos, en contraposición con aquellos que permiten adentrarnos en los grandes perfiles para avanzar hasta los límites de lo que se muestra, de manera de intuir lo que permanece todavía mudo, más allá de lo denotado.

La posibilidad de establecer relaciones entre éstos es indicativa de la necesidad del sujeto de ocupar espacios de vida, de autoposesión y comunicación, en un movimiento de despliegue diario. Es la otra cara de la «objetividad» como lo real asumido como vivencia de horizontes que se pueden intuir e

imaginar, y en torno al cual forjar esperanzas y utopías que respondan a la amplitud y profundidad de la fuerza que puede asumir el sujeto para sobreponerse a lo inmediato de sus determinaciones.[7]

En definitiva, nos ubicamos en la tensión entre lo que queremos conocer y lo que queremos ser; que se manifiesta en la relación entre sueños e ideas, visiones de futuro y necesidad de controlar lo que nos afecta, entre la subjetividad que somos y la disposición a percibir lo inédito. Mundo de lo gestante que debemos tomar en cuenta antes de encuadrarlo en los modelos de los lenguajes formales de la ciencia. Lo anterior obliga a re-pensar la relación con el lenguaje desde el rescate del movimiento interno del sujeto, para no empobrecerlo en los límites de lo inteligible.[8]

A manera de síntesis, la consigna que nos mueve es no continuar viviendo en el abandono, sin fuerza, en la desmemoria, sino por el contrario mantener alerta la conciencia de seguir con la fuerza para afrontar la construcción de futuro sin la necesidad de modelos.

La crítica como acto del pensar abierto

Desde la óptica de la relación de dos modalidades de objetivación como son los objetos y el espacio de posibilidades, se plantea la cuestión del conocimiento codificado. Lo que sostenemos es

7. Queremos hacer notar cómo esta actitud ha sido destacada en relación con los lenguajes de la imaginación, más que en la propia ciencia. Nos parece adecuado mencionar la siguiente cita de H. Bloom cuando se refiere al acto de aprender del lenguaje. Sostiene que si tiene sentido la función de la crítica es para pensar en quiénes son capaces de «leer por sí mismos y no por unos intereses que, supuestamente, trascienden la propia personalidad»; lo que supone un acto de confianza en sí mismo como «una especie de segundo nacimiento de la mente», en la medida en que supone «leer humananmente, con todo (nuestro) ser». Harold Bloom, *Cómo leer y por qué*, Barcelona, Anagrama, 2005, pp. 19, 22 y 26.

8. Lo inteligible es el recorte que impone la necesidad de estar con otros por encima de la necesidad de ser ante los otros o lo otro. Somos en la tensión de buscar ser lo que queremos, querer ser como un movimiento de la inteligencia y de la voluntad que articula la necesidad de conocimiento con la necesidad de sentido. Necesidad que expresa la capacidad del sujeto para romper con sus limitaciones, aunque también puede cumplir la función de ocultarlos, especialmente cuando la necesidad se agota en objetos exteriores y fragmentados.

que no se puede desvincular la organización de la verdad del despliegue del sujeto, en cuanto éste contribuye a crear espacios de los que se puede apropiar. Por ello, consideramos que el conocimiento da cuenta de lo real como espacio de re-actuación de los sujetos, en la medida en que permite delimitar márgenes de posibilidades para potenciar opciones de significados.

Por consiguiente, el desarrollo de una forma de razonamiento capaz de romper con los parámetros que limitan al sujeto, no puede restringirse al ámbito de la racionalidad formalizada en los cánones de cientificidad, ni a una teoría de la historia, como tampoco a una simple postura concerniente a la naturaleza del cambio en la sociedad. Ello porque su principal cometido es impulsar una nueva idea en la relación del hombre con sus circunstancias, que pueda conjugar las exigencias de las determinaciones históricas con la autonomía propia de la práctica protagonizada por el hombre.

Determinaciones como la de autonomía conforman aspectos de las relaciones con la externalidad, que se articulan en la dinámica de los procesos históricos, aunque siempre circunscritos a los límites de espacios de posibilidades. Por eso la explicación científica de estos procesos tiene que cimentarse tanto en regularidades que expresen la necesidad de algunas realidades, como en la presencia de la práctica, sin la cual no son comprensibles. De ahí que su comprensión no se pueda alcanzar sin entender las consecuencias que genera el hombre, a partir de la creación de espacios para re-actuar, de manera de liberarse de sus determinaciones, imprimiéndole nuevos sentidos y direcciones a los procesos que condicionan su vida.

Por consiguiente, las categorías más importantes para comprender la realidad histórica son las que enriquecen la gama de relaciones del sujeto con su contexto, abriendo horizontes de posibilidades que trasciendan los ámbitos estructurales en que el sujeto está situado. Pero lo dicho supone cambios en las funciones del lenguaje para avanzar más allá de lo cognitivo y de la comunicación, a fin de afrontar la articulación de relaciones del sujeto con su contexto, por lo tanto, con los otros sujetos y consigo mismo.

Esta amplitud de la racionalidad responde a la necesidad de organizar la comprensión de lo dado con base en la relación entre la necesidad de ser sujeto y el eventual proyecto de futuro

que trasciende lo dado, en cuanto trascenderlo más allá incluso de lo puramente cognitivo. El descubrimiento de esta trascendente negación de lo dado es la significación histórica de la que debe dar cuenta el acto de pensar, por eso, para hablar de lo real hay que plantearse la recuperación del sujeto, pues a una mayor exigencia cognitiva se corresponden mayores desafíos respecto de éste. Se trata de dar respuesta a la dialéctica sujeto-objeto con base en la relación del sujeto con sus circunstancias, en particular, con su capacidad para reactuar ante ellas. De ahí que haya que atender a los distintos espacios de la racionalidad que se complementan entre sí. Distinguir además de la racionalidad, para dar cuenta de las determinaciones, la capacidad para re-actuar ante ellas, lo que se vincula con la problemática de las relaciones que cumplen la función de colocación y de potenciación, como diferentes a las que cumplen una función de estricta apropiación.

Es por lo anterior que el pensar representa el esfuerzo por colocarse en situaciones problemáticas que, al no ser estrictamente teóricas, cumplen la función de potenciación en lo que se busca conocer. De lo que se desprende que se tienen que incluir exigencias que no se circunscriben solamente a las propias de un objeto predeterminado, sino además aquellas que refieren a espacios de despliegue del sujeto, propios de su capacidad para actuar socialmente ante las circunstancias desde determinados valores. En consecuencia, el acto de pensar deviene en un acto de resistencia, pero, en la medida en que representa la expresión de esa resistencia, impide inmovilizar al sujeto en una situación que se agota en parámetros determinados. Es la esencia de la conciencia alerta.

En esta dirección, las categorías de la racionalidad cumplen la función de garantizar la dialéctica entre el acto de apropiación de objetos y el espacio de colocación en las circunstancias, que refiere a las posibilidades del movimiento interno del sujeto. Movimiento que es el ensanchamiento de la subjetividad como consecuencia de las exigencias por determinar realidades externas sin quedar atrapado en ellas, y así comprender el acto de pensar como una constante conjetura. Cabe recordar la advertencia que formulara Einstein: «Si no cambiamos nuestros modelos mentales, no seremos capaces de resolver los problemas que hemos creado con esos mismos modelos men-

tales».[9] Lo anterior se relaciona con el lenguaje en cuanto a facultar la cosificación del pensamiento.

Contexto: discurso y sujeto

En lo que respecta a la problemática del pensar histórico, lo que decimos se puede traducir en cómo se organiza la relación entre pensamiento y contextos históricos. Ésta se puede desdoblar en la relación de los códigos teóricos y la que le corresponde, estrictamente, al sujeto constructor de teorías. Pues la relación con el contexto es diferente según se atienda al discurso, o bien al propio sujeto, ya que el discurso es una mediación del sujeto, a menos que ésta se plantee en términos estrictamente emocionales o intuitivos.

La relación con el contexto está determinada por distintos tipos de estructuras, siendo más formal la discursiva, sea ésta teórica o ideológica, que le asignan al contexto atributos que pueden no concordar con las necesidades que el propio momento plantea para su abordaje.

Los ejemplos pueden ser múltiples, como el caso de la relación del sistema político imperante al cual se le atribuyen las propiedades de un régimen democrático, aunque en su concreción históri-

---

9. Problemática de relaciones que se vincula con la tendencia a la cosificación del pensamiento. La reducción de algunos verbos a cópulas como, por ejemplo, el verbo ser, se ha traducido en un enunciado con predominio del predicado, en la tendencia a sustantivar los verbos haciendo perder dinamismos a los términos originales. Como se ha señalado: «si a partir de la función sintáctica del verbo ser como cópula se generaliza este sentido particular del ser como presencia, como permanencia, permanencia perdurante, etc., [...] entonces se corre el riesgo de concebir todos los fenómenos, todos los entes que encontramos en la experiencia, bajo el punto de vista de la permanencia» (cit. en Julián Serna, *Ontologías alternativas. Aperturas de mundo desde el giro lingüístico*, Barcelona, Anthropos, 2007, p. 42); o bien cuando determinadas palabras, por ejemplo en la obra de Platón y Aristóteles, como *aletheia, logos, physis* y *eidos*, «fueron desarraigadas de la cotidianidad, sustantivadas, inclusive, en detrimento de su dinamicidad originaria» (*op. cit*., p. 43); lo que refuerza la influencia de pensar en términos de estructuras o, en términos más generales, de identidad. Por lo anterior, es preciso tener la claridad de que la cosificación del pensamiento, que resulta de una lógica de poder, se refuerza por la pérdida del dinamismo del lenguaje. Y con ello se debilita la capacidad del hombre para desarrollar un pensamiento con capacidad de interaccionar.

ca pueda no cubrir estos rangos. O como lo que ocurrió con los golpes militares en América Latina en los años setenta, los cuales, antes de especificarse en su historicidad, fueron caracterizados *a priori* como fascistas, bonapartistas o franquistas.

El sujeto puede experimentar vivencias, definir estrategias de vida, estar condicionado por emociones, o por visiones, que se pueden expresar o traducir en concepciones, percepciones o, incluso, en necesidades que no se reflejen en la construcción del discurso. Ello plantea discordancias entre discurso y sujeto con el riesgo de que este último, con todo su mundo de vida, quede subordinado a los contenidos predicados por el discurso.

Para afrontar estos desafíos es conveniente distinguir entre tipos de discursos que, aunque sin mayor desarrollo todavía, subyacen a este texto en particular en la cuarta y quinta parte del mismo. Naturaleza de los discursos que responde a las funciones que cumplen con sus correspondientes implicaciones en su lógica de construcción.

Respecto a las funciones tenemos los propiamente cognitivos (a) y los de ángulo (b); en cuanto a la lógica de construcción si éstos son parciales o globales en el contenido de sus proposiciones (c), o bien de potenciación que se puede expresar en la necesidad de predicados (d).

En lo que respecta a la función que cumple el discurso (a), se pueden distinguir aquellos discursos con funciones de construcción de contenidos, ya sea en términos de una lógica de determinaciones, que se corresponde con la fijación de un orden en las relaciones como es propio de la función cognitiva de la explicación. O bien, en su reemplazo delimitar campos problemáticos cuya función es configurar lo que es convertible en campo de determinadas relaciones. En el primer caso, están los discursos teóricos o cognitivos, mientras que en la segunda situación se ubican los que cumplen la función de ángulos de mirada.

La función cognitiva se corresponde con la capacidad de construir relaciones que, en cualquier caso, fijan un orden de factores; o, en su defecto, organizan universos de significación que se pueden recuperar desde la imputación de sentido, como es el caso de Weber u otros autores. Resulta claro que este discurso, que responde a la lógica científica dominante, se corresponde con la exigencia de la explicación en cualquiera de sus modali-

dades; ya sea que tenga una pretensión global o parcial, que se traduce siempre en la construcción de predicados.

Pero lo que pretende plantear el presente texto es el desarrollo de un discurso de ángulo que, a diferencia del discurso centrado en la construcción de contenidos, se define en la articulación de planos de realidad, pues su particularidad no es la construcción de predicados sino la referencia a campos de potenciación posible. En un plano formal, se traduce en reflejar la necesidad de predicados, contradictorios o complementarios entre sí, como puede ejemplificarlo el predicado «capitalista», que puede revestir distintos significados históricos pertinentes, según el momento histórico en que se construya. Como ilustración de otros hechos podemos mencionar el capítulo de *El capital* de Marx referente a la acumulación originaria; texto que representa un rastreo de múltiples y heterogéneas situaciones dinámicas que se van entrelazando para hacer posible una interpretación que las signifique como parte del proceso constitutivo del capitalismo. También puede ser el caso de la reconstrucción de un hecho particular, desde la exigencia de una mirada, que no se define como una exigencia cognitiva, pero que sirve para incluir diferentes dimensiones, aparentemente desconectadas entre sí, a fin de hacerlas converger en un hecho para darle a éste su especificidad histórica: *v.gr.* el análisis del golpe de Estado de Napoleón III en *El 18 brumario* del mismo autor.

En la modalidad de discurso de ángulo se profundiza la relación con el contexto, porque refiere a la construcción de su contexto como momento histórico, de modo de reflejar las necesidades de aquél sin predeterminaciones teóricas, ni menos de objetos que se puedan deducir desde determinadas premisas. En el plano formal, plantea la cuestión de la lógica de construcción de las preguntas pertinentes antes que la construcción de un determinado predicado. Se enfatiza la necesidad de construir lo abierto a distintas modalidades de concreción.

Desde la perspectiva de la acumulación de conocimiento, surge la necesidad de resolver la relación entre código teórico y necesidades emergentes, según se atienda a los momentos históricos; situación que nos coloca ante el desafío de romper con parámetros no solamente teóricos, sino ideológicos y valóricos,

para profundizar en lo que se muestra sin reduccionismos asociados a inercias intelectuales, ni tampoco a peticiones de principio que acomoden la historia a la conciencia teórica, sacrificando aquélla en beneficio de esta última.

Se trata de ser conscientes de un doble desafío en la construcción del conocimiento: primero, dar cuenta de situaciones que pueden estar desafiando la racionalidad científica tal como está estructurada; y segundo, abordar la cuestión de cómo se pueden hacer presentes las experiencias del sujeto concreto. Desafíos que plantean tener que distinguir en la construcción del discurso diferentes categorías: *a*) las categorías generadoras de necesidad de realidad; y *b*) categorías cuya función es organizar contenidos.

Entre las categorías generadoras de realidad, podemos distinguir: 1) la de colocación; 2) el reconocimiento de espacios posibles para la intervención del sujeto; 3) la de momento en movimiento como resolución a la cuestión de la historicidad; 4) el predominio de lo procesual sobre lo estructurado; y 5) la necesidad por encima de la causa y la determinación.

Entre las categorías cuya función es organizar contenidos, podemos distinguir: 1) la construcción de lo posible; 2) el papel del proyecto-utopía; 3) las necesidades históricas; y 4) las opciones viables.

A todas estas categorías nos hemos referido en distintos momentos, pero nos parece importante volverlas a poner en el centro de la discusión cuando afrontamos el problema del pensar histórico, como uno de los cometidos importantes de este libro.

Sin embargo, la posibilidad de usar este doble tipo de categorías descansa en el rescate de las dinámicas constituyentes de lo real que llevan a romper con los dualismos que empobrecen el pensamiento en términos de lógicas dicotómicas y/o clasificatorias: lo estructurado y no estructurado; lo micro y lo macro.

Se requiere abordar lo real desde su propia complejidad dinámica, ya que conforma el espacio de un conjunto de sistemas de relaciones entre multiplicidades de sujetos. Es por eso que debemos afrontar debidamente los equilibrios y/o desequilibrios entre las diferentes facultades que conforman al sujeto, de manera de darle importancia a la intuición y la imaginación, así como a la voluntad, por encima de, o en complementación con, la inteligencia analítica y sintética, así

como abordar la relación entre inteligencia especializada y general.

Estamos enfrentados a la problemática que concierne al atreverse y no atreverse a pensar y/o actuar, que se vincula con el hecho de que pensar, como lo hemos recordado, es resistir, pero resistir desde un proyecto que pueda ser viabilizado por el sujeto. Y que se relaciona con los desafíos contenidos en la relación entre esperanza y responsabilidad, siendo éstos los puntos de encuentro y separación entre líneas de pensamiento que buscan no quedarse atrapadas en el pasado, como tampoco en verdades establecidas. Lo que podemos simbolizar en aportaciones de autores como Ernst Bloch y Hans Jonas.

Las categorías generadoras de realidad cumplen la función de enfrentarse al sujeto, de manera de rescatarlo de la inercia que lleva al conformismo, o bien a un ensimismamiento consigo mismo, que termina por diluirlo en su relación con los otros. Y colocar al sujeto ante las circunstancias de forma que pueda reconocer en éstas los espacios para la construcción de sentido.

Articulación entre apropiación y colocación

Se desprende la importancia de desarrollar la capacidad de reactuación desde un sentido histórico-existencial que trascienda las determinaciones. Ello implica que la relación cognitiva se concibe como un componente del esfuerzo de colocación desde donde desarrollar la necesidad de sentido que se busca resolver con el conocimiento y que sirve de base a la capacidad de potenciación, ya que ésta no es de naturaleza estrictamente intelectivo-analítica.

La simple confrontación con realidades externas es un mecanismo insuficiente para dar cuenta de las exigencias de la potenciación, por cuanto ésta, para dar lugar a una actuación, requiere de una carga valórica que resulta de las necesidades históricas del momento, las cuales están en la base del sentido de conocer y de actuación, a fin de poder liberarse del encierro de las determinaciones.

El movimiento anterior compromete diferentes facultades del sujeto (con sus lenguajes respectivos). Ahí, en el caso de atenernos al diagnóstico de realidades externas y al esfuerzo de su apro-

piación, estamos ante un sujeto analítico-intelectivo que puede tener, en el mejor de los casos, dificultades para desarrollar una postura de liberación respecto de las determinaciones. Por el contrario, si el sujeto ha desarrollado su capacidad de colocación en el momento, se trata de un sujeto que asume una postura para liberarse de sus determinaciones, por lo tanto que busca reconocer opciones de potenciación, y, con base en ello, desarrollar su capacidad de reactuación.

En este marco, se plantean diferentes modalidades para dar cuenta de la presencia de lo histórico, las cuales afectan a la subjetividad del sujeto. Se puede dar el caso de una subjetividad que se constituye según la lógica de un consenso impuesto, en cuya perspectiva se define lo que es el espacio de responsabilidad y de actuación de los sujetos (principio de responsabilidad de H. Jonas); situación en la que cabe distinguir, de una parte, entre actitudes conformistas, incluso pasivas, como queda de manifiesto en la simple capacidad adaptativa al sistema que se ciñe al patrón de eficiencia que impone el orden establecido; y, de otra, la subjetividad de los sujetos que, sin negar el consenso, no se restringen a sus exigencias parametrales porque pretenden ubicarse en la tensión creada por la relación entre lo producido y las posibilidades que se contienen allí, según la apertura de la colocación ante la circunstancia (*El principio esperanza* de E. Bloch).

De este modo, se enfrentan situaciones conflictivas que dan lugar a percepciones y actitudes con sus correspondientes lenguajes: la capacidad de consenso que se corresponde con el conjunto de circunstancias que conforman una identidad funcional a ellas y desde la que se piensa para ser entendido y reconocido; capacidad adaptativa que se corresponde con una suerte de clausura de horizontes que es lo propio del orden. De otra parte, la necesidad de futuro que no se agota en los límites de lo socialmente aceptable como viable, sino que, por el contrario, constituye una expresión de resistencia a estos límites para construir una nueva visión de futuro que se traduzca en la construcción de un nuevo consenso.

Estas situaciones traducen la amplitud con que el sujeto se compromete en su enfrentamiento con lo dado, por lo mismo con formas de razonamiento y materialización de éstas en lenguajes determinados. Resumimos la discusión en términos de las modalidades que puede ofrecer la presencia de lo histórico

en el sujeto, lo que afecta a la naturaleza de la experiencia en la vida cotidiana, en cuanto ésta no se puede desvincular de cómo se asume ser autónomo en los espacios de la propia cotidianidad; lo anterior, en la medida en que **la autonomía consiste en la capacidad para leer el orden social, ya sea para someterse a éste, o bien para reconocer en lo dado potencialidades que se puedan transformar en práctica.**

En este sentido, se plantea la reflexión sobre la naturaleza que reviste la relación entre lo individual y lo social-colectivo, en cualquiera de sus formas; esto es, cómo ser sujetos individuales desde la propia historicidad del momento. Y que es lo que pueden mostrar los diferentes lenguajes literarios (el épico, el trágico, el dramático, el cómico); pues, así como se ha hablado de meta-historia (cfr: Hayden White), también se podría hablar válidamente de una meta-cotidianidad como respuesta a los variados tipos de esfuerzos por hacerse, con él mismo y con los otros, según sean las apetencias personales, pero también según cómo las necesidades de la época se encarnan en la subjetividad de cada sujeto individual y/o colectivo.

Lo dicho forma parte de la problemática de la construcción como sujetos históricos: *a*) ser históricos como respuesta al constante esfuerzo de apertura a lo potencial; *b*) ser históricos como reflejo de estar en lo dado, en tanto externalidad, pero también como construcción adecuada a la funcionalidad de ciertos límites; y *c*) ser históricos como expresión de la adaptación a externalidades dadas, sin que medie ni la voluntad ni menos la práctica del sujeto. Está claro que estas situaciones tienen consecuencias sobre las formas de construir el pensamiento.

Las diferencias entre estas situaciones se sintetizan en que la primera situación (*a*) se traduce en una apropiación de lo real desde una colocación que impulsa al sujeto a resignificar sus parámetros, pudiendo implicar una ruptura de éstos. El sujeto se enfrenta a mover su pensamiento y toda su subjetividad para atreverse a sostener otras miradas, lo que lo enfrenta con la incertidumbre y lo inacabado.

En cambio, en la segunda situación (*b*) se da una apropiación de los parámetros del pensar desde cierto distanciamiento, pero sin mediar ninguna nueva colocación para poder reconocer posibilidades, ya que la colocación se restringe al propio consenso dominante. El sujeto se refugia en certezas, que pueden

llegar a ser compartidas, en consecuencia que se acompañan de seguridades que garanticen lo que es viable.

Por último, tenemos la situación (*c*) donde la capacidad de construcción se reduce a una simple adaptación a lo que se impone sistémicamente. En este caso, la construcción está determinada por lo definido como posible pero aceptable por el orden, por lo que éste, como tal, se transforma en un parámetro incuestionable, ya que se ha naturalizado.

En consecuencia, se puede concluir que afrontamos diferentes lecturas del contexto: *a*) el contexto como espacio de posibilidades para la construcción de mundos, que plantea la problemática de tener que asumir la gestación de una nueva subjetividad; *b*) el contexto como espacio de posibilidades, aunque dentro de un mundo ya dado, que, en cierta medida, está cerrado, con lo que se refuerza la subjetividad forjada por la hegemonía dominante; y *c*) por último, el contexto como conjunto de circunstancias que se transforman en una serie de condiciones (algunas positivas y otras negativas) para desenvolver la subjetividad que resulta forjada a consecuencia de lógicas formativas anteriores.

Desde esta problemática, el movimiento del sujeto guarda relación con espacios de desenvolvimiento, ya sea que predomine la simple constatación de realidades externas o, en su lugar, la colocación en el momento desde donde abordar alternativas para re-actuar. En este último caso, se subordinan las determinaciones a las dinámicas que cumplen la función de incluir realidades inéditas respecto de lo articulado, las que entendemos como emergentes desde fuera de los límites de lo dado. Este desafío es el que caracteriza al pensamiento epistémico.

De ahí que la articulación, como base de apoyo de la capacidad de potenciar y de re-actuar, sea a la vez lo articulante y lo articulable como posibilidad. Simmel ya observó que «todo lo sustancial, absoluto, eterno, inmutable... sólo adquiere sentido en el flujo de las cosas, en la caducidad histórica...», lo que significa que el discurso que se corresponde cumple indefectiblemente la función de apertura de los límites, por lo tanto que problematiza la identidad con lo dado. De lo cual se deriva que los parámetros de tiempo y de espacio, en lo que se refiere al objeto de estudio, sean abordados desde una doble perspectiva: como función articulante y en su función de dar cuenta de lo articulado por una articulación inclusiva; por lo tanto, en cada fenóme-

no se debe distinguir su condición de producto de un proceso histórico anterior, de la de ser portador de dinamismos generadores de nuevos productos.

Esta doble condición plantea la necesidad de que, en el proceso de investigación, como ya lo señalábamos, cuando hablamos del fenómeno y de su empirismo, el objeto recortado tendrá que ser analizado en el marco definido por la situación histórico-social de la que forma parte. En efecto, el objeto recortado está incorporando el momento histórico del que forma parte, por lo que no podemos perder de vista la transitoriedad de un contenido de verdad en un momento particular. Como lo afirmó Benjamin: «la relación metodológica entre la investigación metafísica y la historia: una media vuelta al revés».[10]

El recorte metodológico tiene que privilegiar la búsqueda del significado histórico, de modo de condicionar la lectura teórica del objeto-problema; así, comprender la función de la interpretación de los procesos atendiendo al contexto en que ocurren, pero sin perder la perspectiva de la secuencia temporal.

El desafío consiste en asumir que estamos trabajando con contenidos abiertos, capaces de incluir en su propia asertividad la sugerencia de algo más y distinto; es lo que excede a lo denotado con base en la forma de razonamiento que pueda incluir a lo connotado, de manera de orientar y resolver la tendencia a la cosificación del pensamiento. Por eso se impone la vigilancia sobre el significado del contenido para trabajar la necesidad de nuevos nombres, que rompan con los patrones de lo ya captado y comunicado.

Conocimiento y vida. En torno a la pertinencia de la denotación

Es muy excepcional plantearse el esfuerzo por reflejar las necesidades del momento, o de la época, en que situamos el pensamiento; no obstante, ningún conocimiento ofrece la mínima garantía de pertinencia si no se hace el esfuerzo por leer

10. Susan Buck-Morss, *Dialéctica de la mirada. Walter Benjamin y el proyecto de los Pasajes*, Madrid, Taurus, 2001, p. 38.

las necesidades del momento, especialmente del orden dominante, según sus coordenadas de tiempo y espacio, pero además, sabiendo transformar esa necesidad en categorías.[11] Es el desafío de la construcción cuando se aborda desde exigencias espaciales.

Los criterios que sugerimos tomar en cuenta para este propósito son los propios de la articulación que se asocian con el contexto, ya que solamente desde éste (en tanto espacio compuesto de un conjunto heterogéneo de procesos que conforman relaciones entre dinámicas diferentes) es posible plantear las complejidades de lo determinado a la vez cerrado y abierto para definir un espacio de posibilidades.

De ahí que cualquier esfuerzo por nombrar las cosas no pueda prescindir de la tensión entre las exigencias de los códigos de información teórica acumulada y las exigencias propias de procesos emergentes del momento histórico, que requieren ser significados. El momento plantea dificultades para constituir una situación distante de las formulaciones teóricas estructuradas con rigor, porque es lo que adviene, el fluir sin formas precisas todavía, pero que representa los desafíos para recuperar el rigor de la pertinencia en cuanto condición para nombrar lo nuevo que surge. Y que, por lo mismo, cumple la función de reemplazar los significados heredados por las nuevas que se imponen como necesarias. Es lo que se puede sugerir más allá de las formas de lo nombrado.

Se trata de abrir el acto de pensar a las mutabilidades socio-históricas, lo que supone estar alerta ante la necesidad de re-pensar las formas establecidas del pensar, de modo de no incurrir en ningún dogma o mitificación de los significados, a pesar de que en sus orígenes éstos hayan cumplido una función desmitificadora, con lo que volvemos a la cuestión de la trascendencia de la sustantivación del lenguaje, a la necesidad de los movimientos para no quedar atrapados en lo denotado, lo que responde al imperativo de establecer un vínculo con las emergencias de cada época que afectan a todo el sujeto conformando las raíces desde donde nace la necesidad de pensar.

11. Podemos mencionar algunas posibles categorías necesarias del actual momento histórico: fenómeno social total; movimiento magmático; totalización-destotalización; flujo-reflujo; estructuración multidireccional, etc.

Por eso es preciso retroceder desde las realidades producidas, así como también desde las prácticas rutinarias, a los dinamismos constituyentes que nos permiten avanzar hacia lo real, con una mirada enriquecida con nuevas capacidades cognitivas, de manera que podemos reconocer que determinadas posibilidades pueden encontrar sus concreciones históricas; por ello podemos relacionarla con la problemática de las metáforas absolutas.

Se trata de liberar el pensamiento de las reducciones lógicas que empobrecen la mirada por exigencias de claridad que llevan a prematuras y excesivas simplificaciones de las preguntas con las que se organiza la secuencia del acto de pensar. Como señala Blumenberg fue Vico «el primero que vio que la lógica de la primera regla (del método cartesiano) desustancializa la historia, y quien piensa como contrapeso la idea de una "lógica de la fantasía". Partiendo del presupuesto de que la claridad y distinción exigidas por Descartes le están exclusivamente reservadas a la relación intelectiva que el creador mantiene con su obra: VERUM IPSUM FACTUM (lo verdadero es lo hecho), ¿qué le queda al hombre? No de "claridad" de lo dado, sino la de eso que él mismo ha producido: el mundo de sus imágenes y constructos de sus conjeturas y proyecciones, de su "fantasía"...».[12] Pues lo que se propone Blumenberg es adentrarse «al caldo de cultivo de las cristalizaciones sistemáticas, pero también... hacer comprender con qué coraje se adelanta el espíritu en sus imágenes a sí mismo y cómo diseña su historia en el coraje de conjeturas». Y que refiere a la necesidad de decir, desde una apertura del pensamiento, como diferente al decir y su forma.

Esta postura descansa en el esfuerzo del sujeto por pensar desde su necesidad de transgredir, que se asocia al esfuerzo de trascendencia concebido como ampliación de la subjetividad. Transgresión de lo dado como consecuencia de asumirse como sujeto en el existir, a fin de transformar en conocimiento necesidades determinadas, o bien imaginarios de mundos simbólicos en los que descansan visiones de la realidad circundante.

---

12. Hans Blumenberg, *Paradigmas para una metaforología*, Madrid, Mínima Trotta, 2002, p. 42.

Naturaleza del modo de construcción de problemas

El camino crítico que esbozamos supone un sujeto con capacidad de mirar el conjunto de las circunstancias que lo rodean, en un momento, lo que no es posible si no se tiene una visión de futuro que traduzca un claro *para qué* se conoce, como el sentido mismo del acto de pensar. En consecuencia, en esta forma de razonamiento, es central la potencia en la medida en que el razonamiento no puede quedar prisionero de la claridad aparente, muchas veces mecánica, de la relación causa-efecto.

Es así porque se tienen que distinguir momentos en el proceso de construcción de conocimiento, a partir de la premisa de la conciencia de colocación, o conciencia histórica; lo que conlleva un uso crítico de la teoría que es congruente con subordinar sus significados a una lógica de razonamiento que no se reduzca a lógica de determinaciones. Es lo que hemos definido como pensar histórico con un sentido de potenciación pertinente al momento.

El razonamiento de lo pertinente se relaciona con la exigencia de pensar en movimiento, o con la presencia de lo procesual para definir como eje de razonamiento tanto al movimiento de lo externo como al mismo sujeto, lo que influye sobre la naturaleza del lenguaje, así como en el modo de utilizarlo. Es lo que pretendemos desarrollar más adelante cuando abordemos el texto *Uso crítico del lenguaje* en el que veremos los problemas gramaticales del pensar histórico.

La cuestión de fondo consiste en desarrollar la capacidad de problematizar incorporando una voluntad de ruptura que exprese las «pasiones instituyentes» que caracterizan la historia del hombre, de manera de permitir liberar al sujeto de sus propias determinaciones.

Adenda I. El problema de la denotación

En el marco de nuestra argumentación, se plantea que la denotación debe abarcar la relación posible entre niveles que no sea exclusiva de una cosa dada, sino que refiera a un campo conformado por relación entre niveles. Lo anterior se corresponde con que el nivel denotado forme parte de una dinámica que

lo incluye, por lo que la cuestión relativa a nivel y relaciones entre niveles forma parte de la denotación, en su función refiere al campo que la incluye en su movimiento; por lo mismo no se trata solamente de la denotación sino también de lo denotable.

Partimos de señalar la subordinación de lo invariante a lo procesual concebido como secuencia de modos de concreción. Formalmente, lo que decimos nos desafía a tener que construir lo transitivo para dar cuenta de la secuencia tomada como base desde la cual construir el modo de concreción, lo que plantea cuestiones relativas al uso del lenguaje. En este sentido, cumple una función el infinitivo por encima de lo determinativo, lo que se traduce en enunciados no atributivos de propiedades, sino más bien concernientes a dar cuenta de posibilidades de propiedades.

Con lo anterior afrontamos la conformación de contornos desde esta posibilidad de propiedades, de manera de reemplazar los contenidos referidos a estructuras (o invariantes) por contenidos con base en la exigencia de la secuencia de modos de concreción. Además de que la forma de razonamiento y de lenguaje adecuado es lo que hemos llamado pensar categorial, en cuanto refiere a posibilidades de significados según la necesidad de sentido histórico del momento.

Por eso, lo categorial cumple la función de alertar frente a lo que no ha sido significado, por lo que no requiere de verdades sino de un acto de conciencia como premisa desde la cual construir conocimiento. Problemática que se tiene que resolver en el marco del lenguaje natural.

El texto plantea exigencias de lectura, las cuales quisiéramos ejemplificar en las siguientes alertas o vigilias, que en forma de preguntas exponemos a continuación:

1. Cuando usted responde a una pregunta de contenidos teóricos, ¿qué pasa con este contenido si lo relaciona con un contexto histórico? ¿Y qué significa relacionar el contenido con un contexto histórico? Cuando usted relaciona una afirmación teórica, ¿qué papel juega allí su propio contexto?

2. Cuando usted escucha una afirmación sobre algún fenómeno social concreto, y estamos de acuerdo en el supuesto de que los fenómenos sociales están en permanente transformación; es decir; si se considera el cambio histórico de un momento a otro, ¿cómo puede utilizar aquella afirmación para no incurrir

en una falacia? ¿Cómo manejaría usted los referentes empíricos y la pretensión de contenidos universales que pueden vincularse con aquella afirmación? Cuando usted analiza un concepto universal, ¿toma en cuenta el contexto desde el cual se construyó aquel concepto y cómo lo afecta? Cuando usted afronta un concepto abstracto, ¿cómo juega el contexto como ángulo de lectura, y a su vez la afirmación teórica cómo puede utilizarse para dar cuenta del contexto?

3. Si usted forma parte de una sociedad, ¿cómo puede reconocer el modo como ésta lo determina en su comportamiento, percepciones y expectativas? ¿Qué significa ser de un país y cómo lo afecta a usted en su persona?

4. ¿Cómo abordar en su práctica de investigación la diferencia entre un objeto de conocimiento, que puede ser disciplinario, y la construcción de una relación de conocimiento que tome en cuenta el conjunto de las disciplinas? ¿Cómo aborda un objeto definido en los límites de una disciplina con el desafío de construir una relación de conocimiento que incluya a las disciplinas como recortes particulares de la realidad?

5. ¿Desde qué presente, que usted defina como propio, tiene sentido recuperar la historia con perspectiva de futuro?

Éstas son algunas pistas importantes para alertar sobre la importancia de lo inesperado que es la propia construcción del pensar, como expresó Heráclito: quien no busca no encontrará, construir conocimiento es también autoconstruirse como sujeto.

Momentos en la construcción del conocimiento

Eje articulador: el eje articulador de esta parte son los momentos en la construcción de conocimiento cuando se asume desde una forma de razonamiento que se enfrenta con los desafíos de historización de los fenómenos.

Argumentación: buscamos construir una mirada que no deje aprisionado al sujeto en significados ya definidos de modo de abrir su pensamiento hacia lo no nombrado. Ello plantea romper con los contenidos establecidos, a partir de distinguir diversos momentos en el esfuerzo por asomarse a lo inédito.

1. *El momento de la subjetividad historizada*

Este momento es propio de la tensión que resulta de leer lo que se presenta como inmediatez desde exigencias de futuro, de modo de mirar detrás de lo que se impone sin dejarse atrapar por inercias mentales, modas intelectuales o, lo que es más importante, por las apariencias transformadas en realidades objetivas por la imposición de parámetros culturales, ideológicos y/o teóricos.

Hablamos de futuro como necesidad de lo nuevo, o, bien como renovación de la existencia como proyecto, lo que ocurre cuando se concibe el presente como aquello que nos permite llegar a ser, como fluir de caudales. Forma parte de esa luminosidad que irradia, que llamamos espíritu, pero que el hombre mismo apagó en su vértigo por hacer; mutilación del sujeto de la que todavía pueden salvarlo los lenguajes de la literatura y del arte, aunque a veces con un tono nostálgico. Al optar por lo idéntico, claro y eficiente no se puede mirar más que lo estructurado, impidiendo que el trabajo intelectual «sea una vela que ilumine la voluntad y los anhelos de los hombres».[13]

Es por lo anterior que este momento está centrado en el sujeto investigador al que, por lo general, en la discusión metodológica se le concede poca importancia. En realidad, es paradójico que la reflexión sobre la construcción del conocimiento no incorpore a quien construye el conocimiento, lo que lleva a reducir su construcción a un conjunto de dispositivos tecnológicos en cuyos límites el acto de pensar queda subordinado a la constatación empírica. En la medida en que plantea la dialéctica entre confrontación con lo empírico y visión utópica, el momento reconoce como problemas tanto al deseo como a la decisión de conocer que anteceden al momento propiamente técnico-metodológico.

En verdad, si no está presente el deseo de conocer, y se carece de la voluntad para afrontar el desafío, el acto de pensar se convierte en un puro formulismo canónico instrumental, por eso es importante destacarlo con fuerza ya que en los textos de metodología, cuando se rescata al sujeto, en el caso de hacerse, se coloca el acento en los aspectos operativos, sin considerar las

---

13. H. Bloom, *op. cit.*, p. 21.

cuestiones asociadas con la psicología, o con las filosofías existenciales, que aluden a la necesidad de conocer del sujeto.

Pero no se trata de rescatar la problemática desde una perspectiva existencialista; más bien, el problema es incorporar las cuestiones, tanto intelectuales como emocionales y políticas, involucradas en la colocación desde donde el conocimiento se construye, rescatando sus capacidades desde exigencias epistémicas, como la articulación y colocación, que permiten aclarar cómo influyen en el pensamiento las construcciones histórico-sociales en su propio espacio. Por eso desde esta perspectiva el conocimiento no es expresión solamente de un acto cognitivo, o de conciencia lúcida, sino de todo un movimiento del sujeto en el que está presente su deseo, el sentido mismo de la vida, así como sus intereses más explícitamente instituidos e ideologizaciones que quisieran resolver, a veces de manera inconsciente, mediante la construcción de conocimiento.

Este momento necesariamente incluye las diferentes facultades del sujeto, con sus respectivos lenguajes, lo que plantea discutir cómo están presentes las determinaciones de la colocación en el momento. A este respecto, en efecto, éstas pueden influir en la capacidad de construir problemas a través de la inteligencia analítica, la imaginación, o bien afectando a la voluntad del sujeto. Ello porque la colocación articula el modo de dar cuenta de cómo la historia nos determina. Y puede abarcar desde la condición misma como especie, hasta los condicionamientos propios de situaciones histórico-sociales. Sin olvidar la vida como casi-anhelo que subyace en las grandes creaciones del espíritu, la «vida de tamaño mayor que el natural» en el sentido de «vida más plena en su tiempo sin límites»,[14] que, de alguna manera, nos enseña la literatura.

La problemática central es la de la subjetividad historizada como capacidad para organizar la mirada desde la tensión con aquello que estando fuera del sujeto forma parte de su existencia; por lo mismo, surge el problema de dilucidar el peso que tienen en el pensamiento tanto los estereotipos como los prejuicios, y de otro lado, las condiciones sociales y políticas en su capacidad para conformar sentimientos, afectos y deseos que no siempre están asumidos.

---

14. *Ibíd.*, p. 26.

El reconocimiento de realidades forma parte de esta subjetividad historizada que se expresa en preguntas como: ¿desde dónde y para qué hacemos lo que hacemos y pensamos?, ¿qué es lo que permanece soterrado en el reconocimiento de problemas desde los que se justifican los esfuerzos de teorización?[15] Por cuanto el modo de mirar desde la subjetividad historizada responde al desde dónde y para qué hacemos lo que hacemos y pensamos, pero asumido conscientemente. En esa medida se plantea la forma que puede asumir, que es lo que pretendemos resolver en el segundo momento, que incorpora cuestiones relativas al uso del lenguaje.

2. *La colocación en el momento histórico*

En el segundo momento se discute la no reducción del acto de pensar a la capacidad de construir predicados sobre objetos, pues si así fuera, el acto de pensar terminaría por identificarse, desde el inicio, con la construcción de atributos según el manejo de la información, sin considerar que ésta refleja atributos ya definidos. De este modo, si nos restringimos a la lógica de la necesidad de predicar, el pensar se reduce al entendimiento analítico, que como tal, agota todas las potencialidades de la subjetividad.[16] Lo que facilita enclaustrar al hombre en el mundo de los objetos propios de lo dado e impidiéndole colocarse en horizontes; pero también puede leerse como la sumisión de lo individual a una implacable externalidad que se impone inexorablemente.

Externalidad que se puede relacionar con lo discutido sobre la dimensión metafísica cuando se ha sostenido que «resulta desacreditada... antes que nada... [por] la indiferencia hacia los

15. En este sentido hemos privilegiado a los clásicos. Nuestra idea de clásico tiene que ver con la claridad con que estos problemas se pueden rastrear en ellos. En efecto, pueden registrarse de manera clara en autores como Dilthey y la propuesta categorial que formula en la *Introducción a las ciencias del espíritu*. O las enseñanzas que dejan, sin duda, Simmel u otros autores, como Wright Mills, Castoriadis o Zygmunt Bauman.

16. «La reducción es el último recurso del saber moderno contra la abundancia de los objetos del saber. Hace falta un racionalismo desesperado para tratar de soltar en su mismo devenir las matemáticas, la biología, la historia, la psicología, la química y la física». Gilbert Durand, *Ciencia del hombre y tradición*, Barcelona, Paidós, 1999, p. 40.

derechos contingentes y lo caduco, [que] es lo que desde siempre ha constituido su contenido material».[17] Por tanto, no se trata de resolver con base en exigencias deontológicas sino desde una postura abierta a lo indeterminado. De ahí que una respuesta al reduccionismo del acto de pensar y de la misma construcción de conocimiento no puede resolverse recurriendo a «la violencia de lo universal metafísico»,[18] como en el caso de la dialéctica negativa de Adorno, «donde la estructura violenta de la existencia... hace que la conciliación no pueda ser sino utópica» (*ibíd.*); en oposición al *principio esperanza* de Bloch que siempre está más allá de lo dado, por lo que no se presenta ningún abandono de lo contingente. Esto es, el sujeto está siempre presente.

No reducir el acto de pensar a la construcción de predicados se vincula con el esfuerzo de darle mayor envergadura, de manera de organizarlo desde una postura abierta al siendo de lo determinado, en tanto lo indeterminado es lo determinable que se traduce en una secuencia de identidades, lo que plantea un modo de usar el lenguaje adecuado para dar cuenta de la función constitutiva de lo por venir (no en el plano ontológico-dialéctico de Adorno o de Marcuse, pero sí en el de la potenciación «hacia arriba» del sujeto).

Desde este ángulo, se tienen que resolver los problemas de la construcción de enunciados para que el lenguaje pueda expresar el movimiento de aquello que se busca denotar; tanto desde el interior del límite, como desde la necesidad de lo excluido, a fin de abordar el carácter no solamente transicional-procesual, sino potenciable de lo real-externo. A este respecto, se plantea develar la necesidad de sentido que emerge de las vivencias de lo dado, de manera de poder problematizar aquello que se nos impone como «objetividad» desde lo histórico-existencial, desde donde se plasma un sentido de vida que da contenido al acto de potenciar lo real-externo. Se plantea un doble desafío para el lenguaje: el propio para dar cuenta de lo transversal-procesual, y lo que se desprende de la necesidad de potenciar lo potenciable de lo real-externo.

---

17. Gianni Vattimo (comp.), *La secularización de la filosofía hermenéutica y posmodernidad*, Barcelona, Gedisa, 1999, p. 69.

18. *Ibíd.*, p. 70.

Se tienen que diferenciar distintos planos en la denotación: *a*) el de la totalidad como articulación de relaciones abierta a su propio movimiento; *b*) el de la articulabilidad entre planos de realidad según las necesidades planteadas por el *contexto* o momento; y *c*) por último, el de los nudos desde los que es posible activar la dinámica contenida en esa totalidad, constantemente sometida, como ya señalara Gurvitch, a totalizaciones y destotalizaciones.[19]

En relación con el plano de la totalidad (*a*) la construcción de enunciados debe contener la posibilidad de un predicado complementario, o bien de un contrapredicado, en la medida en que de la totalidad se puede derivar cualquier afirmación de contenido que plantea su articulabilidad con otros planos; lo que obliga a construir los enunciados, no con base en relaciones lineales-causales, sino partiendo de procesos que puedan dar lugar a diferentes modos de concreción, los cuales pueden dar lugar a diferentes determinaciones de contenidos.[20]

Con relación a estas observaciones se puede abordar la trampa advertida por Bloch en cuanto a quedarse atrapado en el producto; o, como sostiene Jullien, quedarse prisioneros de la conjugación del tiempo; en otros términos, seguimos pensando en estructuras que agotan posibilidades de opciones: **las estructuras como invariantes, no como movimientos internos.**

En esta línea, **se tiene que diferenciar entre el instante del espacio y el espacio entre instantes.** Desafío que al desvincular el instante de su acontecer, significa que cuando se habla de un ente, aunque elijamos quedarnos en sus límites, tenemos que hacerlo desde el ente en tanto está siendo. Se requiere que la forma de decir pueda reflejar la inclusión de identidades posibles, en vez de ser funcional respecto a las exigencias de determi-

19. Pero hay un plano en el que se plantean cuestiones como la complementariedad, o no, entre dinámicas; la naturaleza multidireccional, por lo tanto ambigua, de la potencialidad; el carácter de lo inmanente de la dinámica; y el espacio entre lo estructurado-cristalizado y lo dándose-magmático de la realidad como siendo el espacio entre lo procesual-continuo y lo que resulta de las prácticas humanas.

20. Algunas implicaciones de lo que sostenemos pueden formularse en los siguientes términos: *a*) distinguir «lo que es» del «es de lo que es»; *b*) no ocultar en el significado de lo denotado las posibilidades de otros significados posibles por su misma potencialidad, lo que ocurre cuando se reduce el proceso de constitución de lo denotado a lo denotable.

nada identidad: esto es, pensar desde ángulos abiertos a horizontes, en lugar de hacerlo desde premisas enmarcadas en una lógica de objetos.

Lo anterior tiene relación con la perspectiva de trascendencia con que se construyen los conceptos acerca de un ahora; trascendencia que encuentra su raíz en el para qué de un sentido que subyace al esfuerzo de construir un significado, el cual procura dar cuenta del transcurrir del momento en cuanto secuencia.

Planteamiento que supone desafíos para la forma de la argumentación, ya que las categorías no pueden limitarse a los marcos de la identidad de un contenido, por cuanto ello sería desconocer las exigencias de la articulación; de ahí que cualquier predicado tendría que contener su apertura de modo de incluir la necesidad del contrapredicado para dar cuenta de diferentes modalidades de concreción. Discusión que coloca en el centro del debate el predominio del principio de complementariedad por encima del de apropiación.

Pero pensar desde la apertura también implica pensar en términos de la exigencia de especificidad, lo cual obliga a reconocer distintas identidades, de forma que pueda reflejar no solamente un contenido particular determinado por el contexto; por lo que la determinación de contenidos de identidad queda sujeta a la necesidad del problema.

Necesidad que se manifiesta en la exigencia de construir enunciados que contengan predicados que respondan a diferentes sentidos según los tipos de sujetos.[21] El cierre del enunciado puede depender de cómo se halla presente el sujeto, lo que puede dar lugar a predicados y contrapredicados que responden, ya sea a una externalidad aprehendida causalmente, o bien a una necesidad de construcción concreta para sujetos determinados socialmente hablando. En el primer caso, el contenido se corresponde con una lógica de determinación, mientras que en la segunda situación, el contenido se confunde con una potenciación en una dirección posible particular.

Lo que decimos no es ajeno a patrones culturales que impiden crear con el lenguaje espacios donde el sujeto pue-

---

21. En el plano del uso del lenguaje supone un predominio del verbo y del infinitivo, de manera que sobre las calificaciones sustantivas predomine la posibilidad del infinitivo.

da desplegar su capacidad de potenciación, lo que supone liberar el pensamiento de formas cerradas en su significado. De ahí que haya que reapropiarse del lenguaje para no quedar prisioneros de uno que nos lega significados que se naturalizan.

¿En qué nos está transformando el mundo actual? ¿Es un mundo que conforma significados de realidad diferentes para los distintos sujetos? ¿Qué significado tiene para diferentes sujetos que se debiliten los proyectos de nación, y cómo influir sobre su capacidad para definir y sostener proyectos de vida, por lo tanto, para recuperar la idea de sujeto con perspectivas en los límites de circunstancias propias de la globalización? ¿Acaso no constituye un desafío secular de la historia tener que redescubrir las posibilidades cuando las circunstancias aparecen negándolas? Hay que precaverse de respuestas fáciles, limitadas a reflejar simples proyecciones de lo dado, «ornamentos de lo dado», como ocurre con la representación de intereses, económicos e ideológicos, que no permiten visualizar otra realidad que no sea el conjunto de condiciones que facilitan reproducir opciones ya dadas, especialmente en el contexto actual donde el predominio del capital financiero pretende imponer una homogeneización política y cultural.

Es el caso de la dictadura empresarial que mediante la incorporación de un lenguaje pretende naturalizar los procesos con el pretexto de garantizar eficacia, con lo que conforma una noción de mundo que se legitima como pre-dado «pasivamente en la certeza». En un plano filosófico se corresponde con lo sostenido por Husserl, que «todo ente que nos afecta, nos afecta en el terreno del mundo, se nos da como algo que supuestamente es inactividad cognoscente, la actividad judicativa, se propone comprobar si tal como se da y como de antemano se supone que es, verdaderamente es y verdaderamente es algo que es así, y así. El mundo, como mundo que es, constituye lo previamente dado, pasivo y universal, de toda actividad judicativa».[22]

Estos señalamientos buscan dar cuenta, en un plano epistémico, de que para no dejar el pensamiento atrapado en oposiciones, o en simples negaciones sucesivas, se requiere de formas de pensar que lo enriquezcan con las complementariedades propias del devenir de las situaciones.

---

22. Edmund Husserl, *Experiencia y juicio. Filosofía contemporánea...*, p. 32.

Tenemos que liberar el pensamiento de un conjunto de determinaciones que, además de fortalecerlo en su capacidad analítica, también lo han estrechado en sus márgenes para mirar y observar. Pensamos principalmente en la deformación de la lógica causal, por lo mismo del objeto, en consecuencia, de lo fragmentario, que no obstante se encubre detrás de discursos que buscan legitimarse invocando un rigor con base en la exaltación de estructuras que se significan como conquistas incuestionables del conocimiento.

El desafío consiste en liberar el pensamiento de un concepto de realidad que es externo al sujeto, reforzando sus inercias mentales al minimizar el pensar como lo puramente instrumental. En el fondo, oculta una concepción pasiva del sujeto que no se resuelve, como lo demostró el siglo XX, con invocar una progresividad histórica, caracterizada por una impronta fuertemente determinista, mediante la cual se reduce el futuro a un simple cálculo de previsibilidad que, en la mayoría de los casos, no pasa de simples extrapolaciones desde lo dado.

La crítica anterior descansa en el supuesto, como ya señalábamos más arriba, de que la realidad socio-histórica es procesual pero además potenciable por el sujeto. La pregunta es: ¿cómo se puede reflejar este rasgo en la construcción de enunciados? En esta dirección, no se puede perder de vista que cualquier predicado sustantivo descansa en el verbo que le da sentido, el cual no responde a una certeza derivada de una conclusión asentada racionalmente, en el marco de una relación de causa-efecto, sino en un ángulo de mirada que busca responder a algo que reclama ser pensado, en lugar de ceñirse a la lógica de la premisa, que, desde su propio fundamento, se traduce en conclusión. Lo dicho se vincula con la necesidad de época como ángulo para abrirse a lo que sucede en diversos modos de concreciones, que son otras distintas identidades particulares.

Lo que decimos tiene implicaciones sobre cómo abrir lo dado. Dependerá que se haga con base en enunciados que se construyen en términos activos, o pasivos; lo que se corresponde con la modalidad de presencia del verbo en la enunciación asertiva, de manera que el sujeto pueda ir más allá de un objeto externalizado, abordándolo desde sus potencialidades.

De ahí que lo real se corresponda con un concepto de realidad como espacio entre lo estructurado-cristalizado y lo dándo-

se-magmático. En este marco, relativo a las posibilidades de lo potencial, se construyen los enunciados problematizando la identidad expresada en sus contenidos; en otras palabras, éstos quedan subordinados a las posibilidades de contenidos que ofrece el contexto, que pueden no quedar incluidas en las determinaciones que se puedan deducir, ya que, por definición, son excluyentes.

Este esfuerzo es congruente con el hecho de que el momento en que el sujeto se coloca no se agota en ningún objeto-predicado; por eso, hay que pensar, más bien, desde ángulos de razonamiento que alerten sobre cómo y desde dónde estamos pensando y construyendo nuestra apropiación.[23] De ahí que debamos recuperar las críticas formuladas al método científico, tales como la de Popper y otros, y los esfuerzos por desmitificarlo, en particular la cuestión de la verdad, en autores como Gadamer o Putnam, entre otros.

El desafío se orienta a enriquecer el pensamiento, lo que es particularmente importante en el contexto de una sociedad que nos aplasta con un bloqueo de ideas y por el predominio de una inteligencia transformada en tecnología, lo que supone en general la pérdida de la imaginación y de la voluntad para la gran mayoría, pero que es concomitante con una suerte de oligarquización de la inteligencia. Es el caso de las élites controladoras.

Se requieren grandes perspectivas para escapar al instante pero, ¿se pueden lograr desde un sujeto fragmentado y perdido en un pensamiento sin trascendencia? Cabe preguntarse, entonces, acerca de la función que cumple la idea de conciencia y de sentido, tal como ha venido acuñándose desde la fenomenología, o de acuerdo con la idea de proyecto, más aún hoy cuando se recupera la teoría del deseo y el papel de la corporeidad para los enfoques sobre creatividad.

Enriquecer el pensamiento consiste en no circunscribirlo al desempeño de funciones que enajenen al sujeto. Ello

---

23. A este respecto, la alienación analizada por Marx no constituye, estrictamente, un problema teórico sino, más bien, conforma un ángulo de pensamiento inclusivo, que considera la enajenación de las relaciones mercantiles como espacio particular de la problemática más amplia que resulta de la lógica del orden al buscar reproducirse en variedad de situaciones (no todas económicas). Por eso, consideramos que el ángulo permite una expansión de la capacidad de mirar del hombre para no perder la perspectiva de actuar ante las circunstancias contextuales.

tiene que ver con la motivación para desplegarse a sí mismo, apostando por la poesía todavía no escrita del hombre, de la que habló Musil; portanto, se busca trascender el campo conformado por los atributos sociales que nos determinan para abocarse a la necesidad de completar la condición de inacabado. ¿Se relaciona lo anterior con la auto-posesión del sujeto?, ¿tiene relación con la problemática psicogenética de las equilibraciones formuladas por Piaget?

No restringirse al campo de significados establecidos en el lenguaje, sino abrirse a lo que surge del esfuerzo por ubicarse en el momento, cuya verbalización no puede limitarse a la sintaxis habitual restringida, por lo general, a la función de comunicación.[24] Se afronta rescatar la distinción entre el qué, el para qué y el quién, en el marco del lenguaje que constituye al sujeto. De pronto parece que estamos remitidos a la problemática heideggeriana del «cuidado» y «descuido»; pero, principalmente, a la cuestión de la disociación, en lo que respecta a la condición humana, entre lo que *es* por sus determinaciones y lo que *es* como expresión de sus indeterminaciones. Esta orquestación entre determinaciones e indeterminaciones hace la condición humana.[25]

La condición humana se hace presente en la colocación en el momento, que obliga a definir un eje arquimedio: pasar desde la determinación al espacio indeterminado donde tiene lugar el despliegue del hombre para construir sus circunstancias, y, con ello, su autonomía. Es lo que significa hablar del tránsito desde la esperanza a la lógica de potenciación: desde la postura de apropiación (cualquiera que sea su naturaleza cognitiva) a la capacidad para actuar y re-actuar sobre las determinaciones.

Sus consecuencias son incomnensurables, en la medida en que se amplía el concepto de logos y de los lenguajes correspondientes. De plano entramos en lo que podemos definir como una poética de la ciencia y una reformulación de sus lenguajes, para poder avanzar hacia una conjugación entre signos,

---

24. Cfr. Walter Benjamin, «Sobre el lenguaje en general y sobre el lenguaje de los hombres», en *Ensayos escogidos*, México, Coyoacán, 2008.

25. En relación con el planteamiento anterior, cabe formular algunas consideraciones en torno a E. Bloch. Cf. «Adenda II. De la voluntad de historia: de la explicación a la liberación (un comentario en torno a Bloch)».

imágenes y símbolos. Y así dar cuenta de la «realidad» (producto de las múltiples y simultáneas interacciones) como constelación de dinámicas, emergencias sociales y culturales, visiones de futuro, proyectos, mitos, teorizaciones y representaciones en ficciones.

Es lo que hace que la condición humana esté siempre siendo, y la verdad sea un dar cuenta de este siendo en un momento.[26] Siendo de lo externo y estando del sujeto que hace que el acto de pensar-conocer forme parte del crecimiento del sujeto, ya que da cuenta del siendo como lo inacabado de lo que está determinado. El siendo es lo inacabado de lo acabado como lo que está determinado,[27] mientras que el estando del hombre necesita for-

---

26. Más propio será hablar del estando, porque el siendo constituye una afirmación ontológica pero nuestra argumentación pretende rescatar las implicaciones epistémicas que tiene en el uso del lenguaje. El siendo como lo que trasciende a cualquier tributo dado, refiere a lo indeterminado como significado, a lo que constantemente está determinándose, por lo tanto está abierto a múltiples posibilidades temáticas. Por ello, se relaciona en el plano del sujeto con no dejarse llevar por ningún determinativo, pues el sujeto nunca está dado a pesar de su tendencia a estarlo por su necesidad de estabilidad e identidad; ya que el sujeto es la síntesis dinámica de posibilidades, de ahí que lo correcto sea reemplazar la expresión siendo por la de es-estando, porque es más congruente, en el plano del uso del lenguaje, con las exigencias de lo indeterminado si ésta la asociamos con el infinitivo.

En efecto, el es-estando se corresponde con el predominio de lo histórico como manifestación de la exigencia de apertura a posibilidades, sin quedar reducido a ningún predicado particular. Ello en la medida en que lo indeterminado refiere a una función del movimiento como secuencias de momentos, lo que plantea la no separación del contenido de la presencia del sujeto: esto es, que el movimiento de lo denotado se tiene que corresponder con el movimiento del sujeto.

Lo anterior alude a la dinámica del infinitivo tanto en cuanto a lo que se denota como respecto del mismo sujeto, cuyo morfema, o elemento de contenido, es la flexión verbal de estando, pero en gerundio: el estando de lo externo en referencia y el estando del sujeto que nombra.

Pues, si el siendo se tiene que corresponder con una determinada modalidad de denotación, entonces, el movimiento exige una postura del sujeto que le permita controlar que la necesidad de identidad lo impulse a precipitar la construcción de predicados como simple manifestación de la necesidad de preservar su identidad como equilibrio interno; lo que impedirá la apertura a las posibilidades que requiere lo indeterminado, cuya forma gramatical será el infinitivo, pero especialmente su verbalización.

27. «El mundo inacabado legitima el querer demiúrgico del hombre y pertenece a la historia de los sufrimientos de conciencia que fundan la era técnica». Blumenberg, *Paradigmas para una metaforología*, Madrid, Mínima Trotta, 2002, p. 134.

mas de pensar desde el despliegue de lo existencial-histórico, sin ninguna garantía de progreso, sino más bien para confrontarse con riesgo de un empequeñecimiento del hombre por su subordinación a funciones que refuerzan el predominio del rol sobre la persona; de los objetos sobre los espacios de despliegue; de las estructuras sobre lo que está deviniendo; del pensar cognitivo instrumental sobre la voluntad para construir historia.

Volvemos a la metáfora del ángel de la historia que fija enriquecida su mirada hacia adelante (futuro), después de mirar hacia atrás (memoria), para quien los escombros son los desechos que tendemos a transformar en olvido. Volvemos a la luminosidad que el hombre apagó con su vértigo por hacer. Esto es: memoria desde un sentimiento de futuro y temor; futuro desde la seguridad de la memoria; temor y seguridad que olvida lo incierto o lo imposible. Ángel de la historia que es crecer más allá de las certezas.[28]

Por eso la verdad, o lo que sea en su lugar,[29] ha de trascender las certezas, como lo simple dado, en la medida en que forma parte del movimiento de colocación en el espacio de la potenciación, que incluye memoria y utopía. Movimiento que resulta de asumir la conciencia de lo inacabado; inacabado como lo propio de la condición humana concebida desde lo determinado, pero también con distancia frente a esas determinaciones, y que se traduce en la experiencia de los límites, así como en la necesidad de traspasarlos, en tanto señal de que ni siquiera las determinaciones nos acaban para poder reconocer espacios abiertos.

Se desprende de lo anterior que el problema central lo constituye la articulación del acto de pensar con el momento, lo que plantea enriquecer el discurso epistémico con diferentes lenguajes que son indispensables para colocar en la situación histórico-social no sólo al problema, sino al mismo sujeto, antes de llevar a cabo la reducción de la relación con la realidad «externa» a contenidos disciplinarios que tien-

---

28. Este crecimiento resulta de una conjugación entre anamnesis, utopía y verdades, con sus respectivos lenguajes, y descansa en el espacio de la experiencia vital de la instalación en un momento de la historia; momento en el que germinan las necesidades desde las que, si las asumimos, podemos subir hasta las altas cumbres de las abstracciones universales.

29. «Así como toda verdad es una verdad para algo y no hay ninguna verdad por razón de sí misma... así tampoco hay ninguna prueba plena de una verdad desde sí misma en tanto que meramente teórica... no hay ninguna plena prueba posible teórica-inmanente». Bloch, *op. cit.*, p. 317.

den a significar la complejidad de la realidad en objetos propios de la lógica de determinaciones.

Lo anterior responde a que el acto de conocer compromete la dimensión histórico-existencial del sujeto, que por lo general nunca se tiene en cuenta, aun cuando siempre está presente la necesidad de decir que no se circunscribe estrictamente a lo puramente teórico, ya que expresa la presencia del sujeto en su necesidad de ser. Es lo que antecede al discurso, por lo que cabe preguntarse: ¿qué necesidad hay de decir algo que determina, a su vez, la necesidad de pensarlo y estudiarlo?

En verdad, cuando hablamos desde el momento del que forma parte el problema y el sujeto, se plantea la exigencia de historicidad como inclusión de pensar y existencia, que se traduce en la pregunta: ¿con qué categorías leemos el orden social? Pregunta fundamental en cuanto podemos ser herederos de instrumentos que nos permitan organizar el razonamiento de manera consistente, y su pertinencia para interpretar las circunstancias del contexto social en el que se esté inserto. Es la función de este segundo momento reconocer los parámetros desde los que se organiza el acto de pensar.[30]

Recapitulación

En síntesis, toda la discusión desarrollada se traduce en construcción de categorías que reflejan la autonomía del sujeto, para abordar la realidad contextualizada con categorías pertinentes y no pre-definidas. Por autonomía, entendemos la capacidad para no someterse mecánica, o inercialmente, a las condiciones del momento en el que el sujeto existe de modo de distanciarse de la inmediatez de las circunstancias para leerlas a la luz de sus propias exigencias.

30. Ilustremos lo dicho con la problemática de la modernidad. Si pensamos de la manera clásica y la comparamos con la movilidad actual, la modernidad teorizada por Bauman da lugar al concepto de liquidez de la modernidad, es decir, que todos los sólidos se disuelven. Lo que es muy distinto a pensar la realidad con un pensamiento cimentado en una modernidad estable, estructurada, identificable, «sólida»; que es lo opuesto a situaciones de flujo carentes de formas, en permanente cambio. De ahí que se puedan tener categorías para leer la modernidad anterior que no sean pertinentes para leer la actual. Valga lo anterior como ejemplo de los alcances que tiene la pregunta relativa a cómo leer el orden social imperante.

Hemos señalado que pensamos en «esa necesidad que da que pensar, antes que la necesidad que piensa»,[31] lo que refleja el esfuerzo por crear un nuevo ángulo que permita romper con las estructuras de contenido ya establecidas, o bien resignificarlas. Exigencia de ángulo que incorpora posibilidades de miradas sin anticipar intenciones, por lo que constituye un momento antepredicativo. Es lo que resumimos en la idea del sujeto en verbo, no atrapado en predicados sustantivados u ontologizados.

Se desprende de lo que sostenemos el riesgo de las inercias que inhiben la capacidad para significar. El acto de construir conocimientos supone un pensamiento no sometido, en su forma de organizar su visión de la realidad (por lo tanto, su recorte de realidades observables), a determinaciones preestablecidas, porque es su condición permanecer abierto a los desafíos de emergencias socio-históricas que no tienen por qué estar sometidas a dinámicas previamente aclaradas, por lo que pueden desafiar con cambios en categorías.

Cuestión que es fundamental para impedir que el pensamiento, encuadrado en un lenguaje explicativo y determinista, especializado en objetos, quede encuadrado en pre-conceptos, incluso en prejuicios y estereotipos, que dificulten construir una relación de conocimiento pertinente para dar cuenta de realidades emergentes.[32] No obstante, podemos apreciar como un sistema alentador que «asistimos a una curiosa pseudomorfosis: el lenguaje neo-positivista y cientificista... [que] apenas ha cambiado desde hace un siglo... súbitamente se despierta a las musas y a los mitos... Parece afectado más o menos solapadamente por el *fascinendum* mítico»;[33] lo que puede dar lugar a una posible articulación entre lenguajes nomológicos y simbólicos. Es la tarea pendiente al adentrarse en la problemática de los significantes, que, como ha observado Barthes, conocemos poco.

Esta fascinación expresa la sensibilidad por lo simbólico, lo que tiende a disolver la verdad como parámetro para abrir el pensamiento a lo inacabado como reemplazo de lo no fundante:

---

31. Aldo Gargani, *op. cit.*, p. 26.

32. A estos momentos en la construcción del conocimiento se refiere la parte del libro cuyo título general es «Pensar histórico y lógica de potenciación».

33. Gilbert Durand, *op. cit.*, p. 71.

cuestionar trabajar con premisas.[34] Pero, en otras palabras, lo no fundante es la historicidad que impulsa al pensamiento a estar más allá de sí mismo; por lo mismo que requiere de la constante apertura en los límites de los corpus teóricos.[35]

3. *Sobre la construcción de proposiciones*

Un tercer momento tiene lugar cuando se pasa a la propuesta de definir atributos, como afirmaciones, sobre una realidad particular; momento que reconoce en su interior distintas actividades.

En primer lugar, la construcción de una relación de conocimiento que refleje la complejidad de aquello que se está planteando, en el sentido que puede reconocer distintas posibilidades de objetos teorizables. Es lo propio de la articulación en su doble función de articulante y articulable;[36] esto es, la composición entre niveles pudiendo algunos incluir a los otros, que revisten la condición de articulables.

De ahí que los recortes de realidad tienen que ser suficientemente inclusivos para permitir que el conocimiento, desde el inicio de su construcción, no sea distorsionado por reflejar solamente algunos momentos del fenómeno; por el contrario, que lo ubique en una situación de mayor amplitud a fin de reconocer el significado que reviste de conformidad con la naturaleza del momento según sea la articulación entre sujetos articulantes y articulables.

En efecto, un recorte de realidad se puede definir como una realidad capitalista; pero, ¿de qué capitalismo estamos hablan-

---

34. En esta dirección recordamos el siguiente comentario sobre el pensamiento de Nietzsche: «idea misma de la verdad, del esfuerzo, y la pretensión de alcanzar, más allá de la ideología y de toda forma de falsa conciencia, un "fondo" sólido que permita develar su carácter de máscara es, precisamente, una vez más una devoción humana, "humana demasiada humana, otra vez, una máscara"». Gianni Vattimo, *op. cit.*, pp. 63-64.

35. Nos parece oportuno citar la opinión que le merece a Hilary Putnam la contribución del marxismo. Dice: «ha anticipado algunas cosas... podría haber hecho una aportación, si la gente no hubiese estado tan ideológicamente dividida; porque creo que los no marxistas podrían haber aprendido algo de él. Los marxistas fueron los primeros en intentar combinar una teoría realista en la que se acentuaba la corregibilidad, y fueron hostiles a la noción de verdad *a priori*». H. Putnam, *Representación y realidad. Un balance crítico del funcionalismo*, Barcelona, Gedisa, 1990, p. 251.

36. En otros momentos la hemos definido como problemática.

do? El capitalismo puede ser un capitalismo precapitalista, como también asumir un carácter competitivo, o bien monopólico o transnacionalizado. Lo mismo ocurre cuando hablamos de un sujeto social: ¿de qué sujeto estamos hablando?, ¿de un actor en un momento de auge, o de uno en un momento de estabilización, o bien de reflujo?[37]

---

37. Si retomamos este problema desde la construcción de contenidos, se relaciona con la idea de los límites de los conceptos en cuanto éstos pueden permitir diferentes especificaciones, en la medida en que el contenido puede reconocer distintos modos de concreción según los recortes contextuales; de ahí que los contenidos, como parte de la problemática de los modos de concreción, conforman una articulación abierta, por consiguiente representan a los deviniendo como devenido. El contenido es lo dado pero desde la potencialidad de sus aperturas, por lo que puede dar lugar a diversos modos de concreción.

Lo dicho implica no perder la capacidad de construcción categorial, el carácter de razonamiento gestante, que no se confunde, ni menos subordina, con los contenidos teorizados. Capacidad de razonamiento que se expresa en la exigencia de transformar lo dado-identificado-determinado de manera de abrirlo a diferentes posibilidades de denotaciones específicas: lo deviniendo devenido que implica una relación entre la función articulante y las posibilidades de articulabilidad de un concepto. La dimensión puede no ser observable como sí lo puede ser la dimensión de lo articulable.

Las cuestiones que pensamos es que lo determinado de un contenido incluye posibilidades de otras especificaciones, las cuales, por su parte, se corresponden con horizontes conceptuales que contienen esas especificidades. Un ejemplo de lo que decimos puede estar representado por la construcción del concepto de trabajo en Marx, respecto al horizonte del capitalismo; o bien el concepto de especie en Darwin, en relación con la problemática de la transmutación de las especies. Lo que significa que el contenido especificado, ya sea de trabajo o de especie, no se resuelve como tal identidad o determinación, sino que requiere ser articulado con base en sus posibilidades de articularse con un concepto incluyente, como puede ser el de producción de mercancía o la evolución con base en la selección natural, según los casos.

En consecuencia, el contenido es función en su construcción de una doble exigencia. Por una parte, que sea articulable; y por otra, que cumpla la función de articulante. Doble exigencia que es propia de un razonamiento categorial que no se deja atrapar por los contenidos predeterminados y que ya forman parte de clasificaciones, o bien por la lógica de objetos delimitados, sino que transforma este razonamiento de lo observado en punto de partida para una construcción conceptual más profunda. Argumentación que, desde cierta distancia problemática, puede aproximarse a algunas consideraciones de Roland Barthes sobre la cuestión de la «forma neutralizada» de discurso, o también, en otra de sus propias enunciaciones, con «el grado cero de la escritura», así como con el papel de la «epoché» fenomenológica de los significados de las palabras. Lo que debe ser objeto de una reflexión particular.

Por eso, cuando nos referimos al fenómeno «a», la construcción de su denotación puede ser distinta según sean las relaciones que tenga con otros fenómenos en un momento dado; situación que puede variar de un momento a otro. Se puede construir sobre el fenómeno «a» una teoría general con la pretensión de que se repita en otros momentos de la historia, aunque sin olvidar que puede sufrir cambios según las relaciones que tenga con otros fenómenos.

En consecuencia, no se puede construir un objeto con prescindencia de su contexto, menos todavía derivar el contexto, a partir del objeto construido; por el contrario, es el objeto el que se tiene que construir desde las exigencias que le impone el contexto. Lo que representa un problema para las teorías generales, ya que plantea la cuestión de la historicidad del fenómeno y de cómo ésta (la teoría) puede dar cuenta de ella. Y relacionarse con lo que antes decíamos acerca de la diferencia entre discurso de contenido y discurso de ángulo.

Un autor es importante no solamente por lo que dice sino por la forma en que lo dice, que tiene relación con el dominio de la relación entre los códigos y del excedente de realidad respecto de éstos. Efectivamente, el contexto plantea respecto del código exigencias que, lógicamente, requieren de información adicional. Nos colocamos entre las exigencias de

---

Alejarse de dichos significados y no quedarse atrapado en contenidos que hacen a la distinción entre conceptos permite avanzar en teorizaciones mayores. En este sentido, la relación entre lo articulante y lo articulable de un concepto forma parte de un razonamiento problematizador que, al relacionar ambas dimensiones, otorga mayor riqueza al contenido comparado con lo que es observable desde este mismo concepto. Es el caso del concepto de trabajo para comprender el funcionamiento del capitalismo y el de especie, para comprender las diferencias y semejanzas entre ellas, así como la función del concepto del inconsciente en Freud.

Surge un juego entre lo determinado, en el marco de ciertos límites conceptuales, y las posibilidades de diferentes modos de concreción de estos mismos conceptos cuando están al servicio de la construcción de un campo problemático que los excede a cada uno de ellos, en particular, como también a los campos semánticamente cerrados desde los que han sido extraídos.

El ejercicio descrito no es ajeno a tener visiones de realidad, como puede ser la *wissenschaft* de Marx, o los comentarios metafísicos que Darwin se encarga de incluir en la redacción de la obra *El origen de las especies*. Visiones de las que forma parte el acto de pensar científico, pero que no siempre atiende a la relación entre pensar y visión de manera articulada.

los códigos disciplinarios y las del momento histórico desde el que pretendemos recuperarlo. Lo que lleva a abordar las formas de razonamiento asociadas con los códigos (que, por lo general, son las que se reflejan en el discurso metodológico organizado) y las formas de razonamiento que reflejan las exigencias del momento.

Modalidades en las formas que se corresponden con lenguajes diferentes. La gran dificultad es resolver la relación de los lenguajes disciplinarios (con una fuerte carga semántica: sociología, economía, antropología, etc.) con los que requiere el momento histórico, que tienen un carácter más difuso e inclusivo en comparación con los de las disciplinas.

La complejidad del momento no se puede reconstruir desde perspectivas forjadas por los límites disciplinarios, pues requiere como orientación una visión más articulada, pero que contenga los códigos disciplinarios. El problema está en que no se hace el esfuerzo de reconceptualizar la perspectiva disciplinar desde las exigencias del momento. En nuestra lectura, un autor clásico teórico es el que incorpora la tensión entre código y momento, ya que de otro modo no podría inaugurar nuevas formas de mirar la realidad.

Pensar desde el código o desde el momento plantea posibilidades de categorías que son diferentes. Los códigos permiten pensar la realidad a partir de una distinción entre lo que está constituido como significado y lo que podemos definir como constituyente. El lenguaje dominante de los códigos es el propio de lo constituido en el campo semántico en el que funciona el discurso. Pero si, por el contrario, pensamos desde el momento, pondríamos el énfasis en lo constituyente si consideramos que aquello que buscamos nombrar está en constante proceso de transformarse; por consiguiente, se plantea la necesidad de la apertura de los significados estructurados que heredamos. Es una razón que puede explicar la resistencia a pensar desde el momento, en razón a las dificultades que presenta en contraposición con la claridad de los códigos.

Pero lo relevante de esta distinción reside en que la posibilidad de intervención descansa, precisamente, en lo necesario del momento histórico, pues lo necesario se relaciona con la potencialidad incierta en cuanto a sus posibilidades de desenvolvimiento de la situación. A diferencia de los códigos, cuyos conceptos

tienen referentes estructurados, el momento representa un magma sin forma clara y única en la acepción de Castoriadis; pues se carece de un concepto que pueda dar cuenta del momento de un modo preciso y acabado.

La distinción entre lo constituido, como significado, y la capacidad de generar nuevos significados, conforma la historicidad de lo estructurado que, en cuanto tal, determina, pero sin que implique olvidar que la historicidad es la posibilidad de esa misma condición. La historicidad, así entendida, configura el marco desde el cual se construye el enunciado, ya que determina el desde dónde pensamos; pero, además, refiere a la relación entre realidades externas y realidades internas al sujeto, lo que permite resolver la pertinencia del conocimiento que se construye en cuanto a dar cuenta del doble movimiento de la externalidad y del propio sujeto.

Este tercer momento es propiamente el del recorte en el que se construye el problema, que se abre hacia una serie de alternativas importantes a tomar en consideración. ¿Qué se quiere hacer con el problema construido? Se puede pensar que se busca hacer afirmaciones predicativas de atributos, y a partir de ellas construir una teoría con pretensiones de universalidad. Pero, ¿es suficiente construir un discurso atributivo de propiedades con las pretensiones de darle un estatuto teórico? Es la pregunta del tercer momento.

Un ejemplo, bastante conocido, lo representa el concepto de «renta de la tierra» contenido en *El capital*. «Renta de la tierra», como sostuvo Marx, ha tenido presencia siempre, desde el esclavismo en adelante, pero no se puede decir que «renta de la tierra» en ese contexto, o «renta de la tierra» en el contexto feudal, o del capitalismo, aunque empíricamente sean comparables, signifiquen lo mismo. La cuestión alude a la relación entre la empiria de un fenómeno y su significación. La empiria puede ser extrapolable morfológicamente de un momento histórico a otro, no obstante, la significación que asume la impone el contexto. Con lo que se está implicando que el objeto que se construya tiene que ubicarse contextualmente antes de definirlo según exigencias de identidad teórica; lo que significa dar primacía a los contenidos históricos por encima de los teóricos.

De lo que decimos se desprende la relación entre la teoría que se construye y la práctica que puede derivarse de ésta. Se

pueden construir teorías que no sean susceptibles de traducirse en práctica, ¿cuál es entonces la función de un conocimiento que no se pueda traducir en práctica?; por el contrario, ¿qué supone poder traducir un conocimiento en práctica?, ¿basta simplemente una apropiación cognitiva, entendida como una construcción ceñida estrictamente a las exigencias del principio de identidad y de determinación?

Estamos en presencia de los desafíos que se plantean a la identidad y determinación si queremos un conocimiento que se traduzca en prácticas, porque no basta construir un objeto ceñido al principio de identidad y de determinación: se requiere dar cuenta de las relaciones que se dan entre procesos en situaciones particulares. Por eso, es importante el contexto histórico si consideramos que el objeto tiene que reflejar las mismas relaciones constitutivas de éste. Si lo económico influye en lo político, o lo económico y lo político en lo cultural, y viceversa, no se puede construir un objeto para entender la economía que no tome en cuenta esas relaciones. El objeto ha de reflejar esta articulación en su misma delimitación.

De no resolverse lo que señalamos, se incurriría en una incongruencia entre las exigencias epistémicas y el recorte metodológico, en la medida en que la apropiación tiene que reconstruir el objeto desde la complejidad de sus relaciones. Se plantea además la cuestión de si la teoría, desde su función explicativa, puede cumplir la función de potenciar realidades según los propósitos del sujeto. La pregunta es si el reto de potenciar realidades se puede agotar en la función explicativa.

En este marco, la potenciación requiere que el conocimiento lo sea de realidades potenciables; procede entonces una segunda pregunta: ¿esas realidades potenciables son equivalentes a las realidades explicadas?, ¿todo lo explicable es potenciable? Nos remitimos a la discusión acerca de que hay procesos que multiplican sus efectos más que otros; lo que los economistas llamaron en su oportunidad efecto de demostración. Habría que volverse a plantear la discusión en este marco más amplio.

¿Qué consecuencias tiene lo que afirmamos sobre el papel del sujeto? La respuesta dependerá de cómo se resuelva la apropiación para estar en condiciones de responder la pregunta de si el conocimiento permite, o no, al sujeto actuar sobre sus circunstancias. Una opción es describir las circunstancias, al modo

de cristales, como externalidades al sujeto; otra diferente es organizar el conocimiento a fin de actuar sobre las circunstancias, reconociendo en ellas posibilidades para diferentes sujetos, a partir de constituir los espacios desde los cuales producir, o crear, nuevas realidades. Nuevamente estamos ante la relación entre sujeto y momento histórico.

4. *El momento de la potenciación*

El momento de la apropiación nos ha llevado necesariamente al momento de la potenciación. Es la capacidad de actuación y de reactuación del hombre que, en nuestra opinión, tiene dos grandes dimensiones: primero, la capacidad que se vincula con la posibilidad de definir un campo de praxis posibles; y segundo, la práctica como la capacidad de intervención tal como se procuró desde los inicios de las ciencias sociales. Pero la relación entre ellas es estrecha, ya que la capacidad para significar es condición para diseñar prácticas orientadas a darles contenido y dirección.

Desde esta perspectiva tiene sentido retomar el planteamiento de Bachelard acerca del perfil epistemológico, en oposición al campo epistemológico, como apuesta por que «ninguna cosa, ninguna palabra, es pura si está separada o desunida de todo su pasado, de todo un incidente arqueológico». Es la gran riqueza del lenguaje como instrumento para fortalecer y ampliar la capacidad de significar,[38] que expresa el conjunto de necesidades que impulsan al sujeto a romper con lo dado y significado.

Del uso del lenguaje depende poder pasar de lo constituido a lo deviniendo si podemos dar preeminencia al momento sobre los códigos,[39] lo que refiere a las posibilidades que no se agotan en los significados definidos por aquéllos. Por ello el excedente adviene un ángulo de lectura que se orienta hacia las construcciones de los conocimientos organizados.

Lo inédito responde a la exigencia de espacios de posibilidades del sujeto, lo que supone una mirada desde el futuro.[40] Hay

---

38. Gilbert Durand, *op. cit.*, p. 63.

39. A este respecto, se plantea tener que pensar en situaciones articuladas y dinámicas trascendiendo los límites de la lógica de objetos (lo que se tiene que recuperar en la sección «Problemas gramaticales del pensar histórico»).

40. Es inevitable señalar que en lo que decimos subyace un concepto de sujeto como siendo una síntesis de posibilidades.

una estrecha relación entre visiones de futuro y necesidad de ser sujeto que no es necesariamente consciente, por lo que cabría preguntarse: ¿hoy qué necesidad de futuro existe?[41]

La realidad como espacios de posibilidades, cumple la función de dar cuenta de ésta como articulación de nudos de activación. De esta manera, si nos basamos en un conocimiento asentado en nudos de activación (que suponen la articulación no solamente entre diferentes campos disciplinarios, sino entre éstos y el momento), los hechos exactos, objetivos, externos se transforman en componentes de mundos posibles, que tengan sentido para el hombre, que se pueden construir con base en todos los conocimientos tanto naturales como sociales. Ello supone dejar de hablar de física, biología, química; o de historia, economía, demografía, antropología, como cuestiones externas al sujeto, sino más bien como campos que apuntan a espacios de relaciones donde lo que importa es la capacidad del sujeto para reconocer posibilidades de despliegue.

¿Qué consecuencias tiene lo que decimos para la discusión general de los cuatro momentos? Lleva a encarar nuevos parámetros con los que organizar el pensamiento, pues nos sitúa en el tránsito a una forma de razonamiento que, pudiendo reconocer elementos del paradigma de la explicación, incluye otros de naturaleza fenomenológica, pero también elementos del paradigma marxista, como la historia cuando se concibe como construcción desde sentidos y opciones.

En el marco de esta línea argumentativa, ¿qué otros elementos conceptuales, en reemplazo de la lógica de determinación, podemos elegir para organizar el pensamiento de lo real con sus propias exigencias de objetividad? Con relación a esta pregunta surge la categoría de construcción, en lugar de la de regularidad; la de sentido, en lugar de la de predicción; la de mundo, en lugar de la de objetos. Cambio que se plantea rescatar a nivel de la construcción de enunciados, que, en el caso del sujeto, se traduce en cómo se integra al discurso. La falta de movimiento del sujeto ha sido el gran tropiezo del paradigma

41. Cuestiones como éstas son las que obligan a leer con calma el texto de Ernst Bloch *El principio esperanza*, porque una idea básica es lo que el autor llama el derecho a resistir, que interpretamos en el marco de una vasta discusión en torno al movimiento interno del sujeto.

dialéctico clásico. Pero al no poder resolverlo cae en una asimetría: por una parte, exige pensar la realidad del movimiento, pero el propio pensamiento permanece estático. El mejor ejemplo lo podemos encontrar en Kosík,[42] para quien el sujeto está inmóvil, porque lo que se mueve es lo que está fuera del sujeto. O el caso de Gortari[43] que, en sus textos, no logra resolver la cuestión planteada porque si bien las cosas están en movimiento, en devenir, en contradicción, el sujeto permanece fijo. De ahí que no sea extraño que puedan coexistir discursos críticos con sujetos conservadores. Cuestión que solamente se puede resolver a partir del movimiento interno de la subjetividad así como de lo que es externo a ella.

La línea fundamental de respuesta se encuentra en la incorporación de las dinámicas constitutivas para resolver acerca de lo potenciable, en cuyo marco el sujeto no puede quedar prisionero de ningún principio estabilizador; ya que lo potenciado exige de un sujeto con capacidad de potenciar. Esta capacidad refleja el movimiento interno del sujeto, en la medida en que expresa su capacidad para asumir su propia historicidad; que es complementaria de lo puramente externo, a veces simplemente cronológica. Idea de devenir como transcurrir de la externalidad, que se corresponde con el es-estando del sujeto, y que nos lleva hacia una epistemología de la subjetividad.

Desde esta perspectiva, resulta que el manejo del tiempo implica tanto la capacidad de construir denotaciones como la de asumirse como sujeto. Lo anterior porque responde a la necesidad de organizar lo que fluye de manera constante, pero sin forma, porque ésta es su propio fluir, sin recurrir a ningún fondo inamovible que sirva de apoyo a lo que no cesa, sin origen ni fin, y que encuentra una de sus más altas expresiones en la metafísica y en el discurso ontoteológico. Ello para evitar que la conjugación del tiempo: era, es o será, quiebre el mecanismo estabilizador de la propia identidad; para poder hablar del momento pero sin la angustia de ser-estando.

---

42. Karel Kosík, *Dialéctica de lo concreto*, México, Grijalbo, 1976.

43. Elí de Gortari, filósofo mexicano de orientación dialéctica que se esforzó por la sistematización de la dialéctica durante los años cincuenta.

El recurso estructurador de la metafísica y de lo deontológico es lo que cuestiona la historicidad como forma de pensar, pero tropieza con profundos obstáculos culturales.[44]

Se desprende de lo que decimos la inevitabilidad de un cambio de ángulo en cuestiones tales como: *a*) no pensar en sustancias, sino en procesos articuladores; *b*) no pensar en productos, sino en necesidad de las cosas; *c*) no pensar solamente en niveles estructurados, sino en secuencias; *d*) no pensar en determinación, con pretensiones de universalidad, sino en fuerzas o energías que pueden asumir muchas formas. De esta manera podemos encontrar una concordancia entre formas de pensar dialécticas —según se pueden construir en el marco del paradigma fundante de Hegel y Marx, y tal como son recogidas en algunos autores— y lo que se ha destacado en el pensamiento chino clásico (cfr. Joseph Needham, F. Jullien). Pudiera ser que el **paradigma dialéctico** —más allá de sus deformaciones y mutilaciones prematuras— **represente una derivación atípica de los patrones culturales de Occidente.**

Resulta claro el desafío de construcción de enunciados que ya no se pueden soslayar, y que tienen que ver con la presencia del verbo y del sujeto en la construcción de predicados atributivos de propiedades. En vez de incurrir en disyunciones, tiene presencia una especie de infinitivo para dar cuenta de articulaciones en proceso, con o sin discontinuidades, que no configuran tanto un objeto determinado como un contorno como situación dinámica, cuyos límites no solamente excluyen sino que también incluyen.

---

44. Como ha señalado Jullien, el pensamiento occidental es prisionero de formas como la del punto de partida y el punto de llegada, de un razonamiento causal con fuertes sesgos ontológicos; ya que «un proceso, en sí mismo, no culmina en nada ni está conducido por ninguna forma–fin, es siempre transitorio y no evoluciona hacia nada que no sea su propia continuación, función de su regulación». François Jullien, *Del tiempo. Elementos de la filosofía del vivir*, Madrid, Arena libros, 2007, p. 68. En este marco, cabe también señalar la gravitación de metáforas en el pensamiento occidental que han contribuido a cierta inmovilidad: «como una extrapolación del ámbito físico-biótico al ámbito socio-cultural, quisiéramos contar con una base que nos sustente, sobre la cual construir la red de significados y sentidos, el mundo laboriosamente apalabrado, con normas antisísmicas. Es cuando surge la idea del fundamento, como metáfora de la tierra. No es otro el papel jugado por el *eidos* platónico, el Dios de los monoteísmos, el yo-sujeto de Descartes». Julián Serna, *op. cit.*, p. 95.

No se trata de llegar a lo que se ha sostenido en relación con el pensar chino clásico, pero sí de convertirlo en desafío cultural para superar los callejones sin salida del pensamiento occidental, aplastado por disyunciones, dicotomías o determinaciones que niegan, o por un razonamiento que todo lo reduce a factores en su afán de controlar antes que de mirar.

Está en juego poder organizar un pensar que permita percibir lo que «está viniendo», lo que «está yéndose», desde una «continua transición, con carácter procesual...». Pensar «lo que se organiza y se despliega por sí mismo» mediante un uso del lenguaje en el que «ya no haya gramática de los tiempos».[45] En vez de pensar desde el marco de relaciones causales entre estructuras, pensar desde nudos dinámicos en secuencia que están abiertos a nuevas formas que están emergiendo. Son desafíos para el uso del lenguaje que nos proponemos examinar más adelante.[46]

Recapitulación

Podemos sintetizar la discusión anterior en los términos siguientes:

a) El primer momento está centrado en la constitución de un ángulo de lectura de la realidad que refleje las coordenadas histórico-existenciales desde las que se construye el conocimiento teórico.

b) Por su parte, el segundo momento afronta la cuestión epistémico-metodológica de liberar el pensamiento de determinaciones que lo encierran. Pero no se trata de que el pensamiento carezca de referentes categoriales, aunque sí de que el sujeto sea capaz de reconocerlos para evitar que le impidan abrirse a las exigencias de la historicidad.

45. François Jullien, *op. cit.*, p. 29. A este respecto cabe citar la siguiente observación de Whorf: «[...] la lengua hopi no contiene palabras, formas gramaticales, construcciones o expresiones para referirse directamente a lo que nosotros llamamos "tiempo", a conceptos tales como pasado, presente y futuro», pues «han conceptualizado la variedad de exigencias en cuestión a partir de sustantivos abstractos» (Julián Serna, *op. cit.*, p. 35).

46. Cf. sección «Problemas gramaticales del pensar histórico».

c) El tercer momento es propiamente el de la apropiación, lo que conlleva el dominio de los límites tanto conceptuales como de la experiencia. Todo límite tiene que leerse desde exigencias que no sean solamente contradictorias, sino también complementarias: por una parte, lo que está dentro del límite —por ejemplo, en el interior de los límites de los cuerpos conceptuales que sirven para sustentar un razonamiento teórico—, y lo que está fuera de éstos como excedente. Pues partimos del presupuesto de que en todo límite hay un ángulo de fuga que, en la medida en que no lo veamos, nos aprisiona tanto en lo conceptual como en lo vivencial de las experiencias.

d) Por último, el cuarto momento es el de la colocación en el presente, o transcurrir de las circunstancias, en tanto espacio de posibilidades para poder destacar la capacidad del sujeto para reconocer nuevos horizontes en los que construir opciones de futuro.

Creemos que estamos llegando a un punto de convergencia entre muchas contribuciones conceptuales que pueden transformarse en instrumentos para renovar el pensamiento. De una parte, la idea de totalidad dinámica y abierta, que nos desafía a ir más allá de la lógica de clasificaciones dicotómicas y excluyentes; así como poder traspasar los límites de la identidad-determinación para hacer práctica la exigencia de la historicidad, y, de esta manera, abrir el pensamiento a lo inédito. En síntesis, ubicar el pensamiento y sus constructos teóricos en el marco de la colocación ante el mundo que busca dar cuenta del transcurrir de lo dado.

A los desafíos anteriores es a los que pretendemos responder mediante el pensar histórico. Pensar histórico como ángulo que recoge el movimiento de la externalidad y del sujeto; de ahí su importancia para saber cómo formular la construcción de enunciados a partir de este doble movimiento.

Subjetividad y epistemología

En verdad, no es exagerado afirmar que muchos de los obstáculos del proceso cognoscente tienen que ver con el sujeto más que con limitaciones metodológicas y/o técnicas. De ahí que debamos ir a lo profundo y trascender los límites de la informa-

ción acumulada o, más aún, de los requerimientos que se imponen para responder a las cuestiones planteadas por los parámetros del orden o de la simple inercia. De ninguna manera limitarnos a los criterios institucionales relativos a la ciencia, sino, por el contrario, recuperar el conocimiento en el marco más general de su sentido histórico-existencial. El desafío consiste en atreverse a pararse con esperanza ante las circunstancias para transformar éstas a base de visiones y de posibilidades de certezas, aunque obligue a recorrer el camino de lo incierto a la certeza, en el que la esperanza hace las veces de iluminación que impulsa a la razón y a la voluntad de conocer.

El camino está configurado por la relación entre prudencia y audacia, ansiedad y proyecto, desesperanza y sueños, temores y hazañas de autonomía. Son los desafíos del sujeto que se ha buscado resolver desde la historicidad y sus lenguajes de pertinencia, pero también partiendo de las enseñanzas de la psicología y las que se contienen en las reflexiones sobre el lenguaje. Es la historia de los diferentes tipos de creaciones que muestran una diversidad de presencias del sujeto en su acto de pensar y construir.[47]

El espacio de la mortalidad desde donde se es; el de la construcción desde donde se está siendo; y el de la autoposesión desde donde se puede optar por ser. En el espacio de la mortalidad la pregunta acerca del para *qué* soy sirve para responder qué soy y cómo estoy siendo; en tanto que el espacio de la construcción de lo que estoy siendo contiene un para qué, mientras en el espacio de la autoposesión el cómo estoy siendo predomina sobre cualquier otra interrogante.

En el caso del discurso del para qué sin un qué, equivale a una sabiduría de la angustia, como es el caso de muchos textos literarios y filosóficos, lo que es diferente si el para qué se acompaña de un qué, pues entonces tenemos una sabiduría de la esperanza en tanto construcción de lo posible; pero también si el

47. Desde Homero con el historicismo de sus héroes; a Platón y la sabiduría como conciencia; san Agustín y su búsqueda por mostrar la orilla más lejana; Shakespeare y el tumulto de pasiones contradictorias que forman el destino; Cervantes y la dualidad del mundo del hombre; Goethe y el eros protagónico de lo individual; Nietzsche y el sentido y necesidad de querer; Whitman y el hombre cósmico; Bloch y la dualidad de la conciencia del pasado y del futuro.

qué no se acompaña de un para qué, puede llevar a una fragmentación, a diferencia de lo que ocurre cuando se articulan entre sí, pues entonces representan una suerte de trascendencia posible, aunque no segura de transformarse en protagonista. Estoy siendo lo que soy sin perspectiva, en oposición a estoy siendo para algo, para crecer y ser más lúcido y solidario. **La lógica dominante en la sociedad capitalista globalizada expresa un cómo sin perspectiva que vaya más allá del inmediatismo.**

Este movimiento del sujeto constituye una condición básica para desarrollar una postura de pensamiento que permita que el método devenga en la capacidad para avanzar hacia el asombro, hacia las alturas. Es la aventura que cobija al sujeto hacia sí mismo para enriquecerlo en vivencias, percepciones y pensamientos que reflejen nuevos contornos. Y que apunta a una doble función del conocimiento: ampliar el campo de la apropiación pero también el de la subjetividad del sujeto pensante.

Cabe preguntarse, en una época como la nuestra, en la que domina la voracidad quieta del ojo del huracán-momento: ¿qué forma de pensar es la adecuada? ¿Cuántos pasados hay en el futuro que queremos? ¿Y cuántos futuros en el presente que construimos? Para estar en el presente, ¿qué voluntad se requiere y de qué sentimiento forma parte esa voluntad?, ¿cómo el fluir de las cosas va constituyendo al sujeto en su identidad?, ¿cuánta necesidad, y de qué índole, tenemos de los demás y cómo se traduce en el acto de pensar y en el quehacer constructor de conocimiento?

Preguntas en las que subyace la misma cuestión que viene arrastrándose desde Heráclito, «el mundo de los vivos muertos», como es la incorporación del sujeto al acto de construir conocimiento. En la actualidad afrontamos un sujeto sin ideales, aplastado por el pragmatismo a corto plazo, sin orientación para su crecimiento; carente de horizontes que lo desafíen con preguntas que rompan sus conformidades e incapaz de abrirse a situaciones vitales mediante preguntas que se acompañen de la afectación existencial y desde donde nazcan nuevas ideas.

Buscamos un sujeto que sea capaz de trascender modelos. Un sujeto cuya necesidad de ser no se diluya en un fárrago de sentimientos y sensaciones, ideas y expectativas, sin otra

fuerza que la propia de lo más elemental, que no alcanza el relieve de un auténtico proyecto de vida. Pero que inexorablemente lleva a crear conocimientos sin sentido, desde una vida pactada. El mundo de los vivos muertos que obedecen a la lógica del poder.

¿Cuál es la necesidad de aventurarse en lo desconocido?, ¿cuál el impulso para ahondar en lo oculto?, ¿dónde están las fuerzas capaces de dar sentido a nuestro pensamiento, hoy, en esta etapa de bloqueos y desengaños, pero a la vez pletórica de desafíos ante lo nuevo como manifestación del deseo de seguir vivos?

SEGUNDA SECCIÓN

EL MOVIMIENTO DEL SUJETO

> Romper con las imposiciones de la lógica y del lenguaje que, durante dos mil años, han reducido al *ist* a una pura convención de la gramática, a una cópula presente en todas las proposiciones pero, existencialmente, vacía.
>
> GEORGE STEINER, *Heidegger*

Introducción. Consideraciones programáticas iniciales

En el texto la cuestión de fondo es el desarrollo de una nueva y diferente capacidad de significar que refleje el doble movimiento de la externalidad y del propio sujeto. El problema es resolver la relación entre sujeto y discurso de modo de incorporar al primero superando la tendencia de una creciente autonomía del discurso; o, más bien, la presençia cada vez mayor de un discurso sin sujeto. Lo que plantea diversas cuestiones teóricas que no necesariamente se resuelven.

La tendencia a que el sujeto hable de la externalidad se refuerza con la lógica de los argumentos propositivos en los que domina el predicado sobre lo dado, ceñido al principio de identidad que implica predicados unívocos y excluyentes en tanto organizaciones sustantivas, «lo que es, es». Su única o más consistente apertura es la argumentación interpelativa que puede plantear la naturaleza del predicado, si no incompleta y abierta, por lo menos con su carácter dubitativo donde la formulación «lo que es, es» pueda asumir la forma «es lo que puede ser, según la situación», pero que no llega a la forma «puede ser lo que no es», que supone una apertura de los límites.

La cuestión no es simplemente pasar de las proposiciones argumentativas y/o interpelativas, sino la argumentación potenciadora que se corresponde con recuperar la «energía de la palabra», el movimiento del lenguaje deteniendo su tendencia a la sustantivación y la consiguiente subalternidad de la capacidad de acción del sujeto. Lo que equivale a pasar, a manera de ilustración, de afirmaciones como «la democracia es...» a proposiciones como «puede ocurrir que en la democracia...». Proposición donde la apertura de los límites puede dar lugar al uso de otros lenguajes, no necesariamente nomológicos, sino del campo simbólico, incluyendo el propio lenguaje gestual.

En un plano formal, lo que decimos se traduce en poner la atención, más que en lo denotado, en la construcción misma de la denotación; más aún, en transformar la referencia en posibilidad de mundo, en experiencias posibles de vida de forma que el uso del lenguaje arrastre al sujeto transformando el contenido de las ideas en mundos apropiables, como puede ilustrarlo la expresión «reconocer los espacios donde puedo ser sujeto de lo que sostengo».

Desde el punto de vista del uso del lenguaje, lo dicho supone que la construcción de lo que denoto pueda dar cuenta de lo constitutivo, lo «denotante», que, a su vez, es una puerta abierta de lo racional hacia lo connotativo como lo no significado, lo excluido, pero capaz de hacerse presente desde lo mismo que se conceptualiza: «lo denotable».

El rigor es lo que excede al concepto pero está asociado al mismo, aunque éste se restrinja a dar cuenta de una porción mínima de lo que acontece, pues lo que subyace al concepto, y a lo que éste se refiere, lo excede con creces. Lo que nos ocurre, lo que vivimos como experiencia de mundo, no se agota en las representaciones teórico-conceptuales, lo que plantea la necesidad de completarlo.

Lo anterior exige no reducirse a lo que se puede significar en el plano explícito del concepto, de manera de abrirse a las exigencias de especificidad histórico-existenciales que desafían al sujeto: es la condición misma del sujeto como siendo expresión del excedente de realidad respecto de cualquier afirmación. Es lo que puede llevar a la idea de la teoría no tanto como síntesis sino como intensificación.

Estamos enfrentados a controlar el uso del lenguaje desde una semántica profunda que se ubica en el plano de los signifi-

cantes, o, en términos de Barthes, en el de la teoría de los símbolos de la que poco sabemos. Pero que podemos esquematizar en el siguiente enunciado que puede definir un conjunto de criterios para pensar el uso crítico-creativo del lenguaje: si todo está en movimiento, tanto la externalidad al sujeto como este mismo, entonces siempre estamos en una situación de significación incompleta que, en tanto tal, se abre a variadas posibilidades de cierre en algún conjunto de significados.

Desde esta mirada, lo asertórico reduce lo procesual-incompleto a ciertas determinaciones cerradas en sí mismas, o bien, en el mejor de los casos, a considerar las determinaciones como insuficientes. En cambio, en lo modal, si apostamos por este presupuesto como ejercicio, la determinación queda abierta a su incompletud como espacio de posibilidades que el sujeto puede resolver con sus experiencias y prácticas, no siendo suficiente, ni siquiera necesaria, la construcción de predicado por cuanto incluye la referencia como espacio, en cuyos límites caben las opciones de despliegue del sujeto para concretizar contenidos o significados.

En términos gramaticales, lo que sostenemos se expresa en que el paso de lo argumentativo a lo potenciador da lugar a que la capacidad de significar rompa con cualquier afirmación de determinación unívoca para ser reemplazada por significados de opciones de procesos: es un contenido predicado pero construido desde la lógica de su inclusión en otros predicados incluyentes, aunque, a la vez, abierto a su complementariedad con otros que, en su conjunto, refieren a espacios posibles que, como tales, pueden representar la negación de algunos de los predicados constitutivos que conforman el conjunto.

En suma, podemos esquematizar la propuesta-programa en los siguientes ítems fundamentales para la reflexión: 1) transformar las referencias en posibilidad de mundo, que se correspondan con concebir la denotación como construcción abierta a diferentes niveles de significación; 2) entender que lo denotado no se agota en la denotación, ya que implica, por su propio movimiento interno de incorporación de sujeto, un excedente que tanto parte de él como de lo explícitamente denotado; 3) este excedente del concepto constituye la situación de vida del sujeto, que expresa una modalidad de no indeterminado: la condición humana como expresión de lo excedente; 4) comprender que

junto al significado explícito de lo representado debe considerarse la especificidad de la situación de vida del sujeto como ángulo histórico-existencial de la mirada; 5) en consecuencia, transformar en forma de razonamiento la necesidad de sentido para dar trascendencia a lo explícitamente significado; 6) el sentido de la capacidad de significar, mediante el uso del lenguaje, se encuentra en el espacio de lo cotidiano como punto de arranque para la potenciación de lo dado, tanto en lo externo como en el propio sujeto; y 7) la capacidad de significar descansa en la ampliación de los horizontes propios del uso del lenguaje, de manera de ensanchar la subjetividad y con ello la capacidad de intervención del sujeto, aunque sin perder su función cognitiva.

Capacidad de actuar y re-actuar

De la problemática anterior se desprende que uno de los principales desafíos es poder pensar en movimiento, lo que no puede ser abordado sin desarrollar la capacidad de asumir la historicidad en la propia subjetividad del sujeto, y que se traduce en la capacidad de estar siendo en la externalidad que siempre, en tanto espacio de relación entre sujetos, está en constante proceso de transformación: esto es, la capacidad de actuar y re-actuar ante las circunstancias.

Comenzaremos por formular preguntas como las siguientes: ¿cuáles son las mediaciones entre el trazado de un rumbo, y el camino en una dirección precisa? ¿Se puede pasar sin transición de una cuestión a otra? ¿La capacidad de interactuar supone necesariamente la apertura desde la cual potenciarse? En suma, ¿cuál es la relación entre camino y caminar el camino?

El problema estriba en crear un distanciamiento con base en cierta dosis de inconformidad y de indignación, un impulso que arrebate, o un silencio que truene (para decirlo en las palabras del budismo zen) que, por sí mismo expresa la necesidad de espacio para el sujeto.[1] Pero también un distanciamiento respecto

1. Distanciamiento que resulta de ubicarse en un momento para encuadrar la necesidad de colocarse ante un campo de experiencias posibles, más vasto que el propio de la función-rol habitual, desde donde forjar el acto de pensar. El distanciamiento se plasma en una mirada que se traduce en modos de uso del lenguaje, por lo general, restringido a una función de apropiación y de comunicación.

de sí mismo para cuidarse de que la potenciación no se resuelva atrapada en los límites del crecimiento de la persona para poder recuperar los dinamismos psicológicos, en cualquier edad, incluso en esos hombres de juventud prolongada. El esfuerzo por recuperar al sujeto, sin sujeciones, salvándolo mediante el esfuerzo del pensamiento, imaginación, intuición y voluntad para ampliar sus espacios de sentido, sin que se agoten en los que impone el orden que lo envejece.[2]

Las épocas de los hombres son como los vientos que facilitan volar cuando se sabe descubrir sus corrientes para alzarse y darse una dirección. Es el significado de una reflexión de la historia como flujo de mareas que hacen posible navegar. Pero que requiere tener que detenerse ante su paisaje, controlar los impulsos que precipitan hacia la seguridad de respuestas, en un afán de precisión que deja de lado la mirada del paisaje. La contemplación de éste exige de un silencio quieto que permita abarcarlo en su inmensidad.

Mirar el misterio que antecede a las preguntas; la fugacidad que ilumina lo insondable antes de pronunciar el nombre que «limita nuestro conocer», al definir la situación del hombre en el mundo;[3] el relámpago del que habla Heráclito: de ahí que no podamos dejar de buscar aquello que son nuestras necesidades de sentido, no sólo de verdades, que conforman el acto de pensar, el logos como acto de ser en la relación externa en tanto mundo, «el mundo, el mismo para todo... que siempre está siendo, siempre es y siempre será».[4] Porque siempre estamos en el tránsito que nos lleva a tener que asumir que para ser sujetos debemos vivir y pensar desde la historia para así construirla.[5]

---

2. Este intento por recuperar el sujeto, tan central en el acto de conocimiento, nos recuerda el siguiente pensamiento de Miguel de Unamuno en su libro *Vida de Don Quijote y Sancho*: «sólo el héroe puede decir "yo sé quien soy", porque para él ser es querer ser; el héroe sabe quién es, quién quiere ser... y los demás hombres apenas saben ni quiénes son ellos mismos, porque no quieren de veras saber nada, ni menos saber quién es el héroe».

3. Hans-Georg Gadamer, *Elogio de la teoría*, Barcelona, Península, 2000, p. 18.

4. Heráclito, fragmento 64, citado por Gadamer.

5. Conocer desde una inquietud quieta, desde la protección del orden. Soñar con los límites como símbolos que ornamentan la apariencia de lo nuevo. No limitarse a palabras que aluden pero no invocan. Hacer una cartografía sin geografía. El desafío es pensar desde el deseo sin esperanza a la esperanza del

Formar parte de un estando que no se puede reducir al estar de un nombre, sino encontrar un nombre que se diga en su negación, porque en ésta se esconden las posibilidades del hombre; estar que se protege reduciéndose al estar claramente identificado. Lo que supone alejar al sujeto del predominio de la identidad que se confunde con el yo cognoscente. Y de este modo enriquecer la subjetividad desde la colocación en el momento, pero mediada por la exigencia del momento fortaleciendo la capacidad de asombro. Vivir es un flujo, un constante nombrarse, renovando la precariedad que siempre caduca, afrontando la mortalidad como negación en tanto protección de lo no nombrado. Buscar la alegría que es esperanza sin necesidad de trascendencia.

En esta dirección, se busca al otro desde la posibilidad creada por el hecho de tener necesidad del otro. De este modo, la conciencia histórica transforma la relación con los otros en un espacio de posibilidades. Y el lenguaje convierte la necesidad de existir en necesidad de compartir.

De ahí que se trate de pensar desde el movimiento de lo dado, pensarlo en gerundio, pero que no es posible si no se rompe con la inercia y cosificación de los objetos, a partir de recuperar lo real como gestador de cosas reconocibles con un sentido histórico; pero, además, que conformen el lugar de desenvolvimiento de los sujetos para que, en el acto mismo de pensar sus circunstancias, se construyan desde sí mismos.

Si la conciencia histórica es la capacidad para leer lo potencial, tiene que colocar el pensamiento en el tránsito ha-

---

deseo, saber leer lo prohibido más allá de su encuentro que a veces nos amuralla. Instaurar la esperanza como búsqueda desde preguntas que son como vientos que nos impulsan, antes que someterse a los juicios que buscan realizarse en formas compartidas de decir. Dejarse llevar por los ritos de lo que todavía no adviene, pero liberarnos de cualquier trascendencia que sea inaccesible. Y de este modo colocar en el centro del ser-somos la conciencia de lo político como autoconciencia del poder ser más allá de lo que se es; porque si bien pensamos desde la soledad lo hacemos para no negarnos a estar con los otros. Y así nombrar lo que esperamos para no replegarnos en una identidad que nos detiene. Es desplazar, como señala Bloch, «hacia delante las nubes en los sueños, pero sin haber por eso extinguido el fuego implícito, y no, al contrario, habiendo intensificado por medio de la concreción... la inteligencia de la esperanza; pero que no puede quedar reducida a una peligrosa ornamentación de lo dado... que oculta la intención de conciliar al sujeto con lo dado». Ernst Bloch, *El principio esperanza*, p. 186.

cia lo historizable, que no se puede disociar de la voluntad de construcción que se traduce en liberarnos del sometimiento al orden para no limitarnos a la potencialidad del poder hegemónico.

Lo anterior supone pensar desde lo indeterminado que puede asumir dos significados. En primer lugar, lo indeterminado del sujeto como su propia incompletud, que, para no concluir en el escepticismo —y en la impotencia—, obliga a reconceptualizarlo como el permanente tránsito del sujeto (que es su historicidad). Es la apertura que lleva a trascender la lógica del límite, especialmente a las determinaciones que constituyen contenidos particulares; pero, tampoco quedarse aprisionado en los límites de una relación de conocimiento puramente cognitiva. Y que se manifiesta en una capacidad diferente para significar desde el esfuerzo por colocarse en el momento.[6]

La diferencia estriba en que la capacidad de significar no solamente refiere al objeto, sino que también sugiere los márgenes del despliegue del sujeto, en el campo de lo denotado, como espacio de posibilidades. Lo que hace entrar en el juego del pensar

---

6. Soñar los límites como símbolos que ornamentan la apariencia de lo nuevo significa renovarse en el acto de vida naciente, que no siempre el discurso recupera cuando queda atrapado en la fijación del tiempo y el espacio. Es lo que supone atreverse a desvincularnos de la argumentación y ser en la pregunta que invoca, que no es la tristeza ni la alegría, sino la del asombro como grito de existencia y no de complacencia de vida; más bien, negación de trascendencia que representa la alegría de ser en su ofrecimiento de figuras susceptibles de nacer en uno mismo. Es «la inteligencia de la esperanza» de la que se ha hablado, pero que puede quedar reducida a «la peligrosa ornamentación de lo dado» que oculta la intención de «conciliar al sujeto con lo dado».

En lo que decimos se presenta el movimiento del sujeto y su necesidad de mostrarse. El discurso puede ser un mecanismo para objetivar este movimiento, pero debemos distinguir entre el discurso como acto de vida naciente y el discurso limitado a afirmar los atributos de identidad. El conocimiento ha de recuperar este acto de vida naciente para transformarse en vida por compartir. Para lo cual el lenguaje debe dar cuenta tanto de las coordenadas propias de los objetos de análisis, como de las que determinan la propia existencia del sujeto, en la medida en que el conocimiento no se circunscriba exclusivamente a escribir unos contenidos, sino a invocar nuevos continentes de vida; por eso, el pensamiento como acto expresa el permanente rescate de la condición humana más allá de las determinaciones que la configuran, como puede serlo la función asociada con la necesidad de control. El espacio del pensar humano no es estrictamente el de la explicación, en razón a que allí, precisamente, éste se reduce a objetos y pierde su «siendo».

a diferentes fuerzas que hacen al sujeto: «es la fuerza sin cesar en acciones contra los obstáculos»,[7] que se ha simbolizado en la figura del Fausto, o bien «en la capacidad de ser libre para liberarse de lo que lo mantiene en su misión... la capacidad para alcanzar el dominio y la forma de mundo»,[8] que se corresponde con el significado asociado a la figura de Prometeo; aunque podría tener que reconocerse en el trasfondo de estas fuerzas el «rechazo individual de todo orden, la elevación de la trasgresión al estado de valor supremo»,[9] que es lo que busca representarse en la figura de don Juan.

Es la oposición entre necesidad y libertad, entre fuerza fundante y fuerza de lo sedimentado, entre lo dado y lo abierto, entre estructura y proceso, entre orden y desorden. Es el rompimiento de lo predicado en términos de determinaciones unívocas, y su apertura a diferentes predicados complementarios, incluso contradictorios, de manera de asumir lo inédito, el asombro; pues lo que está en el fondo es lo problemático del momento como dado pero a la vez abierto, que, en consecuencia, rompe con la exigencia de verdad.

Se trata de pensar desde lo precario y lo incierto que supone una ampliación de la subjetividad para encontrar compensaciones a la inseguridad, incluso a la oscuridad cognitiva, cuando no se piensa en la búsqueda de las certezas de las corroboraciones, pero que no se pueden, por lo mismo, reducir a los marcos del entendimiento analítico con sus lógicas asertóricas.

Nos definimos en contra de «una epistemología sin sujeto cognoscente», ya que si la epistemología se reduce «a lógicas de investigación, la peculiaridad del sujeto cognoscente y de sus modos de actuar son irrelevantes».[10] La cuestión no se resuelve limitando la discusión a si el agente de investigación científica es el individuo, o la comunidad social científica, o ambos, pues lo que está en cuestión son las mediaciones entre el acto de pensar y sus circunstancias. La discusión se relaciona con la naturaleza

7. Georges Balandier, *El desorden. La teoría del caos y las ciencias sociales. Elogio de la fecundidad del movimiento*, p. 226.
8. *Ibíd.*, p. 227.
9. *Ibíd.*
10. Ricardo Gómez, «Racionalidad: epistemología y ontología», en León Olivé (comp.), *Racionalidad epistémica*, Madrid, Trotta, 1995, p. 28.

de las necesidades de pensar que tienen que ver con las referencias a pertenencias colectivas del sujeto. La conciencia de la necesidad de colocarse «ante» no es ajena a esta dinámica que se puede plasmar en posibilidades de proyectos, en la medida en que exprese una disconformidad con relación al devenir de la cosa y del propio sujeto.[11]

La cuestión nodular es transformar la inconformidad en una necesidad no circunscrita a la lógica de objetos; de lo que se desprenden formas de razonamiento que rompan con los límites disciplinarios, de manera de enriquecer el acto de pensar mediante la conjugación de conocimiento con conciencia y voluntad.

Surge la necesidad de una mirada de conjunto de posibilidades, pero que no se puede reducir a relaciones de conocimiento restringidas al entendimiento analítico (como pueden ser la explicación y la comprensión). Se corresponde, más bien, con un acto de apertura hacia lo necesario del momento, pero en tanto el momento es también el espacio de colocación desde donde se despliega la capacidad de ser sujeto.

Así concebido, el acto de pensar se corresponde con la postura y práctica propia de lo político: articular lo incompleto del estar-estando con la construcción de lo posible. ¿Es acaso una nueva acepción de lo humanístico?

Resistencia y presencia de lo inédito: el futuro desde la esperanza a la potenciación

La presencia de lo inédito requiere de la duda que inspira preguntas desde la consideración de lo incompleto en lo dado (percepción de la anomalía en la acepción de Kuhn); pero esta duda puede implicar algo más que la simple no aceptación de lo dado si se asocia con la necesidad de una nueva colocación en el momento, porque en este caso se relaciona con la necesidad de buscar un nuevo sentido a lo dado, necesidad desde la cual se pretende darle un sentido diferente.

---

11. El problema que se plantea es la congruencia entre las exigencias epistémicas de razonamiento (tales como apertura, incorporación de la necesidad, formas trans-objetuales de razonamiento, y la conjugación de conocimiento con conciencia y voluntad) con las disposiciones o impedimentos psico-cognitivos del sujeto en determinados contextos.

En otras palabras, no se trata sólo de dudar de la eficacia de un conocimiento para constatar sus limitaciones, lo que puede llevarnos a constatar un error o una insuficiencia conceptual. Pero es diferente cuando la duda se acompaña de la búsqueda de posibilidades cimentada en un futuro deseable, pues si se acompaña de la duda de esta necesidad, estamos en presencia de una conciencia utópica, no simplemente teórica.[12]

En esta segunda situación, el pensar trasciende el límite de la anomalía para concebir la realidad como espacio de posibilidades, lo que se corresponde con ser capaz de reconocer opciones de construcción. Y ello supone disponer de un lenguaje que pueda expresar las potencialidades del sujeto, sin restringirse a la función de identificar objetos en estructuras predicativas. Esto es, una forma de pensar con su respectivo lenguaje que puede traducir la tensión entre lo dado construido y lo utópico-potenciable. En este caso, a diferencia de la simple duda, que se limita a una cuestión de desajuste entre las funciones cognitivas y lo que se denota, estamos colocados ante el desafío que, partiendo de reconocer la tensión entre la crítica a lo dado y lo utópico-potenciable, la pueda tomar en cuenta. No solamente la naturaleza del predicado, sino la gestación de nuevos horizontes, lo que requiere de lenguaje de significantes.

La cuestión que se plantea es cómo se abordan diferentes cuestiones psicológicas que subyacen, como son las relaciones entre inercia-ruptura en el marco de la colocación; o la relación entre dinamismos constituyentes y exigencias de claridad y de determinación, según se piense en horizontes o en objetos; y, por último, la relación entre potencialidad y explicación, que plantea romper con la explicación como único ámbito del hacer.

Cabe cuestionar que el movimiento epistémico del sujeto se reduzca a lo puramente psicológico, en la medida en que reconoce su punto de arranque en cómo enfrentar con el pensamiento al orden que impone parámetros de lectura; de ahí que la resolución a los límites que impone éste no cabe en el plano de la pura argumentación teórica, menos en el de la simple ideología.

---

12. Respecto a esta afirmación cabe recordar la siguiente cita de Gadamer: «no es posible abandonarse aquí a la ilusión del poder —hacer que viene hacia nosotros por cálculos técnicos—». *Op. cit.*, p. 88.

Afrontamos la historia como tensión entre determinación y utopía, inteligencia y voluntad. Tensiones que surgen de comprender el acto de pensar como expresión de necesidad de vida que lleva a afrontar los desafíos de lo organizado-cerrado-regulado-determinado-explicado *versus* lo constituyente-apertura-rompimiento, de manera de aventurarse hacia lo no nombrado.

Esta tensión es la que lleva a que el pensar no se pueda ceñir a un objeto de predicado con función de apropiación de algo identificado. Por el contrario, se incorpora esta tensión como desafío del pensar y del conocimiento, lo que implica la incorporación de aquello no denotado que, para entenderse sin contradicciones, requiere salirse del discurso de predicados que no puede pensar los atributos de lo no devenido, aunque sí desde la capacidad de abordar las posibilidades de llegar a ser.

Es lo constituyente de la realidad socio-histórica que se objetiva en la apertura de sus estructuras, la cual refleja la necesidad de concreción de los contenidos como consecuencia de que cualquier denotación requiere aclararse respecto a determinadas coordenadas en que se ubica y en donde tiene lugar su concreción.

Lo anterior pone en el centro de la discusión la cuestión de que la capacidad de significar se ubica en el marco de la constitución de nuevos universos de realidad, que no pueden reducirse a la lógica de la explicación, por cuanto refieren a modos de la relación del conocimiento que escapan a las funciones cognitivas. Es lo que entendemos por trascender las exigencias de la lógica de determinación-identidad. Desde esta perspectiva, la potenciación plantea desafíos en el uso del lenguaje, precisamente en lo que concierne a los diversos tropos con que se puede ampliar y enriquecer su capacidad para significar y nombrar. Pues se trata de trascender su tendencia al reposo, que se ha hecho equivalente a claridad y equilibrio, pero a costa de quedarse fuera de la historia, de manera de abrirse al transcurrir de lo externo, que se corresponde con la capacidad del sujeto de construir y construirse en la sucesión de instantes que hacen su ser-estando, como el constante tránsito de lo dado a sus contornos.[13]

---

13. Epistémicamente supone pensar desde el límite y sus posibilidades donde la conjunción refiere necesariamente a leer el contenido en su contorno; pero que a su vez se fundamenta en la apertura hacia opciones de pensamiento y de

Es lo constituyente del movimiento que se busca resolver con el paso de la esperanza a la lógica de potenciación.

Pero lo que decimos parece formar parte de la enseñanza de la poesía como expresión del esfuerzo por estar consigo mismo en el diálogo que tejemos con los otros al paso del tiempo. La poesía como la invocación de lo que no está comprimido socialmente; algo así como reinventar lo social diciendo lo que no tiene sentido desde lo socialmente compartido. O como la invocación a la riqueza del despliegue que expresa su despertar en la conciencia.

El principal desafío reside en romper el discurso centrado en el predicado. El acto de pensar no se agota en la racionalidad explicativa, propia de las funciones cognitivas, pues tiene que organizarse la delimitación desde una visión incluyente que cumpla la función de crear significados, en la medida en que actúa a través de la especificación que resulta de la articulación entre planos y relaciones.

De lo anterior se deriva la exigencia de especificidad como forma de construir significados desde el momento, que, por su complejidad de relaciones, contiene muchas posibilidades de significados que se tienen que asumir desde la apertura de sus límites para no quedar aprisionados en la claridad de lo dado.

Esta forma de razonamiento obliga a avanzar más allá de la complejidad de la articulación dada que reconoce, en su interior, no solamente su devenir (que puede no ser fácil de aprehender), sino a este devenir desde su relación con la praxis humana. Nos volvemos a remitir a los nudos de articulación de lo real externo como los espacios en los que el hombre puede desplegar su creatividad, que entendemos como su necesidad de futuro. De lo contrario, la relación del sujeto con su momento se reduce a su capacidad de adaptación, facilitándose la cosificación de lo real y la respectiva inmovilidad histórica del sujeto, que se puede traducir en claridad conceptual pero con un sujeto pasivo.

Los puntos de articulación representan formas de leer la articulación desde la necesidad de despliegue, que se corresponde

---

acciones. Es aquí donde toma significado el pensar desde situaciones dadas, ya que son éstas las que transforman los límites de lo dado en partes inherentes al acto de pensar, trascendiendo su simple condición de obstáculos externos.

con concebir lo real-externo como construcción de sentido. Pero que no puede completarse sin incorporar la capacidad del sujeto para resignificar-construir desde sus posibilidades de despliegue, lo que implica una estrecha relación entre conocimiento y conciencia.

«Un hombre salió en la noche a prender una luz para sí mismo».[14] A lo que podemos agregar como comentario: y al verse reconoció el universo como posibilidad de mundo, pero también como lo indiferente e inalcanzable. Se apunta a la capacidad del hombre para emprender el viaje a lo desconocido. Consiste en la capacidad de construcción de sentido, al modo de logos o de alogos, para trascenderse a sí mismo y a sus circunstancias.

Lleva a abordar la problemática del sujeto, pero también a la interrogante acerca de quiénes son capaces de asumir esta capacidad de trascendencia. ¿Cuáles son las formas que mejor garantizan esa trascendencia? Las distintas formas de pensamiento, centradas en el logos o alogos, pueden estar insertas en una gran curva asintótica que permita que ambas formas puedan converger; pero lo que en verdad importa, es determinar cómo el desafío de la trascendencia, en cualquiera de sus lenguajes, acompaña mejor la autonomía del sujeto. Se vincula con la naturaleza de la conciencia utópica que se traduce en atreverse a ser, en la capacidad de imaginar y construir, más allá de lo establecido y aceptado.

El más allá en que pensamos puede sintetizarse en el concepto de inconformidad como germen de potenciación. Conforma la capacidad (valor, voluntad, e inteligencia) para mirar al futuro; lo que constituye el estando del hombre que plasma su capacidad de preguntar, la cual constituye el espacio entre lo determinado y lo indeterminado, entre lo cierto y lo incierto.

De lo que decimos se desprende el rango ético-epistémico de la pregunta, en cuanto disposición a persistir y ahondar en esta capacidad de preguntar y de significar; la pregunta como la forma más particular y manifiesta del ser-estando del hombre. Cuestión que supone el desafío de articular determinación con autonomía, verdades con incertidumbre, pero sobre todo inteligencia con imaginación e intuición, y todo ello con voluntad, de modo de dar cuenta lúcidamente del asomarse a lo inédito para así no quedar atrapado en lo determinado de la verdad.

---

14. *Op. cit.*, Heráclito, fragmento 26.

El desafío requiere apoyarse tanto en lo estable y organizado (como puede ser la información) como en lo magmático y sin forma de lo que está emergiendo, de manera de trascender los límites para mirar al futuro. El lenguaje es central ya que puede ser un obstáculo, o bien una potenciación para colocarnos ante las perspectivas de la trascendencia.

Episteme de lo constituyente

Se plantea encontrar las epistemes de lo constituyente, en oposición a las epistemes de lo dado-establecido estructurado, que pueden ser más fácilmente afines a la lógica del orden claro, preciso y comunicable. Lo que es correlativo al intento por recuperar la capacidad para asomarse a los límites, desafiando la propia mortalidad como el movimiento de las hojas de los árboles. Como recuerda Bloom: «Si lo que buscas es una sabiduría que quede dentro de los límites de la razón y no algo que tenga que ver con el asombro, entonces vuelve a Platón y a su progenie».[15] Nos enfrentamos, por lo tanto, con formas epistémicas propias de la resistencia que hace necesario aprender a leer las lecciones que, en este plano, nos legan los lenguajes del arte y de la literatura.

Surgen interrogantes, tanto del que enuncia como de lo enunciado, que se relacionan con las diversas formas de lo constituyente y con la apertura de los significados, según el presupuesto del movimiento. Problemática que problematiza el concepto de racionalidad, ya que ésta puede situarse entre lo imaginativo y los sueños, por una parte, y por otra, el sentido pragmático propio del cálculo de la misma supervivencia. Requerimos de una gran metáfora desde la cual pensar el hombre y su pensamiento. Bloom nos ayuda cuando habla de «lo quijotesco como una toma de conciencia de la propia mortalidad»,[16] que puede ser lo propio de una epistemología de la tensión entre lo real-dado y lo posible.

La cuestión consiste en definir el ángulo desde donde se construyen los enunciados en los que se materializa el uso

---

15. Harold Bloom, *¿Dónde se encuentra la sabiduría?*, México, Taurus Pensamiento, 2005, p. 61.
16. *Op. cit.*, p. 93.

del lenguaje. En efecto, si frente a la exigencia de lo necesario-inmanente como modo de pensar la adecuación a la «disposición de la cosa», como en el caso del pensamiento chino (cfr. François Jullien); en lugar de esta necesidad predomina la búsqueda de control, asociada con el predominio de lo externo objetivado y su consiguiente tendencia a la universalidad de las proposiciones, lo que no permitiría darle relevancia a lo constituyente y a la consiguiente adecuación de los enunciados a la potencialidad de la situación.

Pero lo anterior reconocerá diferentes implicaciones en cuanto a la relación entre contenidos y enunciados, lo que dependerá de cómo la exigencia de la causa se puede subordinar o no a la exigencia de lo inmanente. **Se plantea que la naturaleza de las acciones, las posibilidades de construcción de realidades desde los conocimientos acumulados, sean de una índole distinta a la acción directamente vinculada con los ejercicios de control: esto es, abarcar las cosas antes que imponer constructos.** En otras palabras, la necesidad de... relacionarla con cierta inmanencia, que no quede subordinada a la lógica de la explicación con base en objetos que se imponen, lo que lleva a trascender los límites de lo instrumental, y subordinar esta lógica a una colocación en un horizonte de posibilidades.[17]

Se puede relacionar lo anterior con la sugerencia planteada por Maffesoli cuando observa que «Durante la modernidad nos atamos a lo que está hecho, al producto terminado (*ergon*), (mientras) que el retorno de lo natural incita a poner atención sobre la *energeia*, es decir, lo que se hace, lo que brota, crece...».[18] En el fondo se plantea que lo real «está», o «es», que puede transformarse o no en mundo, donde el riesgo de distorsión aparece cuando a ese «es» se le atribuyen contenidos fijos de determinaciones particulares.

Por eso, el colocarse en que pensamos, desde el que nace la necesidad de pensar, representa el espacio de ser del sujeto desde el cual cabe preguntarse si se puede rescatar lo humano, incluso si

---

17. A este respecto, es importante confrontar las opciones valóricas de construcción social, con una determinada dirección, con las posibilidades de construcción que permite el conocimiento actualmente disponible: «Adenda. Conocimiento y construcciones posibles».

18. Michel Maffesoli, *El instante eterno. El retorno de lo trágico en las sociedades posmodernas*, Buenos Aires, Paidós, 2001, p. 169.

el esfuerzo tiene sentido más allá de los condicionantes que lo configuran. La mayor altura a la que puede llegar el pensamiento es ver desde lo que nos determina, pero también cómo, a nuestra vez, determinamos. Lo que forma parte del pensar utópico.

Partimos de la problemática de la capacidad de abrirse a las posibilidades contenidas que permitan trascender lo dado, aunque sin circunscribirse al deseo de control. **Se podría, en ese caso, establecer cierta concordancia con algunos perfiles del pensamiento clásico chino, si seguimos las caracterizaciones de Jullien,[19] con la idea de inmanencia y de ésta con la potencialidad-potenciable.** De lo que resulta el espacio característico del pensar utópico confrontado con las formas dominantes de la racionalidad instrumental-explicativa.

Si la discusión sobre la racionalidad la centramos en las exigencias de control, el acento está puesto en el esclarecimiento de causas, por lo que el conocimiento se reduce a objetos; en cambio, si enfatizamos la potencialidad-potenciable, nos situamos en un campo más incluyente que el propio de la lógica de la explicación, lo que lleva a cuestionar la exigencia parametrizada de la realidad con consecuencias sobre el uso del lenguaje. Pues nos enfrentamos, en este caso, a tener que construir denotaciones que puedan dar cuenta de lo abierto y de lo constituyente. De esta manera, las formas de pensar no quedan encuadradas en la función predicativa-atributiva de propiedades, ya que son constitutivas de un pensar que encuentra su campo problemático en las preguntas, en cuyo espacio tiene lugar «un pensamiento que sepa tomar en cuenta las emociones, los afectos y los sentimientos en cuanto expresiones societales».[20] Este **planteamiento se acompaña de una ampliación de la subjetividad, en la medida en que requiere recuperar la articulación perdida entre «entendimiento inerte y erótico»**, según la clásica perspectiva de los griegos que obliga a luchar contra la trivialización del lenguaje para recuperar la distinción y consiguiente relación entre denotación y connotación, que es en lo que se basa la teoría.[21] El sujeto se engrandece y, en esa medida, disipa los sesgos de un an-

---

19. François Jullien, *Un sabio no tiene ideas*, Madrid, Siruela, 2001.
20. Maffesoli, *op. cit.*, p. 181.
21. Harold Bloom, *op. cit.*, p. 153.

tropocentrismo que lo encierra haciendo que vuelva sus espaldas a lo que hay que soñar.[22]

Cuando nos referimos a la trivialización del lenguaje, resultado de su rutinización, así como a la relación entre lo denotativo y lo connotativo, entramos de lleno en la problemática de la orquestación entre lenguajes que se vinculan con la idea de un pensar acompañado de la voluntad de construcción; pero con la conciencia de que el protagonismo conlleva un conocimiento articulado con la conciencia.

Este desafío requiere recuperar el acto de pensar desde un ímpetu que no tiene nombre, o un nombre que ilumina porque esconde todas las posibilidades del hombre. Supone vencer la pereza intelectual, la comodidad que pretende que la aventura de la inteligencia se reduzca a encontrar un lugar donde guardar las ideas haciéndoles perder su fuerza, trascender la monotonía de la vida que reduce lo inmenso a pocos metros cuadrados, cobijándonos, o arropándonos, en una identidad inalterable que se respeta asimismo como himno al vacío sin eco.

Para ello hay que superar las inercias y los miedos que conforman al sujeto, sus compensaciones que lo equilibran en sus ajustes íntimos, como lo ha planteado Fromm. El problema no se reduce a pensar la subjetividad reducida a los límites de las dinámicas psicológicas, sino comprender sus implicaciones epistémicas (¿también lógicas?); en otras palabras, asumir las funciones epistémicas como obstáculos que inhiben al sujeto, o bien como mecanismos que facilitan potenciar las condiciones que subordinan al sujeto. Es lo que queremos expresar cuando hablamos del pensar desde el momento y su apertura como desafío del pensar histórico, a diferencia del pensamiento puramente hipotético-deductivo. La vinculación en el pensar histórico entre momento y apertura «refiere al movimiento de todo lo producido a lo constituyente».[23]

22. Ampliación de las formas de pensar y de mirar que pueden aproximarse a lo que describe Jullien en relación con el sabio en China, para quien «no hay yo... a partir del momento en que nuestra perspectiva se mantiene completamente abierta y coincide con la totalidad del proceso». Jullien, *op. cit.*, p. 27.

23. La capacidad de abrirse a lo emergente y novedoso, asume la tensión por incursionar en lo desconocido, partiendo de la propia inconformidad; en otras palabras, afrontar la disconformidad sin ocultamientos

Si lo constituyente de lo real no se puede comprender sin considerar al sujeto como uno de sus componentes, no se puede pensar el momento de lo externo si no se parte del movimiento del sujeto. Movimiento que es la capacidad para no quedarse aprisionado en las circunstancias, lo que desde el marco del discurso significa no limitarse a pensar solamente en términos de las propiedades de las cosas, sino también en las potencialidades de construcción de sentidos nuevos.

Abrir los límites

El movimiento del sujeto se expresa en la superación de la identidad estática en la que se tiende a cobijar. **Exige pensar desde una suspensión ante lo imprevisto, para poder subordinar la identidad a exigencias del momento**; por eso, la **colocación se traduce en la posibilidad de romper con las significaciones dadas y reemplazarlas por significantes.** Lo cual excede los límites de las funciones cognitivas para incluirlas en modalidades más comprensivas de mirada, mucho más propias de la conciencia que del conocimiento en sentido estricto.

Esta modalidad de pensar nos coloca ante la historicidad como determinación en constante flujo. Se configura el modo de actuar de la lógica de la potenciación para dar cuenta de lo producido[24] en tanto devenir, lo que se corresponde con pensar

---

ni evasivas en lo que tiene de cuestionamiento de sí mismo. El movimiento refiere a determinadas exigencias que conforman diferentes aperturas de los límites que conforman distintas modalidades de contenidos.

24. Lo que decimos refiere a formas de razonamiento que reconocen como base, no solamente al devenir, sino a lo constituyente del devenir: la potencialidad misma que va conformando el devenir. Y que ha sido una búsqueda de siempre del hombre que comenzara con el pensamiento físico-matemático, como puede ser el caso de Leibniz y su concepto de cálculo infinitesimal; pero no se trata simplemente de cambios en la dirección de los procesos, sino de reconocer lo inesperado o nuevo de éste. En este sentido vale la crítica de Bloch a la idea de *élan* vital de Bergson cuando señala que el *élan* vital «es un cambio de dirección que se representa constantemente, algo así como el cambio de dirección al comienzo de una curva; la sedicente intuición se inserta en esta sorpresa en movimiento, sin que —a fuerza de infinitud y de constante modificación— se llegue a aprender lo nuevo como algo verdaderamente real: de tal manera que, donde todo tiene que ser siempre nuevo, todo sigue siendo siempre lo de siempre» . E. Bloch: *El principio esperanza*, Madrid, Trotta, 2004, p. 177.

los procesos socio-históricos siempre como secuencia de coyunturas que nos desafían con la necesidad de construir conocimiento pertinente. De esta manera, nos situamos en el momento pre-teórico a que alude H. Blumenberg,[25] que se caracteriza por formas epistémicas con diferentes posibilidades de discurso, según la naturaleza del movimiento del sujeto. Ya que éste no se agota en una estructura particular del lenguaje, como pueden ser, por ejemplo, los denotativos, pues se gesta de necesidades que no se identifican con categorías cognitivas. Es el momento de las metáforas absolutas y su paso a la construcción de conceptos analíticos.

Este momento pre-teórico es propio de la colocación del sujeto en su época, lo que puede darle autonomía respecto a las circunstancias, que más tarde se subordinan al objeto; no obstante, en la medida en que el objeto nace de esta necesidad encubierta de épocas, plantea resolver el desafío de conciencia histórica que contiene; lo que tiene relación con reconocer la presencia de su contorno. Es así como se plantea rescatar las opciones de construcción que el sujeto puede afrontar, a partir de comprender que el objeto construido es la concreción de una opción particular. Se procura pasar desde la lógica colocación en necesidades propias de una época a la potenciación desde la construcción de problemas.

Este ejercicio cumple la función de mostrar los posibles puentes en los que cimentar la articulación entre lenguajes, que, en definitiva, da lugar a nuevos lenguajes: un lenguaje categorial fundado en elementos de los lenguajes denotativos, pero también en los simbólicos. La cuestión que surge es la naturaleza de la relación cuando se pasa de un lenguaje simbólico a uno denotativo, de manera de dar cuenta de los cambios en la naturaleza de la denotación.

En definitiva, los problemas que subyacen a la lógica de potenciación y las opciones de lectura a que puede dar lugar, exigen resolverse con la constitución de un lenguaje categorial. Éste es un lenguaje que no está mediado por predicados; por lo tanto, donde la apertura es transformada en síntoma de lo procesual, o de lo que es un contorno; por lo tanto, donde el recorte de realidad trascienda al objeto para dar lugar a la colocación antes que

---

25. Blumenberg, *Paradigmas para una metaforología*, p. 129.

a la determinación cognitiva de un objeto. En suma, donde el acto de pensar-explicar se transforme en componente del acto de conciencia del estar-estando. Lo real deja de ser una externalidad para convertirse en un espacio de posibilidades para el despliegue del sujeto; en otras palabras, en mundo.

Nuestra reflexión se ubica en la tradición definida por el amor intelectual y la potencia de Spinoza, en la idea de historicidad de Marx, así como en la de conciencia anticipatoria de Bloch y en el rescate de lo imaginario por Castoriadis. Es un intento de responder al desafío de plasmar el acto de pensar desde sus anhelos, deseos, certezas, dudas pero también como expresión de voluntad. Porque los hombres somos un nombre que no se formula sino en su negación; negación que contiene las posibilidades de muchos nombres.

Recapitulación

El movimiento del sujeto implica una objetivación con base en incorporar la exigencia de la articulación como forma de razonamiento, de manera de hacer posible el rompimiento de los parámetros; de ahí que tengamos que hablar de la apertura del sujeto. Pero al transgredir los límites, tanto conceptuales como experienciales, se plantea fundar el razonamiento en procesos antes que en estructuras, lo que implica cuestionar la lógica de determinaciones y el principio de identidad. Con ello se resquebraja la seguridad del sujeto con base en contenidos sustantivados, en la medida en que lo que buscamos son categorías, y no certezas (cfr. B. Russell); pérdida de seguridad que refleja estar pensando desde la incertidumbre con ideas abiertas a distintas posibilidades de significación.

Se podría afirmar que las ideas claras y distintas aparecen mezcladas con metáforas; por eso, el primer momento de la conceptualización forma parte de la necesidad de sentido, como podría ser aclararse algo, alcanzar una seguridad, o una armonía de funcionamiento. Su importancia reside en que al no tener el concepto una denotación precisa forma parte de una expansión de la misma subjetividad, de un deseo de saber, o de la ambición por encontrar la quietud en algunas respuestas. De esta manera, no se está ante una «externalidad» separada del sujeto,

pues la relación con ésta incorpora desde el primer momento al propio sujeto con sus necesidades de sentido; por lo tanto, se trasciende la objetividad como simple externalidad.[26]

La particularidad de lo que decimos reside en que la relación de conocimiento refleja lo inacabado, el predominio de lo procesual, pero, de manera particular, la propia incorporación del sujeto a su discurso. Representa la base para desarrollar la capacidad de significar. De lo que se desprende que la colocación no es cognitiva al abarcar dimensiones que, para simplificar, definimos como gnoseológicas. Sin embargo, la sedimentación del colocarse como ángulo, en el cual se contienen funciones cognitivas, se corresponde con transformar la necesidad de sentido en una determinada selección de contenidos con denotaciones claras.

Pero el uso del lenguaje, que se desprende de este planteamiento, requiere de la orquestación entre lenguajes nomológicos y simbólicos, con el consiguiente enriquecimiento de las relaciones entre las exigencias denotativas y connotativas.[27] Pero eso cuestiona los límites semánticos respectivos, de manera de no quedar aprisionados en los campos de significación de los lenguajes considerados separadamente.

Estamos necesitados de un lenguaje categorial para responder a desafíos como los siguientes: articular lo cognitivo con lo gnoseológico; romper con los parámetros que impiden reconocer el movimiento de las cosas; pero que también incorpore el sentido desde el cual tiene lugar la apropiación, que es la base para su potenciación; por lo mismo, un lenguaje que permita construir una relación de conocimiento incluyente. En síntesis, de un lenguaje que pueda nombrar desde la colocación del suje-

---

26. «Es la simple voluntad de vivir la que hace germinar una nueva vida». Georg Lukács, en François Jullien, *Un sabio no tiene ideas*, p. 147.

27. Volver a articular la moderna ciencia a la filosofía, la albacea del saber más antiguo de la humanidad. «El último intento de dar cumplimiento a esta tarea en el pasado fue llevado a cabo en el romanticismo... la síntesis especulativa de Hegel había querido recurrir a todas las formas de aparición del espíritu en el arte, la religión y la filosofía...» (Gadamer, *Elogio de la teoría*, pp. 18-19 y 20). «La razón pura no es más que una razón suficiente. Y entonces, es indispensable, como ha podido hacer el arte, poner en práctica un conocimiento social que se basa en la unión... del pensamiento de lo sensible y de lo plástico... nos inscribimos en esta línea, al proponer la elaboración de una razón sensible». Michel Maffesoli, *El instante eterno. El retorno de lo trágico en las sociedades posmodernas*, p. 86.

to para no disociar el acto de pensar cognitivo de las exigencias más amplias de potenciar y construir.

Un lenguaje que permita distanciarse de las imposiciones del orden con base en incorporar lo inédito. Ello es posible si pensamos desde lo constituyente de las cosas mismas, lo que implica considerar el movimiento del sujeto. Ambos movimientos, debidamente articulados, conforman la historicidad que plantea un constante rompimiento de los límites.

Desde esta perspectiva, cabe examinar la presencia o ausencia en la tradición del pensamiento, al menos en Occidente, de un lenguaje para dar cuenta del movimiento como ángulo de razonamiento, no como contenido predicado en forma sustantiva. Lo que plantea tener que captar lo que subyace más allá de los límites de las denotaciones que constituyen los universos dominantes de significación. Lo que forma parte de un lenguaje de significantes.

A manera de ejercicio

1. Se plantea romper con los enunciados reducidos a definir atributos que caracterizan una identidad, en la medida en que impiden reconocer el movimiento de lo denotado. En este marco, ¿qué entiende usted por colocarse y qué importancia tiene para dar cuenta de la realidad?, ¿cómo relaciona usted los contenidos teóricos con las exigencias de la historicidad?, ¿cómo define usted la relación entre historicidad y colocación?, ¿cómo articula usted lo anterior con la idea de márgenes de posibilidades para el sujeto?

2. Si está usted de acuerdo con que la inconformidad está en el origen mismo de una pregunta, ¿cómo relaciona usted inconformidad con historicidad?, ¿qué entiende por inconformidad?

3. ¿La necesidad de preguntar está inevitablemente restringida por la lógica de objetos?, ¿cómo vincula usted la necesidad de preguntar con la idea de momento histórico?

4. ¿Qué diferencia y/o semejanza puede reconocer entre explicar y potenciar realidades?, ¿se contiene una en la otra?, ¿se complementan o son contradictorias?

5. ¿Cómo está presente en lo denotado la necesidad histórica y la necesidad que se puede derivar de premisas teóri-

cas?, ¿se enriquecen una con otra? En caso afirmativo, ¿en qué orden?

6. ¿La historicidad es un método de construcción del conocimiento?, ¿cómo lo sintetizaría?, ¿o más bien se limita a interpretar el conocimiento ya construido?

Desafíos que plantea el movimiento del sujeto para el uso del lenguaje

La conjugación del tiempo define los modos de buscar lo real, según el sujeto se integre o distancie de aquello que busca, asumiendo una postura activa o pasiva. En la forma de expresar esa búsqueda se da, anticipadamente, un rango a lo real: como conjunto de predicados necesarios cuando éste asume una naturaleza ontológica; o como posibilidad constitutiva de predicados cuando se parte de conjeturar una gestación potencial, a partir de una situación interactiva; lo que dependerá del modo de estar presente del sujeto en la construcción de la relación de conocimiento.

El desafío es construir un significado que pueda señalar a la vez en lo denotado sus posibles transformaciones, de manera que cuando se afirma «esto es» se incluya a lo denotado como una concreción posible entre otras de lo dado.

Es aquí donde se afronta el riesgo de que lo dado del instante predomine ocultando que es sólo un modo de concreción posible que puede reconocer otras posibilidades; en esa medida, el significado de lo dado pierde la riqueza de estas otras posibles concreciones, en consecuencia termina por identificarse con lo dado y no se abre a su proceso. El problema que subyace consiste en abordar el acontecer del instante, a partir de la relación entre instantes —el inter-instante. Uno de los obstáculos para ello es la facilidad de hablar desde la claridad del ente olvidándonos que éste también es su transcurrir; pues hablar del ente es también hablar del ente en tanto está siendo.

Lo que decimos tiene consecuencias en lo que respecta a revisar la naturaleza de los supuestos desde los que pensamos. Está en juego no pensar desde premisas que implican objetos, sino, más bien, desde ángulos que nos alertan acerca de los alcances de las premisas en cuanto permiten reconocer los límites de las

determinaciones propias del objeto.[28] En segundo lugar, requiere afrontar la cuestión de que el momento implicado forma parte de una secuencia que no se agota en el contenido del momento. Estamos colocados ante la exigencia del movimiento.

El movimiento como forma de razonamiento, requiere estar alerta a la inclusión de concreciones posibles, planteando romper con la simetría entre la identidad y lo dado. Las determinaciones que se contengan en el marco de la secuencia, desde un ahora, como lo dado, son una condición de la identidad. Es así como nos enfrentamos con el problema de no reducir el *es* a lo denotado porque oculta la potencialidad para abrirse a diferentes concreciones.[29]

El método como potenciación: de la morfología a lo constituyente

Se trata de profundizar en la superficie de las morfologías para describir lo dado —lo que se muestra— no solamente como un perfil visible (*v.gr.* las características del sistema político), sino reconstruir esa superficie desde la articulación de los puntos de activación en los que tiene presencia la práctica con toda la fuerza propia de la memoria y de las visiones de futuro.

Pero lo más importante es que la descripción desde lo morfológico trascienda los límites de las segmentaciones disciplinarias, para dar cuenta de las articulaciones entre diferentes planos de realidad que por sí mismos se han transformado en temas de estudio (*v.gr.* económica, cultural, institucional); articulación que permite comprender que los fenómenos sociales y político-culturales no necesariamente reconocen antecedentes lineales y separados en compartimentos estancos.

---

28. *V.gr.* la alienación como premisa lleva a ciertas conclusiones respecto de determinaciones, de manera que se puede resolver teórica y prácticamente si sabemos actuar sobre estas determinaciones; lo que es diferente a hablar desde un ángulo que nos advierte de que la alienación puede responder a necesidades que trascienden la misma exigencia de la mercancía; porque es lo propio del desarrollo tecnológico llevarnos a concluir, sin mediaciones, que necesariamente piensan todos los hombres cualquiera que sea su origen y condición.

29. Volveremos sobre este asunto en el apartado: «Problemática de la construcción de enunciados: en torno a la lógica de las conjeturas», al final del texto. Pretendemos construir una reflexión sintáctica sobre la gramática del pensar histórico a partir de ese apartado.

En efecto, es muy diferente pensar en observables morfológicos que dar cuenta de lo que subyace a la morfología como dinámicas constituyentes de lo que observamos; más aún, cuando éstas no son nunca objetos completamente disociados de los sujetos. En este sentido, se requiere de una relación de conocimiento que no se restrinja a un conjunto de objetos, pues se corre el riesgo de no considerar que la realidad es una construcción de sujetos, lo que supone dar cuenta de la naturaleza de la interacción entre sujetos.

De este modo, la naturaleza de las interacciones del sujeto constituye una dimensión en la relación de conocimiento, en la medida en que en este campo de relaciones se gestan las necesidades que, en última instancia, dan lugar al sentido que inspira el acto de pensar y de construir conocimiento. Es la situación que se corresponde con una forma de conciencia que historiza la relación del sujeto con sus objetos.[30]

Es la conciencia de la colocación que plantea la incorporación del sujeto desde la tensión, entre los espacios sometidos a determinaciones y los espacios inciertos, ajenos al juego de las determinaciones; pero en los que tienen presencia las prácticas humanas. Es la colocación que se corresponde con una conciencia global, quizá emparentada con la vieja «dialéctica filosófica» que se oponía a la retórica (cfr. Werner Jaeger: *La disputa entre Platón y Lisias*), que exige dinamizar una forma de pensar, tal como lo puede mostrar el capítulo primero de *El capital* de Marx, de naturaleza categorial más que antes en la tarea de la filosofía.

De lo que desprendemos la necesidad de apertura del pensamiento de manera que «la primera relación con la realidad debe ser el asombro, que nos abra a los desafíos circundantes»;[31] de ahí que el método sea esa «capacidad de transformar la realidad en un magnífico significante». ¿Luchamos por que nos domine el querer hacer, o nos quedamos en la espera contemplativa de un devenir posible? ¿Cuál sería nuestra *paideia* práctica?

---

30. Afirmación que también nos permite recordar el planteamiento de Paul Watzlawick cuando señala que toda comunicación humana se da en dos niveles: el de «contenidos» (lo que se dice, la información transmitida en el mensaje) y el de la «relación» (a quién y cómo se dice lo que se dice). Cfr. Paul Watzlawick, *El lenguaje del cambio*, 1977.

31. H. Zemelman, *Necesidad de conciencia*, p. 130.

«El desafío es mostrar lo necesario sin reducirse a lo ya anunciado»,[32] ya que se plantea la cuestión de construir la relación con la realidad «más allá de lo establecido por los cánones científicos tradicionales».[33] Es lo que representa la incorporación del contorno «cuya función es potenciar lo fragmentario desde la totalidad inclusiva, así como considerar lo excluido desde la intuición de lo ausente». Se plantean, a este respecto, diferentes modalidades para «vincular lo no nombrado con lo nombrado»,[34] lo que se traduce en una liberación del espíritu para tener presente la relación entre dinámicas sociales y formación de conciencia, y así poder ampliar la visión desde lo que se piensa antes que reemplazar unos conceptos por otros.[35]

En el marco de esta apertura, la realidad deviene en «un espacio de posibilidades que no se agota en lo dado, conformando aperturas que expresan los desafíos de nuevos contornos para el sujeto, cuando éste toma conciencia de que el tránsito acostumbrado y claro forma parte de un entramado de posibilidades que refieren a otros modos de mirar».[36] Se trata de recuperar el espacio como ámbito físico pero también simbólico, atravesado por la experiencia subjetiva, lo que implica poner en primer plano las microescalas experienciales, como en el caso de la geografía de la percepción y de la representación;[37] o bien, profundizar en la estructura de las interacciones sociales, «las estructuras de esas entidades de la vida social que surgen toda vez que los seres humanos se encuentran unos con otros en presencia física inmediata».[38]

En verdad, la realidad es esa constante construcción, aparentemente dispersa y sin sentido, de un conjunto de comportamientos de la más variada índole, a lo largo del tiempo, que en algún momento se nombra. Pero que, al ser nombrada, desaparece detrás de éste para, más tarde, construir el razonamiento desde el nombre dado, olvidando la naturaleza abigarrada o dispersa,

---

32. *Ibíd.*, p. 132.
33. *Ibíd.*
34. *Ibíd.*
35. Cfr. a este respecto como expresión de lo que es construir un pensamiento epistémico el capítulo primero del tomo primero de *El capital* de Marx.
36. Cfr. Hugo Zemelman, *op. cit.*, pp. 88-89, nota 25.
37. Cfr. Alfred Schütz.
38. Cfr. Erving Goffman, en *Necesidad de conciencia*, p. 89.

permanente o emergente, de estas actividades. De este modo, se terminan por imponer y consolidar estos nombres como estructuras universales, disfrazando lo que ha sido manifestación de fuerzas y apetencias de unos, y debilidad e infortunio de otros, muchos más que los primeros.

Lo anterior equivale a seguir viviendo (con todas las mediaciones culturales, tecnológicas e ideológicas del caso) una suerte de «acumulación originaria», en permanente renovación; en este sentido, cabe releer el concepto de «acumulación originaria» acuñado por Marx como un descarnado análisis de un trasfondo de realidad que se renueva, según los contextos con distintos matices y discursos que la ocultan, porque resulta del modo de ser social de la condición humana, en cuanto construcción con poder, o incluso sin poder.

Volvemos al movimiento del sujeto que toma la forma, de colocarse ante lo que constituye su contexto-mundo, pero también ante el problema-objeto que incluye el momento del que se parte. En ambas situaciones, se trata de un proceso de apertura en la medida en que lo externo está sometido a una dinámica que se expresa en una secuencia de momentos; así como, por una parte, el sujeto puede desplegarse desde su condición dada en horizonte de nuevas posibilidades.

Esta dialéctica influye en la capacidad de significar, pues en el plano de lo externo implica comprender la historicidad de lo que se significa desde lo macro de las opciones en los modos de concreción de lo social como espacio en el que puede ejercer su intervención el sujeto. Y en el caso del sujeto porque se vincula con la tensión entre el significado de un concepto para denotar algo, y los cambios que el significado puede revestir según las exigencias del momento concreto desde el cual se está pensando.

De lo cual se derivan algunas mediaciones entre el campo semántico y el momento histórico,[39] lo que tiene consecuencias

---

39. A este respecto, cabe recordar una idea precursora de Georges Gurvitch: «si la realidad social no se reduce a sus exteriorizaciones en la base morfológica, en las técnicas y en las organizaciones; si no se reduce a sus cristalizaciones en las estructuras y en las obras culturales, lleva en sí tensiones crecientes o decrecientes hacia reacciones más o menos espontáneas que se manifiestan en los grados variados de lo inesperado, lo instantáneo y lo imprevisible, y que corresponden a lo que se denomina lo psíquico». Georges Gurvitch, *Dialéctica y sociología*, Madrid, Alianza, 1971, p. 272.

para la construcción de enunciados. Pues su construcción articula la función de determinar algo, pero también incorpora la potencialidad de lo denotado, lo que es congruente con el supuesto de que la realidad es una construcción. El problema consiste en mostrar las siguientes exigencias: la de ser-contenido de determinaciones, pero simultáneamente poder ser activables por una práctica partiendo del conocimiento que se alcance.

El movimiento de lo externo como secuencia, así como el del sujeto, refiere a la necesidad de abrirse para intervenir en el nombre. Apertura que supone una ampliación en el uso del lenguaje. En definitiva, se traduce en buscar romper con la lógica de determinaciones abriendo el juego de puntos de vista al enfrentarse con la necesidad de construir conceptos abiertos no «a lo inconcebible o inconceptuable, o a lo impensable» según lo afirma Eugenio Trías; ya que, más bien, no se trata de resolver lo inexpresable en conceptos sino de **conceptualizar lo indeterminado pero determinable históricamente**; lo que significa romper «con el cierre conclusivo de la demostración silogística».[40] Es la razón que obliga a distinguir entre conceptos con un contenido preciso, y de otra parte, las categorías como los instrumentos para construir conceptos que revistan un claro contenido; pero como instrumentos pueden revestir distintos significados según sea el contexto y el para qué se busca construir conocimiento.

En esta dirección, se podría afirmar que no se trata de agotar el pensamiento en la determinación de contenidos, sino del esfuerzo por trascender lo dado en la posibilidad de lo no dado. Y resolverlo sin recurrir a procedimientos metafísicos, o simples metáforas, sino desde la necesidad de lo potencial. Es evidente que lo expuesto representa un desafío en el uso del lenguaje.

Desafíos y respuestas

Afirmamos que el acto de pensar no hace más que reflejar las necesidades de manera de acercarnos a lo real como potenciación posible. Pero la necesidad de un momento supone estar abierto a la secuencia, de modo de no quedar atrapado en él. De ahí que la potenciación no se puede disociar del esfuerzo por activar lo ex-

40. E. Trías, p. 133.

terno por el sujeto, pues inevitablemente incorpora a éste como constructor. De lo que se desprende que lo real se tiene que presentar a fin de trascender la situación actual, ceñida al esquema causa-efecto, a partir de una colocación ante lo morfológico desde un ángulo incluyente, en vez de hacerlo circunscrito a objetos ceñidos a sus propias determinaciones. Ello implica abrir el pensamiento a las necesidades del momento con base en la construcción de una relación de conocimiento incluyente de planos de realidad, en cuyos marcos el principio de identidad quede reducido a la determinación de objetos particulares.

La apertura (que entendemos como **desparametrización**), que resulta de la colocación, **cumple la función de abordar lo morfológico desde situaciones que contienen posibilidades de diversos modos de concreción.** Consideramos que la construcción de predicados no puede quedar atrapada, desde el inicio, en un significado dado descartando el desafío de conciencia de lo dado. Se corresponde con subordinar la exigencia de identidad-determinación a las del momento en secuencias (segundo momento), de modo de reconocer los modos de concreción de lo real-externo.

El método, en la medida en que se ha reducido a lo técnico-instrumental, tiende a no situarse en este momento. La discusión lleva a dar cuenta de lo que es tanto como producto cuanto como posibilidad (cuarto momento). El conocimiento no es simplemente expresión de una apropiación cognitiva, pues además impone una postura de colocación y de desparametrización; de lo contrario, no se podrían resolver los desafíos de las resignificaciones exigidas por la mutación permanente de lo real, en tanto dinámicas que resultan de las relaciones entre sujetos.

Lo que decimos implica comprender lo real como un espacio que resulta de la interacción entre sujetos que se desenvuelven en distintas escalas de tiempo y espacio, que contienen los nudos de articulación en los que tiene lugar la intervención de los hombres.

De ahí que se tenga que dar cuenta de la tensión entre la exterioridad y la colocación, entre estar situado y no estarlo ante las circunstancias; lo que obliga a incorporar en la discusión sobre el método la problemática de saber situarse en el momento histórico. Ello pasa por asumir una forma de construir la argumentación a partir de la cual se busca construir un conocimiento que tenga capacidad de intervención.

Tensión entre la externalidad y la colocación

El problema planteado consiste en trasladar el discurso, desde el plano ceñido a lo que se afirma «sobre algo», al de la propia necesidad de la afirmación cuando ésta se plantea desde la relación entre los códigos teóricos y las emergencias del momento histórico. En la medida en que se busca liberarlos de la tendencia al predominio del predicado como expresión de lo determinado, claro y preciso, supone un uso creativo del lenguaje desde la autonomía del sujeto, la cual consiste en asumir el desafío de enfrentar lo histórico-existencial con los límites de lo nombrado. (Se corresponde con no quedarse en los límites de lo denotado, apuntando a lo connotado, de manera de hacer denotable lo connotado.)

Pero lo dicho, en el trasfondo, requiere que se explicite la tarea de tener que superar, como distorsión, los encuadres cognitivos que se imponen como reflejo de las alienaciones propias de las lógicas del poder. En términos de lo anterior, con relación al movimiento del sujeto, lo que decimos se traduce en resolver que, en su uso, el lenguaje puede expresar la capacidad del sujeto para conformar sus propios espacios de manera de poder actuar y/o re-actuar. Recordemos aquel magnífico pensamiento de Van Gogh, cuando se preguntaba: «¿Qué sería de la vida si no tuviéramos el valor de intentar algo nuevo?»; como también el señalamiento de Goethe de que cada paso debe ser un objetivo.

Lo que planteamos se materializa en cierto tipo de argumentación que, en el marco del presente trabajo, se traduce en **subordinar la argumentación de contenido a una argumentación de ángulo: pasar de una argumentación organizada desde las exigencias del «sobre algo», a otra que parta de la exigencia del «desde».** En otro plano, se corresponde con pasar de la simple explicación a partir de objetos a una forma de pensar desde la perspectiva de la potenciación, y de su concreción en construcciones particulares; en una palabra, del predicado al verbo, de lo propositivo a la potenciación.

Con un criterio más amplio se propone que la construcción de enunciados en los que se plasma la utilización del lenguaje refleje la tensión entre determinación e indeterminación como el lugar propio de la potenciación-construcción, o bien, del dándose de la externalidad pero sin reducción a ningún tipo de iden-

tidad establecida y aceptada. También se puede considerar como el lugar del sujeto en su esfuerzo por reconocer y trascender sus propias afirmaciones, según su capacidad para reflejar lo ajeno como propio. Es el sujeto situado que puede hacer de la realidad su propia realidad porque la ha transformado en su espacio de posibilidades, no sólo individual sino socialmente hablando.

Lo que decimos está centrado en el límite que se ubica entre lo posible y lo no posible, lo que es propio de un ángulo, pues no responde a la estructura discursiva, con predominio de los predicados sustantivados como es el caso del discurso de la metafísica; por el contrario, se corresponde con la exigencia de colocar los ángulos de pensamiento por encima de los argumentos de contenido que se traducen en la construcción de proposiciones de propiedades.

En otras palabras, se trata de **dar prioridad a lo que no está determinado, a la capacidad misma de construir predicados, lo que puede responder a las necesidades de proyectos de vida que nazcan de la propia autonomía y creatividad del sujeto.** Esta argumentación de ángulo, al rescatar al sujeto, no solamente nos impide quedar prisioneros en los límites del conocimiento acumulado, sino que además nos remite al siguiente comentario en torno a la función que pueden cumplir las metáforas en la organización del pensamiento, como en el caso del ángel de la historia: el hombre va adelante, dependiendo de sus propias decisiones, a pesar de que está siendo empujado por ese huracán que son sus propias fuerzas inerciales; pero, a la vez, no puede dejar de mirar cómo se va distanciando de una armonía inicial, que irrevocablemente va perdiendo. Por eso, avanzar no se corresponde con *dejarse decidir por esas fuerzas heterónomas*, que resultan de sus propios medios, subalternidades o conformidades. Por lo tanto, crecer no puede confundirse con lo que ha sido, ni tampoco con el olvido de las opciones de lo que ha podido ser en cada instante cuando se ha tenido la oportunidad de decidir entre ser y no ser.

Por eso, tenemos que hacer inmenso el instante, tan inmenso que pueda acoger toda la vida hecha y soñable, pero además ante el cual se tenga la voluntad de querer; por lo que no hay más opciones que saber ser con conciencia y voluntad aunadas para decidir desde el despliegue en las circunstancias, pero no atrapados. Para lo cual el sujeto ha de ser capaz de colocarse en la tensión entre lo dado y lo por venir.

Tensión que es la que configura el espacio de posibilidades del sujeto, de manera que el uso del lenguaje y, por consiguiente, su traducción en práctica metódica debe tener que reflejarla. Ello significa que debemos poder incluir en el contenido de las afirmaciones tanto las determinaciones como lo que esas determinaciones no agotan. Esto es, decir lo que espero que puede dejar de ser; así como decir las posibilidades de lo que esté llegando a hacer desde lo que se dice; **buscar la necesidad de decir** lo **que puede o quiere hacerse como posibilidad de práctica**. En otros términos, afirmarse desde la objetividad de lo dado pero también desde lo que puede hacerse.

Esta tensión, en tanto espacio de posibilidades de construcción, metodológicamente se resuelve en lo que definimos como **análisis de coyuntura, es decir, el análisis del momento pero en la perspectiva de su desenvolvimiento.**

Adenda II. De la voluntad de historia: de la explicación a la liberación (un comentario en torno a Bloch)

El modo de construir un conocimiento es en esencia una apuesta por el humanismo; pero también, si estamos de acuerdo con que la potencialidad es ambigua. El humanismo es la apertura permanente hacia lo por venir, no se queda aprisionado en el pasado, pero tampoco encandilado por un futuro imaginado. Es el movimiento del sujeto que, al decir de Bloch, tiene un lugar entre los dos crepúsculos: hacia el pasado y hacia el futuro, que dependerá de la articulación entre los «rasgos de todo tipo (sentimientos, deseos, impulsos, voluntad)» en diferentes contextos. Conjunto de facultades del sujeto que, en nuestra opinión, pueden dar cuenta de la historicidad como la fuerza para estar en lo abierto. Ya que cómo se viva el presente definirá cómo se vive el pasado y el futuro como necesidad.

Afrontamos uno de los más profundos desafíos del ser humano: abordar lo dado como un permanente tránsito. Supone la capacidad de ruptura del sujeto para realizarse, a partir de asumir lo dado como inacabado, en tanto condición para hacer; lo que puede fundarse en una intuición, en un atisbo o en un proyecto. Resulta claro de este movimiento del sujeto que éste, en su práctica ante las circunstancias, puede transformarlas en posi-

bilidades, o, en su defecto, rendirse ante ellas como expresión de lo infranqueable.

Pero el conocimiento por sí solo es insuficiente para resolver esta capacidad de ruptura, pues, en el mejor de los casos, representa solamente un aspecto de las fuerzas movilizadoras del sujeto para trascender sus límites. Es por eso que las teorías más críticas, como el marxismo, pueden no representar ninguna fuerza cuando desplazan la capacidad de ruptura (que requiere de conciencia y voluntad) a la lógica inherente a las leyes de la historia: el progreso histórico.

En esta dirección interpretamos la lección de Bloch en su *El principio esperanza*, cuando advierte acerca de las inercias que no se resuelven con un simple conocimiento (*v.gr.* la alienación). En efecto, ¿por qué no se ha cumplido la teoría de la desalienación? ¿Solamente porque se ha agudizado la mercantilización de las relaciones?, ¿o también porque se siguen dando y reproduciendo los espacios que retroalimentan la inercia del hombre, como son los espacios del poder con toda su parafernalia mediática y tecnológica?

El planteamiento de la atención en lo dado y de la capacidad para abordarlo y resolverlo, refiere a la dificultad para ser libres; posibilidad de libertad que se agota en sí misma, pero que también puede dar lugar a grandes evasiones como las pueden representar el gran discurso metafísico, aunque también el literario y artístico.

La esperanza de construcción de lo por venir no es un simple sueño, deseo o subjetivismo intrascendente. La capacidad de potenciar lo potenciable excede lo dado como conjunto de determinaciones, ya que representa el tránsito desde el hombre histórico concreto a la voluntad de historia.[41] Tránsito que tienen que reflejar los propios conceptos: *v.gr.* la des-alienación como necesidad de des-alienarse, no como simple argumentación, por fundada que se encuentre, ni como simple invocación metafórica; autonomía no como pretensión, sino como construcción de la autonomía.

Discusión que obliga a una lectura dinámica de las determinaciones materiales, pero sin perder de vista la centralidad del

---

41. «El punto arquimédico es para el marxismo el hombre que trabaja... la relación del hombre con el hombre y con la naturaleza»; pues se trata de que «la esperanza del saber de la vida se haga acontecimiento». Ernst Bloch, *El principio esperanza*, Madrid, Trotta, 2004, pp. 327 y 338.

sujeto concreto y de su capacidad de potenciación, o, en su defecto, de su abandono, de su desvarío, de su unilateralidad que lo hace función del orden establecido. Se trata de pensar la historia desde la potenciación del sujeto, de manera de dar cuenta del movimiento de éste como ser dado por las determinaciones, pero también como ser capaz de determinar, «el hombre y la actividad son siempre lo específico de la base histórica material, representando, por así decirlo, su raíz y, al mismo tiempo, su modificabilidad».[42] Se plantea la problemática de la función que cumplen las determinaciones en el conocimiento de la sociedad.[43]

La materialidad, como objetividad, nos contextualiza dándole especificidad a la práctica transformadora, esto es, a la materialidad como potencia: el trabajo. La clave de esta doble acepción de la materialidad es la que entendemos como el efecto de contextualizarse; lo que confiere a la materialidad del hombre una significación precisa: no sólo es la relación sujeto-objeto, sino además la capacidad de construir esa relación, a menos que consideremos que es puramente mecánica; de ahí que haya que concebir la materialidad de la acción humana como una modalidad de aquélla: la potenciación.

En esta perspectiva, el conjunto de las relaciones sociales (Tesis Tercera sobre Feuerbach) representa la necesidad en que se funda la potencialidad, pero no necesariamente su despliegue en la medida en que ésta requiere transformar esa relación en conciencia de esta potencialidad, según están contenidas en esas relaciones sociales.[44]

---

42. Bloch, *op. cit.*, p. 308.

43. El punto de discusión, a partir de Marx, es la situación material del trabajo, la «base del ser material» (Bloch, *op. cit.*, p. 309). El hombre al producir se produce, relación que plantea la materialidad en un doble plano: en el de lo objetivo-material que conforman las circunstancias que constituyen el contexto; y el de la actividad-praxis del hombre donde la materialidad asume el modo de potenciación. «Dentro del ser mismo, Marx subraya... que el factor subjetivo de la actividad productiva es exactamente, como el factor objetivo, un factor material» (*ibíd.*, p. 310); pues «el hombre que trabaja, esta relación sujeto-objeto viva en todas "circunstancias", pertenece en Marx decisivamente a la base material» (*ibíd.*, p. 310).

44. «El ser, que todo lo condiciona, tiene en sí mismo hombres activos. Ello acarrea consecuencias sorprendentes que hacen especialmente importante, sobre todo, la Tesis Tercera, no sólo contra Feuerbach, sino también contra el marxismo vulgar» (Bloch, *op. cit.*, p. 306).

Es por ello que el conjunto de relaciones sociales conforman un movimiento constituyente que no se puede identificar con una causa particular, de acuerdo con los lineamientos de una lógica de factores, porque representa la necesidad interna de lo que acontece y se desenvuelve. El dilema es no caer en la tentación de olvidar lo constituyente tras un constructo teórico, ya que eso significaría darle la espalda a aquello que «nos contextualiza».[45] Como señala Marx en la Tesis Séptima, «no se puede y no se debe olvidar la producción tras el producto como Feuerbach... lo hace».

Pero la discusión excede la cuestión de Feuerbach, por cuanto plantea el problema de abordar y llevar a la práctica el desafío de ser más allá de lo que se es por las determinaciones. Lo que se proyecta en la relación entre individuo-colectivo. Es aquí donde encuentra una expresión elocuente el fatalismo histórico con base en el papel de la clase. Es también el punto de partida para resolver el desafío respecto a cómo desarrollar «la plenitud del materialismo hacia delante».[46]

En relación con estas cuestiones alcanza su mayor relieve aquello que sosteníamos sobre la centralidad del individuo y de su movimiento interno. Tenemos que asumir que el pensamiento reconoce en sus horizontes a todo sujeto-hombre; de lo contrario, si se privilegia un afecto o un sentimiento sobre otro (por ejemplo la angustia, como en el caso de Heidegger) eso significa transformar al hombre en un simple objeto donde el predominio del predicado es solamente una de sus dimensiones.

La complejidad del mundo interno requiere distinguir entre los afectos que pueden potenciar el pensamiento (tales como angustia, esperanza, confianza) y los que tienden a inhibirlo (miedo, desesperación, reverencia), lo que se expresa en la capacidad de atreverse y en la voluntad de asomarse a la incertidumbre, soledad y peligro, en oposición a la fe, la seguridad, en un sentido trascendente. Lo que no es ajeno a la naturaleza de la

---

45. *Op. cit.*, p. 314.

46. «El marxismo... tampoco es... un idealismo hacia delante, sino materialismo hacia delante, plenitud del materialismo, sin un cielo desencantado que tuviera que ser trasladado a la tierra» (Bloch, *op. cit.*, p. 316). Lo anterior porque «la crítica ha deshojado las imaginarias flores de las cadenas no para que el hombre arrastre las cadenas prosaicas desesperanzadamente, sino para que arroje las cadenas y corte la flor viva». *Op. cit.*, p. 314; Marx, *La crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel*.

necesidad del es-estando, del estar siendo y de pensar; porque es la disposición a caminar entre las circunstancias lo que hace que nazca la conciencia del estando como forma de trascendencia.[47] Lo que decimos respecto del empleo de esta expresión, está en oposición al siendo-estando que tratamos en la sección de problemas gramaticales del pensar histórico.

Es el sujeto como necesidad de horizontes, o síntesis de posibilidades, con base en la articulación entre afectos y representaciones potenciadoras de su inmanencia; lo inmanente como resultante de lo interno y de sus condicionamientos, porque es la historia como existencialidad; pero también la existencia como lo historizable. La historia existe a partir de asumirse como sujeto desde el conjunto de las relaciones que la condicionan; así como la existencia es historizable cuando al asumirse se hace concreta socialmente como proyecto.

Estamos colocados en el centro del movimiento del sujeto como condición del acto de pensar. Se trata de enraizar el acto de pensar en la misma existencia del sujeto, lo que plantea lo sin nombre pero necesario de nombrarse. La existencia carece de forma porque contiene todas las necesidades; multiplicidad que solamente se puede aprehender desde un punto de convergencia: la línea asintótica del tiempo como siendo el sentido del preguntar y cuyas respuestas son el germen de las preguntas sobre el sentido mismo del preguntar, y cuyas respuestas, a su vez, son el sentido del haber sido del estando. O nos recuperamos como figura hierática, que es desplazada, o como flujo de intuiciones, voluntad y pensares, que busca su reposo en la conciencia de su devenir. Nos refugiamos en la riqueza de admirables construcciones, o en el asombro de que somos simples caminantes sin reposo.

Los desafíos son enormes. Pensar creativamente desde el devenir exige una forma de conciencia capaz de transformar el devenir en necesidad de constantes aperturas hacia lo incierto; o bien, hacia lo constitutivo de formas que se concretan en el esfuerzo por resolver la apertura desde una dirección pre-dada. Es lo que subyace: del *novum* a lo nuevo como forma de pensar.

47. Bloch habla de la esperanza como de una «potencia tan determinante que podría decirse: la esperanza anega la angustia»; está «proyectada hacia un punto de luz y vida, como un punto que no representa la última palabra para la afectación. Y por eso lleva en sí siempre el contenido intencional: hay todavía salvación... en el horizonte. "Allí donde entra el peligro allí crece también la salvación"» (*op. cit.*, p. 146; cita de F. Hölderlin).

A manera de ejercicio

1. ¿Cómo definiría usted la función del futuro en la construcción del conocimiento? Cuando usted imagina un problema, ¿tiene claro desde dónde y para qué se lo plantea?, ¿qué función cumple la relación de presente con futuro?, ¿cómo historiza usted su presente y qué entiende por ello?
2. Si la realidad es una construcción, ¿qué entendería por opciones y cómo dar cuenta de ellas? En aquello que usted busca conocer, ¿reconoce algunos espacios para él o los sujetos?; o bien, ¿es ajeno lo que conoce a la presencia o ausencia de sujetos?
3. Cuando usted define un problema de conocimiento, ¿qué facultades de su persona están comprometidas?, ¿ha reparado en ello?, ¿lo tiene claro?
4. Cuando usted se hace alguna pregunta, ¿cómo se refleja en lo nombrado el movimiento de aquello que denota?, ¿se resuelve en el nombre?, ¿o depende de cómo es construido el nombre?, ¿qué consecuencias deriva para su forma de pensar y de definir su práctica de construcción de conocimiento?
5. ¿Qué significa para usted afirmar que la estructura está sometida a su movimiento?
6. ¿Qué significa darle primacía al significado histórico sobre el teórico?, ¿con qué pregunta anterior se relaciona?
7. ¿Cómo definir la noción de mundo y el papel que cumple en la construcción del conocimiento?, ¿cuál es la relación de mundo y objeto?, ¿cómo las situaciones anteriores afectan a la naturaleza de la relación de conocimiento?

TERCERA SECCIÓN

LEER EL ORDEN COMO ESPACIO DE CONSTRUCCIÓN

> La teoría de la coyuntura es indispensable para la teoría de la historia.
>
> L. ALTHUSSER

> La historia humana es creación. Es posible dilucidar esta creación en alguna de sus características generales o en un contenido concreto, una vez que ha tenido lugar. Pero no podemos explicarla ni predecirla, ya que no está determinada; es más bien determinante. De la misma manera, su tiempo y su ritmo forman parte, ellos mismos, de la creación.
> Debemos atrevernos a querer un futuro, no cualquier futuro, no un esquema detenido, sino ese desarrollo siempre imprevisible y siempre creador, de cuyo devenir podemos formar parte, a través del trabajo y de la lucha, a favor de la creación y contra aquello que pueda obstaculizarla.
>
> CASTORIADIS, «Herencia y revolución», en *Figuras de lo pensable*, Buenos Aires, F.C.E., 2001, p. 138

Introducción. Construcción de análisis, procesos y sujetos en el presente

¿Por qué este análisis?

La única forma de vencer al tiempo es entrar en él como constructor de sus posibilidades. Hacer durar la finitud más allá de las obras es lo que buscamos en el análisis de momentos históricos según resulta de la propuesta epistémica centrada en la idea de que la realidad es una construcción de sujetos. Está claro que

las consideraciones que siguen representan una reflexión introductoria, que requiere ser completada con propuestas de orden práctico. No obstante, nos parece oportuno proporcionar una visión de esta perspectiva de análisis, de procesos sociales, que también podemos llamar de coyuntura, para complementar los planteamientos metodológicos anteriores.

Nos estamos colocando ante el desafío de incorporar la historia en el pensamiento. Preguntémonos: ¿estamos abordando los desafíos del actual contexto?, ¿tenemos disposición para reconocer los problemas que afrontamos como concreciones del discurso y de la práctica dominante de las corporaciones transnacionales?, ¿tenemos conciencia de que los problemas económicos, sociales y político-culturales que afrontamos pueden ser reformulados a partir de otras perspectivas desde las que se pueda plantear la construcción de la historia?, ¿estamos atrapados por la teoría?, ¿los métodos nos están limitando?

En el límite de un mundo que se transforma, nos ubicamos en el tránsito de un modo de conocer a otro. Seguimos apoyándonos en la acumulación de lo escrito, que, con frecuencia, nos ciega ante las nuevas emergencias sociales, pues al no poder incorporar lo nuevo lo excluimos desde los diques de contención en que nos protegemos. Es por ello relevante asumir que estamos ante un límite en las formas de conocimiento que nos obliga a transgredir lo sabido y el cómo se ha resuelto la construcción del conocimiento con rigor.

Pensamos que somos desafiados a construir nuevas formas de conocimiento para dar cuenta de la situación de grupos en condiciones extremas, o la de población sobrante, así como del envejecimiento prematuro que resulta de los contextos tecnológicos que rigen el proceso del trabajo; o la problemática de un capitalismo sin capitalistas; o las que nos permitan entender la cultura sin estar referida a identidades con territorio definido.

O bien, obligados a comprender que no es suficiente con explicar los fenómenos, sino que tenemos que transformarlos en espacios de posibilidades para reconocer opciones de otras prácticas sociales vinculadas a sujetos no reconocidos todavía. Abordar lo inesperado que puede tener con el pasado una relación de discontinuidad profunda; por lo mismo, una situación que carezca de nombres apropiados. Y poder reconocer que estamos enfrentados a situaciones no solamente desconocidas, sino inciertas, lo que obliga a un esfuerzo sin precedente de voluntad de conocer, propio de los momentos que caracterizan a los grandes cambios revolucionarios, pero no siempre con la voluntad de cambio; o bien que se entrecrucen diversos contenidos hacia distintas posibilidades de construcción.

Es posible que los anuncios de transformaciones formulados a finales del siglo XIX, así como la misma revolución de octubre, no fueran más que síntomas premonitorios, pero no maduros, de cambios que recién comienzan a desplegarse a inicios del siglo XXI. Podríamos, pues, estar enfrentados a una ruptura que exige estar abiertos a lo inédito, a lo imprevisible, como nunca antes, en vez de optar por una supeditación a los parámetros del poder, o bien al proyecto hegemónico, como lo representa hoy la idea de reformular el capitalismo como respuesta al desplome del modelo de libre mercado. Lo que puede tomar la forma de generalizaciones globales o, en contrapartida, la expresión de su posible escepticismo.

En este marco, es necesario desarrollar la capacidad para abordar los problemas emergentes como síntomas de procesos que no siempre afloran con nitidez, de manera de poder preguntarnos por su significación como puertas de entrada hacia profundidades mayores que las que pueden apreciarse en los límites morfológicos. Habría que reflexionar sobre lo que significa el conflicto, la violencia, la marginación, la pobreza, más allá de sus contenidos obvios. Leerlos como expresiones de nuevas relaciones sociales, tanto colectivas como interpersonales, con sus tiempos y espacios, que desafían el esclarecimiento de la pertinencia en los instrumentos disponibles para la construcción del conocimiento.

Debemos procurar no precipitarnos a explicaciones, sino más bien alejarnos de las estructuras pre-construidas, evitando encerrarnos en concepciones (lógicas y teóricas) que pueden no responder a ninguna necesidad real; el repliegue precipitado a objetos teóricos no es el camino cuando desconocemos los flujos que constituyen el trasfondo de estas cristalizaciones sociales. Controlar la proclividad a las esquematizaciones de lo real, apoyada y estimulada por las deformaciones tecnocráticas dominantes en los modos de comprender la relación con la realidad externa al sujeto, que se traduce en la prefiguración de objetos siempre

susceptibles de un tratamiento racional, según la lógica de las determinaciones.

Es el momento de detenernos para desarrollar y sostener una mirada sin a-priorismo teórico, en cuanto conjunto de respuestas organizadas; sino, por el contrario, incorporar un horizonte de problemas con la posibilidad de que algunos puedan ser nombrados, aunque otros no lo sean, como una forma de aproximarnos a la vastedad de los desafíos conceptuales que plantea la construcción del conocimiento en el actual momento histórico. Es lo que hemos planteado como la ubicación en el momento antes que transformarlo en contenido de una teorización *a priori*.

En este sentido, tenemos que comenzar por definir los ángulos desde los que estamos pensando la realidad que nos circunda. ¿Son válidas las actuales estructuras conceptuales del pensamiento social?, ¿cabe pensar la realidad circunscrita a una constelación de objetos susceptibles de ser teorizados?, ¿es posible organizar el pensamiento desde otros ángulos al de la aproximación de verdades, aunque éstas sean parciales? Quizá sea importante epistémicamente incorporar la exigencia de lo necesario, tanto en su acepción de lo posible objetivamente como en la de lo utópicamente deseable, a fin de no perder la perspectiva de que el eje de la problemática descansa en que la construcción de la realidad social resulta de la correcta resolución de la viabilidad histórica de la utopía, o de los deseos en el plano individual y social. Lo que se puede sintetizar en la historización de los valores.

Pero para ello es indispensable pensar desde los sujetos por conformar éstos la compleja y polifónica fuerza motriz de la sociedad; en consecuencia, con distintas opciones para ocupar los espacios fijados por el orden político, aunque, no obstante, forman parte de éste. Puede haber sujetos marginados del poder, o con un poder disminuido, pero nunca ajenos a la historia.

Si transformamos a los sujetos en ángulo desde el cual pensar los fenómenos sociales, necesariamente rebasamos su condición de simples temas a contenidos de corpus teóricos.

El razonamiento desde los sujetos, como ángulos de mirada, impulsa a organizar el análisis desde los dinamismos constituyentes de éstos, de manera que en cada uno de ellos lleguemos a reconocer un espacio de posibilidades. Así, por ejemplo, la eco-

nomía deja de ser concebida como un sistema, para verla desde una articulación entre sujetos con una diversidad de proyectos, partiendo de la premisa evidente de que la realidad es una condensación de relaciones múltiples entre una variedad de sujetos sociales.

Lo anterior no requiere pensar en términos de relaciones causa-efecto sino de potencialidades de horizontes posibles, que pueden estar fuera de los límites de las determinaciones, incluso negados por éstas. Potencialidad que expresa la constelación de sujetos concurrentes en la situación social, de manera que se pueda recuperar la historicidad de lo dado con todas las posibilidades. Es lo propio de los recortes coyunturales en cuanto permiten reconstruir el conjunto de prácticas y de proyectos, con todas sus implicaciones de memoria, visiones y expectativas. Desde estos recortes, el análisis puede trascender los encuadres que reducen el conocimiento de las dinámicas al estudio de los antecedentes histórico-genéticos de la situación que preocupa.

El planteamiento tiene consecuencias en el análisis, del conflicto por ejemplo, si estudiamos éste desde la perspectiva de los sujetos nos estará reflejando la capacidad de producción de conflictos y de sus alcances, según la naturaleza de los sujetos; pero también estaremos abordando la cuestión de cómo el conflicto cumple una función en la reproducción de éstos, o, por el contrario, contribuye a debilitarlos, incluso a desmovilizarlos. De esta manera damos cuenta del conflicto desde los dinamismos constitutivos, lo que es diferente a analizarlo desde las estructuras del orden político, o de las económicas, que se vinculan más con los equilibrios o desequilibrios que con los dinamismos constituyentes.

Desde la perspectiva de esta problematización, se plantea la pregunta sobre la génesis de los sujetos, que no se puede resolver sin partir de las propias necesidades. Nos colocamos ante dos desafíos que son ejes del pensamiento científico social.

En primer término, las necesidades se ubican en el nudo de encuentro de lo que, convencionalmente, se han definido como dos recortes casi opuestos de la realidad social: el plano de lo macro y de lo micro-social. Pensando desde los sujetos, esta distinción carece de sentido, en la medida en que los dinamismos constituyentes (de los sujetos) descansan en los niveles micro-sociales, pero con posibilidad de desplegarse a planos más inclu-

yentes. Por ejemplo, el espacio de la vida cotidiana, las dinámicas internas del lugar de trabajo, las relaciones entre estas dinámicas y las propias de los lugares en que se vive, los proyectos de vida y su relación dialéctica con los proyectos de sociedad, etc., constituyen la base de potencialidades que pueden llegar a convertirse en proyectos sociales de muchos sujetos a escalas sociales mayores.

En segundo término, tenemos como segundo eje **la relación con la historia como simple antecedente, o bien como contorno de los fenómenos, para avanzar en dirección a la apropiación del presente en el que se contienen las posibilidades de desenvolvimiento hacia un futuro no devenido, sino por construirse.**

En esta línea, se plantea la cuestión metodológica de la articulación de tiempos que, como dimensiones del pensamiento, obliga a considerar que todo fenómeno se ubica en el cauce de los tiempos que lo constituyen, pero además en relación con el o los sujetos. Esto obliga a construir una relación de conocimiento más compleja que la simple delimitación de objetos abstraídos de su contexto.

La importancia cognitiva de lo que sostenemos reside en que, desde esta articulación de tiempos, es posible reconocer la apertura del fenómeno a sus propias indeterminaciones, así como la del propio sujeto investigador hacia lo inédito que le exige ser construido. **Pero siempre que al sujeto lo mueva la fuerza de una utopía que plantee la necesidad de determinar su viabilidad, esto es, su historización.**

Lo anterior **supone reconocer las opciones propias de cada sujeto social, en consecuencia, las potencialidades de direcciones posibles que, desde situaciones concretas, se puedan desencadenar en una perspectiva trans-coyuntural.** Estas opciones son el marco desde el que se tendrá que leer la sociedad superando el enfoque definido e impuesto por el poder, en su necesidad de equilibrio detrás del cual se oculta.

Los campos problemáticos bosquejados nos desafían a construir instrumentos capaces de dar cuenta del contexto. Por ello, como decíamos al inicio, los **problemas sociales debemos mirarlos como síntomas por donde penetrar en lo que no se muestra pero que es la dinámica de los procesos en perspectiva trans-histórica.** La cuestión de fondo es **reconocer la per-**

tinencia de conceptos que ya se han acuñado para aplicarlos a diferentes coyunturas, o, en su defecto, forjar otros nuevos, adecuados para dar cuenta de los obstáculos y las posibilidades que se contengan en las situaciones concretas en las que se tienen que tomar decisiones.

Está en juego nada menos que asumir una responsabilidad como actores de futuro, que pasa por desarrollar una nueva postura ante lo que han devenido las ciencias sociales como resultado de las prácticas de investigación: detenerse en el estudio de las grandes estructuras como invariantes sin profundizar en su movimiento interno. En efecto, el pensamiento propio de las ciencias sociales, quizá debido a determinaciones tecnológicas, no ha sido capaz de dar cuenta de las concreciones del momento con base en la exigencia de la historicidad de los fenómenos sociales.

Un debate en esta dirección es ineludible, pero habrá que impulsarlo con el rigor que rige el desafío. El principal obstáculo para el análisis de los procesos históricos es no dejarse atrapar por ideas que, antes que traducirse en posibles prácticas, atrapan la realidad en ficciones.

Es lo que advirtiera el historiador argentino José Luis Romero cuando señala, por ejemplo, que «el esquema de las corrientes ideológicas en Europa occidental no puede ser digno de modelo, porque el desarrollo de las corrientes ideológicas tiene allí una profunda coherencia con el desarrollo económico, político y cultural. Esta situación no se da en Latinoamérica», pues «Latinoamérica, como tantas otras regiones que han sido áreas coloniales dependientes de otros países... tiene un desarrollo ideológico que no puede entenderse sino a partir de los fenómenos de aculturación que se han efectuado en ella».[1] Planteamiento que se vincula directamente con el rescate del sujeto y con cómo ha tenido lugar el proceso de formación de su pensamiento.

Lo anterior se refiere a la historia propia que, antes que nada, se expresa en experiencias históricas como lo ha destacado Hobsbawm al reconocerle el rango de «ordenador que todos tenemos en la cabeza... [que] lleva incorporados los datos aportados por

---

1. José Luis Romero, *Situaciones e ideologías en América Latina*, Medellín, Universidad de Antioquia, 2001, pp. 37-38.

la experiencia histórica».[2] Es así como se llega a la conclusión «de que la experiencia de la historia nos explica por sí sola muchas cosas sobre la sociedad contemporánea», en razón «a que los seres humanos no experimentamos demasiados cambios y las situaciones en que nos vemos envueltas las personas se repiten de vez en cuando».[3] Circunstancia del pensar histórico que obliga a considerar que la lectura de la realidad socio-histórica no se reduce a afirmaciones exclusivamente analíticas por la presencia del deseo del hombre de construir lo que influye en el futuro, pues está claro «que las decisiones humanas, grandes o pequeñas, influyen en el futuro».[4] Sin embargo, lo más importante cuando hablamos de realidad socio-histórica es recordar que cuando se procede a su análisis quienes lo hacen «se ocupan de definiciones de conjuntos complejos y cambiantes», de modo que las «preguntas más concretas tienen sentido sólo dentro de este contexto».[5]

Lo que decimos permite justificar el enfoque de la coyuntura como resolución metodológica al planteamiento de la articulación, a fin de incorporar al hombre concreto desde su quehacer para poder dar cuenta de las heterogeneidades que lo caracterizan.

Esta relación entre sujeto y circunstancias obliga a plantear el abordaje del orden social y de sus lógicas de reproducción, en la medida en que éstas imponen un modo único de inserción en la sociedad, según lo requerido por los parámetros políticos, económicos e ideológicos dominantes. Y que solamente se puede romper mostrando los dinamismos desde los que se gesta la construcción de la realidad. «La vida histórica supone innumerables y entrecruzadas relaciones. Hay un juego entre la realidad y las ideas; pero también hay un juego entre las ideas teóricas preexistentes y las ideas que nacen espontáneamente de cierta imprecisa interpretación de la realidad, vigorosas, empero, estas últimas, a pesar de su endeble conceptualización, a causa de la vital experiencia que la nutre».[6]

---

2. Eric Hobsbawm, *Sobre la historia*, Barcelona, Crítica - Grijalbo Mondadori, 1998, p. 43.

3. *Ibíd.*, p. 41.

4. *Ibíd.*, p. 55.

5. *Ibíd.*, p. 56.

6. Romero, *op. cit.*, p. 5.

En verdad, muchos movimientos sociales nacieron, como el sandinismo en Nicaragua o el castrismo en Cuba, pero primero que todos la propia revolución mexicana de 1910, desde necesidades básicas que «tenían originariamente un contenido sentimental y vital, representaban estados de ánimo de vastos grupos sociales que reaccionaban desde sus propias experiencias, en ocasiones movidos solamente por la desesperación y a veces en procura de una determinada y simple solución para un problema particular».[7]

De ahí que el desafío consista en rastrear lo constitutivo de los procesos desde raíces muchas veces excluidas de las formas de análisis que pueden tender a formalizarse en estructuras reduccionistas, por lo mismo que no pueden dar cuenta de «las razones profundas del estado de inquietud social que caracterizaba la vida...».[8] Inquietudes que resultan de experiencias seculares que no siempre son expresables en ideas claras, pero que están arraigadas en la población.

En este sentido, el desafío consiste en dar cuenta de lo emergente sin precipitar reducirlo a campos sociales ya significados, a partir de construir las abstracciones fundantes que permitan reconocer la irrupción de nuevas situaciones de vida. Para lo cual se requiere de un modo de pensar como constante construcción que permita reflejar el permanente proceso de conformación de espacio de relaciones.

Por estas consideraciones necesitamos una forma de construir el conocimiento que sea congruente con el esfuerzo de colocación, a que hemos hecho referencia en distintas oportunidades, de manera de dar más importancia al desde dónde pensamos que al propio objeto sobre el que construimos afirmaciones. En otras palabras, dar mayor importancia a la necesidad de decir por encima de la certeza de lo que se dice.

Pues hablar sobre emancipación no significa querer emanciparse, de ahí que nos encontremos ante la realidad como espacio de posibilidades y con subjetividad del sujeto como eco de época. En este marco, se puede recordar al pintor Roberto Matta cuando pinta lo que él llama «el fango original», alertándonos respecto de los «desarrolladores», como también frente a la tendencia a encerrarnos en el cubo y no abrirlo para encontrar la vida.

---

7. *Ibíd.*, p. 46.
8. *Ibíd.*, p. 42.

En conclusión, no puede llevarse a cabo sin sujeto ningún análisis de coyuntura en tanto responda al esfuerzo de construcción de presente, por lo que nos sentimos representados en la interpretación que formula Benjamin del marxismo: «En lugar de dar la espalda a la realidad del presente, construir allí su hogar al afirmar el potencial del industrialismo actual y criticar al mismo tiempo su forma capitalista, fundando así el pensamiento utópico en las condiciones históricas mismas».[9]

Pero no podemos dejar de preguntarnos: ¿en verdad queremos ser sujetos y erguirnos desde lo que nos determina? Probablemente muchos preferirán seguir montados en el pasador automático de la mecánica tecnológica. De lo que decidamos dependerá la significación de nuestra producción intelectual: simple acumulación de certezas, o bien creatividad que nos enriquezca la mirada.[10]

Justificación del análisis de coyuntura

La médula del análisis de coyuntura consiste en construir el conocimiento desde las exigencias de su proceso de darse. Plantea el problema de la cognoscibilidad de aquello que afrontamos, pero sin tener que recurrir al presupuesto de aquello de abajo, ya que por la naturaleza del transcurrir histórico como el despliegue de lo potencial no se puede resolver con base en una hipótesis. O también puede ser más hipótesis para atre-

---

9. Susan Buck-Morss, *Dialéctica de la mirada. Walter Benjamin y el proyecto de los Pasajes*, p. 30.

10. La problemática que subyace se vincula con una serie de advertencias que se han venido planteando desde hace tiempo. Nos referimos a que el hombre así como no puede quedar atrapado por el pasado (Bloch), tampoco puede quedar atrapado por el futuro (Jonas); lo que se corresponde con el esfuerzo de mirar el pasado y el futuro desde su capacidad para reconocer los escenarios en los que se ubica (Foucault). Todo lo cual obliga a reconocer la fuerza de sus propias potencias o virtudes (Spinoza), pero no solamente reconocerlas sino asumirlas atreviéndose a ejercerlas (Nietzsche). Pero el presente como potencial en tanto sistema abierto de relaciones, siempre como proceso que contiene la relación entre lo determinado e indeterminado (Marx). Ello supone una conciencia de espacios desde donde construir, con otros y frente a otros, la realidad como posibilidad de su propio desenvolvimiento.

verse a encontrar, pero sin la garantía de un presupuesto objetivante.[11]

Nos encontramos en un punto de relación entre la reflexión trascendental y el conocimiento empírico-fragmentario (siguiendo la terminología de Gadamer), o bien frente a lo dado en su perspectiva a largo plazo. Pero, a diferencia de Norbert Elias, al que le preocupa resolver las condiciones para el conocimiento del largo plazo histórico, en nuestro caso nos preocupa el conocimiento desde el presente en sus posibilidades de trascendencia, controlando los sesgos propios de las contingencias. Cabe recordar el desafío de Braudel cuando señala que «nada hay más importante en el centro de la realidad social que esta viva íntima opción, infinitamente repetida, entre el instante y el tiempo lento en transcurrir... (pues) una conciencia neta de esta pluralidad del tiempo social resulta indispensable para una metodología común de las ciencias del hombre».[12]

Pero además, como reflexión permite comprender la plena significación que tiene el marxismo como postura ante la historia y el hombre colocado en ella. Más allá de los límites de su teorización económica y de su discurso sobre el poder, no se puede dejar de reconocer que inaugura «una nueva ciencia general del acontecer y de la modificación precisamente en la frontera del acontecer, en la actualidad de la decisión de cada momento en el dominio de la tendencia hacia el futuro»;[13] que ubica al hombre en el centro de la historia.

En este marco, pensamos que el **análisis de coyuntura** condensa las consideraciones anteriores como una forma discursiva orientada a resolver el problema de la incorporación del sujeto, en tanto en cuanto transforma el objeto en una situación con posibilidades de ser potenciadas por éste; **lleva a colocarse frente a lo dado desde la necesidad-sentido de sus potencialidades.**

Lo dicho supone tener que articular lo dado-determinado con los márgenes de autonomía del sujeto, que es la función que cum-

---

11. Nos remite a la discusión de la naturaleza del lenguaje desde la misma metafísica. Cfr. Giorgio Agamben, *La potencia del pensamiento*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2007.

12. F. Braudel, *La larga duración*, Madrid, Alianza, 1968, p. 63.

13. E. Bloch, *El principio esperanza*, p. 335.

ple la dimensión política del pensar y conocer. Si como sujeto somos contexto, ¿de qué pasado somos herederos?, ¿de qué futuro podemos ser protagonistas?, ¿qué estructura nos determina?, ¿con qué margen de determinación, y en consecuencia, de opciones de construcción abordamos la relación entre continuidades y discontinuidades, entre lo modelado y lo moldeable, entre lo establecido y lo incierto? **La historia es la dinámica conformada por la relación entre continuidad y ruptura cuya conciencia es la historicidad como forma del acto de pensar.**

Como ha sostenido Castoriadis, a propósito de su comentario de la Tercera Tesis sobre Feuerbach: «los seres humanos están condicionados por el estado de las cosas, que no puede ser cambiado de otra manera que a través de sus acciones. Pero, ¿por qué los seres humanos tendrían la voluntad (¿y el poder?) de cambiar esta situación que los condiciona para funcionar en conformidad con ella?».[14] Su respuesta es una mayor atención a la práctica que, en el caso de Marx, «no logra mantener la irreductibilidad de la praxis; por decirlo de manera brutal: se muestra incapaz de percibir el carácter creador de ella, al buscar causas más sólidas, o sea, garantías de y para la revolución... Se interesa apenas en los problemas de la acción y de la organización política como tales... Se dedica a la búsqueda de *leyes* económicas susceptibles de provocar el derrumbe del capitalismo... Nada puede garantizar que al derrumbe del capitalismo le sucedería el socialismo y no el fascismo».[15] En el trasfondo de esta crítica está la idea, que compartimos, de que «una transformación radical de la sociedad no podrá ser únicamente la obra de individuos que quieran su autonomía, tanto a escala social como a nivel individual».[16]

Desde este marco, no podemos olvidar que la mayor grandeza del hombre es su afán por construir sentido, que pueda encarnar en prácticas cotidianas, en los propios espacios de indiferencia que lo rodean como el propio cosmos. En el transcurrir histórico de su existencia el hombre siempre se ha planteado recupe-

---

14. Cornelius Castoriadis: «Herencia y revolución», en *Figuras de lo pensable*, Buenos Aires, F.C.E., 2001, p. 138.

15. *Ibíd.*, p. 139.

16. C. Castoriadis, «Institución primera de la sociedad e instituciones segundas», en *op. cit.*, p. 126.

rarse en contextos que lo desafían, cuándo y cómo enriquecer su pensamiento, o bien, cuándo y cómo dejarlo de lado; así como hacerse cargo de la conciencia para alcanzar un nivel superior de ésta y la disposición a ser hombre, asumiendo la perspectiva de una mayor vastedad espiritual que exprese una verdadera expansión de lo humano «sin tierra, sin abismos, la escala de tierra».[17] Y cómo desde esas asunciones poder volver la mirada para evaluar los alcances y las limitaciones de lo que nos ha permitido llegar a lo que somos.

Decimos que mientras a Elias le preocupaban los estudios de larga duración,[18] en nuestro caso el interés está centrado en las posibilidades del corto plazo para abordar los procesos históricos desde sus exigencias trans-coyunturales; esto es, como momentos en secuencia. Nos **referimos a la relación entre verdad y potencia con todo lo que supone en cuanto a un cambio de paradigmas para ser capaces de un control abierto de los límites.**

Lo que decimos se relaciona con la posibilidad de encontrar o no respuestas irrefutables a lo incierto de la mirada sobre la historia desde el presente. Es el paso de la verdad a la potenciación; pero, a su vez, poner mayor énfasis en las condiciones de la producción del conocimiento, y romper con la idea de que el conocimiento lo produce un individuo aislado, como en el caso de la epistemología desde Descartes y Kant.[19] De lo que resulta un modo de conceptualizar al sujeto desde su índole socio-histórica, en tanto presupuesto del acto de construir conocimiento, no obstante desde la estructura de su seguimiento como indivi-

---

17. Neruda, «Macchu Picchu».

18. «Quizás haga falta aún cierto tiempo para que maduren los elementos precisos para el estudio de procesos a largo plazo. Al superarse obstáculos precisos para que procesos sociales de larga duración puedan convertirse en objetos de estudio natural». Norbert Elias, *Teoría del símbolo. Un ensayo de antropología cultural*, Barcelona, Península, 1994, p. 51.

19. «La teoría del conocimiento dominante utiliza como modelo una situación en la que el conocimiento podría producirlo un individuo aislado. Presta poca atención a los problemas que se plantean si se tienen en cuenta las condiciones sociales de la producción del conocimiento. Si se hace, pierden en gran parte su valor cognitivo cuestiones epistemológicas del tipo cartesiano-kantiano. Cuestiones como la del uso y el significado de términos causales en la sociedad, en su conjunto, pasan a ocupar el centro del campo del problema». Elias, *op. cit.*, p. 49.

duo. Lo que lleva a tener que desarrollar un concepto de sujeto diferente, en la medida en que establece para comprender lo real la capacidad de éstos para construirla socialmente.[20]

Cabe preguntarse cuál es la relación entre esta capacidad de intervención y la estructura de la racionalidad, pero también con la naturaleza de la experiencia, tan relevante en algunos discursos filosóficos desde Hume y Kant. Pensamos que esta relación descansa en la naturaleza de las categorías en cuanto expresión de experiencias colectivas de conocimiento, propias de las necesidades de un determinado tiempo histórico, especialmente si aceptamos que la realidad socio-histórica es una secuencia conformada por continuidades y discontinuidades que requieren de una apertura constante del razonamiento a las emergencias y a lo eventualmente nuevo. Es el caso de las necesidades de hegemonía del poder que pueden plantear contradicciones con las necesidades propias del orden económico, lo que da lugar a una asimetría entre las dinámicas de desenvolvimiento del capital y el trabajo, lo que se traduce en abrir la mirada hacia los futuros posibles de la sociedad.[21]

---

20. «Partiendo del hecho de que los seres humanos pueden experimentar el mundo de dos formas distintas, como un mundo que puede representarse con la máxima claridad por medio de símbolos de regularidades invariables y como un mundo que representa la estructura de un cambio necesario incesante en una o dos direcciones complementarias, se puede llegar fácilmente a la conclusión de que este mundo está formado por dos universos diferentes, uno de los cuales se caracteriza por la palabra clave "naturaleza", el otro por la de "historia", o "cultura". De hecho, estas palabras clave representan dos formas diferentes de ordenar experiencias. Por razones que no son inmediatamente evidentes nuestro mundo admite dos modos diferentes de relacionar y ordenar percepciones. Puede suceder que en algunos casos se corresponda más con la realidad uno y en otros casos el otro, o que campos de problemas diferentes exijan combinaciones diferentes de esos dos tipos de representaciones simbólicas» (Norbert Elias, *op. cit.*, p. 144). En este sentido, cabe plantear la relación entre técnica y verdad, como cuando se ha señalado, en relación con Heidegger, que la disociación de la técnica «no consiste... en el hacer y manipular y en el empleo de medios sino en el referido desocultar» («Una filosofía de la técnica», de Eduardo Sabrovsky, en *La técnica en Heidegger: antología*, a cargo de Eduardo Sabrovsky, Santiago de Chile, Ed. Universidad Diego Cortales, 2006).

21. «Los seres humanos, que constituyen lo que probablemente sea uno de los acontecimientos más raros que se dan en la naturaleza, puede que dispongan de tiempo y hasta quizás de oportunidades de hacer su vida en común más agradable, más cómoda y significativa de lo que lo ha sido hasta

Del método general al análisis de coyuntura

Algunos de los principales desafíos que se desprenden son los mecanismos para fijar el orden de la realidad en términos de factores de determinación. Desafíos que consisten en concebir las externalidades como un conjunto de espacios, que contienen diferentes posibilidades de concreción, en los que tiene lugar la intervención del hombre y la consiguiente activación de lo real. El problema central reside en la relación entre coyuntura (como espacio de activación) y su secuencia, para no perderse en los límites de lo invariante; o, en otras palabras, se plantea **destacar la estructura como espacio de prácticas, individuales y/o sociales, que, en definitiva, lleva a enfrentarse con los nudos de potenciación que, por lo general, se corresponden con los nudos de la articulación dinámica entre planos de lo real.**

Esta perspectiva del análisis de coyuntura subordina la verdad a la exigencia de proyectos, en tanto necesidad de construcciones posibles donde la posibilidad constituye una historización viable. Por consiguiente, **el análisis de coyuntura se vincula con la cuestión de la concreción de lo universal.**

No obstante, a diferencia de la discusión acerca de que la «universalidad» de la regla necesita la aplicación, y que —a su vez— para «la aplicación de reglas no hay ninguna regla»,[22] el análisis de coyuntura en la línea de «ninguna regla» requiere resolver la problemática de la concreción del espacio de intervención, pero en la perspectiva de un «universal» que no se devela por su aplicación, sino por su descubrimiento desde su misma particularidad. **Ello responde a la idea de proyecto historizable, de ahí que en esta perspectiva lo político se plantea como determinante para la construcción del conocimiento.**

Se trata de desarrollar la capacidad del sujeto para trascender las limitaciones de las circunstancias más inmediatas, de manera de afrontar qué necesidades y qué sentidos se plantean en el acto de pensar y conocer desde el momento. **Saber leer el orden como lógica de encierro y de enajenación antes de construir verdades, pero desde la perspectiva de concebir lo**

---

el presente. Nadie puede hacer eso por los seres humanos; deben hacerlo ellos mismos» (Elias, *op. cit.*, p. 44).

22. Gadamer, *Antología*, Salamanca, Sígueme, 2001, p. 315.

real externo como espacio de posibilidades para los distintos tipos de colectivos sociales.

La línea central consiste en reconocer el desafío para ubicarse en la secuencia de coyunturas en el momento; como un dándose donde su necesidad no es exclusivamente el contenido de su movimiento, sino también la necesidad propia que se deriva del modo de colocarse ante el momento.[23]

Por eso debemos aclarar la naturaleza de lo político como dimensión del acto de pensar y conocer, cuyo primer desafío se encuentra en saber leer el orden y sus determinaciones. Cabe recordar, al respecto, el planteamiento de Chomsky, acerca de la real efectividad de la naturaleza humana, cuando afirma que «un componente fundamental de la naturaleza humana es la necesidad del trabajo creativo, de la investigación creativa, de la creación libre sin las limitaciones arbitrarias de las instituciones coercitivas, [de lo que se desprende] que una sociedad decente debería llevar al máximo las posibilidades de realización de esta característica humana fundamental».[24] Pero, ¿cuáles serían las condiciones que garantizan esta capacidad de reacción del hombre?, ¿desde qué márgenes de autonomía se puede generar? Pregunta que se vincula con la necesidad de aclarar el ángulo desde el cual definimos la naturaleza humana. En efecto, siguiendo a Foucault, en su crítica a Chomsky, de que la «naturaleza humana no ha recibido en la sociedad actual los derechos y las posibilidades que le permiten realizarse...», cabría preguntarse si «no se corre el riesgo de definir esta naturaleza humana en términos tomados en préstamo de nuestra sociedad, nuestra civilización, nuestra cultura».[25]

En verdad, ¿qué sociedad nos permite soñar con una naturaleza humana finalmente liberada? El drama de nuestra época no fue tanto creer en la utopía del socialismo como creer que el socialismo en práctica encarnaba esa condición humana liberada; de ahí que debamos insistir en afrontar la lógica del or-

---

23. Con lo anterior retomamos la idea de pensar el espacio de la práctica con base en la tensión entre determinación e indeterminación rompiendo con las regularidades y estructuras. Se corresponde con pensar desde lo pertinente cuando se enfoca la realidad del presente desde exigencias de futuro.

24. Noam Chomsky y Michel Foucault, *La naturaleza humana; justicia vs. poder. Un debate*, Buenos Aires, Katz, 2006, p. 55.

25. *Ibíd.*, p. 62.

den como una condición para crear posibilidades para esa naturaleza liberada, liberada por lo mismo a partir de la condición de su propia alienación, si creemos que la grandeza del hombre reside en su capacidad de construcción.

Es por lo que decimos que nuestra apuesta no está en una teoría de la sociedad del futuro, sino en el rescate ante aquello que oprime y niega: resistir «la fabricación social» del hombre desde su movimiento interno; partir de lo gestante de la realidad social para poder pensar las potencialidades (contenidas en una situación) que el hombre puede velar y desenvolver mediante su pensamiento y praxis.

«A la larga, la vida sin utopía es irrespirable, para la multitud al menos, a riesgo de petrificarse, el mundo necesita un delirio renovado. Es la única evidencia que se desprende del análisis del presente».[26] Es lo que justifica hablar de un modelo de análisis que nos coloque ante tareas para las que necesitamos rescatarnos desde toda nuestra fuerza. Es la fuerza de la pregunta de Gadamer: «¿No nos hallamos hoy día ante tareas para las que necesitamos gran amplitud de miras y una previsión para el futuro, así como la apertura de unos hacia otros, si es que queremos resolver las tareas de la forja de un futuro que nos conduzca a la paz y al equilibrio?».[27] Pero ello requiere de una forma de análisis particular, para dar cuenta de aquello que trasciende el instante, prolongación misma de la vida como historia por vivirse.

De lo político: la historia como proceso trans-coyuntural

Lo político es la capacidad de construcción del sujeto desde espacios que se caracterizan por la tensión entre esta capacidad (libertad) y el orden; el espacio, cuando se reduce a los márgenes de posibilidades del orden, genera la violencia propia de la exclusión cuyo orden (en su normativa jurídica) se encarga de ocultar: No obstante, lo más grave es cuando el orden se transforma en un «medio puro» que, como lo recuerda Agamben, a propósi-

26. E.M. Cioran, *Historia y utopía*, México, Artífice, 1981, p. 19.
27. H.G. Gadamer, «De la palabra al concepto», en *Antología*, Salamanca, Sígueme, 2001, p. 147.

to de Benjamin, da lugar a la paradoja de una «medianidad sin fines»; esto es, un medio que a pesar de seguir siendo tal, es considerado con independencia de los fines que persigue.[28] En un plano más abstracto, lo anterior da lugar a una forma de hegemonía donde «una pura violencia sin logos pretende actualizar un enunciado sin referencia real alguna»,[29] pero que, a pesar de que deviene, en ese caso, el derecho en un modo de pensar único, oculta que sus parámetros son los propios de las dinámicas sociales organizadas y dominantes. **La cuestión de fondo es la pérdida de la capacidad de problematizar el orden desde la novedad de lo que emerge.**[30]

Lo que decimos significa que la construcción del pensamiento social se sitúa entre el derecho y el hecho político, «entre el orden jurídico y la vida».[31] Y que cuando la acción protagonizada desde esta situación se lee sólo desde sus síntomas fácilmente puede caracterizarse como expresión de simple violencia, lo que nos devuelve a la cuestión revelada por Benjamin en su polémica con Schmitt, cuando éste trata «de reinscribir la violencia en un contexto jurídico», de asegurar a la violencia «como violencia pura... una existencia fuera del derecho».[32] Se problematiza el planteamiento de Schmitt de que «toda ley está ordenada a la salvación común de los hombres, y sólo por ello tiene fuerza y razón de ley».[33] En su lugar, es más válido destacar lo pre-formativo, partiendo de que lo emergente, sin forma todavía, y sus correspondientes necesidades, son diferentes a lo que impone el orden con pretensión de universalidad. El desafío es organizar la necesidad en oposición a la necesidad organizada. Lo anterior es el espacio de derechos no reconocidos por el orden, como puede ser la lucha por ganar espacios de reivindicaciones económicas, políticas y culturales que están emergiendo.

---

28. Giorgo Agamben, *Estado de excepción. Homo sacer II*, Valencia, Pre-textos, 2004, p. 92.

29. *Ibíd.*, p. 62.

30. Es lo que ocurre con el desconocimiento de las exigencias que representan, como manifestación de la heterogeneidad de la sociedad, los movimientos indígenas (*v.gr.* México, Chile, Argentina), como asimismo la judicialización de la fuerza antisistémica como puede ser el caso de la Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC).

31. G. Agamben, *op. cit.*, p.10.

32. *Ibíd.*, p. 89.

33. *Ibíd.*, p. 42.

La cuestión de dinámicas (acciones) sin relación con la norma representa un cuestionamiento al mismo orden estatal, según como éste se da en el contexto del llamado «estado de excepción», en cuyo marco la democracia ha devenido, cada vez más, en una pura vigencia sin aplicación (la-forma-de-ley) y en una pura ampliación sin vigencia: la fuerza-de-ley.[34] Nos enfrentamos a una suerte de anomia que requiere ser controlada, que es especialmente visible en la superposición de los poderes fácticos al orden institucional.

En definitiva, **lo que discutimos tiene que ver con la naturaleza jurídica del orden y de sus varias formas de excepción o de no ampliación; de ahí que haya que abordar la experiencia concreta de la democracia como ejercicio de poder**. La oposición señalada por Schmitt entre estado de excepción y orden jurídico es cada vez más profunda, de manera que este último puede quedar al servicio del primero; más bien, que el orden jurídico llega a cumplir la función de normalizar el estado de excepción, con profundas consecuencias restrictivas sobre los espacios de posibilidades en los que pueden intervenir los sujetos, de conformidad con la lógica de lo aceptable y no aceptable jurídicamente. Afrontamos una situación donde cada vez más los poderes fácticos están socavando la democracia, por lo menos en el contexto latinoamericano.[35] Una situación difusa entre democracia y no democracia que caracteriza, en el ámbito del sistema político, al capitalismo globalizado en sus esfuerzos por imponer un nuevo orden político y jurídico.[36]

---

34. *Ibíd.*, p. 90.

35. Lo más significativo es que «El estado de excepción tiende a presentarse cada vez más como el paradigma de gobierno dominante en la política contemporánea», «El estado de excepción... se ha convertido en regla». Benjamin, *op. cit.*, p. 17.

36. En términos clásicos no se trata tanto de la «confusión de los poderes... como del aislamiento de la "fuerza-de-ley en relación con la ley"... parte de la norma está vigente pero no se aplica (no tiene "fuerza"). Y, por otra, hay actos que no tienen valor de ley pero que adquieren la "fuerza propia de ella"», *op. cit.*, p. 59.

Desafío para el pensamiento político. El orden como espacio de construcción

El contexto político del capitalismo globalizado viene a confirmar, a gran escala histórica, algunas previsiones planteadas en su momento por Gramsci, cuando se refiere a la relación entre intereses económicos y sus expresiones políticas. «Se presenta el problema de saber si los grandes industriales pueden tener un partido político permanente propio. La respuesta me parece que debe ser negativa. Los grandes industriales utilizan alternativamente todos los partidos existentes, pero no tienen un partido propio... Su interés corresponde a un determinado equilibrio que obtienen precisamente reforzando con sus medios, en cada oportunidad, este o aquel partido del variado panorama político (por excepción, se entiende, del partido antagónico cuya afirmación no puede ser ayudada ni aun por cuestiones tácticas)».[37] Y que encuentra una de sus expresiones en lo que el propio Gramsci define como «espíritu estatal», que presupone «la continuidad, tanto hacia el pasado, o sea hacia la tradición, como hacia el porvenir».[38] Todo lo cual constituye un contexto en el que el pensamiento queda atrapado en lo ya constituido, dejándonos sin la opción de otras miradas ni la posibilidad de conocer el sentido de voluntades colectivas antagónicas. Situación que se agudiza, en el actual contexto histórico, cuando constatamos que ni siquiera la excepción señalada por Gramsci se mantiene válida: esto es, que ni siquiera se respeta al partido antagónico, el cual ha dejado de tener presencia.

Situación que nos desafía a distinguir los momentos en los que se pueden forjar proyectos alternativos, de manera de no dejarnos arrastrar por el caudal de la historia. Esto es, concebir el momento histórico abierto a especificidades en el marco de su desenvolvimiento como elemento de un proceso del cual forma parte la importancia de pensar la historia desde las exigencias de lo trans-coyuntural para poder reconstruir las tendencias históricas desde la perspectiva de sus dinámicas constitutivas, que se pueden reconstruir en cada momento desde la pers-

37. Antonio Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1973, p. 36.

38. *Ibíd.*, pp. 27-28.

pectiva longitudinal; pero que también puede dar lugar a continuidades o discontinuidades.

En esta dirección, lo más importante es comprender las diferentes modalidades de concreción según la naturaleza de las prácticas sociales concretas. En este marco la dimensión política del pensamiento requiere de una amplitud horizóntica, que apunta a un concepto de realidad como ámbito de sentido para los diferentes sujetos. Lo que se apoya en la exigencia epistémica de reconocer la articulación para estar en condiciones de determinar sus contenidos potenciales.[39] Es lo que se busca resolver con el análisis a corto plazo, considerando que está referido a lo que está en proceso de constituirse. **En consecuencia, el análisis de coyuntura es el análisis de los procesos sociales desde las exigencias de los sucesivos momentos de desenvolvimiento.**

Lo que implica concebir la historia como una articulación trans-coyuntural de diferentes fenómenos entrelazados: esto es, como secuencia entre coyunturas.

Considerando que está referida a lo que está en proceso de constituirse. En consecuencia, el análisis de coyuntura es el análisis de los procesos sociales desde sus sucesivos momentos de desenvolvimiento.

Se concibe la historia como una articulación trans-coyuntural de fenómenos entrelazados, cuestión que plantea la impor-

---

39. Cabe, a este respecto, la siguiente reflexión de Castoriadis: «Durante el periodo helénico, como durante el periodo tardío del Imperio Romano, sigue existiendo cierto desarrollo de la técnica (este hecho recuerda de un modo extraño lo que ocurre hoy). Estamos llevados, pues, a plantear una distinción que se impone, además, por otras razones: la distinción entre la cultura, en el sentido estricto del término, y la dimensión puramente funcional de la vida social. La cultura es el dominio del imaginario en el sentido estricto, el dominio poiético, lo que en la sociedad llega más allá de lo que es puramente instrumental... distinción entre lo que llamo lo poiético y lo funcional no se encuentra en las cosas evidentemente, sino que se encuentra en la relación entre cómo se hacen las cosas y su finalidad» (Castoriadis, «Imaginario e imaginación en la encrucijada», en *op. cit.*, p. 99); «Es posible... este periodo de importante creación poiética, mientras que el componente funcional se mantuviera más o menos estable» (*ibíd.*, p. 100). Puede ser el caso del actual discurso de hegemonía del capitalismo globalizado con un claro predominio de lo instrumental-funcional como racionalidad posible, lo que, además, se transforma en sentido de vida cotidiana para el hombre concreto; es lo que constituye su profunda despolitización.

tancia del tiempo, concebido como ritmo temporal, en la constitución de estos espacios. Si examinamos la realidad como conjunto de relaciones, podemos constatar que se dan situaciones altamente estructuradas que son el producto de desarrollos precedentes que corresponden a un largo plazo; pero simultáneamente se pueden también observar otras situaciones menos estabilizadas que tienen su propia temporalidad.

La cuestión es saber relacionar el tiempo de las estructuras con el abordaje de su ubicación en el marco del despliegue que caracterizan sucesivos tiempos cortos, a veces sin una dirección precisa, pero que reflejan dinámicas constituyentes de las estructuras. Y que no responde a una concepción lineal.

Se plantea desplazar esta óptica lineal y unidireccional de los procesos históricos, porque se afronta la necesidad de superar la idea de progreso que predetermina dinámicas orientadas a la materialización de situaciones concebidas valóricamente como mejores; por el contrario, se requiere superar la confusión entre dinámicas de desarrollo histórico con presupuestos valóricos que llevan a identificar, por ejemplo, la idea de desarrollo histórico con emancipación. Pero lo dicho no debe entenderse en el sentido de negar la utopía como uno de los más poderosos impulsos del hombre para construir su historia.

Un ejemplo de lo que decimos, entre los muchos que nos puede proporcionar la historia, se encuentra en algunas situaciones históricas que caracterizaron en España el proceso de desmontaje del franquismo por el gobierno de Adolfo Suárez; esfuerzo que suponía pasar entre coyunturas con cierto ritmo en la construcción política. Tal como ha sido descrita resulta la siguiente concatenación de acontecimientos en la importancia del ritmo en la construcción histórica.

Porque si el encargo que había recibido del rey consistía en desmontar el franquismo para montar con sus mimbres una monarquía parlamentaria, liquidando lo muerto que aún parecía vivir y haciendo vivir lo que ya parecía muerto, con lo primero que debía contar era con la complicidad (o al menos con la confianza, o con la pasividad) de la ortodoxia franquista; con lo segundo que debía contar era con la comprensión (o al menos con la tolerancia, o con la paciencia) de la oposición clandestina. A esa doble conquista *a priori* imposible se lanzó desde el primer momento. Maquiavelo recomienda al político «mantener en sus-

penso y asombrados los ánimos de sus súbditos», encadenando sus acciones con objeto de no conceder a sus adversarios «espacio para poder urdir algo tranquilamente contra él». Tal vez Suárez no había leído a Maquiavelo, pero siguió a rajatabla su consejo, y en cuanto fue nombrado presidente del gobierno empezó un *sprint* de golpes de efecto con tal rapidez y seguridad en sí mismo que nadie encontró razones, recursos o ánimos con que frenarlo: al día siguiente de su toma de posesión leyó un mensaje televisado en que, con un lenguaje, un tono y unas formas de político incompatible con el andrajoso almidón del franquismo, prometía concordia y reconciliación a través de una democracia en la que los gobiernos fueran «el resultado de la voluntad de la mayoría de los españoles», y al día siguiente formó con la ayuda de su vicepresidente Alfonso Osorio un gabinete jovencísimo compuesto por falangistas y por democristianos bien relacionados con la oposición democrática y con los poderes económicos; un día presentaba una declaración programática casi rupturista en la que el gobierno se comprometía a «la devolución de la soberanía al pueblo español» y anunciaba elecciones generales antes del 30 de junio del año próximo, al día siguiente reformaba por decreto el Código Penal que impedía la legalización de los partidos, y al día siguiente decretaba la cooficialidad de la lengua catalana proscrita hasta entonces, y al día siguiente declaraba legal la proscrita bandera vasca; un día anunciaba una ley que autorizaba a derogar las Leyes Fundamentales del franquismo y al día siguiente conseguía que la aceptasen las Cortes franquistas, y al día siguiente convocaba un referéndum para aprobarla y al día siguiente lo ganaba; un día suprimía por decreto el Movimiento Nacional y al día siguiente ordenaba retirar de noche y a escondidas los símbolos falangistas de las fachadas de todos los edificios del Movimiento, y al día siguiente convocaba las primeras elecciones libres en 40 años. Ésa fue su forma de proceder durante su primer gobierno de 11 meses: tomaba una decisión inusitada y, cuando el país todavía intentaba asimilarla, tomaba otra decisión más inusitada, y luego otra más inusitada todavía, y luego otra más; improvisaba constantemente, arrastraba los acontecimientos, pero también se dejaba arrastrar por ellos; no daba tiempo para reaccionar, ni para urdir algo contra él; ni para advertir la disparidad entre lo que hacía y lo que decía, ni siquiera para asombrarse, o no más del que se daba a sí mismo: casi lo

único que podían hacer sus adversarios era mantenerse en suspenso, intentar entender lo que hacía y tratar de no perder el paso.

De lo descrito se desprende que en su proceso de construcción, la utopía cumple la función de dar una dirección estratégica a los pasos tácticos en que se va materializando la concreción de la misma construcción en una sucesión de momentos que contienen una multiplicidad de posibilidades alternativas; pero para darle cierta dirección requiere de un ritmo. De la descripción resulta claramente ese ritmo, un manejo del tiempo en el marco de decisiones orientadas a configurar una dirección determinada de los procesos que se desencadenan. Ambas situaciones se dan simultáneamente, crear hechos y darles un encadenamiento que va constituyendo las condiciones para que la dinámica desatada, a partir de los hechos, asuma un sentido histórico preciso. Ya que el ritmo es el transcurrir de la construcción sociopolítica que, para cerrarse, requiere de un proyecto cuya resolución, o logro, se expresa en la configuración de determinadas estructuras, las cuales podemos definir como estabilizaciones del movimiento.

Crisis en las concepciones de la historia que refleja la creciente complejidad del pensar histórico que resulta del desplomo de utopías, aunque, más que nada, del fracaso de la experiencia del socialismo real, la que, a pesar de tratarse de un proyecto y de una exigencia particular de superación del capitalismo, terminó por transformarse en la manifestación genérica de la imposibilidad de alternativas económicas, sociales y políticas. De ahí que el desafío cognitivo y gnoseológico resida en desarrollar la capacidad de reconocer la proliferación, muchas veces oculta, de posibilidades contenidas en un momento, pues así como un país, siguiendo a Braudel, tiene muchos pasados, también tiene muchos futuros.

Pero el ritmo contiene el desafío de la decisión acerca del curso de la misma construcción, ya que una falta de ritmo, o una opción equivocada, pueden dar lugar a situaciones no esperadas. Como ejemplo de ritmo valga la experiencia del gobierno de Suárez, pero ejemplos de opciones que no se reconocieron ni valoraron, en un campo problemático completamente diferente, podemos encontrarlos en distintos acontecimientos que caracterizaron la Segunda Guerra Mundial. En este marco se ubica el análisis a corto plazo por cuanto refiere a que el hombre cons-

truye, en distintas direcciones, en general, en un margen de enormes incertidumbres. Por ello la historia deviene en una secuencia de coyuntura sin la garantía de tener inexorablemente una dirección determinada. Como ocurría cuando se pensaba en la vigencia de leyes históricas.

En este sentido, los procesos históricos ya devenidos, cuando se los examina desde la perspectiva de una secuencia de coyunturas, ofrecen diferentes posibilidades de desenvolvimiento; en última instancia, la dirección que tomen dependerá de la capacidad de intervención de los hombres. Es por lo que decimos que se requiere desarrollar formas de análisis que permitan proporcionar a esta capacidad de decisión-construcción de los hombres los instrumentos para que, desde el corto plazo, permitan asumir el entendimiento de las posibles situaciones emergentes. Para ello se requiere que el análisis, a partir de lo más inmediato y fragmentario de los hechos empíricos, se funde en visiones articuladas y en perspectiva a largo plazo, que por sí mismo delimite los nuevos espacios de despliegue del o de los sujetos.

Para ilustrar lo que decimos, en cuanto a la problemática de las opciones, podemos recordar las siguientes situaciones que se han podido registrar durante el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial.

Ilustraciones de momentos coyunturales

Transcribimos las siguientes situaciones que presentan la importancia de las decisiones coyunturales:

> Cuando se firmó el armisticio de Compiègne el 22 de junio de 1940, Hitler tenía la victoria al alcance, pero creyendo que la guerra había terminado, perdió absurdamente el tiempo y sus decisiones hicieron el juego a su único enemigo en liza, Winston Churchill, quien estaba seguro de que (Hitler) cometería errores en la conducción de la guerra, y no optar por la operación Félix fue uno de los problemas graves.
>
> Tras la capitulación francesa, a Hitler le había costado muy poco convencer a Francia de la viabilidad del proyecto. La llamada operación Félix, que planeaba tomar Gibraltar e instalar bases aéreas y submarinas en el noroeste y sudoeste de la penín-

sula y en las Islas Canarias, le hubiera sido militarmente sencillo, y funesto para las comunicaciones británicas con África, Asia y América... pero convencido de que la guerra había terminado y con escasos deseos de repartir botín con Franco y Mussolini, los alemanes siguieron mostrándose indiferentes. La operación, que se llevaría a cabo en el verano de 1940, habría ahorrado a Berlín campañas de tanto desgaste como la batalla de Inglaterra, Grecia, los Balcanes y, sobre todo, el norte de África.

Cuando Alemania intentó invadir Inglaterra requería neutralizar la fuerza aérea para impedir los bombardeos a la flota invasora. Para ello hubiera tenido que disponer de una aviación estratégica, pero ése no era el caso. Alemania había creado una aviación táctica, rápida de fabricar y muy útil como apoyo de las fuerzas terrestres en el campo de batalla, que era hacia donde apuntaban los intereses hitlerianos: el dominio de los espacios continentales. Se tuvo la oportunidad de construir aviones con más de 3.000 km de autonomía, pero no se construyeron porque Hermann Goering se negó a defenderlo ante Hitler por motivos militarmente absurdos: el *Führer* no me va a preguntar qué tipo de bombarderos tengo, sino cuántos... por eso, ante la batalla de Inglaterra, la Luftwaffe sólo disponía de bombarderos medios cuyo radio de acción apenas alcanzaba la mitad sur de Reino Unido... muy vulnerables ante los ataques de los cazas británicos.

Ante tal inferioridad, ¿en qué se basaba la fe de Churchill para optar por la guerra a ultranza, en vez de negociar con Hitler un acuerdo que podía haberle sido no muy desfavorable? El *premier*, aparte de la desconfianza hacia el *Führer*, al que comparaba con una boa constrictor que buscaba nuevas presas en cuanto digería a las anteriores, contaba con ciertas bases... tenía una ilimitada esperanza en la ayuda norteamericana, que al final el presidente Roosevelt terminaría por implicarse en la contienda.

Desde junio hasta finales de octubre (1940)... Alemania había perdido 1.887 aviones de todo tipo; Gran Bretaña, 1.547, cazas fundamentalmente... las pérdidas materiales no fueron tan diferentes... donde la diferencia fue abismal fue en las pérdidas alemanas de pilotos y en la capacidad británica para adiestrar o reclutar aviadores —polacos, norteamericanos, checos, franceses: millar y medio de pilotos experimentados y 4.000 tripulantes avezados habían muerto, estaban heridos o prisioneros en Gran Bretaña, de tal manera que, a finales de año, los pilotos de caza alemanes eran un 30 % menos que en verano y los de bombarderos un 25 % menos.

La noche del 6 de septiembre de 1940, una fuerza de reconocimiento sobrevoló Londres y encontró que la capital no estaba defendida. Toda la artillería anti-aérea se había enviado a proteger las bases de la RAF y los centros industriales. Al día siguiente los nazis lanzaron un ataque con 300 bombarderos y no dejaron de hacerlo ni una sola de las siguientes 57 noches... 57 días de bombardeo soportó Londres en el otoño de 1940... pero eso dio un respiro a los cazas británicos y a sus instalaciones, tanto que, a finales de octubre, las fuerzas aéreas estaban equilibradas, lo que daba una enorme ventaja a los que luchaban en casa.

El error de Hitler de no optar por la campaña mediterránea, en vez de abordar la batalla de Inglaterra... es que perdió la oportunidad de quebrar el poderío británico, expulsándolo del Mediterráneo y del norte de África. Hitler se reservó las grandes empresas de la contienda, mientras entretenía a Mussolini con la guerra paralela: le entregó el escenario mediterráneo suponiendo que podía expulsar a los británicos del norte de África y el Mediterráneo. Pero ésa no era la meta de Mussolini, quien aspiraba a remedar el poder imperial romano, apoderándose de Albania, Grecia y los Balcanes.

Así, en el otoño de 1940, la batalla de Inglaterra se estaba decantando a favor de Churchill —su efecto tuvo consecuencias indudables en la postura de Franco y Pétain, que ya no verían tan segura la victoria nazi como lo fue en julio.

El problema de Hitler fue su incapacidad para emplear sensatamente todo el cúmulo de medios y para embridar las tradiciones de Mussolini... que al traspasar la frontera greco-albanesa proporcionó a Inglaterra un teatro continental de operaciones.

Las situaciones descritas ilustran una gran cantidad de opciones de construcción, en este caso, de relaciones bélicas, pero cuyas consecuencias a largo plazo resultaron evidentes. Basta observar lo que ocurría en Europa y en la Unión Soviética. Pero, ¿cómo se puede recuperar la idea de la historia como secuencia de coyuntura en América Latina? Veamos algunas situaciones del actual contexto de articulación entre sistema político y capitalismo globalizado.

Debemos destacar en América Latina el carácter problemático de la relación entre proyecto político y económico, en otras palabras, entre democracia representativa y capitalismo globalizado. Las experiencias de Venezuela y Bolivia muestran que la crisis del sistema político puede dar lugar a proyectos emergentes que, sin ser anticapitalistas, promuevan un desarrollo que no esté ajustado a los patrones del Fondo Monetario. El problema de fondo es que si comparamos Venezuela y Bolivia con Chile y

Argentina o Brasil se comienza a complejizar la problemática de la democracia, ya que ésta puede aparecer validando tanto propuestas alternativas como estrategias de desarrollo que se ajustan al modelo del capital globalizado.

No obstante, lo que está por verse, de ahí la importancia de concebir la historia como secuencia de coyunturas, es la capacidad de la dirigencia boliviana y venezolana de reaccionar frente a patrones impositivos que pueden llevar a distorsionar el modelo de desenvolvimiento a un simple modelo desarrollista. Desde la perspectiva de la construcción de la historia cabe hacerse preguntas acerca de la posibilidad de construir, desde la democracia representativa, un modelo económico no capitalista; o bien, por el contrario si la coyuntura actual en su despliegue permite constatar que el modelo económico capitalista puede encontrar una protección en el sistema político de la democracia representativa, lo que permite validarlo ante la voluntad de construcción de proyectos alternativos.

En efecto, experiencias como la de Bolivia pueden estar representando, en el actual momento histórico, el desafío de construcción de un sistema político que sea incluyente de las heterogeneidades culturales y sociales. El problema coyuntural, mirado en perspectiva histórica, es cómo concebir la relación de la sociedad con el aparato del Estado, de manera de abordar y resolver la gravitación política que tiene la naturaleza plurinacional del país, lo que supone resolver las formas de representación del mestizaje en determinados colectivos.

Se trata de diseñar una forma de análisis que no nos atrape en lógicas lineales acerca del curso de la historia de manera de salirnos del cauce conformado por los hechos dominantes. Pues lo que se ha colapsado no son tanto las utopías sino una concepción del futuro sometida al funcionamiento de leyes mecánicas.

Podría servir de ejemplo a lo anterior que, más allá del discurso ideológico, las dinámicas económicas en algunas experiencias renovadoras como en Bolivia y Venezuela queden sometidas a la inercia de la lógica dominante de imponer un modelo desarrollista. En esta perspectiva, no puede evitarse aludir al significado de la experiencia cubana, la cual, más allá de sus deficiencias y limitaciones, representa hasta hoy día la única experiencia de construcción que no se ha sometido a esta inercia.

Desde luego cabría hacer un análisis detenido de sus estrategias relativas a cómo articular proyecto económico y sistema político, pues lo que queda de manifiesto es que en el caso cubano el sistema político ha quedado subordinado a las exigencias de una estrategia de desarrollo económico, a fin de no subordinar el intento de alternativas a la seducción de un sistema político que termina por imponer un proyecto económico.

Lo que está en cuestión es la no identidad entre sistema político y económico, pues se trata de romper ciertas inercias asociadas al sistema político, más aún en el contexto que constatamos de predominio del estado de excepción que, siguiendo la discusión teórica general, se ha transformado en el expediente que impone un modelo capitalista en nombre del respeto a la representación, que tampoco es real.

Desde el punto de vista del análisis de coyuntura, más allá de las contingencias particulares, Cuba está afrontando en este momento tener que encontrar una articulación entre las demandas de políticas de justicia social y de resistencia al orden imperial, y un sistema de participación plural de su población; lo anterior para romper el círculo vicioso de que el desarrollo permitido para ser tal tiene que ser democrático, pero tal desarrollo democrático es necesariamente capitalista.

En el marco de este desafío se ubica el análisis a corto plazo, que descansa en la idea de que el hombre construye en diferentes direcciones, desde coyunturas particulares que caracterizan los procesos históricos de larga duración.

Por ello la historia deviene una secuencia de coyuntura, pero sin la garantía de tener inexorablemente una dirección determinada como ocurría cuando se pensaba en la vigencia de leyes históricas. Por el contrario, en el actual contexto latinoamericano se observan profundas regresiones sociales y económicas hacia lo que, en alguna medida, caracterizó a los regímenes oligárquicos de comienzos del siglo XX. No es extraño que recordemos lo que ocurre con los sistemas políticos, pues cada vez resulta más claro que el llamado «estado de excepción» constituye la regla general que puede llevar a que la democracia cumpla el papel de sistema legitimador de los poderes fácticos.

Desde esta postura, el análisis de coyuntura apunta a organizar el pensar como acto de resistencia, sin dejarse atrapar por los parámetros del orden-poder. Y, en esa medida,

contribuir a discernir acerca de las alternativas posibles para construir un mejor futuro, de manera de no resignarse a la falta de sentido por seguir sosteniéndose en una conciencia de futuro, que es la conciencia del devenir. Como advierte Elias, en palabras profundamente sencillas y dramáticas con relación a la condición de los seres humanos:

> De acuerdo con la responsabilidad que tienen asignada como las únicas criaturas capaces de cooperación informal y planificada (los únicos seres capaces de esta actuación), pueden decidir que es probable que el futuro conduzca a la humanidad a una situación en la que las posibilidades de sufrimiento superen a las posibilidades de gozo. En esa situación, muchos seres humanos, quizás todos, pueden decidir que lo más razonable es poner fin a las condiciones que hicieron posible la vida en la Tierra o donde el vástago de la humanidad pueda haberse establecido por entonces. En semejante situación puede ser aconsejable dejar que decidan sobre la vida y la muerte de la humanidad los individuos afectados.[40]

La historia concebida como secuencia trans-coyuntural plantea diferentes desafíos: por una parte, colocarse en la complejidad de planos del momento, conformados por una articulación entre distintas dinámicas que rompen con la reducción a determinismos asociados con legaliformidades propias de las estructuras en tanto invariantes; y por otra, relacionar esta colocación con conformaciones colectivas, pues es insuficiente el razonamiento histórico restringido a lo puramente individual.

Se plantea estar en lo que acontece más allá del cálculo o de la previsibilidad; lo que a corto plazo se corresponde con una determinada naturaleza de categorías de razonamiento que no se restrinjan a las determinaciones, en la medida en que implican asumir la ampliación posible de lo dado en términos de sus potencialidades. Se afronta desarrollar la capacidad de significar los espacios de los sujetos dándole predominio a la relación sujeto-sujeto, en oposición a la función predicativa de la relación sujeto-objeto. Lo que en el plano del razonamiento se traduce en darle preeminencia al proyecto por encima de la causa.

---

40. Norbert Elias, *op. cit.*, p. 45.

Este modo de pensar transforma el devenir en potencialidad según la presencia de los diferentes sujetos. Aunque no es posible si no se reemplaza un enfoque basado en estructuras —o invariantes— por otro en proyectos, o bien subordinar éste a los anteriores. Se afronta tener que problematizar el orden a partir de una mirada desde lo emergente, para impulsar «una iluminación múltiple de la discontinuidad», como plantea Braudel,[41] sin reducirse a lo posible según lo establecido por el orden.

Desarrollar la capacidad de pensar y construir desde lo constituido, en vez de reducir la capacidad de construir a los espacios de lo constituido. El análisis nos coloca en la tensión entre lo constituyente y lo constituido, porque la construcción se hace desde lo dado como espacio de posibilidades, pero sin quedarse en los límites de cómo éstas se presentan a la observación del pensamiento de conformidad con la lógica del orden.

Por lo anterior, se requiere de un mecanismo de distanciamiento que es la función que cumple el proyecto de futuro; así es como se puede desmitificar la lógica del orden reconstruyéndolo desde la perspectiva de una constelación de sujetos que lo constituyen. Y, de este modo, distanciarse de lo real-externo para poder reconocer, más allá de sus grados de estructuración, los diferentes espacios de potenciación de lo potenciable. «La historia es la suma de todas las historias posibles... escoger una de estas historias a expensas de las demás (sería un error). En ello ha consistido... el error historizante».[42]

Elementos para la construcción de análisis

Si el análisis de coyuntura se enmarca en la exigencia de que la realidad es construida por sujetos, la realidad deviene en lo historizable por los sujetos, por lo que no se puede organizar prescindiendo de la presencia de éstos.

De entrada se plantea aclarar la naturaleza de la capacidad de reconocer espacios de posibilidades por los sujetos para desa-

41. En este marco de las discontinuidades tiene sentido recordar la advertencia de Gramsci de que «en la lucha siempre se debe prever la derrota, la preparación de los propios sucesores es un elemento tan importante como los esfuerzos que se hacen para vencer». Antonio Gramsci, *op. cit.*, p. 34.

42. F. Braudel, *op. cit.*, p. 75.

rrollar la potenciación de lo potenciable; de ahí la importancia de las diferentes conformaciones colectivas para, a partir de éstas, reconocer las potencialidades del momento.

Los sujetos, como tales, constituyen dinámicas que construyen mundos en los que tiene lugar su despliegue, por lo que es fundamental profundizar en esas dinámicas que se expresan en las capacidades para definir proyectos de acción.

De ahí que debamos partir reconociendo la articulación entre dinámicas económicas, político-institucionales, valóricas y culturales; articulación que refleja cierta densidad social que es condición para *la conformación de una voluntad colectiva de acción.*[43] En términos gramscianos, lo que decimos se relaciona con un espíritu creador y con una alta capacidad de organización «que (pueda) transformar en potente y eficiente un conjunto de fuerzas que, abandonadas a sí mismas, serían cero o poco más... lo que significa un contexto no sólo físico sino moral e intelectual»;[44] proceso de constitución que pasa por «el cambio de los incentivos, los motivos y los procedimientos de actividad económica del hombre (que) desarrolla de manera paulatina y con frecuencia durante generaciones».[45]

La realidad se transforma en un campo de relaciones entre sujetos de mayor o menor densidad, que lleva a pensar las estructuras desde el surgimiento de «una voluntad colectiva».[46] Ésta acaba siendo un indicio de la densidad social, una «reforma intelectual y moral (que) debe resultar dramáticamente», en vez de ser «una fría y pedante exposición de razonamiento», que se relaciona con «grados de desarrollo determinables» que se vinculan con cierto «progreso histórico total», aunque siempre condicionado a momentos que es-

43. Como ha observado Kula, al hablar de las periodizaciones históricas, «éste se complica tremendamente como resultado de la matriz valorativa de las palabras utilizadas en él»; pues «con demasiada frecuencia, las polémicas que se han desarrollado en la historia de la ciencia sobre la periodización fueron un reflejo de los grandes debates ideológicos y filosóficos». Witold Kula, *Problemas y métodos de la historia económica*, Barcelona, Península, 1973, pp. 95-96.

44. Gramsci, *op. cit.*, pp. 32-33.

45. W. Kula, *op. cit.*, p. 109.

46. Gramsci, *op. cit.*, p. 15.

tán abiertos a su propio desenvolvimiento.[47] Línea de argumentación que enfatiza que «el hombre elige el presente en función del futuro... forma su propio presente y futuro sobre la base de algo que todavía no existe», como advierte Kosík. Lo que alude al modo como se constituye el tiempo en la realidad social.

El cuestionamiento de la idea de estructura es clave, porque plantea como fundamental la capacidad de intervención de los sujetos, no la exigencia de procesos sometidos a leyes (cfr. la crítica de Castoriadis a Marx). Idea que se corresponde con la crítica a las estructuras como invariantes, desde las formas de interacciones. Es lo que permite establecer vínculos con el planteamiento de acercarse a un modelo procesual que «concibe la sociedad como una interacción compleja, multifacética y fluida, de muy variables grados e intensidades de asociación y disociación»; pues «la estructura es una construcción abstracta... no diferenciable del proceso interactivo en desarrollo, sino que constituye... una representación temporal y acomodaticia de éste en un momento dado».[48]

Postura que, al incorporar la realidad como espacio de posibilidades, es congruente con la modalidad del análisis de coyuntura. Si hacemos un perfil de este tipo de análisis, siguiendo los lineamientos de Lenin y Gramsci, podríamos resumirlo en los siguientes términos: el marco de referencia no es la verdad, sino el proyecto histórico cuyo sentido está determinado por las dinámicas, o la movilización conjunta de todos los sujetos, cualquiera que sea su naturaleza y orientación ideológica; por consiguiente, el análisis versa sobre la estructuración posible del proyecto, lo que implica entender cada momento como potencialidad que puede ser activada, pero entendiendo que cada uno forma parte de una secuencia de coyunturas.

Por eso, las dinámicas constitutivas que conforman el momento suponen las prácticas como elementos componentes, las

---

47. Se ha observado que «los cambios en las fuerzas y las relaciones de producción son elementos de la mayor movilidad y, por otra parte, son, sin embargo, de la mayor estabilidad e inercia». Cfr. Kula, *op. cit.*, p. 106.

48. Walter Buckley, *La sociología y la teoría moderna de los sistemas*, Buenos Aires, Amorrortu, pp. 36-37.

cuales se manifiestan en la capacidad de despliegue de los sujetos.[49] En este marco, se plantea abordar a los sujetos en su relación con proyectos, y, a su vez, a la realidad como el campo de opciones de continuación según sea la naturaleza, la relación sujeto-proyecto: esto es, diferentes modos de concreción del espacio.[50]

La articulación entre niveles de cada momento, así como entre momentos, plantea la necesidad de una colocación para distinguir la sincronía y diacronía, concomitancias o diferencias entre lo económico y lo político, o entre éstos y lo cultural, sin olvidar la presencia del plano psicológico. En verdad, se pueden recuperar productos que resultan de una determinada articulación entre niveles, propia de determinados bloques temporales, ya que, por un lado, está la inercia del desenvolvimiento histórico, pero, por otro, las condiciones de nuevas posibilidades. El juego entre actores se puede caracterizar por una simetría en un momento dado, a la vez que crea espacios en los que se contengan nuevas posibilidades de fuerza: emergentes, o, por el contrario, un nuevo orden de control por parte de los sujetos hegemónicos que vienen reproduciéndose desde tiempos anteriores.

Se requiere de un cuidadoso análisis de los sujetos para precisar su «cómo son», en términos de su organización y de sus prácticas, desde la perspectiva de comprenderlos como componentes de un proyecto que, como tal, representa una forma de la interacción. Afrontamos tener que controlar los sesgos axiológicos, teóricos y técnicos, mediante recursos metodológicos como los siguientes:

a) definir la situación en que sea posible distinguir entre la potencialidad de emergencia y el despliegue de los sujetos;

b) reconocer los síntomas que refieren a dinámicas subyacentes; y

---

49. «Se puede elevar la actividad de las masas únicamente a condición de que no nos circunscribamos a la agitación política sobre el terreno económico. Y una de las condiciones esenciales para esa extensión indispensable de la agitación política es organizar denuncias políticas que abarquen todos los terrenos». V. Lenin, *¿Qué hacer?*, p. 89.

50. Lo anterior significa reconocer las dinámicas de lo estructurado como producto por niveles y entre niveles, pero en términos de comprender el momento en tanto parte de una secuencia.

c) describir lo dado a fin de hacer presentes las dinámicas subyacentes, que se muestran en los límites de algún tipo de estructura.

En el trasfondo, se encuentra la exigencia de entender el movimiento de lo real como activación, pues lo que importa son los modos de intervención de los sujetos sobre lo que se entiende como «realidad externa», de manera de configurar espacios de posibilidades para todos los sujetos. Lo anterior supone leer lo social como siendo el producto dela tensión entre orden-poder y opciones.

Una determinada articulación entre niveles, propia de determinados cortes temporales: por un lado, está la inercia del desenvolvimiento histórico, pero, por otro, las condiciones de nuevas posibilidades. El juego entre actores determina la naturaleza de la realidad de un momento, si somos conscientes de que la realidad es lo que resulta de las diferentes modalidades de relaciones entre sujetos, según sus capacidades de acción: acciones sólo individuales o acciones colectivas; acciones con otros, sin otros, o contra otros. Todo lo cual configura situaciones en las que cabe reconocer los espacios en los que se contengan nuevas posibilidades de fuerzas sociales emergentes; o por el contrario, un orden de control por parte de los sujetos hegemónicos que vienen reproduciéndose desde tiempos anteriores. Destacamos la necesidad y el sentido de la construcción frente a lo que se puede considerar como conjunto de determinaciones, leyes o regularidades. Se complejiza el movimiento del todo (o de la situación) desde dónde y para qué puede ser activado.

Planos de análisis

De las consideraciones anteriores se desprenden exigencias de análisis en distintos planos. Distinguimos principalmente dos: *a*) el de las estructuras; y *b*) el de las prácticas mediante las cuales se materializa la capacidad de intervención de los hombres. En cada uno de estos planos se plantean desafíos de información.

El plano de las estructuras, en razón de que es concebido como producto de las intervenciones de diferentes sujetos, no

puede dejar de considerar el movimiento en el interior de sus límites que lleva al concepto de espacio estabilizado. En este sentido, es preciso distinguir diferentes informaciones para dar cuenta de ellos, pudiendo hacerse la siguiente separación de planos: *a*) el propio de lo que son los espacios de posibilidades; *b*) el que refiere a la potenciación de lo potenciable; y *c*) la potencialidad de emergencia.

a) *Los espacios de posibilidades*. Son las situaciones estabilizadas o estructuradas que proyectan una imagen de inamovibles, o bien de lentos movimientos; pero además del ritmo al que hemos hecho referencia, no se pueden descuidar, como observa Braudel en «A favor de una economía histórica», «las etapas geográficas», o los espacios de «las ondas y las peripecias de la historia»; lo que constituye un problema de todas las estructuras.

En efecto, hay una relación entre los diferentes planos espaciales en que se manifiestan los fenómenos que determinan en éstos ciertas características específicas. El problema radica en puntualizar cómo se manifiesta lo macro-espacial o nacional en lo micro-espacial o regional, esto es, en cómo se articula el desarrollo micro-social con el plano macro-social.

Desde la perspectiva del recorte de realidad, este presupuesto plantea la exigencia de delimitar a qué nivel espacial hace referencia un indicador determinado. Es decir, cuál dimensión espacial está incorporada implícita o explícitamente en su construcción y en la observación del fenómeno; por lo tanto, qué consideración merece la observación de la dimensión micro de un determinado fenómeno, ya que no se considera válido situarse en la observación de un fenómeno en su dimensión micro con instrumentos de captura que, por estar confeccionados para funcionar en otra escala, no son lo suficientemente precisos para registrar la expresión específica de un fenómeno general en un ámbito más restringido. La pretensión es doble: se trata de recuperar la expresión de lo general en lo particular, y cómo lo particular contribuye a la articulación general; en una palabra, reconstruir la dialéctica de este doble movimiento: la articulación desde lo macro-espacial así como la articulación desde lo micro-espacial.

El análisis anterior es importante cuando consideramos que es a través del espacio como tiene lugar la relación entre los suje-

tos, en la medida en que el espacio es una situación que delimita territorialmente la dinámica de la sociedad, la cual se enriquece con elementos provenientes de distintos ámbitos: por ejemplo, la configuración local de las fuerzas sociales, mercados locales y relación entre mercados, así como la ubicación de los centros de decisión y las relaciones entre ellos, ya sea que éstos se reconozcan en espacios institucionalizados o informales; asimismo con la presencia de diferentes tipos de organizaciones sociales, económicas, culturales o políticas de la sociedad civil en su distribución con el espacio.

En este sentido, **el espacio territorial de los procesos sociales** se tiene que considerar en su dinámica de relaciones, como lo señalara Pierre George, que, a su vez, reviste el significado de intuir la capacidad articuladora de niveles que pueden tener los distintos sectores de la población, según sean las categorías en que se base su análisis: clase, etnia, género, además de tomar en cuenta su distribución espacial, como es el caso del concepto de «fracción geográfica de clase» que acuñara Gramsci para dar cuenta de esta distribución de las fuerzas sociales.

Como apunta Kula «el espacio no suele ni menos ser una magnitud abstracta», pues la «acción de las fuerzas productivas es función del nivel de los recursos naturales y de los procesos que se efectúan en el medio geográfico».[51] Lo que se vincula con un fenómeno central, en el marco del capitalismo, como es la acumulación y distribución espacial de la reproducción. Como se ha señalado (Benvenuto), el monto de lo apropiado está en función del monto producido y la apropiación sólo puede conservarse como una constante social si se mantiene la productividad mínima que la posibilite. La repetición de esta situación social (en corte transversal, en el espacio) es la condición de existencia de una clase social.

b) *La potencia de lo potenciable.* Se refiere a reconocer los márgenes para activar con la intervención del hombre una situación que contiene esa posibilidad. Por ejemplo, incrementar los volúmenes de apropiación del producto, o ampliar los espacios de participación ciudadana, o aumentar la pluralidad de formas

51. Kula, *Problemas y métodos de la historia económica,* Barcelona, Península, 1973, cap. 14, pp. 523 y 521, respectivamente.

de organización de la sociedad civil, o bien expandir la capacidad de generar excedentes vía exportaciones, o, en su caso, mejorar la productividad con base en innovaciones tecnológicas. Pero también, en esta dirección, se puede pensar en los espacios para transformar las reglas de consenso entre grupos, o en sus limitaciones, como puede ejemplificarlo la normativa que rige las relaciones laborales, etc. Esto es, son relaciones con márgenes de intervención, pero donde también se tiene que considerar la capacidad de intervención por parte de sujetos concretos, ya sea en los espacios de la producción económica, en los de las instituciones o en la de la institucionalidad política, o en lo propio de la sociedad civil.

En este sentido, debemos considerar la determinación de campos de opciones probables en términos de posibilidades objetivas según sea la presencia o ausencia de voluntades colectivas, o bien de intereses compartidos que representen una capacidad efectiva de intervención.[52]

c) *Potencialidad de la emergencia.* Este plano es quizá el más complejo, pues se refiere al movimiento más profundo delo dado. Es lo que tiene que ver con la capacidad de discontinuidad, en cierto sentido es el aspecto complementario a la potenciación de lo potenciable, pero no resulta claramente reconocido por una directa intervención de sujetos particulares, como puede ser un proyecto de cambio asociado a determinados sujetos con proyectos definidos. Más bien, resulta de un conjunto de factores, de un abigarramiento de circunstancias, de la concurrencia de diferentes sujetos con sus respectivos proyectos, que no necesariamente se orientan a un logro definido, sino que resulta de una multiplicidad de situaciones micro y macro-sociales como se pueden registrar en tantos análisis económicos y sociológicos; pero también como pueden registrarse en análisis más globales como en el caso de la acumulación primitiva de Marx, o en el desarrollo del capitalismo en Rusia estudiado por Lenin, asimis-

52. Problemática que forma parte de confundir diagnosticar posibilidades de acción desde opciones con evaluar resultados obtenidos por acciones promovidas, cfr. Hugo Zemelman, *Crítica epistemológica de los indicadores: la articulación y los tres momentos del diagnóstico*, El Colegio de México, col. Jornadas, 114, 1989, pp. 63-117.

mo en la historia del surgimiento de la clase obrera inglesa siguiendo el análisis de Thompson.

Esta multiplicidad de entrecruzamientos de dinámicas a todos los niveles puede culminar en cambios globales. Es la historia del desarrollo de la innovación tecnológica, en general del conocimiento científico aplicado, así como de las transformaciones lentas en la mentalidad que pudiendo partir de cambios de los patrones de convivencia cotidiana van generando condiciones de muchos cambios de carácter más amplio. Es el caso de lo ocurrido en los países del socialismo real, al respecto los análisis de Bahro pueden ser un claro ejemplo de lo que se pudo anticipar, desde el reconocimiento de eventuales emergencias, cuyas primeras manifestaciones pudieron ser psicológicas, para después dar lugar a comportamientos políticos y económicos de carácter grupal.

Este plano de análisis se tiene que complementar con el plano relacionado más directamente con la capacidad de intervención de las prácticas sociales, el cual se puede descomponer en dos: *a*) la capacidad de construir proyectos; y *b*) la capacidad de traducir estos proyectos en prácticas, esto es, pasar de un planteamiento general de naturaleza ideológico-programática al diseño de políticas concretas de ejecución.

Formulación del análisis: descripción y problemática del recorte de realidad

En esta dirección, es necesario abordar la cuestión relativa a la descripción según los diferentes planos de análisis a que hemos hecho referencia tales como: espacio de posibilidades, potenciación de lo potenciable y potenciación de lo emergente.

En lo que respecta a la realidad como espacio de posibilidades, la primera dificultad consiste en poder captar el presente como momento en movimiento. El desafío consiste en reconocer estos diferentes campos de opciones y saber determinar aquel que sea objetivamente posible; pero a partir de la advertencia de que el «momento presente no se puede leer exclusivamente desde una sola visión de futuro, ya que puede contener muchas potencialidades que diversos sujetos sociales pueden

activar».[53] Lo que plantea que la descripción debe dar cuenta de sujetos en contextos concretos particulares, de manera de resolver acerca de la especificidad de los elementos coyunturales que se requiere tomar en cuenta para su activación en términos de un proyecto particular. Pero la contextualización, que es central en nuestra argumentación, no se resuelve como un simple acotamiento de tiempo espacial, sino que constituye una forma de razonamiento que rompe con los moldes teóricos que predeterminan cierta forma y jerarquía de las relaciones.

En este marco, surge la necesidad metodológica de darle relevancia a relaciones posibles entre fenómenos, lo que descansa en la forma de pensar articulada. «Dar preeminencia a las relaciones posibles por encima de las relaciones teóricas, exige considerar de forma abierta y crítica cada aspecto de la relación, así como su vinculación con otros aspectos que la integran; esto es, observarla y describirla sin pretender encuadrarla dentro de un esquema teórico que suponga relaciones *a priori*... es lo que llamamos reconstrucción articulada».[54] Y es lo que lleva a la delimitación de observables «en oposición al razonamiento condicionado por contenidos predeterminados».[55] De esta manera, el presente acaba siendo un recorte de niveles muy heterogéneo, con diferentes temporalidades y espacios que, desde un punto de vista metodológico, constituye lo que hemos definido como la «situación de objetivación de los fenómenos de la realidad».[56] Es la relación entre niveles que constituye la base para poder delimitar distintos campos de opciones.

No obstante lo que decimos, cabe plantearse la siguiente pregunta: ¿qué es lo que permite articular estos diferentes niveles, con sus tiempos y espacios, sin incurrir en ninguna reducción teórica que lleve a construir una síntesis desde esta variada heterogeneidad de situaciones? La respuesta se puede encontrar en la presencia de uno o muchos y diferentes sujetos. En efecto, para evitar los peligros de los enfoques formalmente integrados, o, todavía más frecuentemente, con los que se derivan de enfoques fragmentarios, o simplemente estructurales de los procesos sociales, se tiene que trabajar desde «el presupuesto del sujeto (individual o comunitario)»,

53. Cfr. Hugo Zemelman, *Conocimiento y sujetos sociales*, El Colegio de México, col. Jornadas, 111, 1997, p. 17.
54. *Ibíd.*, p. 19.
55. *Ibíd.*, p. 20.
56. *Ibíd.*, p. 21.

desde el cual «revisar la información mediante la cual se organizan las acciones que relacionan al hombre con su realidad».[57]

Esta discusión obliga a distinguir «entre la realidad empírica, como lo externo (al sujeto), sin que medie la presencia de ningún sujeto, y la realidad empírica mediada por la presencia de un sujeto que articula la realidad en términos de sus prácticas sociales».[58] Planteamiento que ayuda a darle un rango importante a una «perspectiva microsocial y microtemporal que permita una recuperación de los espacios sociales en los procesos históricos globales»;[59] en otras palabras, que la presentación y el posterior análisis de los datos debe ser hecho desde el ángulo de los procesos internos que los constituyen.

De ahí que un aspecto central de la descripción sea hacer posible la «recuperación de las dimensiones macroespaciales y macrotemporales de los procesos desde la dimensión microespacial y microtemporal, configurando el perfil de una estrategia de investigación desde lo micrológico, (aunque) su objetivo sea la sociedad nacional»;[60] mejor dicho, desde las prácticas de los sujetos (individuales o sociales) que constituyen la realidad. En este marco, es procedente recuperar la idea de que «el empirismo de la información (es) función de las dinámicas constitutivas de la realidad. En este sentido, nos parece posible transformar el sistema de necesidades (alimentación, vivienda, salud, educación, entretenimiento, incluso preferencias valóricas, etc.) en un conjunto de prácticas sociales mediante las cuales la población (el conjunto de los sujetos) va construyendo su vida como proyecto desde los planos cotidianos».

De lo anterior se desprende que el movimiento de lo real, en tanto conjunto de relaciones entre sujetos, y desde la perspectiva de la secuencia de momentos, no es el resultado estricto de dinámicas inherentes a las situaciones dadas, «de la configuración estructural en sí, sino que es producto de las intervenciones de las fuerzas sociales que pueden imprimir —bajo circunstancias determinadas— cierta dirección posible».[61] De esta manera, la

57. Cfr. Hugo Zemelman, *Problemas antropológicos y utópicos del conocimiento*, El Colegio de México, col. Jornadas, 126, 1997, p. 77.

58. *Ibíd.*, p. 77.

59. *Ibíd.*, p. 78.

60. *Ibíd.*, p. 83.

61. Cfr. Hugo Zemelman, *Crítica epistemológica de los indicadores*, El Colegio de México, col. Jornadas, 114, 1989, p. 59.

descripción de una situación tiene que estar orientada, no desde una meta, finalidad y objetivo dominante, sino respetando en la situación descrita una «configuración de alternativas posibles, lo que supone considerar la articulación de praxis y estructura».[62]

El desarrollo anterior lleva a tener que conceder a la descripción de situaciones coyunturales la función de dar cuenta de las relaciones posibles entre niveles empíricos, pues son los puntos que articulan niveles y donde la intervención de las prácticas pueden revestir mayor eficacia, por cuanto en esos puntos se pueden concretizar los mayores márgenes para potenciar lo potenciable. En efecto, podría darse el caso de que en una situación dada se observe que «los estratos ocupacionales se apoyan, por un lado, en una estructura de propiedad, pero, por otro, en la pertenencia a cierta etnia. Hay que reconstruir la relación posible de manera tal que se pueda determinar si en el funcionamiento de la comunidad (de ser el caso) predomina la dinámica propia del estrato ocupacional sobre la del grupo cultural; o bien, si el grupo cultural o étnico de pertenencia es el que determina la dinámica del estrato ocupacional, imprimiéndole una dirección específica. Lo que llamamos "punto de articulación" es el resultado de la reconstrucción de esta relación; es decir, que el estrato ocupacional está supeditado a una dinámica comunitaria en razón, por ejemplo, de la conciencia de pertenencia a una etnia».[63]

Por lo anterior la descripción debe tener una estructura categorial que permita que se desenvuelva, simultáneamente, en el plano de lo macro-estructural así como en el de lo micro-estructural; también tiene que abarcar el plano de lo macro-coyuntural y lo micro-coyuntural a medida que tenga en cuenta la presencia e intervención de las prácticas de los sujetos. Esto es, en el plano de las estructuras con menor variación temporal, o con una variación más lenta, y en que están sometidas a ritmos más rápidos de cambio. Y ello para todos los niveles de realidad. Es así como se pueden dar posibilidades como las siguientes, que presentamos como ilustración de lo que puede configurar un modelo de análisis, pero que en ningún caso pueden asumirse como una versión no modificable.

62. *Ibíd.*, pp. 60 y 98-102.

63. Cfr. Hugo Zemelman, «El proceso de cambio y las dimensiones micro y macrosociales», en *Problemas antropológicos y utópicos del conocimiento*, *op. cit.*, p. 87.

Cuadro 1. Concepto ordenador: condiciones del proceso de producción

Criterios temporoespaciales y dinámicos observables			
Macroestructural	*Macrocoyuntural*	*Microestructural*	*Microcoyuntural*
• Desarrollo de las fuerzas productivas de trabajo: - instrumentos; - organización de la fuerza de trabajo; - capacitación de la fuerza de trabajo; - ciencia aplicada a la producción. • Concentración de la tierra. • Distribución de la población económicamente activa por rama productiva. • Composición orgánica del capital diferencial entre la agricultura y la industria: -transferencias de valores.	• Política científica. • Política de transferencias de tecnología. • Patrones alternativos de tecnología con recursos internos. • Política educativa en relación con la calificación de la fuerza de trabajo. • Política de desarrollo de infraestructuras económicas. • Política de mejoramiento de suelos y aprovechamiento de agua. • Política científica: - sobre inversiones. - sobre la función del capital. • Política de reforma agraria. • Política de formas de organización del trabajo: - cooperativas, - sociedades de interés colectivo. • Leyes de prohibición de la división de la tierra. • Política de subsidios. • Política de créditos. • Política de insumos.	• Condiciones naturales del hábitat productivo local: - clima; - suelos; - agua; - recursos renovables y no-renovables. • Condiciones históricas locales. • Número y disponibilidad de la fuerza de trabajo. • Calidad y mecanismo de capacitación. • Tradición laboral. • Características de los instrumentos de trabajo. • Cantidad y uso de tecnología por tipo de producto y superficie de tierra. • Cantidad y tipo de industrias. • Formas de acceso a insumos para la agricultura. • Conocimientos de alternativas de uso de insumos de la población. • Función de la infraestructura de acceso a insumos. • Instituciones de crédito. • Distribuidoras locales de insumos.	• Políticas de reclutamiento de las organizaciones locales de trabajadores y empresarios. • Política de capacitación de las organizaciones de trabajadores y empresarios. • Modalidades de implementación de las políticas estatales sobre: - créditos; - capacitación; - insumos; - tecnología; - tierras; - impuestos; - desarrollo de infraestructuras económicas. • Prácticas económicas que son impulsadas por fuerzas sociales locales independientemente de las políticas estatales que tengan por objeto transformaciones de las condiciones naturales o históricas de la localidad.

Cuadro 2. Concepto ordenador: proceso de producción real

Criterios temporoespaciales y dinámicos observables			
Macroestructural	*Macrocoyuntural*	*Microestructural*	*Microcoyuntural*
• Concentración y centralización del capital. • Distribución de las ramas productivas en el espacio nacional.	• Política de salarios. • Política de precios por rama y producto. • Política de transformación de los productos agrícolas a partir del capital o de los productores directos. • Política de mínimos de productividad. • Política de seguros a la producción.	• Volumen de producción por hectárea. • Formas de vinculación del proceso agrícola con la industria local. • Industrias que usan insumos agrícolas locales. • Porcentaje de la fuerza de trabajo asalariada y de la familiar: - número total de jornadas y diferenciación de jornadas asalariadas y familiares. • Duración de la jornada de trabajo.	• Prácticas locales de contratación de la fuerza de trabajo. • Prácticas de las organizaciones campesinas en relación con la adquisición, distribución y uso de la tierra y otros recursos comunes. • Prácticas de formas de producción: - cooperativas; - prestación de servicios mutuos, etc. • Prácticas de asociaciones de fomento del desarrollo económico local. • Organizaciones jurídico-administrativas que intervienen en el proceso productivo.

Cuadro 3. Concepto ordenador: realización de la producción

Criterios observables			
Macroestructural	*Macrocoyuntural*	*Microestructural*	*Microcoyuntural*
	• Mecanismos de intervención del Estado en el mercado mediante políticas: - de gasto público; - de impuestos a los ingresos; - de comercialización directa; - de importaciones y exportaciones; - de subsidios a los bienes de consumo popular; - de precios.	• Volumen de producción total. • Volumen de la producción vendida al: - mercado local; - mercado nacional; - mercado internacional. • Lugares de comercialización: - en el interior de la región; - fuera de la región. • Organización del mercado: - acaparadores; - instituciones; - estatales; - consumidores directos. • Condiciones de venta de los productos: - cosechada en el terreno; - planta en pie; - cosechada y transportada al lugar de venta; - cosechada y con proceso de transformación básico (limpieza, empaque, etc.). • Infraestructura de comercialización. • Estructura de precios.	• Prácticas de las cooperativas locales de consumo. • Prácticas de las cooperativas locales de comercialización. • Prácticas de las organizaciones de comerciantes. • Modalidades de aplicación de las políticas estatales sobre comercialización de productos agrícolas y consumo de bienes necesarios.

ÁREA POLÍTICA

Cuadro 1. Concepto ordenador: base social y base política de las fuerzas

Conceptos observables	
Base social Distinciones de la población como masa social diferenciada, en términos económicos (ocupación), por características demográficas (edad y sexo), y por tamaño de los agrupamientos resultantes de la división según los dos criterios aplicados.	• Estructura ocupacional de la población. • Distribución cuantitativa de la población por estratos ocupacionales. • Distribución cuantitativa de los estratos ocupacionales según edad y sexo.
Base política A) Inserción de los diferentes estratos ocupacionales, diferenciados en su interior por edad y sexo, en las organizaciones locales y en las instituciones civiles o estatales. B) Base del proceso de cohesión de las organizaciones en función de los intereses propios de su estratificación económica y demográfica e intereses comunes que manifiesten.	1. Lista de organizaciones locales. 2. Acceso de individuos o grupos de los diferentes estratos ocupacionales a las organizaciones. 3. Acceso de individuos o grupos diferenciales por edad y sexo (en el interior de los estratos ocupacionales) a las organizaciones. 4. Acceso de los individuos o grupos de los diferentes estratos ocupacionales a instituciones civiles y estatales. 5. Mecanismos a través de los cuales están presentes individuos o grupos de los diversos estratos en las organizaciones: funciones permanentes o esporádicas, participación en decisiones o no. 6. Identificación de intereses económicos, culturales, religiosos, políticos en las organizaciones.

Cuadro 2. Concepto ordenador: voluntad colectiva

Conceptos observables	
1. Fines compartidos a corto y largo plazo, que se expresan en las acciones de individuos o grupos pertenecientes a una misma organización, o a diferentes organizaciones. 2. Acciones de los individuos o grupos como sujetos de las organizaciones. 3. Acciones de las organizaciones, con fines a corto y largo plazo, como mecanismos reproductores de fines compartidos.	• Conciencia de intereses y fines compartidos por los grupos sociales a corto y largo plazo: - a nivel de las reivindicaciones; - a nivel de las aspiraciones. • Actos de las organizaciones que reflejen fines globales o sectoriales. • Eficiencia o ineficiencia de los actos, en el cumplimiento de un fin. • Tipos de acción de las organizaciones en términos de permanencia: - esporádicas; - continuas. • Capacidad de reproducción de las organizaciones: - políticas de reclutamiento; - políticas de capacitación.

CUADRO 3. Concepto ordenador: proyecto político

Conceptos observables	
• Mecanismos de acceso o creación de instancias de decisión.	• Procedimientos de las acciones: institucionales-no institucionales; estatales-civiles; permanentes-coyunturales.
• Significación de la concepción ideológica: - Concepción del cambio.	• Alcance de los tipos de acciones en términos de las concepciones de cambio: - estructural-no estructural; - local-regional-nacional.
• Efectos de las acciones políticas.	*Inmediatos:* • Éxito o fracaso de las acciones en relación con el cumplimiento de la meta. • Éxito o fracaso de las acciones en relación con la definición de nuevas opciones de metas. • Comparación del efecto de la acción realizada y las transformaciones a nivel de: - el proceso económico local; - el modo de resolución de la vida cotidiana; - el patrón de producción personal. *Potenciales:* • Expectativas de direccionalidad del efecto inmediato. • Ampliación de los efectos inmediatos en función de intereses sociales. • Dirección de transformabilidad del efecto según la correlación de fuerzas: - estructural-no estructural.

ÁREA PSICOCULTURAL

CUADRO 1. Concepto base: modo de resolución de la vida cotidiana. Mecanismos reproductivos de satisfacciones particulares

Elementos articuladores	*Acceso a bienes y servicios*	*Relaciones sociales o interpersonales*	*Usos y valores*	*Aspectos alternativos*
• Alimentación.	• Procedencia y obtención de alimentos.	• Tipos de relación generados por la obtención de alimentos. • Estructura de relaciones para el consumo. • Mecanismos de decisión (familiares y extrafamiliares para la definición de obtención de alimentos).	• Patrón de alimentación: - dieta común; - dieta especial; - alimentos dañinos y tabúes; - formas y tiempos de preparación.	• Información sobre otras prácticas de alimentación. • Carácter de las decisiones institucionales o autónomas tomadas para la definición de la actividad alimentaria.
• Vestido.	• Procedencia y obtención del vestido.	• Relaciones establecidas de acuerdo con las formas de procedencia del vestido.	• Patrón del vestido: - tipo de vestuario según edad y sexo; - vestuario diario y festivo; - cantidad y costo del vestuario como criterio para definir funciones sociales.	• Información sobre otras prácticas del uso del vestido. • Carácter de las decisiones tomadas (individual o colectivamente) sobre la práctica del vestir.
• Mantenimiento de la salud.	• Instituciones sanitarias como fuentes de información de los modelos de salud.	• Instancias en las que se deciden las formas de resolución de tal necesidad. • Mecanismos de decisión para el uso de las instituciones sanitarias o para la definición de objetivos y formas de resolución autónomas.	• Patrón de interpretación del síntoma: - definición del momento de solicitar asistencia médica: molestia, dolor, impedimento; - definición de métodos curativos apropiados para cada momento.	• Carácter de las decisiones tomadas por la población para uso de los modelos institucionales o creación de objetivos de resolución propios.

La discusión sobre la naturaleza y las funciones de la descripción se ubica en un marco más general, surgido del propio desarrollo de la ciencia. Si leemos su historia podemos constatar que a lo largo de su desenvolvimiento se han podido anticipar fenómenos a pesar de no tener evidencias empíricas de los mismos. Partiendo de observaciones de convergencia de datos empíricos, éstos pueden servir para anticipar un fenómeno nuevo.

Pero esta posibilidad depende de cómo se lea la información, pues si se lee desde una lógica lineal de acumulación, por nivel o si se quiere por disciplina, sin atender a las relaciones de indeterminación, se puede perder la riqueza que la información esconde. De hecho, es el caso de la física, porque tanto «Galileo como Newton desarrollaron teóricas físicas del movimiento sin tener evidencia empírica directa del movimiento de la Tierra», pues de hecho la primera prueba directa de la rotación de ésta no se obtuvo hasta 1851 por Jean Bernard Léon Foucault.[64]

Desde esta perspectiva, limitarse a un plano de información empírica aisladamente considerada puede impedir avanzar en el conocimiento, más aún cuando el razonamiento queda limitado a buscar «leyes que funcionan uniformemente a través del tiempo», pues entonces se dificulta o imposibilita rastrear trayectoria y articulaciones que se orientan a describir; por una parte, el desenvolvimiento del fenómeno, y por otra, dar cuenta de sus transformaciones. En esto consistió la genialidad de Darwin al ser capaz de abrirse más allá de un razonamiento lineal pudiendo, de ese modo, dar cuenta de «procesos de arborización, ordenando la información empírica disponible de una manera nueva, con base en inferencias genealógicas».[65]

Es así como la descripción debe poder dar cuenta de lo dado en un momento, en toda la complejidad de la concreción que resulta de la articulación dada; pero además abriéndose a dife-

64 Godfrey Guillaumin, «Evolución y teoría de la evolución», *Ciencia. Revista de la Academia Mexicana de Ciencias* (octubre-diciembre, 2009, vol. 60, n.º 4). Es lo que lleva a plantear la cuestión de que «antes de evaluar si hay evidencia a favor de un fenómeno específico hay que preguntar por qué es razonable o no plantear la posibilidad de la existencia de un fenómeno específico, que no es posible observar directamente». *Op. cit.*, p. 5.

65. *Op. cit.*, p. 61.

rentes posibilidades del desenvolvimiento de lo dado que se correspondan con diferentes niveles, que se entrecruzan en la dimensión longitudinal del tiempo.

De esta manera, la información no queda segmentada por niveles sino que se articula; como tal articulación, puede generar nuevos campos de observación y, en consecuencia, hacer necesarias nuevas significaciones o resignificaciones de los datos empíricos reconocidos en cada nivel en cuanto son considerados separadamente. Es el caso de la teoría de la evolución de las especies y de otras que han aportado nuevos horizontes de conocimiento.

En el caso del conocimiento socio-histórico, la cuestión del desarrollo del fenómeno no se puede reducir simplemente al registro de una trayectoria y sus transformaciones (*v.gr.* como en biología es el caso de las especies), pues además requiere que se aborden desafíos adicionales: en primer lugar, la presencia de actores articulares en su capacidad y modalidad de intervención, ya sea por niveles separadamente considerados, o bien en espacios que articulan distintos niveles, como son los puntos de articulación a que hemos hecho referencia. En segundo lugar, se tiene que considerar el momento histórico que resulta de una particular articulación, más allá de considerar ésta en su función de ángulo desde donde se organiza el acto de pensar.

Naturaleza de la descripción y problemática de la unidad de análisis

Si la realidad deviene en el espacio donde se concretizan diferentes planos articulables, en un momento concreto, se plantea su reconstrucción a partir de la naturaleza de los colectivos presentes y de la relación sujeto-proyecto.

El desafío que se desprende consiste en conferirle a la conciencia de estar siendo la función de salida hacia lo no dado; la cuestión consiste en el esfuerzo de pasar desde el movimiento de lo que acontece, ante el sujeto, al movimiento en el sujeto. En consecuencia, la descripción del sujeto-proyecto debe cumplir la función de incorporar los espacios del sujeto, por cuanto la descripción resulta determinada por la búsqueda del sentido desde lo que acontece. Ello significa que si la realidad es siempre una

construcción, su conocimiento debe entenderse en relación con los diferentes momentos de constitución de los sujetos como parte de un proceso interactivo; lo que supone conocer la capacidad de los sujetos posibles para plasmar prácticas.[66]

Por consiguiente, la estructura de la descripción de las dinámicas constituyentes exige abordar, interrelacionadamente, aspectos como los siguientes: *a*) las necesidades históricas a que responden los hechos acontecidos; *b*) cuáles son las dinámicas del producto cristalizado para así reconocer sus posibles espacios de despliegue, más allá de los límites de lo estructurado en un tiempo y espacio; y *c*) la posibilidad y sentido de abordar los puntos de activación que se pueden reconocer en el producto.

Más allá de estos desafíos, no se puede desconocer la importancia que tiene para definir la unidad de análisis. En efecto, ésta debe dar cuenta de la articulación dinámica entre niveles particulares de la realidad (*v.gr.* el económico, el político, el institucional, el cultural, el psicológico), así como de su apertura a sus secuencias.[67]

Acerca de la unidad de análisis

Nos limitaremos a un bosquejo de los problemas que se presentan en la unidad de análisis, en el marco del análisis de coyuntura.

La unidad de análisis debe dar cuenta de lo constituido-dado, pero no como contenido de determinaciones sino como espacio de posibilidades; por lo anterior la importancia que tiene la presencia de los sujetos desde su subjetividad constituyente, de modo de abordar la distribución y concentración de las densidades sociales, aproximándonos a distintos grados de estabilidad en el tiempo. Es lo que vincula el análisis de coyuntura con la constitución de sujetos que cumplen la función de ángulo epistémico-metodológico.

66. Prácticas que conforman los ámbitos de niveles y de relaciones particulares entre niveles.

67. Cabe discutir si los planos de realidad se agotan en lo que hoy día conforman los diferentes campos disciplinarios; o, por el contrario, si es el caso la necesidad de una reconceptualización de la realidad de modo de enriquecerla con los niveles que la constituyen.

Se pueden desprender algunas características de la unidad de análisis: *a*) la concomitancia de niveles según el recorte del momento, aunque abierto a su secuencia para que el recorte tome en cuenta la articulabilidad de lo dado; *b*) la unidad de análisis, al constituir una articulación abierta a su secuencia, plantea atender a las exigencias de especificidad de su concreción según los contextos; *c*) requiere considerar que la articulación se plantea tanto dentro de cada nivel como entre niveles; lo que significa referencia a los productos y a sus dinámicas por cada nivel de la articulación del momento.

Este planteamiento refiere al desafío de denotar lo incluyente, tanto en el mismo momento (articulación entre niveles) como en su dimensión longitudinal (articulación de secuencias). Postura que está en contradicción con cualquier esfuerzo de fosilización de la razón, especialmente de la razón histórica, como lo advirtiera Appel. Por cuanto se pretende darle una función epistémico-metodológica a la negatividad, o a lo excluido, sin la cual no puede haber más posibilidad que hacer constataciones empíricas organizadas en función de parámetros predeterminados (entre éstos, los del orden y poder); por eso, la unidad de análisis constituye una relación entre *factum* y *antifactum*, para no quedarse prisionero de lo empírico, aunque tampoco evadirlo con un simple discurso teórico-formal.[68]

Se trata de tener claro que estamos situados ante las exigencias de una lógica de la potenciación-construcción con una presencia determinante del sujeto, *a contrario sensu* de una lógica centrada en la explicación-determinación con ausencia del sujeto. Problemática de la cual se deriva como necesaria una tipología diferente de indicadores, que podemos sintetizar en los siguientes términos:

En la situación (A), la lógica de la explicación-determinación, los indicadores son: de apropiación, de explicación y de determinación, y se ordenan en una lógica lineal de factores. En cambio, según (B), la lógica potenciación-construcción, los indicadores son: de sentido (no de apropiación), de potenciación (no

---

68. En relación con la unidad de análisis y sus implicaciones, cabría hacer una revisión de autores que han procurado traspasar los límites del individuo como unidad de análisis en la construcción del conocimiento social. Cfr. las contribuciones de autores como C. Lévi-Strauss y N. Luhmann, entre otros.

de explicación), de autonomía-construcción (no de determinación), y por último responden a las exigencias de los nudos de activación (no a la de factores).

En la situación (B) está presente la relación entre necesidad (potencialmente contenida) y la transformación de ésta en contenidos, que no se puede restringir a una apropiación, ya que a lo que se enfrenta es a la viabilidad de un sentido determinable; por eso lo denotado alude a una intersección entre planos que cumple la función de delimitar espacios de construcción por el sujeto: son los puntos de articulación entre relaciones dentro de la articulación que, como lo hemos afirmado, constituyen los espacios de intervención de las prácticas. En este sentido, cualquier canon metodológico debe permitir reconocer estas intersecciones para abordar la articulación en un momento.

Pero dentro de la articulación se pueden reconocer continuidades o discontinuidades de procesos, tanto en cada nivel de la articulación, como en el conjunto de los planos de la articulación. Es por lo anterior que «lo real» se encuentra en este entrecruzamiento de niveles y de tiempos en los que se pueden reconocer o no puntos de ruptura; lo que es importante ya que la historia de la sociedad se puede reducir (como ha sostenido Balibar) a una sucesión discontinua de modos de producción. Pero también cabe la argumentación de que la estructura, en tanto se subordina a su secuencia, plantea la cuestión de la continuidad y discontinuidad en diferentes planos de abstracción: *v.gr.* de los modos de producción a los sujetos sociales, o de los sujetos sociales a los modos de resolver sus necesidades, o bien de las necesidades a las modalidades de organización.[69]

69. Como ilustración de la importancia que tiene desconocer el contexto, señalemos lo que ha ocurrido en Pakistán cuando el gobierno, en su política de enfrentamiento con los talibanes, procedió a «armar milicias contra los talibanes (a manera de los consejos de salvación iraquíes) en una región donde las *vendettas* se arrastran durante generaciones», donde «para arreglar cuentas con alguien, basta con acusarlo de simpatizar con los talibanes». Otro ejemplo se puede encontrar cuando no se comprenden las motivaciones de las personas, en particular los jóvenes, para adscribirse a posiciones. Es así como «confrontados con el desempleo, los jóvenes se identifican nuevamente con los talibanes, porque allá podrían obtener armas y un entrenamiento militar; porque los medios de comunicación privados... incitaban a su compromiso político, y también porque la guerra llevada a cabo por los talibanes era percibida como una lucha contra (las)

Es importante no perder de vista que lo que se está abordando son los ritmos de constitución internos de la articulación, con sus correspondientes asimetrías, lo que da lugar a los puntos de flexión de su potencialidad. Y así, desde la simetría o asimetría, reconocer tanto el paso del corto al largo plazo en cada nivel, como la influencia sobre las dinámicas de la articulación.

En términos más analíticos, se pretende abordar la relación entre los ritmos temporales internos, en cada nivel, de la articulación en un mismo momento. Es lo que pretendemos designar con el **concepto de modo de concreción**, ya que «la larga duración, coyuntura y acontecimiento se ajustan sin dificultad puesto que todos ellos se miden en una misma escala» (Braudel); aunque habría que decir que esta escala está determinada por la naturaleza de los proyectos que orientan las prácticas de los sujetos.

La experiencia del gobierno de la Unidad Popular, que presidiera Salvador Allende (1970-1973), afrontaba una nueva construcción económico-social y política que, a la vez, recogía la herencia de muchas luchas y rebeldías anteriores; pero, de otra parte, requería de una nueva fuerza para profundizar en las circunstancias de una alianza que se renovaba con una más clara presencia de los sectores populares. Se trataba de cambios de toda la sociedad que estaba exigiendo un nuevo actor político, todavía no existente.

El gobierno de la Unidad Popular, y de manera particular el liderazgo de Allende, representaba la primera etapa en la construcción de este nuevo actor, lo que suponía una clara conciencia histórica acerca de su viabilidad; esto es, de sus posibilidades y limitaciones, pues se afrontaba una construcción inédita con obstáculos no visibles y en un contexto internacional adverso por la agudización de la guerra fría, por la creciente gravitación, tanto política como ideológica, de la revolución cubana y la emergencia de los movimientos de liberación nacional en el Tercer Mundo; pero sobre todo, por las nuevas políticas de convocatorias dirigidas a los sectores populares para retenerlos en los mar-

---

élites... (y esto) en un país donde las personas comunes tienen pocas oportunidades de franquear las barreras sociales, y donde el gobierno, el sistema político y las élites parecen unidos contra ellas» (Muhammad Idress Ahmad, «Pakistán fabrica sus propios enemigos», *Le Monde Diplomatique*, México, n.º 16, diciembre de 2009).

cos de la vieja alianza mesocrática que dominara el escenario desde la crisis de los regímenes oligárquicos en los años veinte. Y que no eran ajenas sino, por el contrario, activadoras de la oposición entre discursos que pretendían la defensa de los sectores populares como parte de una estrategia anticomunista, lo que dificultaba mantener esa alianza desde dinámicas cohesionantes, más allá de las discrepancias ideológicas.

La conformación de la Unidad Popular representó un intento de resolver este *impasse*, que requería de una clara conciencia para superar los obstáculos existentes, creados por los grupos más vinculados al discurso imperial, orientados, como siempre, a la descomposición de cualquier campo de fuerza con pretensión de cambios.

Todo lo cual colocaba en el centro del debate el desafío de construcción de este nuevo actor político, lo que suponía reconocer distintos ritmos entre los diferentes conglomerados que podrían formar parte de él, de manera de no anticipar prioridades que no resultaran de un reconocimiento de la dinámica que caracterizara a dichos conglomerados. Si se tratara de encontrar una ilustración histórica, que permita aclarar lo dicho, podríamos mencionar la experiencia de la Unidad Popular en Chile, el papel de los partidos y el lugar de Allende como su máximo dirigente.

La tarea era construir un actor político capaz de asumir los retos propios de un proceso de cambio que frenara la tendencia mesocrática dominante, a la vez que no cuestionara la legitimidad de la institucionalidad, sino, más bien, que contribuyera a ampliarla para abrir el espacio a nuevas políticas. Ello suponía una gran claridad sobre las opciones históricas, de manera de supeditar el ritmo del proceso de cambios a la tarea de organizar y consolidar una voluntad colectiva, política y social, capaz no solamente de iniciarlo sino de reproducirlo y consolidarlo.

Se requería de una dirección política fuerte y cohesionada para aprovechar los espacios institucionales e inaugurar un nuevo juego político entre los aparatos del Estado y los mecanismos de la sociedad civil, tales como los diferentes mecanismos de consulta, organización, movilización y participación ciudadanas, necesarios para impulsar una presencia efectiva en la dirección del proceso de los sectores que habían permanecido en una situación de subalternidad.

El proceso de cambio que se iniciaba con la Unidad Popular planteaba la necesidad de adecuar estructuras partidistas, que arrastraban consigo su propia historia, a las necesidades emergentes del movimiento, pues de lo contrario inevitablemente se transformaba la base social en terreno para disputas de clientelas electorales, con lo que se reforzaba el carácter de grupo de presión de los diferentes partidos, un primer obstáculo para la conformación del nuevo actor político que el momento histórico planteaba como imperativo construir. En este sentido, es preciso considerar que el espacio constituido por la Unidad Popular se encontraba recién en su primera etapa de maduración, en que se manifestaba como central, prescindiendo de las declaraciones puramente verbales, las pugnas interpartidistas ceñidas a ejes ideológicos y programáticos muchas veces contrarios.

En esta etapa era inevitable superar las rutinas e identidades partidistas que obligaban a una comprensión clara de cuáles tenían que ser los ritmos adecuados en los procesos de transformación. Etapa que daría lugar a nuevos momentos que, al traducirse en una mayor cohesión en las decisiones políticas, podrían permitir acelerar gradualmente el ritmo del proceso.

En lo que podía verse plasmada esta dinámica era en una mayor concertación entre las fuerzas políticas componentes de la Unidad Popular; pero también en una ampliación creciente de su base social, que podría consistir en una incorporación más decidida de sectores medios que habían sido manipulados por la derecha política y económica conjugada con el discurso imperial.

Pero ello no tuvo lugar, ya que, a pesar de la naturaleza estratégica de la Unidad Popular, ésta quedó sometida a múltiples juegos a corto plazo que se traducían en querellas entre los propios integrantes de la coalición. La visión histórica se redujo a un simple profetismo ideológico, a actos de puro voluntarismo sin cuerpo ni capacidad de auto-sostenimiento. En contraposición a lo anterior está lo dramático de la situación, con la tendencia cada vez más clara de numerosos sectores sociales a reconocer en la Unidad Popular una alternativa con la que identificarse. Prueba de ello fueron los crecientes éxitos electorales con que se beneficiaba la alianza a medida que transcurría el tiempo del gobierno.

La conformación de una base social comprometida con el proceso de cambio exigía de una voluntad de conducción capaz,

no solamente de resolver los equilibrios de un campo de fuerzas heterogéneas, sino además de superar la condición de simple masa electoral de su apoyo social. Es preciso resaltar estos hechos para calibrar el divorcio entre los horizontes de realización que se abrían y la estrechez y pequeñez del aparato de dirección que no estaba a la altura del momento histórico. Allende sí tuvo la lucidez del desafío pero no pudo romper con la circunstancia de continuar supeditado a las lógicas partidistas.

La situación anterior se tradujo en la falta de, o muchas veces en la falsa, interpretación de la realidad económico-social y cultural de Chile. El esquematismo ideológico, la abundancia de retórica y la calificación-descalificación, como argumentación sin correspondencia con una apreciación histórica concreta para vislumbrar la complejidad de los desafíos, terminó por reducir la magnificencia potencial del proceso, los deseos y el compromiso por impulsarlo de tantos hombres y mujeres, a un conjunto de propuestas, una suerte de atiborramiento de ideas y propósitos, sin establecer claramente prioridades según el criterio elemental de la correlación de fuerzas. En su lugar, se conformaba una apertura del abanico de cambios pero sin conciencia del desajuste entre la envergadura de éstos y la carencia de la fuerza capaz de impulsarlos: esto es, se producía una distorsión del proceso al reducirse a pruritos ideológicos, cuando no puramente axiológicos, donde lo más importante no era el avance del proceso sino la supremacía de algún actor político particular. Lo que no contribuía a la gestación y al afianzamiento del nuevo actor político requerido.

El sectarismo entre los partidos de la Unidad Popular en razón de no poder superar su lógica clientelista; la desmesura ideológica que se confundía con la creencia de tener claridad política; la imposición de medidas por carecer de una concepción programática estratégica que estuviera al servicio de la constitución de una nueva fuerza social; la desarticulación del aparato del Estado al quedar supeditado a las luchas entre partidos o, incluso, entre tendencias dentro de éstos, o bien de grupos que buscaban su identidad en simples proyecciones ideológicas; en una palabra, la carencia de una visión histórica compartida, que recién estaba en proceso de madurar, frenaron la capacidad de transformar en política viable las visiones ideológicas y valóricas de transformación.

La Unidad Popular representaba el proyecto de un actor de cambio para abordar las dinámicas que venían caracterizando al país desde hacía tiempo, cuyos ejes de apoyo se encontraban en la inestable aunque siempre renovada alianza entre sectores medios y populares, aunque variara la composición de ésta en los diferentes momentos históricos; poderoso campo de fuerza que era la base de alianzas, por lo general coyunturales, pero que había sido el actor central del desarrollo económico hacia adentro, así como de la construcción de la democracia, por lo menos desde los años veinte en adelante.

La polarización desatada como parte de la guerra fría llegó a crear las condiciones para una redefinición de este campo de fuerza, en el sentido de una presencia más gravitante de sectores populares, especialmente del movimiento obrero organizado y politizado. El primer atisbo de este cambio lo representó la Unidad Popular, de ahí la significación histórica de su creación, pues abría un nuevo periodo histórico de las luchas populares, el cual se caracterizaba por un juego de presiones y demandas cada vez más cercano a los límites de tolerancia del sistema de dominación. Hasta en la Unidad Popular las luchas políticas se habían mantenido en los límites del orden, si dejamos de lado los discursos académicos y los manifiestos puramente voluntaristas, esto es, las demandas y reivindicaciones de los sectores populares formaban parte del juego por mantener la hegemonía dentro de un orden económico y social, que beneficiaba a una burguesía agraria e industrial, o comercial, que se escudaba detrás de un poder al que se había incorporado, desde los años cuarenta, a vastos sectores medios (pequeña y mediana empresa, profesionales, burocracia pública).

Pero con la Unidad Popular la naturaleza y los alcances de las demandas y reivindicaciones populares comenzaron a romper los límites de la hegemonía llegando a cuestionarse el propio orden de dominación. Por ello, los intentos por renovar la relación entre sectores medios y populares encontraban el obstáculo de no alcanzar credibilidad, en cuanto a mantenerse en los límites del orden. El mismo proceso de acumulación de fuerzas de esta tendencia, que hemos caracterizado como mesocrática, había llegado a mostrar los límites del sistema de dominación y la cada vez más evidente demostración de su incapacidad de respuesta. Hecho fundamental, ya que fue en este plano ideológico

donde se hizo manifiesta esta incapacidad, aunque la Unidad Popular no tuviera, por lo menos inicialmente, la fuerza objetiva para cuestionarla; pero lo que sí resultaba claro era que se podía fácilmente transformar en actor con esa fuerza en la medida en que, por encima de sus contradicciones internas e ineficiencias, estaba ampliando su base de apoyo social. Por lo mismo, era urgente detenerla para lo cual fue necesario que recurrieran a la consabida participación de los sectores medios, pero, ahora, en el marco de una estrategia orientada a la polarización con los sectores populares.

Había que derrotar su fuerza interna, la convicción y el deseo de cambio, el compromiso generoso con convicciones utópicas de futuro, con la vocación de cada quién de entregarse a empresas colectivas, con el amor por la justicia y la solidaridad; aplastar y desvalorizar el rescate del ser humano, pues había que apagar cualquier chispa de rebeldía, enterrar cualquier protagonismo de las transformaciones, derrumbar los imaginarios que fortalecieran los anhelos de emancipación.

Se requería una derrota no sólo política sino también ideológica y cultural, en suma, psicológica, de manera de dejar abierto solamente el camino de la eficacia de la ganancia, el patrón empresarial como paradigma de excelencia humana, la legitimación de la acumulación de la riqueza en pocas manos como sinónimo de progreso económico y social; exaltar el individualismo como idéntico a liberación y soberanía de la persona. Para lo cual no había otra opción que la violencia castradora que se mantuviera sin contemplaciones durante un largo periodo, el necesario para rediseñar la psicología colectiva, las pautas de comportamiento y las expectativas de futuro.

La interrupción de la experiencia de la Unidad Popular debía cumplirse de manera cruenta pero también profunda; por eso, el golpe militar constituyó una revolución cultural, en un comienzo no visible, pero que se fue mostrando con claridad en el transcurso de los años.

Con lo que se plantea una unidad de análisis que permita «reencontrar el juego múltiple de la vida y todos sus movimientos, todas sus direcciones, todas sus rupturas, todas sus variaciones» (Braudel).

En esta dirección, no se pueden desconocer los parámetros para dar cuenta de ese juego múltiple que se puede perder a base

de privilegiar un orden *a priori* de determinaciones. Es lo que ocurre cuando se pierde una visión de conjunto, desde la cual ponderar estas determinaciones, para construir en su lugar una concepción a partir de una jerarquía preestablecida de factores de determinación. Supone no tener un concepto claro del momento que responda a un largo plazo, para poder pensar desde el cruce entre diferentes ritmos temporales: esto es, desde la tensión que refleja lo real a la vez como dado y como posibilidad.

En este marco, tiene significado rescatar el modelo de Marx de la larga duración, en «las cambiantes aguas del tiempo» (como propuso Braudel); requiere la incorporación de otras estructuras «susceptibles de ser definidas por otras reglas y otros modelos»: articular ritmos diferentes en un mismo momento para poder pensar en términos de lo que puede incluirse, no solamente desde las determinaciones, sino desde sus posibilidades. Momento que contiene su devenir en la medida en que el corto plazo es también la posibilidad de un largo plazo, lo que dependerá de cómo se resuelva la cuestión de lo potencial. En este sentido, la función del razonamiento es pensar el orden desde su misma interioridad. Esto es, pensar lo que conforma sus dinámicas constituyentes en dos direcciones: en lo que emerge como producto histórico, en un momento; y desde lo emergente que resulta recognoscible asumiendo opciones de potenciación. Porque es en el momento donde tiene importancia la naturaleza de los referentes desde los que se organiza el acto de pensar para no quedarse en lo dado.

Se plantea como central la naturaleza que tiene lo denotado. La denotación debe dar cuenta no solamente del «estado dado» de la articulación (que se confunde con el orden de las cosas), sino de su movimiento interno de conformación.[70] Se busca darle predominio a la relación entre «realidades emparentadas que se crean y viven en un mismo sistema» (lo que dependerá de la capacidad de articulación de las praxis), lo que se tiene que resolver considerando la dinámica de cada nivel de la articulación, pero sin perder la perspectiva de la articulación en su movimiento entre distintos momentos.

---

70. Respecto a lo que decimos se puede mencionar la incorporación de aquello que pueden «representar las fuerzas múltiples materiales e inmateriales, que en cada instante han frenado los grandes impulsos de la evolución» (Braudel).

Si a los sujetos (sociales) los pensamos como activadores de las circunstancias socio-históricas, entonces lo articulable hay que buscarlo dentro de la articulación para precisar «cómo desde lo coyuntural, lo realizado y no realizado, se puede proyectar al periodo o historia estructural». El desafío reside en que la relación entre «historia estructural e historia coyuntural» no se piense en términos causales sino de potenciación. Pero ello exige no separar aquello que se denota, con todas sus implicaciones de la escala temporal del sujeto que denota, según determinadas referencias colectivas: en otras palabras, ¿desde qué colectivo piensa el investigador?

Esta forma de pensar desde la relación entre estructura y coyuntura expresa la relación entre lo incluyente y lo incluido. O, como plantea Balibar, «incluir o insertar los fenómenos de corta duración en los de larga duración»; lo que obliga a pensar lo estructural reflejando su propio desenvolvimiento trans-coyuntural dentro de sus límites. En términos gramscianos, representa el movimiento molecular de las estructuras, o, como lo hemos señalado más arriba, pensar la estructura en secuencia. A este respecto, cabe rescatar la observación de Braudel cuando afirma que «a una crisis estructural social, se le deben señalar puntos de referencia en el tiempo, a través del tiempo, y se la debe localizar con exactitud en sí misma y, más aún con relación a los movimientos de las estructuras concomitantes (entrecruzamiento de movimientos)».

La argumentación se sitúa en la línea que plantea el «corte en periodos (que) reemplaza la continuidad histórica por una discontinuidad, una sucesión de estados de la estructura momentáneamente invariante» (como ha señalado Balibar); pues, más que pensar en una continuidad, se trata de pensar en secuencia de modos de concreción que permitan leer las estructuras desde su movimiento interno. La consecuencia de lo dicho es que se cuestiona el orden cronológico con etapas anteriores o posteriores, porque lo central no es la idea de ciclo sino el modo de concreción del fenómeno, de modo que el tiempo cumple la función de «delimitación de lo específico».

Lo dicho expresa un modo de abordar la complejidad, según cómo se resuelva la dimensión en la propia unidad del análisis. Se pueden distinguir las siguientes alternativas: que se resuelva dentro de cada nivel de la articulación; o resolverse en el marco

del conjunto de los niveles. En ambas situaciones: la capacidad de intersección, o bien su reemplazo fijando un orden jerárquico de determinaciones.

En consecuencia, la periodización puede resolverse ya sea en términos de niveles aislados, o tomando el ámbito de la articulación en su conjunto. Es lo que Kula pone de relieve del análisis de Lenin cuando, al referirse a los sistemas de transición, habla de los elementos que «en la realidad se entrelazan de las maneras más diferentes y extrañas», el «caos abigarrado de las formas de transición» del que habló Marx en sus análisis históricos. Es un modo de referirse a lo constituyente para poder cuestionar las estructuras como invariantes.

Pensamos en la relación entre lo articulante (como lo invariante) y lo articulable (como lo que da especificidad a lo invariante), a partir de la exigencia de que «el tiempo se constituye a partir de la concepción de la totalidad asociada»;[71] pero una articulación donde el movimiento no deviene en un despliegue temporal lineal sino en una multiplicidad de tiempos posibles.

Kula habla de una «multiplicidad de periodizaciones», que reflejan el despliegue posible de la cosa. Y que se corresponde con una potencialidad que reconoce muchas líneas contradictorias o concomitantes, según el contexto. Althusser sostiene que la coexistencia, la articulación de los miembros del sistema social, el soporte mutuo de sus relaciones, no puede pensarse en la «lógica del movimiento, de la sucesión del tiempo. Si la lógica sólo es... la abstracción del movimiento y del tiempo... hacía falta primero... la forma de la coexistencia de sus miembros y relaciones constitutivas». A lo que se puede agregar la observación de Kula de que «los sectores de problemas económicos actúan específicamente (lo que supone, decíamos, articulación) y no siempre se conjugan en orden cronológico con los demás movimientos de transición»; de ahí la multiplicidad de las periodizaciones.

La coexistencia de lo diferente sugiere que las relaciones asimétricas entre los componentes de lo dado —situación actual— obligan a abordar su articulación para comprender «las

71. Louis Althusser, «Los efectos de la economía clásica», en *Para leer «El capital»*, México, Siglo XXI.

variaciones del tiempo». Y desde ésta «reconstruir con tiempos diferentes y orden de hechos diferentes la unidad de la vida» (Braudel). Ello supone que lo dado se caracteriza por la presencia de tiempos diversos, en la medida en que refiere tanto al tiempo del nivel-momento como al tiempo del nivel-secuencia del momento.

Esta simetría refleja los modos de concreción interna a cada nivel de la articulación, pero también los modos de concreción del conjunto de niveles de la articulación. En consecuencia, se tiene que considerar la «estructura compleja del todo» como premisa desde donde «pensar el concepto de retrasos, adelantos, supervivencias, desigualdad, desarrollo, que coexisten en la estructura del presente histórico real. El presente de la coyuntura» (Althusser). Premisa que no se agota en los límites de lo verdadero, por cuanto plantea leer simultáneamente esta «complejidad» como espacio de intervención y como resultado de las prácticas de los sujetos: ya sea en cada nivel por separado, en caso de predominar una visión fragmentaria, o bien desde lo que articula entre sí los diferentes niveles. Volvemos otra vez a Braudel cuando afirma que «cada actualidad resume movimientos de origen y de ritmos diferentes».

Estas consideraciones asumen su plena significación cuando se procura precisar la naturaleza de la unidad de análisis desde un razonamiento ceñido a la lógica de lo articulante-articulable, sin limitarse a un orden jerárquico de factores que es propio de una lógica de determinaciones.

Análisis de coyuntura y su lenguaje

El análisis de coyuntura busca recuperar la capacidad de acción del sujeto. En términos más generales se traduce en fortalecer las facultades que tienen todos los hombres para construir sus circunstancias, cualesquiera que sean sus inspiraciones valóricas o ideológicas. Una de las claves para resolver la cuestión es tener claro que el sujeto está siempre en situación: esto es, pensar desde los espacios de posibilidades y organizar la relación con el otro, o con los otros, pero asumiendo la conciencia de que ese otro es un sujeto que también está en situación de múltiples relaciones.

Pensar y hablar como sujeto en situación es hacerlo desde la conciencia de que nuestras palabras están cargadas de contenidos con todo un mundo asociado de experiencias, valores y visiones que no se pueden agotar en lo puramente denotativo del lenguaje. Volvemos al planteamiento de recuperar el pensamiento y el empleo del lenguaje desde la articulación entre historia y existencia, de manera que la riqueza del pensamiento quede determinada por la amplitud que tengan las relaciones de la situación en la que se ubica el sujeto, según éste se relacione con la situación a través de una u otra facultad constitutiva de su subjetividad; las cuales cumplen la función de censores del acto de pensar en la medida en que estemos de acuerdo en que el sujeto se despliega desde sus espacios de posibilidades asumiendo un modo de relación en distintos planos: el intelectual-analítico, el afectivo-emocional, o el volitivo. Pero, además, en el uso del lenguaje, no se observa solamente el despliegue del sujeto sino también se refleja en él a los otros sujetos con los que interactúa, así como la externalidad o cosa que desafía la capacidad de denotación. Y que es lo que da al lenguaje su fuerza, la energía de la que hablaba Humboldt, para hacerse del mundo.

En consecuencia, se plantean aspectos del sujeto que deben atenderse, que han sido descuidados como resultado de una larga tradición de empobrecimiento en el uso del lenguaje, tales como:

En primer lugar, comprender la complejidad de la relación de conocimiento del sujeto, a partir de aprender a mirar y saber expresar la mirada sin reduccionismos a lógicas explicativas y de determinación. En segundo lugar, fortalecer la capacidad de ubicarse en las circunstancias, de manera de alertarse frente a los riesgos de naturalizarlas, especialmente a partir de considerar el doble movimiento de éstas: por una parte, ser determinantes del sujeto, pero por otra, ser construcciones de éste. En este sentido, la ubicación consiste en reconocer el límite definido por la tensión que resulta de la doble condición de las circunstancias que conforman el espacio de posibilidades del sujeto: lo que significa saberse como sujeto en proceso de situarse en esa acepción en tanto ángulo que permite vislumbrar la necesidad de realidad. De lo anterior se desprende, en tercer lugar, la necesidad de estar abierto a todo lo posible cuando se den las limitaciones que surgen de inercias, estereotipos, prejui-

cios o valores imaginarios sin potencialidad que caracterizan al sujeto.

Todo lo anterior se corresponde con la necesidad de ser consciente de esta apertura y profundizar en ella, pues está refiriéndonos a un sentido de vida que, a su vez, plantea su transformación en opciones de vida, las cuales pueden traducirse en prácticas que expresan un enriquecimiento del campo de la experiencia como posibilidad de nuevos horizontes de vida. Y todo ello como sustrato para recuperar la capacidad de pensar desde la condición de sujeto concreto en movimiento en todos sus espacios.

La exigencia que se encuentra en el trasfondo de esta problemática es lo que llamamos pensar ético-político, que se corresponde con una lógica de razonamiento orientada a definir los espacios de actuación y de re-actuación, desde las posibilidades de reconocer opciones de estar-siendo en el proceso histórico. Y que supone un saber dar cuenta de la situación en la que se juega la recuperación de la condición de ser sujeto, a partir de potenciar la capacidad de prácticas concretas.

La lógica de razonamiento en que pensamos se despliega en diferentes niveles de amplitud, de manera de vincular modos de comprensión con modos de actuación. **Lo que está en juego es la capacidad de creación que expresa al sujeto en el plano de las afectaciones que se despliegan en el ámbito de su experiencia, con la capacidad de dar cuenta de qué** y **cómo se afronta la organización de pensamiento.** Ya que siendo verdad que la historia se construye, como vida posible, puede el contenido construirse o transformarse en obstáculo para la persecución de la construcción en el transcurrir del tiempo; de ahí, la importancia de asumir la historicidad, la propia subjetividad, porque ser sujeto histórico significa ser capaz de estar siendo en el proceso: en otras palabras, comprender la realidad como necesidad de espacio con sentido para potenciar el propio despliegue del sujeto desde situaciones de relación con otros sujetos. Es la recuperación del movimiento en el propio sujeto.

Para vislumbrar posibilidades de realidades que contengan las condiciones para su propio despliegue. Esto es, realidades con sentido histórico-existencial; es la función fundamental del análisis de coyuntura.

Adenda III. Alcances político-educativos de la problemática del pensar histórico

1) Se busca que la naturaleza epistémica del pensar histórico pueda generar una ampliación de los espacios de conciencia en relación con la externalidad, a partir de activar los dinamismos psico-cognitivos.

2) Esta activación supone un lenguaje de la conciencia que no se puede restringir a las funciones puramente intelectivas, en la medida en que refiere a la dialéctica entre cierre y apertura del orden en que el sujeto se desenvuelve.

3) Hay que tomar en consideración que la dinámica del pensar histórico está permeada por la virtualidad epistémica de los patrones culturales (*v.gr.* considerar la potencialidad dialéctica inmanente de la cultura china en contraste con el fuerte sesgo mecanicista y teológico de la cultura occidental). En este sentido, es fundamental destacar las categorías epistémicas que tengan mayor congruencia con los patrones culturales.

4) En efecto, la ampliación de la conciencia plantea cuestiones que no se pueden resolver con prescindencia de los patrones culturales. Nos referimos al rompimiento de parámetros con base en una exigencia de objetividad; y, en segundo lugar, a la capacidad de intervención para potenciar las circunstancias externas con base en una relación entre nudos de articulación. A este respecto, son distintos los patrones culturales orgánicos de los patrones culturales mecánicos; o bien, que se privilegie culturalmente una construcción de totalidad en vez de una relación de causa-efecto.

5) La discusión tiene consecuencias en la relación del sujeto con el contexto, ya que configura un *continuum* de pasivo a activo que se corresponde a un sujeto replegado a su subjetividad, o bien a un sujeto abierto y constructor.

6) El propósito del pensar histórico (o categorial) se concretiza en una ampliación de la capacidad del sujeto para re-actuar cuando el acto de pensar se organiza tanto desde lo procesual como desde el rompimiento de parámetros: consiste en privilegiar el reconocimiento de los modos de concreción de lo real por encima de la importancia de los objetos propios de las explicaciones.

7) Se coloca en el centro de la discusión lo potenciable, cimentado en la relación entre procesos psico-biológicos y proce-

sos sociales; pero cuidando que lo psicológico no se reduzca al espacio de la individualidad que prescinda de las condiciones sociales externas. Ello porque lo potenciable dependerá del desarrollo de la capacidad para reconocer nudos de construcciones posibles, así como del desenvolvimiento de la voluntad para construir opciones.

A manera de ejercicio

1. ¿Qué puede decir acerca de la problemática de la unidad de análisis?

2. ¿En qué consiste el análisis de coyuntura y cómo se vincula con la categoría de lo potencial?

3. En el marco del análisis de coyuntura, ¿cómo se concibe la descripción?, ¿cómo se relaciona la idea de factor con la de nivel y la relación entre niveles?

4. Considerando que el análisis de coyuntura forma parte de una secuencia histórica, ¿cómo se resuelve el problema del recorte metodológico?

5. En esta perspectiva que considera la relación entre momento y secuencia, ¿cómo definiría usted la problemática de los indicadores?, ¿cuáles serían los criterios más relevantes para construirlos?

ANEXO I

ENFOQUE DE TENDENCIAS Y COYUNTURAS EN EL ANÁLISIS CONCRETO[1]

En torno a lo histórico del presente

Discutir sobre la racionalidad científica del análisis histórico, como sobre cualquier análisis, supone esclarecer la naturaleza que asume la reconstrucción que logra de la realidad. Por ello es necesario iniciar la reflexión con el perfil de realidad que se pretende obtener con el análisis y sus implicaciones epistemológicas; para, de este modo, llegar a determinar los rasgos particulares que reviste la racionalidad científica en el análisis histórico.

Las consideraciones que siguen, aunque toman como base algunos trabajos de Pierre Vilar, no constituyen un comentario a éstos sino que configuran algunas ideas que pueden aparecer desvinculadas del quehacer investigador concreto, pero que pensamos que están referidas a aquel trasfondo epistemológico que rara vez es objeto de reflexión por el propio investigador. Desde luego que estas reflexiones son todavía exploraciones en torno exclusivamente a algunos temas.

El perfil de la realidad: las situaciones de objetivación

Desde la introducción del análisis cuantitativo se puede observar que, si se toma el caso de Simiand, el análisis se cierra «en sus regularidades numéricas, excluyendo el acontecimiento en

1. Trabajo originalmente publicado, en una primera versión, en *Historiae Variae*, vol. I, Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, 1983.

vez de integrarlo en la historia» (cfr. Pierre Vilar, «Marxismo e historia»). De esta manera se produce un acercamiento, a través de la estadística y la probabilidad, entre el concepto de ley física y el de ley sociológica, pues en ambos casos la aproximación a la realidad reviste un carácter asintótico. Así es como los estudios econométricos a largo plazo se orientan a reconstruir una «tendencia», lo cual ha supuesto subordinar el estudio de las dinámicas estructuradoras de los diferentes procesos dando lugar, desde finales de siglo y comienzos del XX, a una «economía abstracta» y una «sociología conceptual». El estudio de tendencias o fluctuaciones de ciclos no supone el análisis de las dinámicas aunque sí una nueva concepción de la práctica de la historia. Se privilegia lo global por encima de los mecanismos estructuradores que se muestran claramente en el plano del acontecimiento. Sin embargo, se plantea la necesidad de una «inteligencia de los vínculos entre materia social y tiempo» que al incorporar la dimensión temporal lleva a plantearse el tipo de relación entre acontecimiento y procesos tendenciales. Pero el estudio de las tendencias no como simples «regularidades numéricas», sino como dinamismos estructuradores que exigen estudiarse en ciertos recortes de tiempo y espacio aunque sin perder la perspectiva más amplia de su secuencia como tendencia. Lo cual obliga a reflexionar sobre dinamismos y procesos.

La dinámica se refiere a los mecanismos de transformación y/o reproducción de una estructura, en tanto que el proceso se refiere a la escala temporal en que se estructuran los efectos de los dinamismos, o sea, la situación de objetivación en que pueden observarse los efectos de los dinamismos. Hay una escala de tiempo en la que los fenómenos despliegan su objetividad; por ejemplo, un sistema de dominación no se agota en un solo régimen político sino en el abanico de alternativas políticas en que puede expresarse.

Si tratamos de plantearnos un problema considerando esta situación de objetividad o exigencia de despliegue de un fenómeno, se presentan las siguientes opciones:

a) tratar de reconstruir el fenómeno desde el punto de vista de sus dinamismos estructuradores a fin de que no quede sesgado por las coyunturas; o bien transformar éstas en momentos de un proceso que las incluye. Así el proceso de acumulación de

fuerzas de un grupo social no se agota en el análisis de las diferentes coyunturas o momentos en que se manifieste (*v.gr.* coyunturas tales como toma de tierras, constitución de cooperativas de producción, creación de instancias de decisión, etc.); así como el estudio de éstas implica conclusiones diferentes según se haga o no en la perspectiva del proceso de acumulación de fuerzas que se pretende reconstruir. O bien, si se trata de analizar la dominación burguesa, éste puede hacerse en el régimen político concreto, lo que es diferente a estudiar el régimen como la dominación burguesa; y

b) en el extremo opuesto se ubica el estudio de los procesos complejos desde el ángulo de sus «ciclos coyunturales» (movimiento de precios, oscilación de la renta del suelo, aumento o disminución de los ingresos reales, etc.), donde estos ciclos, al ser susceptibles de reconstruirse como tendencias, pueden tender a ocultar la dinámica compleja (económica y política) que subyace y que refleja el fenómeno que se expresa en dichos ciclos coyunturales.

En la primera opción la «coyuntura» es un momento estructurador del proceso, donde el acontecimiento es la concreción de un proceso genérico; por ejemplo, las relaciones de trabajo en la empresa capitalista son un reflejo del proceso de trabajo propio del modo de producción capitalista. En cambio, en la segunda opción se privilegia la «tendencia» que tiende a cerrarse en su «regularidad numérica» dejando al acontecimiento sin ser «absorbido por la historia», pues se enfatiza en la reconstrucción el perfil del proceso por encima de sus dinamismos estructuradores. En consecuencia, el significado del concepto de «coyuntura» en uno y otro enfoque será distinto. En el enfoque *b*) la coyuntura será un simple recorte temporal, en tanto que en el otro expresará la presencia del proceso complejo en diferentes recortes parametrales en los que se muestre la relación entre el «estadio» alcanzado y las «potencialidades» de desarrollo del fenómeno; lo que no es posible con un recorte temporal. En este sentido cabe observar que no es lo mismo proyectar una cifra que determinar una potencialidad. Pues mientras aquélla responde a una lógica estadística basada en una construcción numérica, sin suficiente delimitación en cuanto a sus alcances y especificación del significado de las cifras, la potencialidad representa la posi-

bilidad de anticipar la dirección que tome el desarrollo de un fenómeno con base en una articulación de niveles de la realidad que se han venido produciendo históricamente, y donde cualquier medición susceptible de hacerse queda supeditada a esa articulación reconstruida.

Por lo dicho arriba, podemos decir que en la opción *b*) la coyuntura puede convertirse en el objeto de una «disciplina» capaz de vincular el acontecimiento con el ciclo, como sería, de conformidad con la expresión de Vilar, la polemología. En este caso la coyuntura, porque expresa el ciclo como un momento de su estructuración, constituye una fusión de los diferentes aspectos que forman parte de la realidad del fenómeno global. O, para decir lo mismo en palabras más generales, **la coyuntura es la realidad analizada en un recorte parametral preciso pero con todas sus potencialidades de desarrollo.** Por lo mismo que exige de la capacidad metodológica para construir articulaciones complejas en recortes parametrales de amplitud limitada pero en los que no se pierda la riqueza de la relación entre dinamismos estructuradores y las estructuras de la dinámica; sino, por el contrario, donde se le pueda estudiar con mayor detalle. Ello supone poner en conexión diferentes fenómenos, tales como «modo de producción, tipos de Estado, tipos de ejércitos, tipos de tensiones, tipos de luchas de clase» (cfr. Pierre Vilar, *Historia marxista, historia en construcción*).

Pero el análisis de la coyuntura, para evitar los sesgos propios de los recortes, requiere hacerse desde la perspectiva de las potencialidades de desenvolvimiento, nunca como el producto de un estadio anterior que es lo que ocurre cuando el análisis privilegia la tendencia por encima de los dinamismos estructuradores. Cuando predomina la «tendencia» la reconstrucción de los procesos asume la forma de una reconstrucción estadística que encubre «muchas trampas» en cuanto a los observables, pues reduce la realidad a ciertas regularidades, más o menos lineales, dejando de lado los campos de alternativas de desarrollo. Una reacción frente a esta reducción estadística ha sido la recuperación de lo cualitativo como aquello no susceptible de regularidades, cuyas expresiones clásicas han sido las orientaciones de historia monográfica, o la historia acontecimental, o bien la sociología de orientación tipológica, de manera que lo cualitativo represente la negación de cualquier generalización.

Desde nuestro punto de vista lo cualitativo es la articulación compleja construida en momentos delimitados y que se determina con anterioridad a la explicación. Esta última se define en función de la complejidad del campo de realidad que se pretende analizar; lo que obliga a considerar las dificultades que se presentan cuando se quiere que en la formulación de un problema no se pierda de vista la articulación con otros fenómenos, que es la función que cumple la articulación compleja y que no garantiza necesariamente una estructura explicativa predeterminada por medio de la formulación de hipótesis. La coyuntura cumple esta función para el análisis de procesos macro-sociales y de larga duración, en la medida en que exige delimitar un campo de observación que sin distorsionar el proceso permita representarlo con toda su complejidad en otros recortes parametrales que los usuales de analizarse de acuerdo con un enfoque historiográfico. Desde esta perspectiva **lo cualitativo es la «ubicación» de cualquier relación en el marco de la articulación compleja.**

De lo anterior puede concluirse que entre el conocer y lo real que se pretende conocer media esta articulación compleja que contiene en su interior diferentes objetos construibles. Articulación que puede construirse según los requerimientos prácticos y/o las posibilidades del estudio en función de diferentes recortes parametrales; lo que plantea la cuestión de cómo la situación de objetivación (o despliegue temporal de la objetividad del fenómeno) es afectada por este recorte. En el fondo se trata de una doble exigencia contradictoria: la propia de la situación de objetivación que es reflejo de una exigencia de objetividad en la construcción del objeto,[2] y la que está determinada por los recortes cuando éstos son nada más que una convención o la solución inevitable a una imposición práctica. Ahora bien, si aceptamos que los conceptos implican cierto recorte parametral, estando algunos referidos a periodos y otros a coyunturas (por ejemplo, dominación burguesa *versus* dominación militar, respectivamente, etc.), se plantea la conveniencia de aclarar la relación que vincula los conceptos con la realidad. Imaginemos la siguiente proposición temática: el predominio

2. Este tema se ha desarrollado en: Hugo Zemelman, *Los horizontes de la razón. Uso crítico de la teoría*, vol. I, primera parte.

de la fuerza militar en el desarrollo de la dominación burguesa en el periodo entre tal y cual fecha, en tal país o región. Si la analizamos desde el ángulo de los conceptos lleva a las siguientes puntualizaciones: 1) el concepto predominio de la fuerza militar no reconoce la misma situación de objetivación que el concepto dominación burguesa; 2) la dominación burguesa no se reduce al momento del predominio de la fuerza militar; 3) la relación entre ambos conceptos depende del recorte de tiempo y espacio, en el sentido de que la fuerza militar aparezca coyunturalmente como la fuerza rectora en la organización de la dominación; o bien, que ésta suma formas militares en ciertos momentos para poder reproducirse como dominación; 4) la relación fuerza militar - dominación burguesa debe reconstruirse en un recorte de tiempo y espacio que puede conferirle distintos contenidos: *a*) en un recorte (por ejemplo, el del periodo del modo de producción capitalista) la fuerza militar es una fuerza componente de cualquier forma de dominación burguesa; *b*) en otro recorte limitado a cierto momento o coyuntura, la fuerza militar puede ser la expresión de ciertos intereses estamentales característicos de ese momento, o de ciertas fracciones en pugna con otras que en ese momento han emergido y se han puesto de manifiesto; etc. Lo anterior quiere decir que los universos de observación de los conceptos varían en el significado de su contenido aunque no se acompañen de modificaciones en los referentes empíricos. Es por lo tanto básico tomar en cuenta la relación que media entre el concepto y la realidad ya que contribuye a especificarlo en sus alcances y significación.

La implicación de lo dicho está en que no nos limitamos a aplicar los conceptos sino que los construimos. Tarea que requiere reconocer el carácter de los universos de observación y, dentro de ellos, la especificidad de contenido del concepto, antes que simplemente desarrollar relaciones teóricas a partir de conceptos asociados con ciertos universos de observación.[3] No se trata, por lo mismo, de trabajar con conceptos que se correspondan con ciertos universos de observación aceptados como evi-

---

3. Hugo Zemelman, «Totalidad y forma de razonamiento», en Enrique Leff (comp.), *Biosociología y articulación de las ciencias*, UNAM, 1981, pp. 82-83.

dentes, sino de problematizarlos en la función que cumplen de recortes de la realidad observable. Lo que implica que simultáneamente con el proceso de apropiación de lo real se produce la transformación del concepto a medida que los campos de observación se especifican.

Volvemos al ejemplo. El concepto de Estado contiene ciertos universos de observación cuyos componentes empíricos pueden ser los mismos a lo largo del tiempo; no obstante, el recorte parametral, de acuerdo con su complejidad temporo-espacial, determina cierta configuración de relaciones entre estos componentes empíricos que hace que la observación de los mismos asuma un significado distinto. Supongamos que los componentes empíricos del concepto Estado sean gobierno central, fuerzas armadas, burocracia civil y fuerzas de seguridad, y que se trata de analizarlo en una situación coyuntural o de periodo. En la primera situación es evidente que la configuración estructural que definen estos componentes estará determinada por la naturaleza de la coyuntura: el Estado puede aparecer mostrando la estructura de que uno de estos componentes subordina a los otros; configuración que puede variarse si se analiza en otra coyuntura. Con mayor razón si consideramos un ciclo o periodo la configuración será otra en la medida en que el perfil que ofrezca el «Estado» sea el resultado de una secuencia de coyunturas que reflejen los dinamismos estructuradores del fenómeno, en vez de ceñirse a la configuración propia de una coyuntura.

Así, por ejemplo, el carácter de «excepción» o de «normalidad» del Estado no hace más que reflejar configuraciones que responden a diferentes situaciones de objetivación del fenómeno. La observación de los componentes empíricos del concepto debe explícitamente reconocer el marco determinado por la situación de objetivación que es el marco que fija los límites y alcances de cualquier teorización que se formule. En esta línea de argumentación, la crisis del Estado liberal-representativo no es en sí un objeto, como tampoco lo es su desenvolvimiento, en el sentido que expresen una realidad, ya que no hacen más que reflejar las modalidades de concreción del fenómeno que, como tal, debe poder integrarse en un objeto articulador y, por lo mismo, más objetivo. Lo que queremos decir es que la crisis del Estado liberal y su sustitución por formas estatales llamadas de excepción exige que nos planteemos si la conceptualización de

la forma liberal de Estado corresponde a una situación de objetivación lo suficientemente amplia como para caracterizar una tendencia, o más bien responde a una expresión coyuntural. De ahí que se tenga que tener claridad acerca de cuál es la situación de objetivación a través de la cual se está observando el fenómeno y cómo se puede vincular con otras situaciones de objetivación. La vinculación entre situaciones de objetivación en que se concretiza un fenómeno permite acercarse a su objetividad, esto es, al significado que revisten los componentes empíricos del concepto. El funcionamiento y la relación entre los componentes del Estado en un contexto de equilibrio en el plano de las fuerzas sociales o de desajuste lleva a observaciones de contenido muy diferentes. La disciplina de los militares, por ejemplo, respecto de los mandos superiores puede representar en el primer caso una expresión de la conformidad social general, o bien el apoyo hacia algunas de las fuerzas sociales en pugna en el caso de un desajuste entre las fuerzas.

De conformidad con el planteamiento de no confundir las situaciones de objetivación con los objetos susceptibles de teorización, surge la cuestión de la inconveniencia de construir objetos con los universos de observación dados sin que se hayan problematizado en términos de su ubicación en una u otra situación de objetivación, ya que por sí mismos estos universos constituyen perfiles de la realidad con base en ciertos recortes de tiempo y de espacio. La razón de lo dicho es que los objetos que se construyen no pueden quedar encuadrados en estos recortes ya que su función es reflejar la articulación compleja que sirve de contorno al fenómeno que se pretende estudiar. Contorno que determina el significado que tiene el contenido de los componentes observables; pero que, en tanto es desconocido, no permite establecer con exactitud una relación de determinación, sino que se limita a cumplir la función de objetivar el recorte con base en considerar la situación de objetivación que configura ciertas modalidades de concreción del fenómeno. Así, el carácter «civil del poder estatal» no puede ser considerado un «objeto» sin que, antes que nada, se determine la situación de objetivación en la que las modalidades de concreción del «poder estatal» se manifiesta en un «predominio de los aspectos civiles». Modalidad de concreción que exige, si se pretende una reconstrucción objetiva, que se establezcan sus relaciones con otras

modalidades de concreción posibles, a fin de componer un universo de observación más inclusivo.

El «predominio de los aspectos civiles del poder estatal» encuentra su objetividad en una articulación más compleja, como podría ser la constituida por el poder estatal - sociedad civil - fuerzas sociales, que conforma el campo de observación de la realidad en cuyo interior es posible especificar el significado del «predominio de los aspectos civiles del poder estatal» en cuanto objeto de estudio, y que implica además una situación de objetivación diferente a la conformada solamente por el «predominio de los aspectos civiles». La situación de objetivación en que se muestra el «predominio de los aspectos civiles del poder estatal» queda articulada, de esta manera, en una situación de objetivación en que se muestre la relación Estado-sociedad; lo que es congruente con privilegiar los dinamismos estructuradores por encima del perfil de las tendencias, ya que obliga a tener en cuenta que los campos de observación de los conceptos se van transformando según la articulación que los incluya.

Lo anterior significa que la relación del concepto con la realidad nunca está dada, ni se resuelve a través de la prueba de su correspondencia con un contenido definido de antemano. Lo que planteamos es la necesidad de permanecer alerta acerca de la necesidad de construir el contenido del concepto. La definición de éste es sólo una premisa para el razonamiento constructor de las estructuras racionales de apropiación de la realidad pero no una respuesta sobre el significado de su contenido. Por esta razón la definición debe concebirse como una apertura hacia lo real que debe precisarse con base en el campo de ubicación del concepto estructurable a través de la lógica de articulación con otros niveles de la realidad y no en función de su propia definición. Vilar a este respecto señala que no siempre la observación parte de una «estricta conceptualización de lo observado», pues por mucho que «aquí se han observado precios nominales, allí precios moneda, acullá volúmenes de producción», etc., no se ha preguntado lo bastante «qué era indicio y qué era objeto, y qué teoría ataba objeto e indicio» (cfr. Vilar, *op. cit.*). Esto es, que la realidad antes que captarse se encajona en ciertas definiciones que no garantizan reflejar su especificidad.

En virtud de lo anterior pensamos que cualquiera que sea el rigor formal de la formulación de un concepto, ésta debe quedar

subordinada a una lógica de construcción del contexto especificador; esto es, que el perfil de la realidad que se logra mediante la definición de los conceptos debe quedar supeditado a una reconstrucción de lo empírico, ya que «un concepto, una medida, no valen más que durante un tiempo» (cfr. Vilar, *op. cit.*) y además, porque en aras de la reconstrucción de un perfil claro se «elimina un movimiento para aislar a otro», con lo que se «crea un espejismo estadístico».

En una palabra, ante el modelo conceptual, por estructurado y consistente que sea, debemos privilegiar la reconstrucción de la articulación compleja en que consiste la objetividad de lo real como espacio construido por sujetos. Articulación que servirá de base para discernir sobre lo que es pertinente recuperar desde lo histórico.

Desde lo empírico a la abstracción

La reconstrucción puede contener diferentes situaciones de objetivación. En efecto, en el «presente» se puede observar desde el funcionamiento concreto del modo de producción hasta el episodio de una huelga; lo que exige ser cauteloso para no dejar que fenómenos que puedan observarse en el corte del presente puedan ser reconstruidos como si su objetividad se expresara por igual para todos en ese mismo recorte de tiempo; por el contrario, **el corte del presente es sólo un punto de partida para encontrar la escala en que el fenómeno particular despliegue su objetividad.** Ello significa no enmarcar el fenómeno en ese recorte, sino considerar éste como el tiempo y lugar para efectuar una reconstrucción de las articulaciones del proceso de que se trate, a fin de poder precisar sus relaciones históricas. **Desde este punto de vista «el presente» como corte de tiempo, al contener diferentes situaciones de objetivación, sirve para enlazar el presente con el curso histórico anterior.** La reconstrucción del presente en realidad define lazos con lo histórico sin la necesidad de recuperar todo lo histórico, ya que determina exigencias precisas de historia. De ahí que su reconstrucción sirva para apropiarse del material, constituyendo un modo para determinar el nivel de abstracción adecuado del análisis.

La definición de los lazos con lo histórico supone saber las exigencias de relaciones que plantea el proceso que nos interesa, lo cual obliga a especificarlo; pero, simultáneamente, la determinación de estas relaciones históricas contribuye a especificar el proceso. Este doble movimiento que puede llevar a pensar en algún círculo vicioso, muestra que es necesario profundizar en los mecanismos de apropiación del problema-objeto. Mecanismos de apropiación que plantean la cuestión de la relación entre la estructura conceptual y la realidad, así como las transformaciones de aquella a medida que se progresa en la apropiación racional de lo real.

En la idea de apropiación subyace la cuestión de cómo lo real se hace contenido racional, y de cómo lo racional se va transformando (o no) a medida que se avanza hacia campos de la realidad cada vez más extensos y complejos. La apropiación constituye una etapa pre-teórica que, sin las complejidades de la teoría, prepara la base para su construcción a través de la determinación de una relación con la realidad, que, siendo abierta, tenga la suficiente delimitación como para reconocer contenidos posibles de conocimiento. La apropiación es la construcción de los «instrumentos conceptuales» capaces, primero, de reconocer la realidad que pueda transformarse en objeto; y segundo, de transformar esa realidad reconocida en objeto teórico.

En la apropiación la articulación cumple la función de una exigencia de especificidad que sirve para orientar el razonamiento en la construcción de las abstracciones. Es en la apropiación donde se produce el paso a la teorización, pero siempre que a la apropiación la entendamos como construcción del objeto.[4] Esto es, que permita romper con lo empírico-morfológico y avanzar hacia lo empírico reconstruido. Si el razonamiento trabaja con categorías abstractas, el primer requisito de éstas es romper con lo morfológico para no ser determinadas por la relación morfológica. Un aspecto de este carácter morfológico de la relación es la confusión entre situación de objetivación y recorte en el presente que lleva a una reproducción morfológica del fenómeno, toda vez que no se toman en consideración las diferencias entre la situación de objetivación de los fenómenos para reducirlos a to-

4. Cfr. Hugo Zemelman, *Los horizontes de la razón. Uso crítico de la teoría*, vol. I, primera parte.

dos por igual al mismo recorte temporal. De ahí que la apropiación a medida que avanza hacia lo empírico reconstruido va construyendo las abstracciones del razonamiento. Las abstracciones, a la vez que deben ser capaces de cumplir con esta función de rompimiento, han de reflejar la exigencia de objetividad que es propia de la articulación posible entre áreas de la realidad que conduce a ubicar el concepto en la articulación que le confiere especificidad. De manera que la abstracción asume un contenido problemático que consiste en definir como referencias empíricas puntos de articulación posible entre áreas de la realidad. Abstracción que no es «teórica sustantiva» sino constructora de la abstracción teórica.

El proceso mediante el cual las abstracciones «no teóricas» de la apropiación construyen las abstracciones «teóricas», o constitutivas de una estructura de explicación, se corresponde con la transformación de las relaciones posibles en relaciones teóricas; esto es, desde una relación que sirve para construir la articulación a las que expresan ciertos atributos o propiedades de la articulación.

Pero, de acuerdo con la idea del rompimiento del plano morfológico, la relación teórica se construye desde aquellos puntos de articulación que sean capaces de reflejar campos de observación inclusivos de lo que ya aparece demarcado empíricamente (por ejemplo, áreas temáticas disciplinarias), o teóricamente encuadrado (por ejemplo, objetos de estudio derivados de los corpus conceptuales). Por eso la abstracción construida debe garantizar que se pueda cumplir con el rompimiento de lo empíricamente-morfológico pero también con lo teórico-formal-acumulado; es decir, que sea adecuada a las exigencias de la reconstrucción articulada que, junto con construir el objeto de estudio, permite que se formule la estructura conceptual pertinente.

En este sentido, la abstracción es un ángulo abierto de reconocimiento de lo real, diferente de la abstracción explicativa. Por lo tanto requiere para su construcción de un procedimiento que siendo sistemático y coherente tenga la flexibilidad necesaria para cumplir la función de reconocimiento de lo real como posible contenido teórico. Pensamos que la reconstrucción articulada es un mecanismo que cumple con estas exigencias. Desde otro ángulo constituye la organización del momento del «concreto al abstrac-

to», que debe conservar la característica de reconocimiento de la abstracción que se construye para evitar su formalización e inercia deductiva en el uso del concepto. Esta función de reconocimiento, o de apertura, sirve para determinar «lo reconocible en la realidad» más allá de cualquier jerarquía teórica. Debe quedar, por lo tanto, incorporada en la misma explicación que con posterioridad se construye, que corresponde al momento del «abstracto al concreto» reconstruido; lo anterior si queremos evitar empobrecer la explicación mediante la exclusión de horizontes de teorizaciones posibles que sirvan para ensanchar su campo de contenidos (lo que no es equivalente con la prueba que se circunscribe a la concordancia del contenido ya delimitado).

En la reconstrucción articulada las abstracciones constructoras del nivel teórico (conceptos ordenadores) se van reformulando a medida que se profundiza en el horizonte de lo empírico. Por lo mismo, representa las exigencias de objetividad para cumplir la función de ir delimitando el ensanchamiento empírico sin sujeción a contenido *a priori* alguno; pero encarnando la posibilidad de contenidos estructurables teóricamente. En esta profundización de lo empírico y la consiguiente reformulación de los conceptos consiste la construcción del objeto de estudio.

De lo anterior se concluye que la reconstrucción de lo real implica una apropiación y, simultáneamente, un distanciamiento de lo empírico. Es apropiación porque depende de una estructura conceptual que no es utilizada en función del contenido definido de los conceptos, sino de la lógica de buscar su contenido con base en la construcción de la articulación. En la extensión en que la estructura conceptual queda subordinada a esta lógica, cumple la función ya aludida de recortar campos de la realidad que serán la base empírica para avanzar en la construcción de la articulación.

Pero también decíamos que se produce un distanciamiento ya que la estructura conceptual se transforma en virtud de pasar de un nivel a otro de lo empírico, según se vaya progresando hacia la especificidad creciente de conformidad con la exigencia de objetividad, cuya máxima expresión serán los puntos de articulación entre áreas de la realidad.

Analizando el objeto desde esta perspectiva representa una exigencia de reconstrucción de lo real que no se desprende de la teoría; lo que significa que el objeto cumple la función de media-

ción entre la conciencia teórica y la objetividad real problematizada por una forma de razonamiento fundada en la articulación, ya que avanza hacia una mayor profundización de lo empírico sin quedarse atado a ningún contenido teórico.

En síntesis, la apropiación de «lo histórico» se basa en una reconstrucción articulada del «presente» capaz de marcar las conexiones más pertinentes entre el presente y el pasado, distinguiendo entre las diferentes situaciones de objetivación de los fenómenos observados, y sin hacerle perder al presente su carácter de momento estructurador de los procesos, lo que obliga a reconocer sus potencialidades a través de una estructura conceptual abierta.

Influencia sobre los procesos y direccionalidad

Pero el estudio de la racionalidad del análisis histórico no puede limitarse a una caracterización del perfil de la realidad que reconstruye; también plantea el problema de los diferentes modos de inserción del hombre para influir en la dirección de los procesos.

Esta necesidad constituye una dimensión importante de la racionalidad de las ciencias históricas, especialmente a partir de la Segunda Guerra Mundial cuando cada vez con más claridad va emergiendo con sus propios requerimientos gnoseológicos, además de los de orden práctico, el momento de la praxis social y sus efectos sobre una realidad probablemente sujeta a regularidades que rigen su desenvolvimiento.

Lo anterior corresponde al progreso desde una historia acontecimental hacia una historia crítica, al paso de una historia cronológica a una historia-problema (Febvre); pero también hacia una teoría experimental coyuntural (Simiand, Labrousse). Es la época en que comienza a tomar auge la práctica de la planificación a corto plazo, que luego da origen a los estudios econométricos a largo plazo y a la preocupación por el crecimiento. Se inician los intentos por definir formas de inserción en lo real que van acompañados de la exigencia de un concepto de objetividad real basado en magnitudes susceptibles de servir para trazar tendencias.

La relevancia cada vez mayor del momento de la praxis, al incorporar la dimensión de la direccionalidad de los procesos,

inevitablemente conduce a la idea de una racionalidad constructora de lo real, anticipada ya científicamente por el marxismo. Lo que obliga a entender la historia como una construcción que debe cimentarse en una teoría sobre la constitución misma de los dinamismos antes que sobre la dinámica ya estructurada y sus efectos. Porque, como observa Vilar a propósito de Marx, pensar políticamente bien es pensar históricamente bien. Por lo tanto, el pensar político es la máxima expresión de lo histórico, pero sin la necesidad de «hacer historia». Es el imperativo de «pensarlo todo históricamente». También se podría decir que es necesario hacer el trabajo de reconocer la especificidad del momento, en vez de partir de éste como dado.

La construcción de la historia es válida como voluntad de construcción siempre que ésta permanezca abierta a la realidad objetiva en movimiento.

ANEXO II

TIEMPO Y ESPACIO EN EL ANÁLISIS DE DINÁMICAS SOCIALES

El análisis de coyuntura, a medida que modifica las lógicas de las determinaciones e incorpora al sujeto, lleva a analizar el tiempo como dimensión del espacio de posibilidades; esto es, como condición para comprender el tránsito de la potencialidad a la especificación con base en las prácticas sociales capaces de darle curso, pero partiendo siempre de niveles de realidad que puedan relacionarse con estas prácticas a través de la definición de proyectos.

El concepto de espacio en el análisis sociológico

A) *La totalidad como enfoque*

La comprensión de los procesos sociales exige ubicarse en una perspectiva de articulabilidad. Como dice Kula: no es posible analizar cualquier fenómeno parcial sin poseer previamente un conocimiento aproximativo de la totalidad. De ahí que sea indispensable sobrepasar las limitaciones propias del trabajo empírico para alcanzar a comprender los procesos en sus múltiples relaciones en el presente y, también, en los elementos potenciales que contengan que se proyecten a periodos de larga duración.

Lo anterior asume relevancia cuando estudiamos el organismo social como totalidad que se manifiesta en la plena inter-relación entre sus diferentes niveles; pero en el transcurso histórico de su desenvolvimiento dichos niveles experimentan un desarrollo desigual. Reconocido ya por el propio Marx, este

problema ha procurado ser resuelto introduciendo el concepto de acción recíproca aunque sin resolver el nudo de dificultades que encierra. Lo que ha sido un problema a largo plazo, también lo es para los análisis de corta duración, o que se efectúan en una dirección transversal; aunque en estos casos es difícil captar los desfases que históricamente se pueden determinar entre los diferentes niveles.

El problema ha sido menos discutido en los análisis de corta duración en los que aparece como dominante la dimensión sincrónica de los procesos y, en consecuencia, el desarrollo histórico de los procesos se muestra más como potencialidad de estructuración de la totalidad. La esencia de la discusión estriba en transformar dichas potencialidades de estructuración en objetos de investigación, lo que es posible solamente recurriendo a una forma de pensar que interprete el dinamismo de un proceso desde el ángulo del conjunto de sus relaciones en un mismo momento. Desde esta perspectiva, el análisis de totalidad no es exclusivo de los niveles macroscópicos sino que se extiende hasta lo actual sincrónico recogiendo lo que el «acontecimiento» encierra en posibilidades de desenvolvimiento a escalas de tiempo diferenciales.

Gran parte de las investigaciones tienen su origen en necesidades de acción que, por lo general, están circunscritas a periodos de tiempo relativamente cortos. Esta circunstancia plantea el manejo de las categorías dentro de situaciones de análisis en que se restringen los parámetros de tiempo y espacio. No se trata ya de considerar estas dimensiones como datos de investigación sino de introducirlas como dimensiones de objeto que exigen formas determinadas de análisis.

Las diversas situaciones que resultan de comprimirse las dimensiones de tiempo y espacio encarnan las contradicciones entre las prácticas de los hombres en oposición a un concepto de la historia como encarnación de las contradicciones entre hombre y naturaleza que se desarrolla en una duración de tiempo más prolongada. La idea de prácticas no se refiere a la de simples prácticas experimentales de laboratorio (hacia lo que se inclina cierta microsociología), como tampoco a las experiencias político-sociales de transformación; situaciones ambas que representan dos extremos definidos por la presencia de prácticas sociales que transformamos en instrumentos o en objetos de conocimien-

to.[1] Nuestra preocupación por definir situaciones viables de análisis se ubica, en cambio, más en el horizonte de las prácticas y acontecimientos; aunque sin caer en un análisis puramente de acontecimientos que reflejaría un sesgo positivista. Se trata más bien de recuperar la totalidad social desde una perspectiva transversal, a partir del conjunto de las prácticas y acontecimientos en que se cristaliza el desenvolvimiento histórico y sin circunscribirnos a los «momentos de crisis». Lo que significa definir situaciones en las cuales se destaque el proceso mismo de estructuración de la totalidad sin limitarse a los momentos coyunturales (en el sentido leninista), en los cuales éste experimenta sus «virajes» históricos. En forma implícita lo anterior plantea la relación entre coyuntura y periodo como aspecto de las potencialidades que contiene un complejo estructural dado, en cuanto a proyectarse en una dirección longitudinal.

Las estructuras y procesos que conforman cualquier totalidad son portadores de un ritmo de desarrollo y de una extensión temporal específicos, determinados por su ubicación dentro de ella. Si lo histórico se refleja en el proceso de concretización de lo real como totalidad en la cual cada proceso participa con su propio dinamismo, es la propia totalidad como categoría la que nos proporciona la base para comprender que el tiempo está referido al grado en que lo particular se transmuta en objeto totalizante. Por eso el tiempo (sin considerar su extensión en el sentido braudeliano) resulta de la composición de tiempos específicos que contiene el tiempo más comprensivo de la totalización. Por eso el tiempo de las totalidades concretas está constituido por el de cada elemento en su dinámica diferencial de totalización.

De lo anterior desprendemos que la realidad social por constituir una totalidad debe ser analizada desde el ángulo de los diferentes elementos que forman parte del proceso de totalización. Pero como el desenvolvimiento de los diferentes elementos de la realidad reconoce ritmos diferenciales, la reconstrucción de la totalidad ya sea como complejo estructural delimita-

1. Así en la situación más envolvente, como son los procesos revolucionarios, el análisis se ubica en parámetros de tiempo y de espacio que nos aproximan al análisis macroscópico y catastrófico (empleando una expresión de Luporini).

do específicamente en su situación, ya sea como formación social nacional, debe partir distinguiendo las diferentes escalas de tiempos particulares en que se refleja el dinamismo de cada elemento que la constituye. De este modo el análisis de la totalidad dialéctica no se refiere a una misma historia, porque los distintos procesos no funcionan todos a una equivalente escala temporal, sino a muchas historias según sean los tiempos específicos de sus procesos y estructuras constitutivas.

Estos diferentes tiempos pueden descubrirse tomando la perspectiva de largo plazo, durante cuyo transcurso se puede observar empíricamente qué procesos y estructuras han podido desenvolverse en escalas temporales prolongadas y cuáles han quedado reducidas a ciclos cortos; o bien se pueden descubrir considerando los complejos estructurales como combinación de tiempos cuyas duraciones desiguales dependerán del grado en que los elementos de la realidad puedan proyectarse más allá del momento coyuntural o se limiten a éste. Esta idea de los complejos dialécticos estructurales considera el tiempo en la potencia de lo histórico, pues los elementos del complejo estructural se analizan desde el punto de vista de su capacidad para constituir una totalidad social.

Un caso puede aclarar lo que decimos. Tomemos un polo urbano industrial de desarrollo como ejemplo de un complejo estructural en un momento dado. Coexisten en él diversos elementos con los cuales poder emprender la tarea de analizar su dinamismo interno. La política de inversiones públicas puede ser uno, considerada como resultado de una estrategia de desarrollo que incluya la participación del sector privado a medio o largo plazo, o como el inicio de una estrategia que excluya la inversión privada a medio o largo plazo. Por otra parte tenemos una cantidad de mano de obra que se requiere, la cual estimula formas de presión canalizables a través de organizaciones estables o bien que no son canalizables a través de organizaciones, o que éstas sean inestables en su funcionamiento cuando no de reciente formación. O bien, que el carácter de éstas sea sólo sindical, o sindical y política en estrecha relación. Que ocurra lo uno o lo otro dependerá de determinados procesos anteriores y más globales, toda vez que el sindicato como estructura concreta no puede entenderse sino es con referencia a un proceso como el de sindicalización y éste, a su vez, sino es en relación con el desarrollo y

maduración de las clases sociales. El sindicato, en verdad, puede ser reflejo de un proceso global de sindicalización, o reducirse a ser un grupo de presión local sin entronque con un determinado desarrollo político.

En el ejemplo propuesto tanto los sectores sociales dominantes como dominados pueden alternativamente formar parte de diferentes totalidades con proyecciones diferentes en el tiempo. En el caso de los primeros, es distinto formar parte de un proyecto nacional de desenvolvimiento con apoyo del Estado que pretende aliarse a éste con base en las propias fuerzas locales de las asociaciones gremiales o quedar completamente excluido del mismo. En el caso de los segundos, es distinto formar parte de estructuras sindicales vinculadas en estructuras políticas que implementan estrategias de largo plazo, como reflejo del proceso de maduración de las clases, que reducirse a grupos de presión que son instrumentos de los intereses veleidosos de líderes personales locales y que no llegan a expresar la tendencia profunda del desarrollo político nacional.

La idea de que los diferentes tiempos se pueden descubrir desde la perspectiva a largo plazo o de acuerdo con si los elementos de la realidad se proyectan más allá de lo coyuntural, o se limiten a ésta, puede ilustrarse con el ejemplo propuesto. Si consideramos el enfoque a largo plazo éste puede ser útil para apreciar si se está o no en presencia de una política estatal de desarrollo que, cualesquiera que sean sus vaivenes y modificaciones, se mantenga como orientación intervencionista del Estado por un tiempo prolongado. Otro tanto para determinar si la política concreta de inversiones sirve o no para propósitos de hegemonía de ciertos grupos de la burguesía; lo mismo ocurre con las relaciones entre sindicalización y desarrollo político ya que también es posible estudiarlas solamente después de transcurrido un tiempo que facilite observar si aparecen correspondencias entre ambos procesos y de qué carácter son.

Respecto del otro enfoque hay elementos en el caso ilustrado que, efectivamente, pueden ser mejor estudiados desde su perspectiva. Por ejemplo la posibilidad de que los grupos dominantes locales se vinculen al proyecto nacional, o en su defecto impongan otro que sea alternativo y frenen el proyecto del Estado; o que los grupos de presión locales se transformen en sindicatos estables y que éstos por su parte se relacionen con partidos polí-

ticos con una visión global de la sociedad, etc., constituyen situaciones del presente coyuntural. La significación que tome cada uno de estos hechos dependerá de la proyección de su dinamismo. Si los sectores sociales dominantes locales logran imponer (hipotéticamente) su proyecto, o los grupos de presión se transforman en sindicatos y los partidos se vinculan ideológica y orgánicamente con los sindicatos, configuran procesos de totalización que son diferentes en cuanto a su proyección en el tiempo en el caso de que no tuvieran lugar tales transformaciones y relaciones entre esos hechos y procesos. Los complejos estructurales en un momento dado están orientados a descubrirnos estas realidades coyunturales y su relación con otras escalas temporales.

B) *La dimensión del espacio*

El complejo estructural con sus varias dimensiones temporales puede teóricamente analizarse dentro de los marcos del enfoque del desarrollo polarizado, o simplemente desde el ángulo de cómo se distribuye en el ámbito de una formación social determinada su forma de producción dominante; lo que significa ubicar el estudio del complejo estructural en el contexto definido por los diferentes tipos de acumulación (o diversos grados de un mismo tipo de acumulación) que coexistan en la formación social. El concepto de polo perteneciente a la teoría del desarrollo polarizado se recupera como un punto de ubicación en el espacio que nos es útil para descubrir, en primera instancia, un nivel descriptivo. El complejo estructural que se corresponda con los desniveles internos del desarrollo de las fuerzas productivas.

Pero, ¿qué significa que los complejos estructurales haya que analizarlos en el contexto del tipo de acumulación? Se trata de recuperar la totalidad (con su coexistencia de tiempos diferentes) sobre la base de las características que presentan localmente las fuerzas sociales en desarrollo. Es importante conocer cómo las desigualdades en la distribución de la forma de producción dominante corresponden a diferentes capacidades de las clases para asegurar su reproducción social y, en consecuencia, afirmar su existencia histórica, lo que plantea el grado de homogeneidad o heterogeneidad de las clases en cuanto a su segmentación geográfica. Nos aproximamos de este modo al

análisis de las fuerzas y alianzas locales y de las relaciones que definen con el campo nacional, permitiendo no sólo abordar el problema del «costo» de una clase para ser tal clase en diferentes puntos del espacio de una formación dada, sino, además, determinar la contribución que los segmentos regionales son capaces de hacer para la reproducción social de la clase a escala nacional.

El éxito o fracaso de un cambio global de la sociedad en medida importante depende de la reacción de los grupos sociales locales a la política de cambios. Un proceso de transformaciones está condicionado por el sistema local de alianzas entre las fuerzas sociales. Por ejemplo, como en su momento ocurrió, en muchos países, la alianza obrero-campesina no podía abordarse prescindiendo de la naturaleza de la dispersión geográfica de los focos donde tenían lugar las concentraciones de obreros y campesinos. En este mismo sentido es posible recordar que muchas veces las reformas agrarias se llevaron a cabo en un contexto en el que las relaciones entre el grupo de comerciantes y de agricultores eran conflictivas, o cuando los personeros más influyentes en ciertas actividades pertenecían a partidos políticos diferentes, desatándose conflictos secundarios que dificultaban el surgimiento de una mínima cohesión social. Puede ser más fácil intervenir una gran empresa distribuidora nacional que una mediana o pequeña que represente un centro de poder político-económico regional, ya sea por el prestigio de su propietario, por su tradición o por sus relaciones sociales. Es evidente que las alianzas que se establecen entre las fuerzas sociales locales (burguesía local y fuerzas populares urbanas o rurales) pueden ser diferentes a como se forjan en el plano nacional.

La distribución espacial de la forma de producción dominante y sus efectos sobre la estructura de los sectores sociales puede ser la base desde la cual reconstituir la sociedad nacional, según los diferentes focos en que la formación social nacional se estructura. En este sentido, el proceso de desarrollo debe enfocarse desde una perspectiva que se fundamente en la idea de complejos estructurales que constituyen la posibilidad para reconstruir la sociedad nacional desde cada uno de ellos. En esta forma los complejos estructurales se transforman en verdaderas unidades de análisis y de control acerca de las características y orientación del proceso del desarrollo macronacional.

El criterio para definir la situación inicial del complejo debe cimentarse en el carácter específico de la reproducción social de los grupos socialistas. Hipotéticamente ello requeriría disponer de un sistema de cuentas regionales no ya por sector económico sino por agrupamientos espaciales homogeneizados según su estructura de producción y, en lo posible, de propiedad, aunque el agrupamiento no esté constituido por zonas geográficas continuas. En su defecto, mientras no se cuente con este instrumento, se podría contar con un indicador indirecto como son los movimientos de la población activa que por sus circuitos de trabajo sirven para delimitar los espacios que podrían agruparse. Sin embargo los dos criterios pueden emplearse en forma complementaria ya que los movimientos de la población pueden servir para demarcar el espacio al cual estén circunscritas las cuentas regionales multisectoriales.

Pero el análisis local de las fuerzas y de sus alianzas obliga a que se tengan que determinar las formas específicas que asume la relación entre lo estructural y lo socio-político en el ámbito de cada espacio regional. La especificidad que asume esta relación influye sobre el carácter y la velocidad con que maduran las diferentes fuerzas sociales locales, y también, las condiciones para la recepción de la ideología que domina en la sociedad nacional.

Por ejemplo, el alto desarrollo tecnológico de la actividad minera puede generar resultados diferentes según tenga lugar en el contexto de centros urbanos pequeños y aislados o si forma parte de un complejo industrial ubicado en un gran centro urbano. La maduración de nuestra conciencia política puede estar determinada por el contexto en que se desenvuelven las fuerzas productivas locales; pero en este sentido, es interesante observar cómo un centro industrial puede influir con mayor profundidad o rapidez comparativa que otro en la radicalización política de determinados grupos subalternos, por ejemplo, en los industriales. Lo mismo puede decirse de los centros agrarios. De ahí que haya que delimitar la articulación que se puede establecer en la relación entre factores estructurales (condiciones de trabajo, desarrollo tecnológico, etc.) y la conciencia de pertenecer a determinados colectivos para poder comprender el contenido de ésta.

Si buscamos en la historia reciente de los sesenta, se pueden encontrar ejemplos comparando el grado de desarrollo tecnológico entre los yacimientos salitreros y las minas de cobre, pues

en términos generales pueden compararse; en cambio, no puede compararse el grado de combatividad política de los trabajadores salitreros en relación con el de los obreros del cobre. ¿Cuáles han sido los factores que han influido en el movimiento de uno y otro grupo de trabajadores? Pueden ser los mismos factores los que hayan influido pero no ha sido el mismo contexto de estructura y de relaciones sociales aquel en que han funcionado. Entre los mineros salitreros el sindicalismo ha sido el producto de un movimiento social con una profunda tradición de lucha, mientras que entre los obreros del cobre el sindicalismo expresa un nivel de conciencia menor porque todavía no escapa a lo que se ha llamado una ideología de campamento.

En efecto, el hecho de que gran parte de los obreros del cobre en los cincuenta y sesenta hayan vivido en situación de extremo aislamiento y que provengan, en una fuerte proporción, de una zona agrícola deprimida, influye para que asuman un comportamiento exageradamente economicista. Esta desviación se agrava cuando se considera que la gran mayoría de ellos son jóvenes con la responsabilidad de mantener a sus familiares que permanecen en la zona de origen. El minero del cobre no aparece en consecuencia determinado exclusivamente por las condiciones de avanzada tecnología con que es explotada la mina, sino también por su vínculo con la zona de origen de la que se esfuerza por escapar aunque muchas veces retorne a ella. Cuando ocurre esto último vuelve preferentemente con algún capital que le permita dedicarse a una actividad terciaria, por lo general más lucrativa que la agricultura. Constituye, por consiguiente, un grupo de tránsito por la mina dominado por una marcada orientación monetarista. Su escaso arraigo a su lugar de trabajo impide que maduren entre los mineros vínculos reales de solidaridad como clase, aunque sí otros muy fuertes como grupo de presión. Todo lo contrario sucede cuando la población tiene una larga estabilidad de permanencia en su centro de trabajo.

Por todo lo anterior la inclusión de la dimensión espacial en el análisis de las fuerzas sociales no solamente enriquece su análisis sino que, además, plantea teóricamente el problema de los desniveles regionales de las fuerzas sociales y sus fraccionamientos consiguientes, así como el de relaciones entre fracciones locales y conglomerados colectivos a nivel nacional. Un antecedente de análisis de los efectos combinados entre actividad pro-

ductiva y secciones territoriales lo encontramos en Gramsci, quien, al analizar la difusión de ideologías provenientes de países desarrollados, habla de «la existencia en el interior de cada Estado de muchas secciones territoriales de estructuras diferentes y de relaciones de fuerza también diferentes a todos los grados». El ejemplo lo encuentra en el caso de La Vendée, que durante la revolución francesa fuera aliada de «las fuerzas reaccionarias y que las representaba en el seno de la unidad territorial francesa». La influencia conjunta de actividades productivas y territorios determinaba formas particulares de expresión política o contenidos particulares para iguales formas de expresión política que resultan de las específicas formas de relación entre el nivel estructural y el socio-político en cada lugar o punto espacial de la formación social.[2]

Lo que se pretende discutir es el proceso de constitución de la realidad en un espacio determinado sin perder la perspectiva de la coyuntura-periodo.

Desde esta perspectiva, no se pueden desconocer las diferencias que muestran las fuerzas sociales en su distribución con el espacio, como los matices de sus expresiones así como las modalidades de las condiciones locales en que se desenvuelve su capacidad de acción. Así, por ejemplo, podemos encontrarnos con un cuadro estructural muy complejo, subyacente a la diná-

---

2. Algunas ilustraciones pueden encontrarse en la historia del comportamiento de las clases en Chile, durante el siglo pasado, que sirven para poner de manifiesto la significación política de las segmentaciones regionales (económicas y geográficas). Si nos detenemos en las revoluciones de 1851 y 1859 podemos observar fenómenos de fraccionamiento de clases y de luchas entre fracciones determinadas por su segmentación regional. Dichos procesos revolucionarios reflejaron los conflictos planteados entre los sectores terratenientes y comerciales, ubicados en la zona central del país, principalmente Santiago; y los sectores mineros, ubicados en las provincias del sur. La revolución de 1859 (segunda eclosión de las contradicciones desatadas en 1851) expresó el «choque entre los intereses de la burguesía minera del norte chico y de la agricultura y molineros del sur, con la burguesía comercial y latifundista de la región central. El presidente Montt, respaldado por la burguesía comercial y financiera de Santiago y Valparaíso, por los terratenientes de la zona central y por los nuevos ricos a raíz de las construcciones de obras públicas», afectó a los intereses de los mineros asentados en el norte chico, con su política de nuevos gravámenes a las exportaciones, que más tarde constituyeron la burguesía minera que impulsaría la fundación del partido radical (principal partido progresista de la época que propició más tarde el socialismo de Estado).

mica social local, derivado de la presencia, por ejemplo, de sectores explotados y marginales asentados localmente frente a una burguesía «deslocalizada», o bien de un proletariado migratorio, o semi-campesino, coexistiendo con una burguesía localmente asentada. En verdad, son muchas las combinaciones de fuerzas que en este plano se podrían explorar como significativas para el desarrollo regional y que son determinantes para comprender las fuerzas y sus alianzas en el plano nacional.

De este modo, **el estudio de las fuerzas sociales en su dimensión espacial obliga a definir el contenido específico del concepto de espacio. En primer término, podríamos decir que el espacio es la modalidad en que se distribuyó tanto la forma de producción dominante como las dinámicas sociales correspondientes en una formación social determinada.**

O bien que el espacio es la relación entre la dinámica de las fuerzas sociales y la forma como se distribuye en el ámbito de una formación social. Esta distribución es la que plantea la necesidad de profundizar en la segmentación regional de los conglomerados sociales.

C) *Una aproximación empírica*

El análisis articulado de un momento se orienta a abarcar tanto el nivel del proceso productivo como el de los centros de decisión pertinentes a dicho proceso, aun cuando cada uno de ellos reconozca una esfera propia de desarrollo y de extensión geográfica. Así, la estructura del mercado de trabajo y de productos, en un extremo, y la burocracia estatal y las organizaciones sociales y políticas de masas, en el otro, conforman no sólo prácticas sociales sino también las estructuras de una duración desigual; de ahí que el tiempo que lleva el desenvolvimiento de un polo económico de desarrollo (con sus complejos industriales y/o agroindustriales) no puede compararse con el de las acciones políticas, ni estas últimas entre sí según respondan a circunstancias ocasionales o a políticas planificadas a largo plazo por una organización estable. Por otra parte, el mercado de productos puede conformar un sistema económico más amplio que el determinado por el mercado de trabajo, ya que mientras el primero puede estar vinculado con merca-

dos de exportación, el circuito de trabajo del trabajador está restringido al medio local.

Las organizaciones de masas, a su vez, tales como sindicato, partido político, etc., por efecto de su dinámica interna y esfera de influencias pueden configurar un ámbito espacial propio en cuanto a su función de manipulación ideológica, reclutamiento u otras. Otro tanto puede decirse de las áreas de influencia de los órganos de la burocracia estatal en tanto instrumentos encargados de la formulación de políticas de desarrollo.

Este conjunto de estructuras sirven de apoyo a una multiplicidad de prácticas sociales susceptibles de analizarse desde diferentes ángulos. Ejemplifiquemos con alguna de estas prácticas:

Una huelga y la implantación de nuevos cultivos. La huelga, como acontecimiento, corresponde analizarla en relación con la estructura que le sirve de apoyo (partido político, sindicato, etc.); estructura que a su vez hay que conceptualizar en el conjunto de sus relaciones, lo que implica relacionar dicha estructura con un proceso global: en este caso la sindicalización de obreros y/o de campesinos. Desde esta perspectiva, la huelga como acontecimiento tiene su propio tiempo específico, pero también se sitúa en otras escalas temporales, como la sindicalización y/o la política de movilización de la estructura que la impulsa. La implantación de nuevos cultivos, por otra parte, también puede alternativamente reflejar una práctica gubernamental dirigida a corregir desniveles interregionales; lo que es distinto en su proyección temporal a la incorporación de nuevos cultivos por decisión de un grupo de agricultores respaldados por su asociación gremial local en busca de ganancias más estables y mayores.

Los complejos estructurales que resultan de estas articulaciones dinámicas, a medida que se profundiza en la especificidad de sus elementos y de sus relaciones recíprocas, determinan que el espacio social de referencia se modifique según se vaya avanzando con la reconstrucción de la articulación. La referencia espacial del complejo para cada elemento y también para el conjunto, según si el momento corresponde a cambios profundos (al estilo de las crisis revolucionarias), o a momentos que, separados por un largo periodo de tiempo, no se caracterizan por transformaciones estructurales profundas. Esta flexibilidad de sus perfiles sirve para ilustrar sobre la evolución en la rela-

ción entre «microsociedad» y «sociedad nacional», como también sobre los cambios en las modalidades de inserción económica de la población, entre otras situaciones.

La delimitación espacial del complejo estructural (articulación) no constituye un área con marcadas similitudes como sucede con el concepto tradicional de región, ni tampoco constituye un espacio continuo ya que representa una delimitación de la dinámica social, que, por lo mismo, no puede estar referida a límites rígidamente definidos. Esta dinámica es estudiable mediante las prácticas dominantes a través de las cuales el sujeto social, la población como tal, o por medio de sus diferentes clases, dinamizan el conjunto de las actividades económicas de un territorio dado. Lo anterior lleva a la conclusión de que no podemos restringirnos al simple análisis de insumo-producto (de una zona respecto del sistema nacional), porque confiere un contenido estático al concepto de polarización y, por el contrario, tengamos que enfatizar el análisis de la dinámica de la población, en el plano de sus diferentes sectores, así como en lo que se refiere a sus percepciones de oportunidades y el consiguiente aprovechamiento de éstas (la dinámica que resulta de las oportunidades intervinientes).

Este planteamiento exige pensar el desarrollo desde el ángulo de la movilización de la población y plantear las relaciones entre áreas geográficas y desarrollo mediante el papel capaz de cumplir la población de acuerdo con su estructura demográfica y social, local y nacional.

La articulación de la población constituye el conjunto de formas mediante las cuales el sujeto social realiza las potencialidades materiales de un territorio. Por eso el espacio social está representado por el ámbito geográfico en que reside la población y por su capacidad para articular en un todo económico y social dicho espacio. El espacio social por consiguiente está conformado por el conjunto de estructuras que interrelaciona la capacidad de articulación de la población a idénticas o desiguales escalas de funcionamiento. El papel que cumple la población como intermediario entre las condiciones determinadas por la formación social y las percepciones culturales que influyen en la constitución de las relaciones de la población con los recursos, resulta un objeto fundamental para comprender la dinámica regional del desarrollo.

Sin embargo, es necesario distinguir entre lo virtualmente posible (consideradas las opciones que el conjunto de estructuras ofrece) y lo que efectivamente es aprovechado por las acciones que se impulsan. Definir la población como un factor de producción significa sintetizar en ella tanto el hecho de estar determinada por condiciones objetivas externas, como la circunstancia de que la población utilice dichas opciones según como se combinen en ella las condiciones objetivas y culturales.

Desde luego la articulación de la población está influida por la estructura productiva en sus diferentes niveles de funcionamiento. La organización de la producción en tipos de unidades productivas, su estructura ocupacional y el sistema económico regional que resulta del conjunto, configuran un complejo de localizaciones económicas que determinan las condiciones objetivas para las acciones posibles; si se trata de un foco o de varios focos ocupacionales; si estos focos se ubican en ejes económicos cíclicos y fluctuantes o no, complementarios o excluyentes, etc. Estas condiciones determinan la estabilidad ocupacional de la población, etc., que a su vez influye en la estabilidad ocupacional de la población, por lo menos en parte, en sus perfiles de estratificación. En una palabra, la población articula las diferentes localizaciones económicas; esto es, que lo que es objetivamente posible se realiza a través de las múltiples acciones que protagoniza la población.[3]

La dinámica que resulta de la descripción anterior se puede analizar en tres niveles: *a*) *el nivel de la articulación; b*) *la modalidad de la articulación; y c*) el sistema que se constituye como resultado de la articulación.

a) El nivel de la articulación se refiere al número de opciones de trabajo que se suceden en un periodo de tiempo de actividad económica y si dichas opciones producen o no cambios en los lugares de residencia de la población.

---

3. Mediante sus desplazamientos es como mejor puede determinarse las formas que asume el bloque histórico de una región determinada. En la población se funden tanto las formas de producción como las pautas culturales, que, por rezago o penetración de ideologías extremas, o por desajustes entre conciencia y estructura, frenan o distorsionan el armónico desenvolvimiento del bloque histórico local de acuerdo con la terminología gramsciana.

b) La modalidad se refiere a si la interrelación entre los puntos de arraigo-inserción se materializa en torno a un eje económico o a varios; y segundo, si entre los ejes económicos se observa o no relación de complementación o dependencia, o son excluyentes.

c) Por último la articulación de un sistema regional se refiere al sistema que constituyen los puntos de arraigo y de inserción que puedan objetivamente interrelacionarse mediante la articulación. El sistema así conformado es el que puede servir de base para definir inicialmente los agrupamientos espaciales a falta de métodos más elaborados capaces de determinar las modalidades que revisten los mecanismos de reproducción social locales.

Las localizaciones económicas que sirven de base a la articulación pueden ser objeto de ciertas diferenciaciones según los grados de especificidad que presenten. En primer lugar, entenderemos por localización económica el lugar particular de trabajo que obliga a desplazamientos geográficos cuando el punto de inserción económica (o lugar de trabajo) está separado del punto de arraigo (o lugar de residencia).[4]

Pero, en segundo lugar, la localización económica puede estar referida también a la estructura productiva en que descansa el trabajo específico que se desempeña, con sus correspondientes relaciones sociales, y que, además, incluye las actividades no económicas y las relaciones que caracterizan dichas actividades.[5] El tercer nivel de definición es el que corresponde al conjunto de estructuras productivas interrelacionadas, esto es, la interrelación entre los modos diferentes como se establecen las relaciones de producción y que determinan las opciones objetivas que tiene la población. Por ejemplo: el complejo agricultura-minería; industria-agricultura; agricultura-comercio; minería-comercio; exclusivamente agricultura; etc.[6]

---

4. Por lugar particular de trabajo entendemos el sitio donde se realiza y su contenido concreto. Por ejemplo: obrero frutícola en tal sector agrario; obrero tornero de tal industria en tal sector; etc.

5. Por estructura productiva entendemos la modalidad de propiedad y la correspondiente organización social del trabajo. Por ejemplo: hacienda estatal; asentamiento o unidad reformada; industria artesanal; industria monopólica; etc.

6. El concepto de movimiento de población propio del primer nivel o no se corresponde con el del tercer nivel, ya que la primera definición se refiere

La combinación de los tres niveles anteriores configura situaciones concretas de análisis: primera situación; una población que cubre su periodo como población activa en una rotación de ocupaciones que no conlleva desplazamientos respecto de su lugar habitual de residencia, o bien que está obligada a cambiar de residencia (incluyendo muchas veces a todo el grupo familiar) tras la ruta de su actividad ocupacional. Segunda situación: una población que se mueve entre varias ocupaciones ubicadas en el mismo sector económico, o en diferentes sectores según los periodos, y que pueden ser simultáneas cuando revisten un carácter complementario. Estos diferentes movimientos afectan social, cultural y políticamente a la población porque, a manera de ejemplo, el desarrollo de un campesino será diferente si ejerce constantemente esa actividad que si combina el trabajo en el agro con la minería, o con trabajos urbanos de diferentes calificaciones. Tercera situación: el conjunto de lugares físicos y de sectores económicos en que la población se ocupa y el conjunto de lugares de residencia de la población constituyen lo que hemos llamado el espacio social. Dicho espacio es descriptible con base en el análisis de datos secundarios sobre distribución de la población por ramas de actividades, respecto a la intensidad y expansión de la urbanización y sobre el proceso migratorio. Constituye el ámbito real en que funciona una determinada estructura económica y, en consecuencia, el mejor modo de definir zonas que incluyan la estructura de la producción, la población y el contorno ecológico tanto de la actividad económica como de los movimientos que protagonice la población local.

Hemos destacado la vinculación entre el punto de inserción y de arraigo, porque dos relaciones que se estructuren en torno a ellos pueden permitir prever el grado de identificación o disociación entre arraigo e inserción, de manera de precisar la disposición de la población para comprometerse (arraigarse, e identificarse) con la región de pertenencia cuando inserción y arraigo coincidan.

---

a: 1) la movilidad geográfica entre las diversas ocupaciones; 2) la vinculación entre el sitio de trabajo y el lugar de residencia. En cambio, en el tercer nivel los movimientos están referidos a: 1) la movilidad social; 2) los cambios en la estructura ocupacional dentro del sistema productivo; 3) la transformación de los estratos sociales en fuerzas sociales capaces de desarrollar conciencia de sus intereses y desempeñar el papel de factores decisivos en el rumbo que tome el proceso de cambio (la población activa transforma la constelación de fuerzas sociales locales y la alianza entre ellas).

La circunstancia de que el punto de inserción se encuentre distante geográficamente del punto de arraigo nos proporciona una base para examinar cómo la articulación está determinada por las fluctuaciones de ejes económicos externos y, en consecuencia, determinar cómo la población no puede cumplir una función dinámica internamente para la región donde reside. El tipo de relaciones que se establezcan entre inserción y arraigo influye sobre la capacidad de la población para percibir los recursos. Un reflejo de lo que afirmamos se ubica en que la estabilidad económica, cuando se acompaña de estabilidad geográfica, influye para que la población sea más sensible a movilizarse por un programa de desarrollo, que cuando estos puntos están disociados, en cuyo caso la población pierde identidad con su lugar de origen y se inclina, por lo menos a nivel de las actitudes y aspiraciones, por despegarse y pretender realizarse en otras regiones.

El horizonte social de alternativas percibidas es muy distinto en uno u otro caso. Las propias fuerzas sociales maduran de manera distinta según si las relaciones entre arraigo e inserción sean en un sentido o en otro; pero el aspecto que importa destacar es que dichas fuerzas sociales pueden orientar su comportamiento (y presionar) hacia objetivos situados en la zona de origen o en otra distante. Un ejemplo de lo que decimos puede ocurrir con el migrante rural que, en el transcurso de sus desplazamientos, puede llegar a ejercer presión en los centros urbanos. La cara opuesta está representada por el migrante de retorno que habiendo salido de la zona vuelve a ella tiempo después. Por eso, en el estudio de la articulación no se puede destacar exclusivamente la estructura local y nacional de clase, sino que también es necesario considerar los aspectos culturales que confluyen en los movimientos que protagonizan las clases.

Es imprescindible, por consiguiente, examinar los rasgos «subjetivos» de la articulación partiendo de cómo se relaciona con su medio ambiente la población ya sea considerada como conglomerado, sin diferencias internas de clase, o de acuerdo con cada clase internamente identificada. La relación con el medio ambiente es preciso replantearla incluyendo el análisis de las representaciones e imágenes que complementan la relación definida con el medio ambiente por las prácticas productivas. De este modo rescatamos la visión que la

población tenga del espacio en que se desenvuelven dichas prácticas (conjuntamente con las formas de conciencia) para aproximarnos a una real comprensión de la población y sus clases constitutivas como factores movilizadores de las estructuras locales.

La inclusión de dimensiones como las antedichas enriquece el análisis coyuntural y el diagnóstico con propósitos de planificación. No es posible promover ninguna política de desarrollo que ignore lo que se ha llamado la «infraestructura sociopsicológica». Antecedentes tales como escala de valores, disciplina en el trabajo, nivel de educación, capacidad de organización, calificación y eficacia de la mano de obra, disposición para emigrar; frustraciones sociales, pauta de movilidad social, actitud hacia la propiedad, confianza en las posibilidades de desarrollo de la región, participación efectiva en las organizaciones locales, etc., son fundamentales para diseñar cualquier política que realmente movilice a la población.

Todas estas dimensiones al ser determinantes de la dinámica social y, lógicamente, también de la articulación de que es capaz la población, no pueden estar ausentes en ninguna evaluación de la situación. Por su influencia en la movilización de la población son condiciones indispensables para otorgar legitimidad a los programas de desarrollo.

La descomposición que hemos efectuado del concepto de trabajo social en múltiples prácticas y la posterior recuperación de éstas en el concepto de articulación, conduce a pensar que en los diagnósticos se incluya el concepto de movilización de la población que, en definitiva, refleje la integración en el diagnóstico de niveles cualitativamente diferenciados de la realidad.

BIBLIOGRAFÍA

ADORNO, Theodor W., *Dialéctica negativa*, Madrid, Taurus, 1984.

—, *Mahler*, Barcelona, Península, 2002.

AGAMBEN, Giorgio, *Estado de excepción. Homo sacer II*, Valencia, Pre-textos, 2004.

—, *La potencia del pensamiento*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2007.

AHMAD, Muhammad Idress, «Pakistán fabrica sus propios enemigos», *Le Monde Diplomatique*, México, n.º 16, diciembre de 2009.

ALTHUSSER, Louis, «Los efectos de la economía clásica», en *Para leer «El capital»*, México, Siglo XXI, 1969.

BACHELARD, Gaston, *La formación del espíritu científico*, México, Siglo XXI, 1993.

BALANDIER, Georges, *El desorden. La teoría del caos y las ciencias sociales. Elogio de la fecundidad del movimiento*, Barcelona, Gedisa, 1996.

BENJAMIN, Walter, «Sobre el lenguaje en general y sobre el lenguaje de los hombres», en *Ensayos escogidos*, México, Coyoacán, 2008.

BERIAIN, Josetxo, «Introducción a la obra sociológica de Georg Simmel», *Acta Sociológica*, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Centro de Estudios Sociológicos, México, nueva época, n.º 37, enero-abril de 2003.

BERISTÁIN, Helena, *El abismo del lenguaje*, México, Universidad Nacional Autónoma de México - Instituto de Investigaciones Filosóficas, 2007.

BLOCH, Ernst, *Sujeto-objeto. El pensamiento de Hegel*, México, F.C.E., 1983.

—, *El principio esperanza*, Madrid, Trotta, 2004.

BLOOM, Harold, *¿Dónde se encuentra la sabiduría?*, México, Taurus Pensamiento, 2005.

—, *Cómo leer y por qué*, Barcelona, Anagrama, 2005.

BLUMENBERG, H., *Paradigmas para una metaforología*, Madrid, Mínima Trotta, 2002.

BRAUDEL, Fernand, *La larga duración*, Madrid, Alianza, 1968.
BUCKLEY, Walter, *La sociología y la teoría moderna de los sistemas*, Buenos Aires, Amorrortu, 2002.
BUCK-MORSS, Susan, *Dialéctica de la mirada. Walter Benjamin y el proyecto de los Pasajes*, Madrid, Taurus, 2001.
CASTORIADIS, Cornelius, *Los dominios del hombre: las encrucijadas del laberinto*, Barcelona, Gedisa, 1995.
—, «Herencia y revolución», en *Figuras de lo pensable*, Buenos Aires, F.C.E., 2001.
—, *La insignificancia y la imaginación. Diálogos*, Madrid, Trotta, 2002.
—, *Sujeto y verdad en el mundo histórico-social. La creación humana*, México, F.C.E., 2004.
CHOMSKY, Noam y Michel FOUCAULT, *La naturaleza humana; justicia vs. poder. Un debate*, Buenos Aires, Katz, 2006.
CIORAN, E.M., *Historia y utopía*, México, Artífice, 1981.
CLAUDÍN, Fernando, «El nuevo movimiento obrero español», en Lucio Magri *et al.*, *Movimiento obrero y acción política*, México, Era, 1975.
CROCE, Benedetto, *La historia como hazaña de la libertad*, México, F.C.E., 2005.
DILTHEY, Wilhelm, *Crítica de la razón histórica*, Barcelona, Península, 1986.
DURAND, Gilbert, *Ciencia del hombre y tradición*, Barcelona, Paidós, 1999.
ELIAS, Norbert, *Compromiso y distanciamiento*, Barcelona, Península, 1990.
—, *Teoría del símbolo. Un ensayo de antropología cultural*, Barcelona, Península, 1994.
GADAMER, Hans-Georg, *Elogio de la teoría*, Barcelona, Península, 2000.
—, *Antología*, Salamanca, Sígueme, 2001.
—, *El inicio de la sabiduría*, Barcelona, Paidós Ibérica, 2001.
—, *Los caminos de Heidegger*, Barcelona, Herder, 2002.
GRAMSCI, Antonio, *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1973.
GUILLAUMIN, Godfrey, «Evidencia y teoría de la evolución», *Ciencia. Revista de la Academia Mexicana de Ciencias*, vol. 60, n.º 4, octubre-diciembre de 2009.
GURVITCH, Georges, *Dialéctica y sociología*, Madrid, Alianza, 1971.
HOBSBAWM, Eric, *Historia del siglo XX*, Buenos Aires, Grijalbo Mondadori, 1997.
—, *Sobre la historia*, Barcelona, Crítica - Grijalbo Mondadori, 1998.
HÖLDERLIN, Friedrich, *Antología poética*, edición bilingüe de Federico Bermúdez Cañete, Madrid, Cátedra, 2002.
JULLIEN, François, *Un sabio no tiene ideas*, Madrid, Siruela, 2001.
—, *La China da que pensar*, Barcelona, Anthropos, 2005.
—, *Del tiempo*, Madrid, Arena libros, 2007.

KULA, Witold, *Problemas y métodos de la historia económica*, Barcelona, Península, 1973.
LEFEBVRE, Henri, *Lógica formal, lógica dialéctica*, Madrid, Siglo XXI, 1972.
LENIN, Vladímir I., *¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento*, tomo 6 de las *Obras completas*, Moscú, Progreso, 1986.
LEYTE, Arturo, «El descenso a la cueva de Montesinos, el ascenso al yo», en Félix Duque, Juan Barja, Arturo Leyte *et al.*, *El yo fracturado: Don Quijote y la figura del Barroco*, Madrid, Pensamiento, Consorcio del Círculo de Bellas Artes, Comunidad de Madrid, 2006.
LÓPEZ EIRE, Antonio, «Retórica y lenguaje», en Helena Beristáin (comp.), *El abismo del lenguaje*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, 2002.
LUNACHARSKY, A.V., *Sobre la literatura y el arte*, Buenos Aires, Arciona, 1974.
MAFFESOLI, Michel, *El instante eterno. El retorno de lo trágico en las sociedades posmodernas*, Buenos Aires, Paidós, 2001.
MAGEE, Bryan, *Los hombres detrás de las ideas*, México, F.C.E., 1993.
MARRAMAO, Giacomo, *Pasaje a Occidente*, Buenos Aires, Katz, 2006.
MARX, Karl, «La crítica de la filosofía del derecho de Hegel», en *La ideología alemana*, Buenos Aires, Pueblos Unidos, 1973.
—, *El capital. Crítica de la economía política*, tomo 1, vol. 1, México, Siglo XXI, 2003.
MERLEAU-PONTY, Maurice, *Sentido y sinsentido*, Barcelona, Península, 2000.
MONDOLFO, Rodolfo, *Figuras e ideas de la filosofía del Renacimiento*, Buenos Aires, Losada, 2004.
MORANDÉ, Pedro, *Cultura y modernización en América Latina*, Santiago de Chile, Cuadernos del Instituto de Sociología, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1984.
MUGUERZA, Javier, *La razón sin esperanza*, Madrid, Taurus, 1977.
NAJLES, Ana Ruth, «La temporalidad del sujeto y la interpretación», en *La palabra. Temporalidad-interpretación*, Buenos Aires, EOL, 1995.
NERUDA, Pablo, «Alturas del Macchu Picchu», en *Canto general*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1950.
OLIVÉ, León, *Racionalidad epistémica*, Madrid, Trotta, 1995.
ORTEGA Y GASSET, José, *El tema de nuestro tiempo*, Santiago de Chile, Cultura, 1937.
PORROCHE BALLESTEROS, Margarita, *Ser, estar y verbo de cambio*, Madrid, Arco-Libros, 1988.
PUTNAM, Hilary, *Representación y realidad. Un balance crítico del funcionalismo*, Barcelona, Gedisa, 1990.
—, *Sentido, sinsentido y los sentidos*, Barcelona, Paidós, 2000.
RICOEUR, Paul, *La metáfora viva*, Madrid, Trotta, 2001.

ROMERO, José Luis, *Situaciones e ideologías en América Latina,* Medellín, Universidad de Antioquia, 2001.
SABROVSKY, Eduardo, «Una filosofía de la técnica», en *La técnica en Heidegger. Antología,* Santiago de Chile, Universidad Diego Cortales, 2006.
SERNA, Julián, *Ontologías alternativas. Aperturas de mundo desde el giro lingüístico,* Barcelona, Anthropos, 2007.
SERRANO, María José, *Gramática del discurso,* Madrid, Akal, 2006.
STEINER, George, *Heidegger,* México, F.C.E., 1999.
—, *Pasión intacta,* Madrid, Siruela, 2001.
VAN DIJK, Teun A., *Estructuras y funciones del discurso,* México, Siglo XXI, 2007.
VATTIMO, Gianni (comp.), *La secularización de la filosofía hermenéutica y posmodernidad,* Barcelona, Gedisa, 1999.
VIRNO, Paolo, *Palabras con palabras,* Barcelona, Paidós, 2004.
WATZLAWICK, Paul, *El lenguaje del cambio,* Barcelona, Herder, 1977.
WHITE, Hayden, *Metahistoria,* México, F.C.E., 1992.
WHITMAN, Walt, *Hojas de hierba,* Barcelona, Visor, 2008.
ZEMELMAN, Hugo, *Biosociología y articulación de las ciencias,* compilador Enrique Leff, UNAM, 1981.
—, «Enfoque de tendencias y coyunturas en el análisis concreto», *Historiae Variae,* vol. I, Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, 1983.
—, *Crítica epistemológica de los indicadores: la articulación y los tres momentos del diagnóstico,* México, El Colegio de México, col. Jornadas, 114, 1989.
—, *Los horizontes de la razón I. Dialéctica y apropiación del presente,* Barcelona, Anthropos, 1992.
—, *Conocimiento y sujetos sociales,* México, El Colegio de México, col. Jornadas, 111, 1997.
—, *Los horizontes de la razón II. Historia y necesidad de utopía,* Barcelona, Anthropos, 1998.
—, *Problemas antropológicos y utópicos del conocimiento,* México, El Colegio de México, col. Jornadas, 126, 1998.
—, *Necesidad de conciencia: un modo de construir conocimiento,* Barcelona, Anthropos, 2002.

ADENDA

COMENTARIO DE LECTOR

En las primeras líneas de la introducción, por no decirlo directamente, Zemelman se refugia en las sugerentes palabras de Walt Whitman (de su libro *Hojas de hierba*): «...cada página te conmoverá con sus significados en estado latente, nunca dichos». Está claro el mensaje para esta lectura: no todo está dicho con palabras; habrá que buscar. Lo que se esconde en este volumen III de *Los horizontes de la razón* es lo mismo que no está a la vista en los anteriores. La respuesta a las preguntas: ¿para qué sirve la lectura de este texto al sujeto no académico?, ¿cuáles son las herramientas que aporta para construir la realidad deseada?

Estas herramientas prácticas para la acción, ocultas detrás del lenguaje científico, puntillosamente académico, son también, en parte, desconocidas para el autor. No por ignorar el contenido de lo que escribe, sería absurdo, sino por desconocer sus alcances; las posibilidades interpretativas que pueden provocar en el sujeto. No hay acción sin pensamiento. Pero es urgente reflexionar sobre el sentido de la vida sujeta a circunstancias que oprimen, explotan, subyugan y domestican.

Zemelman dice que las circunstancias nos obligan a vivir y que con esta experiencia podemos comprender la historia para estar atentos y alerta sobre lo que nos acontece. Sin embargo, no nos ofrece las herramientas que nos faciliten el camino y nos sirvan para cruzar el puente que va desde vivir atado a las circunstancias, hasta el lugar en que podamos mirar lo que acontece y nos afecta. No dice abiertamente cómo reconocer el lugar donde la conciencia de la experiencia histórica se transforma en una herramienta utilizable para la construcción del sentido de

vida. Tampoco revela fácilmente cuál es el instrumento útil que anima a rebasar el concepto hacia la práctica, pero sí nos guía a pensar la certeza de la acción desde la tensión de lo inacabado teórico, aunque se lo viva con rasgos de desconocimiento y/o misterio.

Con escasa modestia el libro contiene exigencias para el sujeto que llegue a sus páginas: sujeto vigilante, sujeto que no se olvide de sí mismo, sujeto que despierte su propia fuerza, etc. Sin embargo, la construcción de las ideas vertidas emana, paradójicamente, de la reflexión hecha sobre aquel que no llega al texto. Sus argumentos como dardos cuestionan a ese sujeto en su dinamismo cotidiano. Zemelman deposita la responsabilidad de construirse sobre los hombros del sujeto social aún desconocido y vertiginoso; se dirige a quien no lo escucha, aunque lo necesite. Sus razonamientos ofrecen herramientas de construcción al sujeto que padece la peor parte de la tragedia de la cultura del capitalismo.

La exigencia al sujeto de comprender la totalidad absoluta de la historia en la que no alcanza a preguntarse por su participación en ella, no le deja nada concreto en las manos. ¿Cómo se abre la cerradura de una cadena que me pertenece, de la que soy el carcelero y de la que no sé si deseo liberarme? Los sujetos no son solamente comprendedores de ideas ni de conceptos, sino que son antes, en esencia, constructores de vida.

Aprender a mirar la realidad, así como la conciencia de sujeto, no son lugares a los que se llega y con ello se resuelve el sentido de la vida de una vez y para siempre.

El movimiento de la razón se gesta con la revelación de cómo está organizado el pensamiento con el que conducimos nuestros actos dentro de parámetros permitidos por la lógica hegemónica. Esta herramienta subyace en varios momentos de la exposición como aventura de descubrimiento y abre la posibilidad a una distinta organización del pensar:

La consecuencia de pensar son las ideas (la teoría), pero la causa es el sujeto constructor. Actuar no solamente produce ideas, sino que crea herramientas inconscientes en el sujeto irreflexivo.

El texto es una propuesta de pensamiento auto-referido. De ideas que preguntan por la reacción, ideas en proceso de aprendizaje, enseñanzas que describen su angustia por aprender; exigencias a un sujeto desconocido a la espera de que se construya.

Pensamiento sensible a la sorpresa de los resultados de su impacto en el sujeto. Ideas preñadas de herramientas para transformar al sujeto que las alumbre en el afán de tener otra realidad para pensar: la propia. Pensar y conocer son verbos positivos en la vida del hombre que se enfrenta a darse cuenta del presente que habita. Para la realidad que nos importa no existe la construcción de futuro sin imaginación, ni pensamiento crítico.

La complejidad extrema de los hechos cotidianos no se resuelve en una sola dirección, no está ausente de contradicciones, de confrontaciones, de frustraciones ni de éxitos. El autor expone una manera de mirar los acontecimientos historizados con preguntas del presente, pero deja la responsabilidad de elección de las potencialidades de nuestra realidad.

Las herramientas encubiertas en el texto inducen a naturalizar la angustia reflexiva de la construcción del presente como una constante invención de instrumentos para la acción. Que, finalmente, es la forma de vivir que abandonamos cuando renunciamos a ser protagonistas activos de la historia.

JUAN M. DÍAZ YARTO

HUGO ZEMELMAN. Chileno, abogado y sociólogo, profesor de la Universidad de Chile en Santiago, exiliado en México desde 1973. Ejerció como profesor-investigador de El Colegio de México entre 1974 y 2004. A partir de esa fecha es director general del Instituto Pensamiento y Cultura en América Latina (IPECAL), con sede central en México. IPECAL es un programa de formación e investigación orientado al rescate del pensamiento latinoamericano desde la perspectiva de su contribución a la construcción de futuros alternativos para los países del continente.

Es autor, entre otras, de las siguientes obras: *Los horizontes de la razón. Uso crítico de la teoría. I. Dialéctica y apropiación del presente. Las funciones de la totalidad* y *II. Historia y necesidad de utopía* (1992); *Subjetividad: umbrales del pensamiento social* (1997); *Sujeto: existencia y potencia* (1998); *Necesidad de conciencia. Un modo de construir conocimiento* (2002); *Voluntad de conocer. El sujeto y su pensamiento en el paradigma crítico* (2005); *El ángel de la historia: determinación y autonomía de la condición humana* (2007), todas ellas publicadas en Anthropos. Asimismo ha coordinado el n.º 45 de *Suplementos Anthropos*: «Círculos de reflexión latinoamericana en ciencias sociales. Cuestiones de teoría y método».

ÍNDICE